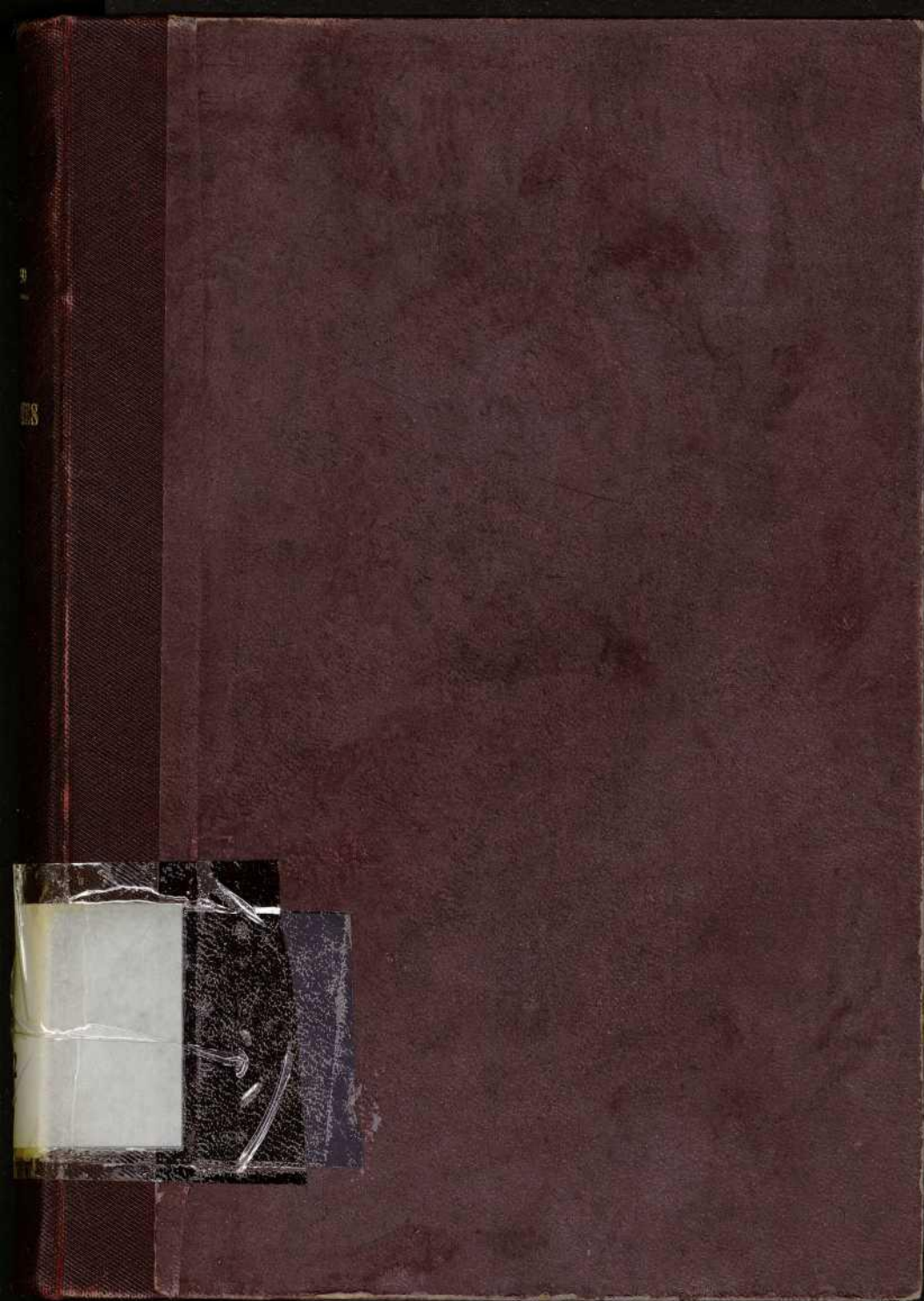
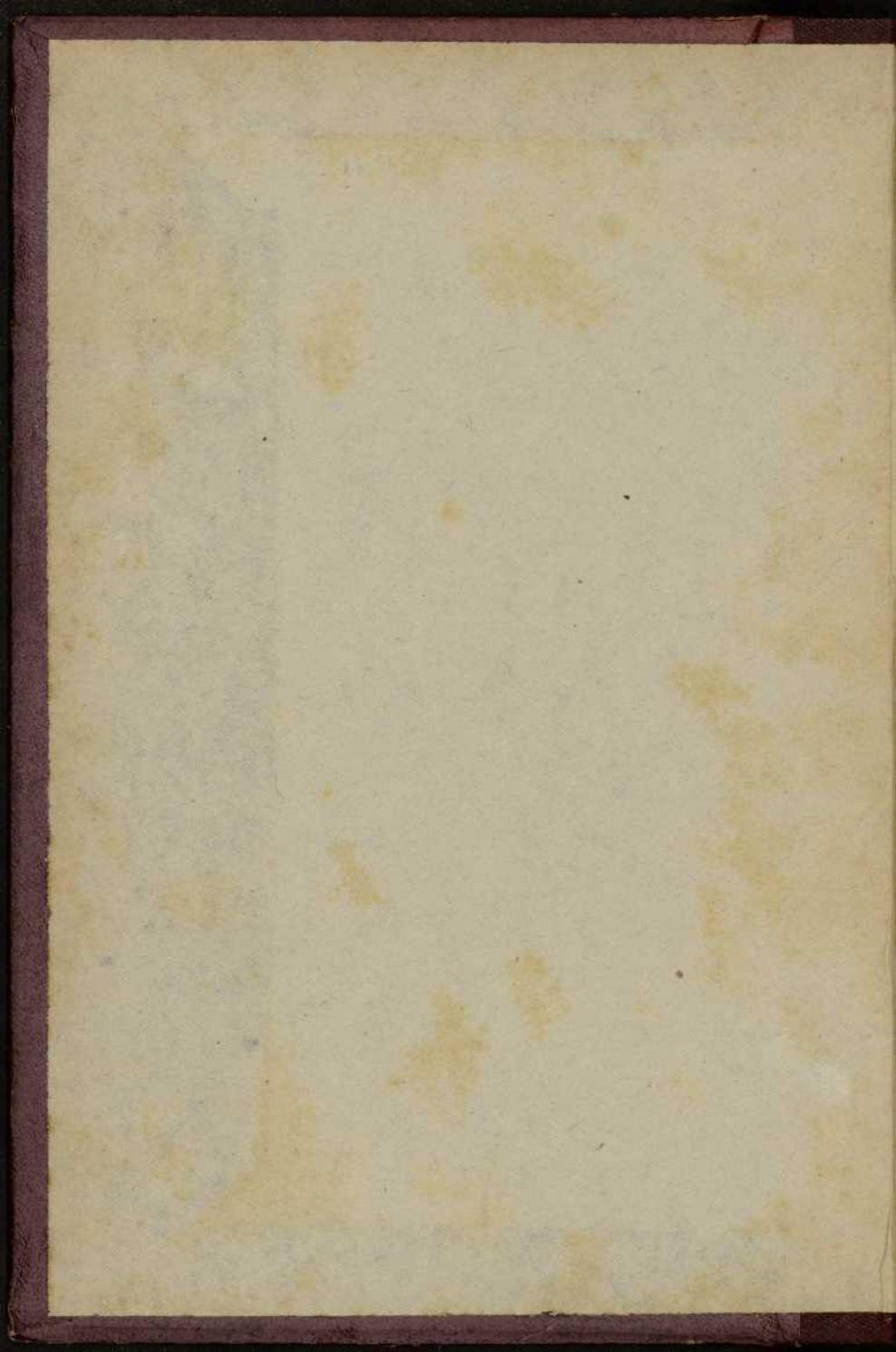


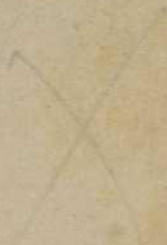




C-38206

R

442



1. Drummer

252.4



SERMONES

— DE —

ADVIENTO, CUARESMA Y SEMANA SANTA

POR EL MUY ILUSTRE SEÑOR

Dr. D. Angel Sancho Armengod

CANÓNIGO MAGISTRAL

DE ESTA SANTA IGLESIA CATEDRAL

Y UN PRÓLOGO DEL

Rvdo. P. Fr. Domingo de Santa Teresa

DEL CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZOS

DE ESTA CIUDAD

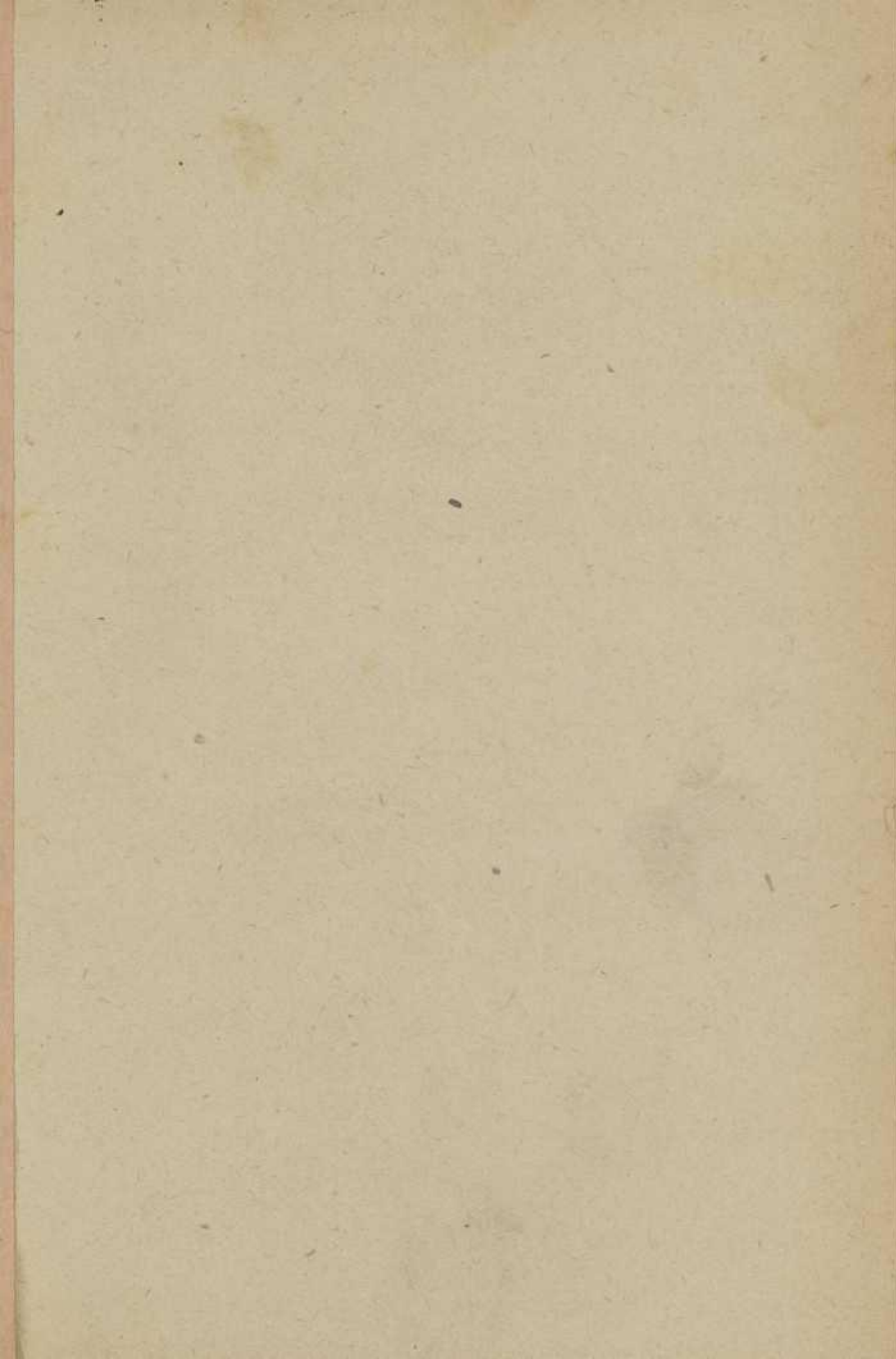


R. 21.557



CALAHORRA:
IMP. DE AGUSTÍN PALACIOS

1906.



SERMONES



SERMONES

— DE —

ADVIENTO, CUARESMA Y SEMANA SANTA

POR EL MUY ILUSTRE SEÑOR

Dr. D. Angel Sancho Armengod

CANÓNIGO MAGISTRAL

DE ESTA SANTA IGLESIA CATEDRAL

Y UN PRÓLOGO DEL

Rvdo. P. Fr. Domingo de Santa Teresa

DEL CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZOS

DE ESTA CIUDAD

Angel Sancho Armengod

CALAHORRA:

IMP. DE AGUSTÍN PALACIOS

1906.



~~~~~  
Esta obra es propiedad de su  
autor y nadie sin su permiso po-  
drá reimprimirla ni traducirla.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.  
~~~~~

Al Exemo. y Rvdmo. Sr. D. Fr. Gregorio M.^a Aguirre y García
dignísimo Arzobispo de Burgos y Admin-
istrador Apostólico de Calahorra y La
Calzada.

*Permitame Vuecencia que ponga
su esclarecido nombre en la primera
página de este modesto libro: es el
único medio de que, lo que por sí no
vale nada, se abra paso y obtenga
una buena acogida entre el clero.*

*Os pide mil perdoñes por tanto
atrevimiento y os reitera el testimo-
nio de su más profunda gratitud
vuestro indigno capellán q. b. v. p. a.*

El Autor



Nós el Dr. Don Ildefonso González Peña,

Dignidad de Arcipreste de la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad, y Gobernador Eclesiástico del Obispado de Calahorra y La Calzada, por el Excmo. Sr. Fr. Gregorio Maria Aguirre y García, Arzobispo de Burgos y Administrador Apostólico de esta Diócesis, etc., etc.

Habiendo sido examinados de orden Nuestra los Sermones correspondientes á los Santos tiempos de Adviento, Cuaresma y Semana Santa, originales del M. I. señor Dr. D. Angel Sancho Armengod, Canónigo Magistral de esta S. I. Catedral de Calahorra; y no apareciendo en ellos, á juicio del Sr. Censor, cosa alguna que se oponga á las enseñanzas de Nuestra Santa Madre la Iglesia y principios de la sana moral, dadas la importancia y utilidad de la obra, por el presente, concedemos con gusto la aprobación y licencia solicitadas para imprimir y publicar los expresados Sermones, debiendo insertarse este Nuestro permiso al principio ó al fin de la obra impresa, y observar cuanto se previene en la Constitución Apostólica de Su Santidad León XIII "Officiorum ac munerum".

Preséntense en la Secretaria de Cámara y Gobierno del Obispado dos ejemplares de la obra, rubricados por el Censor.

Dado en Calahorra, á 11 de Diciembre de 1905.

Ildefonso González Peña.

Por mandado de S. S.º

Dr. Gerardo Arenzana



A predicación ha nacido con el Cristianismo. La antigüedad, en todo aquello que había conservado de las primitivas tradiciones, así como en las religiones inventadas por su capricho, jamás tuvo bastante confianza en su verdad para llevar afuera el proselitismo de la enseñanza. Hay más: entre los antiguos santuarios y templos, á pesar de lo que les imprimió la perfección del genio humano, permanecieron siempre inferiores, sea como inspiración, sea como proporciones, á las más modestas iglesias de nuestras aldeas. El viajero puede aún notar en Roma lo que acabo de decir, en las ruinas de los templos en otro tiempo tan famosos. ¿Qué necesidad había en realidad de proporciones gigantescas para unos santuarios donde reinaban el silencio y el misterio; donde un hombre solo, algunas veces una familia, venía á implorar la divinidad por la felicidad del hogar doméstico? Una estrecha cúpula, un monumento apenas mayor que una tumba eran suficientes para degollar la víctima del sacrificio: la religión del paganismo no pedía más.

Era menester la venida de Jesucristo, su revelación, su palabra, para crear esas ideas inmensas como Dios, grandes como la humanidad; para colocar en este mundo esta verdad que debía construir las catedrales católicas y producir entre los hombres, para siempre reunidos bajo la misma cruz, los apóstoles de la palabra. He aquí por qué, cuando el inmortal Bramante colocó los fundamentos de San Pedro de Roma, cuando Miguel Angel, aplastando la antigüedad pagana bajo su obra, echó en los aires su inmortal obra maestra, el Panteon de los emperadores vino á ser una simple cúpula. La sabiduría antigua tenía sus iniciados y sus adeptos; la ciencia y los misterios eran el secreto de un corto número. El poder civil tenía, en sus leyes, el dogma y la moral de sus privilegiados; el pobre y el esclavo estaban colocados al lado de la bestia. No había enseñanza, no había verdades para todos. Vino Cristo: y cuando Juan envió á sus discipulos cerca de Jesús para saber si él era el Mesías, id, les dice, y contad al que os ha enviado lo que acabais de ver: los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan, los cojos andan, los leprosos son curados, los muertos resucitan. ¿Es todo? No: Ahí tenemos las pruebas de la omnipotencia de Dios, ahí tenemos señales ciertas de su misión, pero todo esto no es la misión misma. Decid, sobre todo, á Juan que los pobres son evangelizados. Et pauperes evangelizantur. Ved ahí á Cristo, al Mesías, al Verbo hecho hombre para habitar entre nosotros. He aquí por qué, cuando ha llegado el tiempo, no dice á los que

ha escogido más que estas palabras: Id y enseñad, porque estoy con vosotros. Es de este modo que Jesús fué la luz del mundo y que pudo decir: Yo soy el camino, la verdad, la vida. Dos veces ya, Dios había hablado al mundo, y el mundo había olvidado, había corrompido la palabra divina, la tercera vez El mismo en persona se revela, pero á fin de que su revelación fuese indestructible se hace Hombre Dios, para renovar y confirmar toda su palabra, y apoyar con brillantes acciones la manifestación de su divinidad. Para el hombre que reflexiona no son necesarias otras pruebas de la divinidad del cristianismo.

La palabra en la humanidad, es todo. Las generaciones salen vivientes de la palabra para ocupar su sitio en las sociedades y desarrollar la razón, la que mejor que la edad, constituye los ciudadanos. La palabra es la potencia más viva, la más enérgica, es la chispa que comunica el fuego, la vida y el alma. La palabra conmueve al mundo; ella se reproduce, y ante su presencia, como las olas del mar bajo el soplo de los vientos, los pueblos se agitan. Es por medio de sonidos, que son como el germen de la palabra, que los animales se entienden y se comunican sus impresiones. El pájaro, en el aire, llama al pájaro; los pequeñuelos, en su nido, llaman á su madre; la bestia feroz comunica por medio de gritos con la soledad; y la víctima por ella devorada, también por medio de gritos le hace comprender sus angustias.

La palabra, es la verdad ó el error, el bien ó el

mal; penetra en lo que existe de más puro como en lo que hay de más inmundo; cambia, edifica, destruye, echa por tierra, semejante á la piedra entre las manos del artista, Dios ó humanidad; hace grandes á los hombres, los hace criminales, hace germinar la virtud, engendra el crimen. Tomad el hombre, el más grosero, habladle, habladle aún, y pronto veréis que su mirada se anima bajo el fuego de la palabra, veréis nacer la inteligencia y el pensamiento. Si, la humanidad toda entera, la humanidad intelectual y moral es el producto de la palabra. ¿Qué es el hombre en su nacimiento? ¿Cómo viene á este mundo? Débil, flaco, inhábil para todo, átomo animado de un soplo, es ciego, es mudo. En el estrecho espacio donde le colocan, si le dejaran abandonado durante algunas horas, se apagaría en la muerte; sin el ojo providencial de su madre, expiraría entre las muchas miserias que lo envuelven. Crece: su madre, después de muchos esfuerzos, le enseña dos palabras. ¡Y cuando estas palabras son repetidas, qué fiesta en la familia, qué alegría en el corazón de la madre! Crece aún: la palabra continúa su creación. Ya comienza á distinguir, á concebir, á comprender, á repetir; habla: le dan maestros. Entonces indaga en la palabra antigua, en la palabra moderna: es hombre, tiene la plenitud de la razón. Pero esta razón, no es el, no es su persona: sabe porque otros le han hablado, porque han modulado su inteligencia y adornado su razón. Porque su razón, es la palabra oída, aprendida; es la enseñanza. Mas, la enseñan-

za tiene ante ella dos caminos: el camino del bien ó el camino del mal, la verdad ó el error, puede aprender á raciocinar ó á disparatar. Toda enseñanza, como toda palabra, puede adornarse con una doble forma; de la afirmación ó de la negación. Hay una ciencia verdadera y una ciencia falsa; una filosofía bella, grande, que eleva; y una filosofía falsa, material y que degrada.

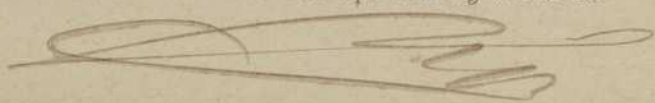
Ved ahí los dos aspectos de la ciencia; ella es la columna del desierto, oscuridad y luz; y estos dos lados de la ciencia se tocan sin cesar para el bien ó la desgracia de la humanidad. Por medio de la ciencia verdadera se hace del niño, del hombre, un ser razonable; por medio de la ciencia falsa, son producidos esos seres que fatigan la sociedad y ensucian el mundo con su contacto. Si pues, con la enseñanza se comunica al hombre la verdad, hay para él un inmenso beneficio; si, por el contrario, se le comunica el error, se encuentra bajo el peso de una espantosa desgracia. Extraviado por los sentidos, sus pasiones son sus dioses. Ved ahí la sociedad pagana. Era necesario que Jesucristo viviese sobre la tierra. La misma filosofía habia proclamado esta necesidad por la boca de Sócrates. Cristo vino, y Cristo es la palabra, la revelación de la palabra, el Verbo de Dios hecho Hombre. Jesucristo, es la palabra del Padre, su voluntad, su verdad depositadas sobre la tierra para que todos, pero sobre todo los pobres, participen de ella y sean evangelizados, et pauperes evangelizantur,

¡Qué hermosa es, pues, la misión de la palabra,

*en la verdad de Jesucristo! ¡qué sublime es el camino del apostolado en la revelación del Verbo divino! ¡qué preciosa es para las generaciones, qué fecunda para la humanidad! Que el vano orgullo de los hombres se rodee de sueños y de fantasmas; que el hombre de ciencia, encorvado y pálido por sus vigili-
 as, examine los misterios del mundo y los secretos de la creación; que sujete la materia á sus cálculos; que su mano inteligente componga y descomponga los cuerpos; que su mirada, escudriñando los cielos, comprenda sus leyes; que sus instrumentos y sus cálculos anuncien sus revoluciones; que su genio dome los elementos; que se señoree de la tormenta de sus truenos; que haga doblar bajo el imperio de su voluntad el furor de los océanos; que comunique como una especie de pensamiento á la materia para producir esas máquinas rápidas como el aire, prontas como el relámpago, terribles como el rayo; que recomponga las páginas del pasado, y que, de los restos de los templos, de los altares y de la piedra usada y ennegrecida de los monumentos, nos diga la historia de los que fueron; que, como el profeta, recogiendo los huesos de las generaciones extinguidas, arroje encima el soplo de su pensamiento, para hacerlas resucitar, hablar, obrar: ¡es grande, es hermoso, y algunas veces es sublime! Si, ¡es sublime! y ante el genio que edifica, toda frente humana debe inclinarse. Pero siempre podemos decir: la ciencia, el ingenio, es una escuela, es el patrimonio de algunos iniciados, el privilegio de algunos adeptos. La ciencia, el talento, es siempre un pro-*

blema: es un bien ó un mal, verdad ó error, realidad ó ilusión; árbol de la soledad, puede ser mortífero ó benéfico. La palabra de Jesucristo, al contrario, es la verdad; siempre la verdad; es el bien, siempre el bien; es Dios y su voluntad perpetuados sobre la tierra; la palabra de Cristo, es el bien de todos, el patrimonio universal; con ella, ya no existen ni iniciados ni privilegiados; ella es ante todo el bien del pueblo, el tesoro del pobre, la consolación de la desgracia por la esperanza; la palabra de Cristo, es la humanidad puesta en el camino recto. Y si ante la ciencia, si ante el genio del hombre, la admiración y el respeto hacen inclinar la frente; ante el misionero de la palabra, ante el humilde sacerdote de la aldea, que con el Evangelio en la mano, instruye y consuela á los desheredados de la tierra, el hombre hace más que inclinar la frente, se postra en el polvo y se excita á una eterna gratitud.

Y mientras que en medio de nosotros, la palabra humana y la palabra herética, como también las doctrinas subversivas del socialismo revolucionario hacen oír los ruidos discordantes de sus pensamientos, no deja de ser un espectáculo grande y majestuoso el que nos ofrece la predicación católica, uniforme en todas partes en sus afirmaciones, solamente variable bajo el punto de vista del espíritu de los pueblos y del genio de sus lenguas. Nuestro Señor Jesucristo ha ejercido el ministerio de la predicación. Oportet me evangelizare, quia ideo missus sum. Ha confiado esta misión á sus apóstoles y á sus su-



cesores. Euntes docete; praedicate Evangelium omni creaturae. Los apóstoles predicán, los milagros confirman sus discursos; se hace oír su voz por toda la tierra, y el mundo no solamente escucha, sino que cree. La humanidad, encorvada hacia el fango de la corrupción, levanta su cabeza, mira al cielo y se arroja para conquistar lo en el camino de los mandamientos y de las virtudes cristianas.

Los apóstoles mueren; mas la predicación no muere. En todos los siglos, Jesucristo tiene sus heraldos. Después de los apóstoles, vienen los Padres de la Iglesia, y siguiendo á éstos, esa multitud de predicadores de todos los siglos y de todos los países, cuyos nombres no son tan ilustres como los de los Padres de la Iglesia, pero cuya predicación ha sido sin embargo fecunda. La predicación católica ha civilizado el mundo; ella es quien lo ha santificado y ha poblado de habitantes el cielo.

El derecho natural, el derecho divino, y el derecho eclesiástico obligan sub gravi á la predicación á todos los que tienen cura de almas. El pastor, dice San Ligorio, que omite la predicación durante un mes continuo, ó por espacio de tres meses en diferentes épocas, peca gravemente.

Conocemos la posición de los señores párrocos; no nos son desconocidas sus dificultades y sus sinsabores. Expuestos muchas veces á luchar con las apremiantes necesidades de la vida material, les faltan los medios de trabajo y de instrucción; la falta de libros, las fatigas del ministerio, su tiempo demasiado repartido, el alejamiento, quizás el aisla-

miento en que viven, todo para ellos es, si no un impedimento al trabajo, con mucha frecuencia un motivo de frialdad, un obstáculo á su celo. No hay necesidad de recordarles que la palabra de Jesucristo, esta palabra que es la revelación, la luz imperecedera del mundo, y de la que ni un ápice ha de desaparecer; que esta palabra traida á la tierra para evangelizar los pobres y los pequeños, jamás debe ser anunciada sin la preparación necesaria que penetra el corazón, y pone en los labios del sacerdote el lenguaje sagrado de la fé, de la esperanza, de la caridad en Jesucristo, maestro, doctor y Dios.

Los sermones de Adviento, de Cuaresma y Semana Santa del M. I. Sr. Dr. D. Angel Sancho, Canónigo Magistral de esta S. I. Catedral, que tengo el alto honor de prologar, tienen por objeto facilitar á los señores párrocos y á los sacerdotes el ministerio de la predicación.

No nos faltan colecciones de sermones; diré que los tenemos de sobra. A mí no me incumbe señalar sus defectos, y aunque ese oficio me incumbiera, me faltaría la suficiente competencia para cumplirlo debidamente; pero por eso no dejo de deplorar la decadencia de la oratoria sagrada en nuestra patria, y los muchos abusos que diariamente se cometen contra la gramática, contra la historia, contra la lógica, y aun contra el mismo sentido común. Los sermones del Sr. Sancho no tienen necesidad de que yo los elogie. Su autor es favorablemente conocido, y cuenta entre sus admiradores, á todas las personas

ilustradas que han tenido el gusto de oírle. La amistad que con él me une, y de la que grandemente me glorío, no debe, sin embargo, ser un obstáculo para que yo manifieste las deliciosas impresiones que la lectura de sus composiciones me ha proporcionado. No es extraño que así haya sucedido.

En efecto, el Sr. Sancho posee una imaginación viva, una sensibilidad ardiente, profundos conocimientos, un corazón tierno. Su habla es correcta y elegante, su palabra fácil, su voz de buen timbre, aunque quizás un poco débil; sus modales son finisimos, delicados sus sentimientos. Elevación y profundidad de conceptos, dicción pura y noble, gusto exquisito, declamación perfecta, lógica rigurosa, expresión propia y escogida, contextura nerviosa, encadenamiento natural de las ideas, brillantez de imágenes, número, armonía, elegancia y precisión de estilo; en general, todo lo que constituye la verdadera elocuencia; esa elocuencia que agrada, instruye, conmueve, sorprende, persuade y convence, todos estos requisitos de la grande elocuencia se hallan en los sermones del Magistral de Calahorra. Más todavía. En todos sus discursos se encuentra yo no sé qué encanto, que en el orador hace amar al hombre: se siente que su alma de artista pasa sobre sus labios y se derrama deliciosamente sobre los que le oyen.

Los que se contentan con vulgaridades y lugares comunes, los que hacen consistir la elocuencia en el vigor de los pulmones, en la osadía, en la regular presencia, en el mucho desahogo, y sobre todo, en la

verbosidad vacía de conceptos, á esos les aconsejo que no lean los discursos del Sr. D. Angel Sancho, porque seguramente allí no encontrarán donde entretener su mal gusto. Me sería muy fácil enseñar á esos señores, discursos impresos con mucho aparato. No me cabe duda que me darían sinceras y abundantes gracias por la satisfacción que les habría proporcionado. Puede ser que mi inteligencia esté obcecada por el cariño que profeso al autor de este libro, pero creo que no; porque si bien es cierto que soy su amigo, aun soy más amigo de la verdad: Amicus meus Plato, sed magis amica veritas.

Según mi humilde parecer, su principal mérito consiste en que ha sabido penetrarse de las principales necesidades de la época actual. Estas necesidades son: 1.^a Necesidad de emociones. 2.^a necesidad de fijeza y de activa energía. 3.^a necesidad de literatura. A estas tres necesidades y exigencias debe adaptarse la predicación contemporánea si ha de tener la parte que le corresponde en la regeneración de las almas. Esta triple necesidad debe regular la elocuencia sagrada: 1.^o en el conjunto de su fondo y de su forma. 2.^o en su objeto y en sus tendencias. 3.^o en sus medios literarios. ¡Oh sacerdotes! vosotros que hacéis los destinos del mundo y las alternativas de jé y de ineredulidad en una nación, recuperad el cetro del saber y de la elocuencia, y nuestro país se precipitará santamente, y en tumulto al rededor de vuestros púlpitos, lleno de remordimientos y de esperanza; y los hombres del error, cristianos algunos por sus deseos y sus aspiraciones,

vendrán á serlo todos en realidad. Componed con más solidez vuestros discursos, adornad mejor vuestro estilo, antes que nuestras iglesias sean convertidas en unos tristes desiertos, solitarias como una tumba. Juliano el apóstata solía decir á los defensores del Evangelio: A nosotros pertenece la elocuencia y la lengua griega; la ignorancia y la simplicidad son vuestro patrimonio, y toda vuestra sabiduría consiste en decir: Creed. No demos lugar á este reproche por nuestra inferioridad en el arte de bien decir y de bien escribir.

Los misioneros del Evangelio deben sacar un buen partido aun de las imperfecciones y de las pequeñas debilidades nacionales. Si permanecemos en el mismo sitio, mientras que la ola literaria aumenta y sube siempre ¿no seremos, pues, desbordados? ¿En qué parará el ascendiente del sacerdote? ¿Y su ministerio del que tendremos que dar cuenta exacta y rigurosa? ¿No vemos este movimiento continuo que la rapidez de las comunicaciones establece entre las ciudades y las pequeñas localidades? ¿Acaso no encierra hoy cada aldea á algunos hombres que allí llevan las formas cultas de las grandes poblaciones? Digámoslo sin rodeos. ¿No respetamos bastante la palabra de Dios, que San Agustín y Tertuliano asemejan al Cuerpo de Cristo? Dar solamente á la ardiente sed de las muchedumbres la insipida agua de una palabra vacía, huera, cuadros de costumbres fastidiosos por su vulgaridad, una espiritualidad rastrera y eternas repeticiones, coser simultáneamente trozos de discursos tomados por

aquí y por allí, sin unidad moral que los ajuste, sin hilación alguna, sin jamás profundizar una materia, ¿que cosa es semejante predicación, sino profanar la palabra de Dios, empujar las almas al hastío y al aburrimiento, y darles la culpable envidia de mendigar en otra parte una palabra mentirosa, pero más atrayente, más halagüeña?

No hay necesidad que insista más para sostener la causa de las letras humanas en el púlpito cristiano. ¿Quién negará que el arte no sea el coronamiento natural y radioso de la ciencia? ¿Habrá algún pastor de almas que se atreva á no tomar en cuenta el cuidado de la forma en sus discursos, cuando es generalmente por medio de la forma como se ganan los corazones por los atractivos interiores y las poderosas sollicitaciones de la admiración.

Empero la elocuencia del orador no debe ser buscada en sus escritos, su objeto es la palabra hablada. La palabra sale de su boca como una llama, ilumina, calienta, aun deslumbra y aterroriza; pero es un rayo, una chispa, y si la depositáis sobre el papel, se cuaja, se enfria y se apaga. Leed al señor Magistral de Calahorra para adivinarle; pero para conocerle, es necesario oírle,

A los que esto último no les sea fácil, les diré aquellas históricas palabras: tolle et lege, tomad su libro y leed.

*Fr. Domingo de Sta. Teresa
Carmelita Descalzo.*

DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO
SOBRE EL JUICIO FINAL





SOBRE EL JUICIO FINAL

*Dies irae, dies illa solvet saeculum
in favilla... et reliqua.*

(Sequent. in mis. defunct.)

Ilustrísimo Señor:

Palpita en el fondo de nuestro corazón una esperanza tan robusta, que resiste y prevalece contra toda contradicción y adversidad: la que consoló á Job en los momentos más críticos y angustiosos de su vida, cuando, perdidos todos sus bienes y herido por la mano de satán, se vió insultado por su mujer y reprendido por sus amigos (1): la que alimentaba Marta de volver á ver á su hermano Lázaro ya difunto; aunque ignoraba que el Señor tuviese designios de resucitarlo en aquel mismo día para consuelo de sus atribuladas hermanas y exaltación de su divina persona (2): la que infundió

(1) Job. XIX, 25, 26 et 27. Scio enim quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum: et rursum circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius; reposita est haec spes mea in sinu meo.

(2) Joan. XI, 21, 22, 23 et 24. Dixit ergo Martha ad Jesum: Domine, si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus: sed et nunc scio, quia quaecumque poposceris a Deo, dabit tibi Deus. Dixit illi Jesus: resurget frater tuus. Dicit ei Martha: scio quia resurget in resurrectione in novissimo die.

el Apóstol en los fieles de Corinto para animarlos á despojarse del *hombre terreno* y á copiar en su lugar la imagen del *hombre celestial* (1): la resurrección de los muertos, en fin, esa... esa es la esperanza nuestra, esa es la esperanza de los cristianos: *Fiducia christianorum*, dice Tertuliano, *resurrectio mortuorum* (2).

¿Veis que se toleran las maldiciones, se sufren los insultos, se afrontan los peligros, se arrostran los tormentos y se desprecia la muerte? ¿Veis que hay hombres resignados en la desgracia, sufridos en el dolor, misericordiosos con los pobres, desprendidos de sus bienes, enemigos de las pompas del mundo y tiranos de su carne y apetitos? ¿Veis que hay quien se priva de placeres y regalos y refinamientos, y en cambio se entrega á penitencias y vigiliass, ayunos y maceraciones? ¿Veis que á pesar de la humana flaqueza, y de los malos ejemplos, y de los escándalos que se ven por todas partes; hay, sin embargo, quienes guardan los divinos mandamientos, quienes practican los consejos evangélicos, quienes tienen, en suma, temor de Dios y deseo de salvarse? Pues no os admiréis, señores: la causa de todo esto, el factor poderoso de tanta proeza y heroismo, la palanca que aun mueve á muchos corazones y los empuja por el camino del deber, por la senda de la piedad y de la virtud; no os admiréis, repito, es la esperanza de la resurrección y el temor del juicio universal que será su inmediata consecuencia. *Fidu-*

(1) Apost. in I ad Corint. XV, 51 et 52. Ecce mysterium vobis dico: omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur. In momento, in ictu oculi, in novissima tuba: canet enim tuba, et mortui resurgent incorrupti: et nos immutabimur.

(2) Lib. de resurrect. carnis n. 1.

cia christianorum etc. Quitad esa esperanza y ese temor, y habréis concluido con el cristianismo y con el orden social en el mundo.

De aquí el interés de nuestra Santa Madre la Iglesia en recordarnos ese imponente y espantable acontecimiento, para que no se debilite en nosotros esa esperanza ni se pierda ese temor; de aquí el que dé comienzo á este santo tiempo de Adviento, hablándonos del juicio y de las señales que le precederán, para tenernos á raya y prepararnos á celebrar con fruto la próxima pascua del Señor; para que el recuerdo, en fin, de la segunda venida de Cristo, que será con el carácter de juez, y de juez severo y terrible, produzca en nosotros un santo y saludable temor, que sea como base y el fundamento de un verdadero arrepentimiento de todas nuestras culpas.

Secundando yo tan admirables y acertados designios, os voy á trazar en esta mañana "el cuadro del "juicio final, que tendrá lugar en el último día del "mundo, haciendo al efecto una sencilla paráfrasis de "la secuencia que canta la Iglesia en las misas de difuntos,, *Dies irae, dies illa solvet saeculum in favilla...*

Roguemos antes para merecer los auxilios de la gracia.

AVE MARÍA



Muy sólidos son, señores y hermanos míos, los fundamentos sobre que descansa la tierra y constantes las leyes por qué se rige. El Señor, que la sacó de la nada como monumento de su grandeza y para que sirviese de habitación á sus criaturas, la hizo tal, que pudiera resistir, sin quebranto alguno esencial, á la acción de los siglos y á la influencia de los elementos. En su virtud, han pasado ya sesenta siglos, desde que Dios la dió en posesión al hombre, y la tierra permanece incommovible. Pero llegará un día, día de espanto, día de desolación y ruina, día de *calamidad* y de *miseria*, como lo llama la Sagrada Escritura (1); y en aquel día sus fundamentos serán conmovidos y sus leyes quebrantadas, un fuego abrasador y formidable que Dios hará correr del Oriente al Occidente y del Aquilón al Austro, la envolverá entre llamas; y la tierra y el mar, los montes y los valles, los poblados y los desiertos, las plantas y los árboles, las aves y los peces y todo género de animales quedará convertido en un montón de escombros y cenizas. *Dies irae, dies illa solvet saeculum in favilla; teste David cum Sybilla.*

Si; lo dice el real profeta David: "á su venida (la "de Cristo Juez) precederá un fuego abrasador que, destramándose por todas partes, reducirá á cenizas á to-

(1) Soph. I, 15. ... dies tribulationis et angustiae, dies calamitatis et miseriae..

“dos sus enemigos. En el cielo se verán espantosos relámpagos que deslumbrarán y llenarán de asombro á los mortales; y la tierra misma, no pudiendo resistir la vista de tan grandioso espectáculo, comenzará á vacilar y estremecerse. Los montes se derretirán de espanto como si fueran de cera y la tierra se deshará también á la presencia del Señor. Los cielos darán señales evidentes de que viene á juzgar la tierra y todos en el mundo serán testigos de la gloria y majestad con que venga..” (1)

“Los cielos y la tierra, dice San Pedro, están reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impios..” (2). “Gritad, exclama el profeta Joel, y llenaos de espanto todos los habitantes de la tierra; porque ya viene el día del gran Dios: ved ahí que se acerca. Día de tinieblas y de oscuridad, día de nubes y tempestades: día precedido de un fuego devorador y seguido de una llama que todo lo destruye..... La tierra tiembla, los cielos se conmueven, el sol y la luna palidecen, y no se ve ya la luz de las estrellas..” (3)

(1) Psalm. XCVI, 3, 4, 5 et 6. Ignis ante Ipsum praecedet et inflamabit in circuitu inimicos ejus. Illuxerunt fulgura ejus orbi terrae: vidit et commota est terra. Montes sicut cera fluxerunt a facie Domini: a facie Domini omnis terra. Anuntiaverunt coeli justitiam ejus: et viderunt omnes populi gloriam ejus.

(2) II, III, 7. Coeli et terra igni reservati in diem judicii et perditionis impiorum hominum.

(3) II, 1, 2, 3 et 10. Canite tuba in Sion, ululate in monte sancto meo, conturbentur omnes habitatores terrae: Quia venit dies Domini, quia prope est. Dies tenebrarum et caliginis, dies nubis et turbinis... Ante faciem ejus ignis vorans et post eum exurens flamma... A facie ejus contremuit terra, moti sunt coeli: sol et luna obtenebrati sunt, et stellae retraxerunt splendorem suum.

Finalmente; Jesucristo, no solo anuncia el advenimiento de ese tremendo y espantable día, sino que nos anticipa en su infinita misericordia las señales de que vendrá precedido, diciendo en S. Mateo: "Cuando viereis que la abominación de la desolación, predicha por el profeta Daniel, está ya en el lugar santo,...entonces los que están en la Judea, huyan á los montes; y el que en el tejado, no descienda á tomar cosa alguna de su casa; y el que en el campo, no vuelva á tomar su túnica. ¡Mas hay de las preñadas y de las que crien en aquellos días! Rogad para que vuestra huida no suceda en invierno ó en sábado; porque os prevengo que habrá entonces una tribulación tan grande, como no la hubo desde el principio hasta ahora ni la habrá semejante hasta el fin, de tal manera que si no fuesen abreviados aquellos dias, ninguna carne se salvaría; pero se abreviarán en obsequio á los escogidos. Entonces si alguno os digere, mirad, aquí está el Cristo ó allí, no lo creais; porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, haciendo grandes señales y prodigios, para inducir al error (si pudiera ser) hasta á los escogidos..... Y luego, después de tanta tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará ya su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes celestiales serán conmovidas. Y aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y plañirán las tribus de la tierra; porque lo verán venir entre nubes con grande poder y magestad., (1)

Tales son, Señores, tan elocuentes, tan claros y

(1) XXIV, 15 usque ad 30. Cum ergo videritis abominationem desolationis, quae dicta est a Daniele propheta, stantem in

precisos los testimonios que abonan el advenimiento de ese día tremendo y terrible en que el mundo quedará convertido en pavesas, como atestigua David con la Sibila. *Dies irae dies illa solvet* etc.

¡Oh que temor tan grande se apoderará entonces de todas las gentes! ¡que congojas y abatimiento tan profundos experimentarán los mortales en aquel día! Si el Patriarca de Idumea temblaba y se estremecía al recuerdo solo de ese día; si pedía y suplicaba fervorosamente al Señor se dignase *esconderlo en el infierno hasta que pasara su furor* (1); si el gran Jerónimo no tuvo un solo momento de sosiego y tranquilidad,

loco sancto; qui legit, intelligat. Tunc qui in Judaea sunt, fugiant ad montem; et qui in tecto, non descendat tollere aliquid de domo sua; et qui in agro non revertatur tollere tunicam suam. ¡Vae autem praegnantibus et nutrientibus in illis diebus! Orate ut non fiat fuga vestra in hieme, vel sabbato. Erit enim tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio usque modo, neque fiet et nisi breviati fuissent dies illi, non fieret salva omnis caro: sed propter electos breviabuntur dies illi. Tunc si quis vobis dixerit: ecce hic est Christus, aut illic; nolite credere. Surgen enim pseudochristi et pseudoprophetae et dabunt signa magna et prodigia, ita ut in errorem inducantur (si fieri posset) etiam electi... Statim autem post tribulationem dierum illorum sol obscurabitur et luna non dabit lumen suum, et stellae cadent de coelo, et virtutes coelorum commovebuntur: et tunc parebit signum Filii Hominis in coelo: et tunc plangent omnes tribus terrae, et videbunt Filium Hominis venientem in nubibus caeli cum virtute multa et majestate.

NOTA.—San Agustín cree que todo esto mira al pueblo de los judíos que padeció calamidades y males tan horribles, durante el sitio de Jerusalén, que no hubo ni se conoció jamás nación alguna que fuese tratada con tanto rigor. Pero otros intérpretes, entre los que se halla San Juan Crisóstomo, apoyados en las palabras del versículo 22 lo entienden de los males que precederán á la consumación y fin del mundo.

(1) Job. XIV, 13. Quis mihi tribuat ut in inferno protegas me et abscondas me donec pertranseat furor tuus.

porque creia tener siempre en los oídos la trompeta del juicio final (1); decidme ¿cual será el susto, el espanto que sentirán los hombres, cuando comparezcan en la divina presencia para dar cuenta rigurosa y exacta de todos sus pensamientos, palabras y acciones? Cual será el estado de su ánimo al verse en frente de un juez tan terrible, que, para vengar los agravios que se le han inferido, dispone tanto aparato y magnificencia? *Quantus tremor est futurus, quando Iudex est venturus, cuncta stricte discussurus?* ¡Ah, señores! temblarán los ángeles, porque escrito está que hasta las virtudes del cielo serán conmovidas, *et virtutes coelorum commovebuntur*: temblarán los justos, porque ni aun ellos se considerarán seguros del furor divino á pesar de su justicia, y los pecadores, abrumados bajo la pesadumbre de sus maldades, clamarán, ó por mejor decir, bramarán desesperados: *montes, cadite super nos; colles, operite nos* (2); montes, caed sobre nosotros; collados, cubridnos y aplastadnos con vuestro peso, para escaparnos á la vista de un Dios tan terrible *Quantus tremor est futurus* etc.

Allí no faltará nadie. Desde Adán hasta el último viviente, todos, todos habrán comparecido. La trompeta del ángel del Apocalypsis, haciendo llegar sus sonidos á las necrópolis del mundo, á los abismos de las aguas y á las entrañas de la tierra; despertará á los muertos de su sueño y los hará comparecer ante el tri-

(1) Ad Heliod. Sive comedo, sive bibo, sive vigilo, sive dormio, sive quid aliud facio, semper illa tuba insonat auribus meis: Surgite, mortui; venite ad iudicium.

(2) Osee, X, 8.

bunal de Cristo. *Tuba mirum spargens sonum per sepulchra regionum, coget omnes ante thronum.* Allí comparecerán en aquel tremendo día los judíos que le crucificaron y le entregaron en manos de Pilatos (1), los herejes que negaron su divinidad y corrompieron su moral y su doctrina, los cismáticos que desgarraron la vestidura inconsutil de su Iglesia y los católicos inconsecuentes y malos; es decir, aquellos católicos que tomando como á broma lo que nos enseña el séptimo artículo de nuestro símbolo: *inde venturus est judicare vivos et mortuos*; no reparan en violar sus leyes, en profanar sus templos, en desacreditar á sus ministros, en despreciar sus sacramentos y en hollar con sus inmundas plantas la sangre divina que los ha redimido.

Allí comparecerán también los justos de todas las épocas, desde Abel que fué el primero, hasta el último de los hombres que haya emigrado de este mundo con el alma limpia de todo pecado. Allí estarán los patriarcas que cumplieron con los preceptos de la ley natural, los profetas que se ajustaron á las prescripciones de la ley mosaica, los apóstoles, los mártires, los confesores, los anacoretas, las vírgenes y, en fin, todos aquellos hombres, de cualquier estado, sexo y condición que sean, que, habiéndose penetrado, mientras vivieron, de la vanidad y mentira de las cosas de este mundo; aspiraron solamente á conquistar los bienes imperecederos y positivos de la gloria. En una palabra, allí estarán todos los hombres; lo mismo los buenos, que los malos; así los que precedieron á Jesús

(1) Act. Apost. III, 13. Quem (Jesum) vos quidem tradidistis et negastis ante faciem Pilati.

en su vida temporal, como los que le hayan seguido; porque por todos sin distinción derramó su sangre para redimirlos y salvarlos. *Tuba mirum spargens sonum.* etc.

Ante aquel espectáculo, como ninguno grande, como ninguno imponente, ¡que sorpresa, Señores, que desilusión y desencanto sufrirá la muerte! ¡Ah!, al ver que se levantan de sus tumbas, de sus cepos, como si digéramos, los que ella tenía cautivos y aprisionados; al ver que se derrumba su imperio y que le abandonan sus súbditos, para responder á la voz de otro rey, para ponerse bajo el yugo de otro Señor; al notar que por todas partes y en todos los tonos llega hasta sus oídos aquella irónica frase del Apostol, *ubi mors, victoria tua? ubi stimulus tuus?* en donde está, oh muerte, tu victoria; en donde está tu aguijón? (1); llena de asombro, estupefacta y sorprendida arrojará sus atributos y se unirá en el abismo para siempre. *Mors stupibit et natura, cum resurget creatura, judicanti responsura.*

Una vez congregados todos los hombres y separados en dos grandes grupos; el de los buenos á la derecha de Jesús y el de los malos á su izquierda; (separación que harán los ángeles, como dice el sagrado texto: *exibunt angeli et separabunt malos de medio iustorum*) (2); se abrirá un gran libro, el libro que se llama de la vida, según S. Juan; (3) y conforme á lo que arroje ese libro serán juzgados todos los muertos. *Liber scriptus proferetur in quo totum continetur, unde*

(1) I. ad Cor. XV, 54.

(2) Math. XIII, 49.

(3) Apoc. XX, 12. Et alius liber apertus est, qui est vitae.

mundus judicetur. Si; todo se contendrá en aquel libro; lo bueno y lo malo, lo mucho y lo poco, la virtud y el vicio, lo público y lo secreto. En él constará el momento aquel de triste recordación en que, después de una breve y débil resistencia á las sollicitaciones del mal, sucumbimos cobardemente á sus plantas y abdicamos de nuestra inocencia. Y á partir de este dato, el más culminante de nuestra vida psíquica y moral, seguirá la larga lista de nuestras caídas y reincidencias en el pecado, la lista de todas las deshonestidades, de todas las pependencias, de todos los hurtos, de todas las calumnias, de todas las usuras y de todas las profanaciones del día santo del Señor; sin omitir el menor detalle ni circunstancia. Así mismo se hallarán consignadas en aquel libro, con entera precisión y exactitud, todas nuestras obras buenas; los ayunos, las limosnas, los ejercicios de piedad, el cumplimiento de nuestros deberes, la victoria de las tentaciones y, en suma, todos los pensamientos, todas las palabras y acciones que se ajustaron á la norma ó molde de los divinos mandamientos. *Liber scriptus proferetur in quo* etc.

No creáis, sin embargo, que ese libro será semejante á los que nosotros conocemos..... Ese libro será nuestra misma conciencia, la cual iluminada por una luz intensa y brillante que descenderá del trono del Juez supremo, aparecerá como un libro abierto á las miradas de todos los mortales; pues á la manera que un espejo, por efecto de la luz que refracta, iluminando el objeto que se le presenta, reproduce fielmente su imagen; así aquella luz divina, á la vez que ilumine las profundidades mas recónditas del corazón;

reproducirá con toda fidelidad la historia de todos los hombres de la tierra. Por eso dice con mucha razón la siguiente estrofa: *Judex ergo cum sedebit, quidquid latet apparebit, nihil innultum remanebit*. Cuando Jesucristo se sienta en su tribunal, entonces se hará patente y manifiesto todo lo que estaba oculto; entonces se sabrá y se sabrá por todos ¡oh ricos! como habeis fabricado esas riquezas que poseéis y con las que tanto insultáis la aflictiva situación de los pobres á causa de vuestros despilfarros en el comer, beber y vestir; si las habeis adquirido con el trabajo, con el sudor de vuestra frente y de una manera honrada, ó, al revés, por medio del fraude, por medio de la usura ó del robo. Entonces se sabrá ¡oh jóvenes y viejos impúdicos! cuales son vuestros pasos, esos pasos sospechosos que dais, si los dais en la presencia de Dios y persiguiendo fines nobles y santos, ó si buscáis con ellos la satisfacción de vuestros carnales apetitos. Entonces se sabrá como habeis escalado esos puestos tan altos que ocupais en la sociedad y desde donde miráis á los demás con tanta soberbia y altanería; si ascendisteis á ellos por vías legales y lícitas, ó por el contrario por caminos reprobados é indignos y pasando por encima de la justicia. Entonces se sabrá y se sabrá por todos, porque todo se hará público y notorio, cual es el asesino de aquel muerto, el ladrón de aquella casa, el falsificador de aquellos documentos, el maquinador de aquellas intrigas, el apostol de aquellos errores, el difamador de aquella joven y el verdadero dueño de aquellos bienes. *Judex ergo cum sedebit quidquid latet. etc.*

¡Oh qué chasco se llevarán en aquel día los que

siendo unos malvados, dignos de la execración general, se disfrazan de tal suerte con el manto de la hipocresía, que pasan entre las gentes por unos hombres de bien y unos cristianos excelentes! ¡qué chasco para los que ahora buscan las tinieblas para obrar, con objeto de no perder su reputación y la buena estimación en que son tenidos por el mundo; al ver que todas sus malas artes y mañas, con tanta fortuna y habilidad ocultadas, aparecen y se muestran á la vista de todos los mortales! ¡qué chasco y qué sorpresa, si, para los hipócritas, verdaderos sepulcros blanqueados, cuando vean que no hay máscara ni disimulo que les valga, para ocultar en aquel día sus crímenes y pecados! *Jude, ergo cum sedebit quidquid latet, etc.*

También recibirán sorpresa los justos ante aquella manifestación tan clara del estado de las conciencias; pero ¡cuan diferente, hermanos míos, de la que sufran los pecadores! será sorpresa de inmenso gozo, sorpresa de profunda alegría al ver que sus obras, aquellas penitencias tan rigurosas, aquellos ayunos tan continuos, aquellas limosnas tan abundantes, aquellos ejercicios de piedad tan fervorosos y, en fin, todas aquellas acciones que ellos habían ejecutado en el silencio, con objeto de no restarles un solo ápice de mérito, aparecen y se muestran en todo su esplendor y hermosura y por todos son reconocidas y admiradas. *Jude, ergo cum sedebit quidquid latet apparebit, etc.*

Una vez hecha esta manifestación del estado de las conciencias de todos los hombres, tanto buenos como malos, será llegado, hermanos míos, el momento supremo y decisivo; aquel momento en que, actuando Je-

sucrismo de juez de vivos y de muertos, según las facultades recibidas de su Padre, (1) pronunciará sentencia irrevocable de salvación ó de condenación; de salvación para los buenos y de condenación para los malos. Con rostro risueño, con dulce mirada, con ademán cariñoso y palabra tierna se dirigirá á los que tuviere á su diestra y les dirá: Alegraos, siervos buenos y fieles, alegraos; hubo un tiempo en que, celosos de mi gloria y atentos á la salvación de vuestras almas, sufristeis muchas amarguras, afrontasteis muchos peligros, os privasteis de muchos placeres, tolerasteis muchas injurias y devorasteis muchos sinsabores y disgustos: pues bien, fieles míos, todo eso ha terminado ya: ha llegado el momento, ha sonado la hora de la recompensa y os invito á que vengaís conmigo para participar del gozo de vuestro Señor (2); si, venid benditos de mi padre á poseer el reino que os tengo preparado desde toda la eternidad. *Venite benedicti patris mei, possidete regnum quod vobis paratum est ab origine mundi.* (3)

De la misma manera se dirigirá Jesucristo á la turba de los pecadores que se hallará á su izquierda, y con mirada terrible y palabra tremebunda les dirá: *Nescio vos*, no os conozco: os llamé y no me quisisteis oír, os busqué y os escondisteis, os amenacé é hicisteis burla de mí, hablé á vuestro espíritu por mi doctrina,

(1) Act. X, 42. Ipse Jesus constitutus est a Deo iudex vivorum et mortuorum.

(2) Math. XXV, 23. Enge serve bone et fidelis quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.

(3) Math. XXV, 34.

á vuestro corazón por mi gracia, á vuestros sentidos por los buenos ejemplos y todo fué absolutamente inútil; en una palabra, *todo el día* estuve con los brazos abiertos, esperando que vinierais á arrojaros en ellos; y vosotros, insensatos, me rechazasteis, para correr en pós de efímeros placeres y deleites: atrás, pues, malditos, alejaos de mi presencia y marchad al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles: *Discedite á me maledicti in ignem aeternum qui paratus est diabolo et angelis ejus.* (1) Inmediatamente se abrirán los cielos para dar paso á Jesús con todos los escogidos, caerán los réprobos en el abismo en confusión revuelta con los demonios y todo se habrá consumado: allá arriba se oirán cánticos de júbilo en alabanza al Cordero Inmaculado y allá abajo, en los abismos, rugidos de rabia y de desesperación y rechinar de dientes. (2)

¡Oh, hermanos míos, qué desenlace, qué epílogo, qué solución! Para unos la vida, la gloria, la salvación eterna; para otros la muerte, los tormentos, el infierno, la condenación por los siglos de los siglos: *et ibunt hi in supplicium aeternum; justi autem in vitam aeternam.* (3)

.

.

.

.

.

Pecadores miserables, que ahora os burlais de Dios quebrantando todas sus leyes y precep-

(1) Math. XXV, 41.

(2) Math. VIII, 12.

(3) Math. XXV, 46.



tos; decidme, ¿en donde os esconderéis en aquel día para escapar á tamaña desventura? ¿á quién acudiréis entonces en demanda de que os libre del furor divino? ¿qué patrono ó abogado invocaréis para que venga en defensa vuestra, si hasta el justo se considerará inseguro? *Quid sum miser tunc dicturus? quem patronum rogaturus, cum vix justus sit securus?* ¡Ah! clamaréis y clamaréis en vano á vuestras mujeres, á vuestros hijos, á vuestros amigos y parientes; clamaréis en vano á vuestras riquezas y comodidades, á vuestros regalos y placeres, á vuestros honores y dignidades; clamaréis en vano á los ídolos que adorasteis en el mundo y á las aficiones que os perdieron miserablemente; porque de nada os servirá todo eso, como no sea para aumentar vuestra desesperación con su recuerdo; clamaréis en vano á los que reconozcáis como justos para que intercedan por vosotros; clamaréis en vano á los santos, á los ángeles, á la misma Santísima Virgen; clamaréis, en fin, al mismo Dios, y vuestros clamores se perderán en el vacío; porque vuestra desgracia ya no tendrá entonces remedio; la sentencia dictada contra vosotros será irrevocable é inapelable. *Quid sum miser tunc dicturus? quem patronum rogaturus, etc.*

No, no será entonces tiempo de clamar, sino ahora; no será entonces tiempo de evitar tanta desdicha, sino mientras vivimos en el mundo. Lo dice el apóstol: “debemos obrar el bien, mientras tenemos tiempo:” *dum tempus habemus operemur bonum* (1). Ahora sí, ahora es cuando debemos trabajar y amontonar merecimien-

(1) Ad Galat. VI, 10.

tos y obras buenas, para que no nos sorprenda en aquel día la vista del divino semblante; ahora es cuando debemos aplacar á la divina justicia, clamando y repitiendo con el autor de las estrofas que vamos parafraseando: ¡Oh rey de majestad tremenda, Dios de bondad infinita! Tú que tienes en tu mano la salud, y la regalas á quien te place; porque le das los medios suficientes y aun eficaces para adquirirla y conservarla hasta el fin; Tú que das graciosamente el poder y el hacer sin que á ello te muevan nuestros merecimientos, pues nuestros merecimientos no serían tales sin el auxilio de tu gracia soberana; Tú, Señor, que al dar no consultas más que tu misericordia y nuestra miseria; pero en cambio al castigar rigurosamente te amoldas á las reglas de la más estricta equidad y justicia; salvadnos, Señor, fuente de piedad, para que todas las gentes publiquen tus grandezas y se hagan lenguas de tus misericordias. *Rex tremendae majestatis, qui salvando salvas gratis; salva me, fons pietatis.*

Acuérdate, Jesús piadoso, que por nosotros y por nuestra salud descendiste del cielo á la tierra, á este valle de lágrimas y de miserias. *Recordare, Jesu pie, quod sum causa tuae viae, ne me perdas illa die.* Acuérdate que, por buscarnos por veredas y caminos, te sentaste fatigado junto al pozo de Jacob, y que, cargado con nuestras iniquidades, las expiaste en una cruz con atroces padecimientos y muerte ignominiosa. *Quaerens me sedisti lassus: redemisti crucem passus: tantus labor non sit cassus.* ¿Por ventura se malograrán tus afanes y desvelos y tus padecimientos resultarán infecundos? Y nos negarás el perdón antes del día

de la cuenta? *Iuste Judex ultionis, donum fac remissionis, ante diem rationis.*

Aquí nos tienes como reos, oprimidos bajo el peso de nuestros crímenes y avergonzados de haber ofendido á un Dios tan bueno y clemente; pero perdonaste á María, á aquella pecadora de Magdalo que tenía escandalizada con sus desórdenes á la ciudad de Jerusalén; escuchaste también los ruegos del buen ladrón prometiéndole la entrada en vuestro reino y á nosotros nos enseñaste á confiar en tu misericordia: *Qui Mariam absolvisti et latronem exaudisti mihi quoque spem dedisti*; no nos dejéis, pues, burlados en nuestras esperanzas.

Es, verdad, lo sabemos y lo confesamos con dolor, que no somos dignos de tanta gracia, porque nunca será justificado que sean arrojadas las margaritas á los puercos: *Preces meae non sunt dignae; sed tu bonus fac benigne, ne perenni cremer igne*; pero apelamos á tu bondad que no reconoce límites, ni fronteras, ni aledaños para librarnos del fuego eterno; nos acogemos á tu misericordia infinita para que, cuando hagais aquella separación decisiva y sempiterna entre los buenos y los malos, como el pastor separa las ovejas de los cabritos; *Inter oves locum praesta, et ab haedis me secuestra, statuens in parte dextra*; os dignéis, Señor, colocarnos á vuestra diestra, y de llevarnos con vuestros escogidos; confiamos en Vos que, cuando confundáis á los malvados y los arrojéis al fuego eterno, nos llamaréis y pondréis á vuestro lado para conducirnos á la felicísima mansión de vuestro reino. *Confutatis maledictis, flammis, acribus addictis, voca me cum benedictis.*

Esto, Señor, os rogamos; esto, Señor, os pedimos con corazón verdaderamente compungido y humillado; que os encarguéis Vos de nuestro fin postrero, de nuestra suerte futura, de nuestra defensa, en suma, en aquel terrible juicio para que podamos oír de vuestros labios la consoladora sentencia de nuestra eterna salvación. *Oro supplex et acclinis, cor contritum quasi cinis; gere curam mei finis.*

¡Oh, hermanos míos, qué día tan tremendo el día aquel en que el hombre se levante del polvo de la tierra, para comparecer ante el tribunal de Cristo y recibir sentencia de salvación ó de condenación! *Lacrymosa dies illa, qua resurget ex favilla judicandus homo reus.* ¡Ah! roguemos, hermanos míos, y roguemos con fervor, ahora y en todo momento, para que Jesús, Juez de vivos y de muertos, se apiade de nosotros en aquel día y, perdonando á tiempo todas nuestras culpas, nos conceda misericordiosamente el descanso eterno. *Huic ergo parce, Deus: pie Jesu Domine, dona eis requiem.* AMEN.



DOMINICA SEGUNDA DE ADVIENTO

Sobre la misión especial de Jesucristo para con los pobres



Sobre la misión especial de Jesucristo para con los pobres

Pauperes evangelizantur.
(Math. IX, 5.)

Ilustrísimo Señor:

Uno de los caracteres que distinguen la misión de Jesucristo de la que recibieron otros divinos *enviados* es la universalidad. Mientras que éstos recibieron solamente el encargo de presidir y de guiar á un solo pueblo, como Moisés y Josué; ó de imponerse á un *vecino* molesto, como Sansón; ó de fundar una monarquía, como Samuel, ó de anunciar cosas prósperas y adversas, como los videntes; Jesucristo fué enviado al mundo por su Padre *por todos y para todos*; es decir, para redimir lo que estaba en pleito, para rescatar lo que padecía servidumbre, para buscar lo que se había perdido, para sanar lo que se hallaba enfermo, para salvar lo que había perecido ó, como dice San Pablo en gráficas palabras, “para restaurar todas las cosas en los cielos y en la tierra por El mismo,” *Instaurare*

omnia in Christo, sive quae in coelis sive quae in terris sunt in Ipso (1). Y como todo en el mundo estaba enfermo, desquiciado y corrompido, lo mismo en el orden de las ideas que en el orden de los hechos, merced al quebranto profundo que padeciera el hombre en su corazón y en su inteligencia, por consecuencia del pecado de origen; de aquí que la misión de Jesucristo no se extendiera solamente á reparar estas ó aquellas deficiencias, imperfecciones y desórdenes, como hemos dicho que hacían los profetas y otros enviados especiales, sino á toda imperfección, á todo desorden, á toda corrupción, á toda ignorancia, á toda flaqueza y miseria á que los hijos de los hombres se habían hecho acreedores en pena de su pecado. Por eso dice San Lucas: "Vino el Hijo del Hombre á buscar y hacer salvo lo que había perecido„. *Venit Filius Hominis quaerere et saluum facere quod perierat*. (2)

Así lo dijo, así lo confesó también el mismo Jêsucristo. Erase al principio de su predicación y vida pública, cuando se le presentaron dos discípulos del Bautista y le dijeron: "¿Eres tú el que ha de venir ó hemos de esperar otro?„ *¿Tu es qui venturus est, an alium expectamus?* (3) Y Jesús les contestó: "Andad y decid á Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados„: que es como si les dijera; andad y decidle que yo me ocupo de todo, absolutamente de todo, del cuer-

(1) Apost' ad Eph. I, 10.

(2) Luc. XIX, 10.

(3) Math. XI, 3.

po y del alma, del corazón y de la inteligencia; decidle que corrijo todos los abusos, que desfago todos los entuertos, que derramo bálsamo sobre todas las heridas, que remedio todas las necesidades, que consuelo todos los infortunios; decidle, en una palabra, que estoy sentando los fundamentos ó sillares para levantar el edificio de la felicidad temporal y eterna de los pueblos y de los individuos. *Euntes, renuntiate Joanni quae audistis et vidistis. Caeci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur.* (4)

De aquí, de este pasaje tan interesante y hermoso del Evangelio de este día, han tomado ocasión y pretexto los más eminentes oradores sagrados, para demostrar la divinidad de Jesucristo ó de su Iglesia. Yo, el más inútil é incapaz de todos, voy á abordar otro tema más sencillo: atento única y exclusivamente al último de los argumentos ó extremos con que Jesucristo demostró á los discípulos de Juan su misión divina, *pauperes evangelizantur*; voy á poner de relieve *el inmenso beneficio de que son deudores los pobres á Jesucristo, por consecuencia de su vida pobre y humilde.*

Pidamos antes las gracias que hemos de menester para proceder con acierto y con provecho.

AVE MARIA.

(1) Math. XI, 5 et 6.

— ¡Qué triste, qué desgraciada fué, señores, la condición de los pobres en los tiempos de allende la cruz! Afligidos y angustiados bajo la pesadumbre de sus propias necesidades y miserias, lo eran más todavía por el desprecio con que eran mirados y por los atropellos de que eran víctimas por parte de las clases acomodadas y opulentas. Espanta y horroriza el concepto que tenían de la pobreza y de los pobres aquellas degeneradas sociedades, y si no fuera porque nos lo cuentan autores y libros nada sospechosos, apenas podríamos dar crédito á sus monstruosas aberraciones y delirios. Llamaban á la pobreza *turpis egestas* y, en su consecuencia, los príncipes la oprimieron con sus leyes, los filósofos la condenaron en sus doctrinas, los ricos la insultaron con sus arrogancias é irritantes despotismos, y *todo el mundo* parece como que se conjuró y se dió la mano para execrarla y maldecirla.

Oid, oid algunas de las sentencias que inspiró la pobreza á los más sabios filósofos del paganismo. El divino Platón miraba al hombre como un *animal inmundo*, y decía que la república debía procurar con empeño el librarse á todo trance de esta plaga (1). Cicerón aconsejaba que no se diese limosna sino en cantidad muy insignificante y pequeña, y solo al pobre que fuese agrade-

(1) De leg. dialog. II.

(2) De offic. II, párrafo 54-64.

cielo (2). Mal hace decía Plauto, quien dá de comer al mendigo; pues pierde lo que dá, y solo consigue con ello prolongar los padecimientos de un desgraciado:

Male meretur qui mendico dat quod edat;

Nam et illud quod dat, perit,

Et illi producit vitam ad miseriam (1).

Así sentían, señores, y así hablaban y enseñaban los más sabios preceptores de la humanidad, y como todo lo que se sostiene en el terreno de las ideas, luego al punto se refleja en el terreno de los hechos, sucedió lo que necesariamente tenía que suceder; es decir, que la pobreza era mirada con horror, con aversión y con asco, y los pobres considerados y tratados de la manera más cruel y despiadada. Abrid, abrid las páginas de la historia evangélica y veréis al mendigo Lázaro, yaciendo á las puertas del rico, cubierto de llagas y demandando con acento quejumbroso las migajas que caían de la mesa de aquel, y ninguno se las daba (2). Levantad la losa del panteón donde yace sepultado el paganismo con todos sus desvaríos y excesos, y veréis, si, una sociedad brillante que derrocha y dilapida en diversiones y festines las sumas inmensas que Roma recauda de las provincias conquistadas y sojuzgadas á su imperio; pero junto á esa sociedad opulenta que fascina con el lujo de sus vestidos, con las prodigalidades de sus mesas, con la suntuosidad de sus palacios, con la magnificencia de sus jardines y con los escándalos y

(1) *Trinum. act. I, se. II.*

(2) *Luc. XVI, 20 et 21. Et erat quidam mendicus, nomine Lazarus qui jacebat ad januam ejus, ulceribus plenus, cupiens saturari de micis quae cadebant de mensa divitis et nemo illi dabat.*

crueledades de sus circos, hallaréis ¡qué contraste! una muchedumbre de esclavos, de ilotas, de pordioseros y vencidos que, hambrientos y desfallecidos, ó gimen bajo el látigo de sus señores, ó, amontonados en los ergástulos como fardos de inmunda mercancía, están esperando la hora de ser arrojados á las fieras para diversión y entretenimiento del populacho. Consultad, por último, los anales del imperio de los Césares y hallaréis una disposición bárbara, cruel, inaudita para evitar á los opulentos la desagradable vista de los mendigos. Cuando en Roma, dice un escritor de la vecina república, era tan grande la muchedumbre de los pordioseros que embarazaba el paso por las calles á los transeuntes, solían mandar los emperadores que los amontonasen en naves viejas é inservibles y que, una vez en alta mar, las hiciesen naufragar con toda su carga (1).

Ved aquí, señores, la triste suerte, la infeliz condición que cabía á los pobres de allende la cruz; no podían esperar ningún socorro, ningún alivio en sus necesidades, ni siquiera una palabra de consuelo. Aquellas sociedades antiguas, sugestionadas por el error y carcomidas por los vicios, eran frías, egoistas, desamoradas; desconocían la caridad, carecían de sentimientos humanitarios; mirábanlo todo bajo el prisma del más grosero positivismo y, en su consecuencia, eran gentes sin amor, como dice el Apóstol, *absque affectione*; y porque no amaban, carecían de cohesión, de unidad, de sincera alianza en lo interior y en lo exterior, *absque*

(1) Gaume, Catecismo de Perseverancia, tom. V. Lect. V, pág. 79.

foedere; y eran duras, despiadadas é inhumanas con todos los pobres, con todos los desgraciados, con los débiles y los vencidos, *sine misericordia* (1)

Así las cosas y sin que por ninguna parte brillara el menor rayo de esperanza que viniese á mitigar tanta desdicha; he aquí, hermanos míos, un suceso por demás misterioso y extraño. En lo más crudo del invierno, en la hora más crítica y pesada de la noche, en un lugar desmantelado y pobrísimo, y por toda compañía y cortejo dos bestias, un anciano y una joven doncellita; acaba de nacer un niño allá en la Judea, en las cercanías de Belén. ¡Pobre niño! No tiene cuna y está reclinado en un pesebre, no tiene mantillas y se cubre con unas pajas, tiritita materialmente de frío y recibe con agradecimiento el calor que le envían con su aliento las bestias que habitan el establo. ¡Cuánta pobreza, señores, cuánta humildad, cuánto desamparo! ¿Quién es ese niño rodeado al nacer de una pobreza tan espléndida? ¡Ah! es el Hijo de Dios, es el Verbo divino hecho carne, es el rey de reyes y el Señor de los que dominan. ¿No veis cómo baña su rostro la luz del cielo? ¿No veis cómo lo festejan los ángeles con cantares y músicas? ¿No veis cómo los pastores de las próximas majadas y los reyes de los países más lejanos se apresuran á ofrecerle sus regalos y presentes? Sí, es Dios: es Dios inmortal é invisible, engendrado en el seno del Padre antes que empezara á brillar el lucero de la mañana; y sin embargo aparece y se muestra revestido con los despojos de nuestra mortalidad y aparejado con todas

(1) Apost. ad Romanos I, 31. Insipientes, incompósitos, sine affectione, absque foedere, sine misericordia.

las flaquezas y miserias de nuestra propia naturaleza. Es el artífice del universo y soberano señor de todo cuanto existe en los cielos y en la tierra; y, sin embargo, ha escogido para nacer el lugar más miserable y pobrísimo. Es el arbitrio de todos los tiempos, pues todos caben en su eternidad con más holgura que una gota de agua en el océano; y, sin embargo, ha aparecido en la estación más cruda del año y en la hora más crítica y pesada de la noche. El es el *que fabricò la aurora y el sol*, el que vistió los cielos con los despojos de sus celestes atavíos, el que alumbraba con su luz espléndida los anchurosos ámbitos de la casa de su padre, *Lucerna ejus et Agnus* (1); y, sin embargo, ha escogido la oscuridad, las tinieblas de la noche, para aparecer en el mundo, para mostrarse á la vista de los mortales.

¿Porque, hermanos míos, este contraste? Porque ha escogido y asociado Jesús á su personalidad, en el primer instante de su nacimiento temporal, la oscuridad, la pobreza, el desamparo, el sufrimiento y todo lo que más aborrecían y detestaban los hombres?

Ved aquí, Señores, el misterio escondido en Dios desde todos los siglos. Jesús venía á consolar á la humanidad, á curarla de todas sus enfermedades y dolencias; y como la causa del deplorable y lastimoso estado en que se hallaba no era otra que la que produjera un día nuestra caída ó expulsión del celestial paraíso; es decir, el orgullo ó la soberbia de la vida; á él atacó Jesús. á él dirigió todos sus tiros, á él declaró, en su-

(1) Apoc. XXI, 23.

ma, guerra abierta y encarnizada. Y no colocándose en un campo neutral, como suelen hacer los cobardes; sino en el campo enemigo, en el campo enteramente contrario. “Nuestro divino Salvador, dice S. Gregorio, “opuso á nuestra vida antigua, alimentada en los vicios, la contrariedad de sus divinos preceptos; pues “así como la ciencia médica suele curar con el frío las “enfermedades provenientes del calor, y con el calor “las enfermedades causadas por el frío; así Jesús opuso á nuestros vicios y pecados virtudes enteramente “contrarias: humildad contra soberbia, largueza contra avaricia, castidad contra lujuria, paciencia contra ira, templanza contra gula, caridad contra envidia, diligencia contra pereza., (1) Y como El era el tipo, el modelo, el maestro á cuyo ejemplo habríamos de obrar un día nosotros; por eso se mostró franco, atrevido, abrazándose desde el primer momento con la humildad y la pobreza voluntaria, y batiendo al orgullo y la soberbia en todas sus manifestaciones y trincheras.

Pero contemplemos también á Jesús durante el curso de su vida, lo mismo privada que pública, y lo veremos igualmente declarado á favor de la pobreza y de los pobres, y haciendo la misma guerra que al nacer al orgullo y soberbia de la vida. Y para que podamos apreciar mejor el mérito de su abnegación y sacrificio,

(1) Sed coelestis medicus singulis quibusque vitiis obviantia adhibet medicamenta. Nam sicut arte medicinae calida frigidis, frigida calidis curantur: ita Dominus noster contraria opposuit medicamenta peccatis, ut lubricis continentiam, tenacibus largitatem, iracundis mansuetudinem, elatis praeceperet humilitatem. S. Greg. Hom. XXXII, in Evang.

pongamos un ejemplo. Si á nosotros se nos diera á escoger, antes de nacer, el padre que nos había de engendrar y la madre que nos había de parir, seguramente que escogeríamos al hombre más opulento y á la mujer más ilustre del mundo. Para qué? pues para darnos tono y lustre en la sociedad, para que todos nos envidiasen y temiesen como si fuéramos seres superiores, para que no hubiese honor, placer, distinción, honra y privilegio que no pudiéramos reclamar como cosa debida y, en fin, para ponernos al abrigo de toda necesidad, á cubierto de toda contingencia y miseria.

Pues bien, Señores, el Verbo Divino pudo hacer esto cuando sonó la hora de hacerse hombre para redimirnos y salvarnos; y sin embargo no lo hizo, para darnos ejemplo de humildad y de pobreza. Todos los hombres eran suyos, todas las mujeres, todas las riquezas, todos los palacios. Podía haber escogido la ciudadela de David y hubiera recobrado el trono de sus mayores, inicuamente usurpado por Herodes. Podía haber escogido el capitolio de los Césares y hubiera empuñado un día el cetro de todas las naciones. Podía haberse fijado en la pareja más ilustre que había en Babilonia la de los jardines colgantes, en Ninive la excelsa, en Persépolis la hija del sol, en Memfis la de los hondos misterios, en Atenas la cómica, en Jerusalem la ingrata y en Roma la grande, y sin embargo no lo hizo; antes bien despreciando todas esas dinastías, todas esas glorias mundanas, todo ese fausto, todo ese esplendor, escogió por padre y por madre ¿á quienes? á José y María; es decir, á un pobre artesano y á una joven doncellita. Es verdad que eran nobles,

es verdad que corría por sus venas sangre real, la sangre de cien reyes, la sangre de David y Salomón; pero ¿de qué podía valerles un derecho ya perdido, una nobleza ya caducada, unas glorias ya oscurecidas por los mil y mil desastres y verguenzas que había sufrido y tolerado su pueblo? Al presente eran pobres, vulgares, ordinarios y desconocidos; carecían de patrimonio, no tenían más que sus brazos para procurarse el sustento necesario, y aun así y todo no podían prometerse atender con holgura á sus necesidades. Por manera que ¡quién sabe, hermanos míos, si Jesús lloró alguna vez de hambre y de frío! ¡quién sabe si se vió en la necesidad imprescindible de coger las herramientas de su padre y trabajar como el obrero más infelice, para aumentar con su trabajo los medios de subsistencia! ¡quién sabe las angustias que pasó, los sudores que derramó, los disgustos que devoró en silencio y las estrecheces á que tuvo que acomodarse durante los 30 años de su vida retirada y oculta! ¡Ah! por todo eso pasaría y en todo se probaría el que había descendido á la tierra desde los espléndidos palacios de la gloria, para enjugar todas las lágrimas y consolar todos los infortunios; pues así como el que ha experimentado enfermedades y dolores, se compadece mas facilmente de los que lloran y padecen; así Jesús querría experimentar todas nuestras tribulaciones y amarguras, para que se acentuara mas y mas su infinita misericordia para con nosotros. Así lo da á entender la Sagrada Escritura, cuando dice que Jesús tomó verdaderamente sobre sí todas nuestras enfermedades y que cargó con todos nuestros dolores: *vere languores*

nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit; (1) y no los hubiera tomado ni cargado sobre sí, si no los hubiera sufrido, si no los hubiera experimentado en su naturaleza.

Demás de esto, vivió retirado, oscurecido; pasaba desapercibido entre las gentes como si fuera el último de los hombres, y siendo Dios é Hijo de Dios, era tenido por todos como el hijo del carpintero. ¿Que le hubiera costado hacer uso de su poder para rodearse de fausto, de comodidades y de riquezas, para convertir en palacio su humilde casita de Nazaret? Le hubiera costado menos, mucho menos que lo que le había costado el mundo, y el mundo le costó solamente una palabra. “El lo dijo y las cosas fueron hechas, El lo mandó y las cosas fueron creadas.” (2) ¿Que le hubiera costado confundir á diario á los jóvenes y ancianos de su pueblo con sus sentencias y la profunda sabiduría que poseía, (como había confundido un día en el templo á los sabios y doctores de la ley) para que así su fama volase por todas partes y adquiriese ascendiente sobre todos? Nada: le hubiera costado solamente abrir sus labios y poner en movimiento su lengua. Sin embargo, nada de esto hizo, de ninguna de estas cosas quiso hacer ostentación y alarde; para que todos le tuviesen como el último de los hombres, como el más ínfimo de todos los mortales. ¡Cuanta humildad, hermanos míos, cuanta abnegación, cuanto sacrificio!

Contemplémosle, por último, en su vida pública.

(1) Isai. LIII. 4.

(2) Ps. XXXII. 9. CXLVIII. 5. Ipse dixit et facta sunt, ipse mandavit et creata sunt.

Ha abandonado la casa de su padre, para consagrarse á la predicación de su celestial doctrina y á la busca de las ovejas descarriadas y perdidas, para volverlas al redil; y ya no tiene habitación donde refugiarse, ni lugar donde reposar su cabeza. "Las raposas tienen sus madrigueras, exclama S. Mateo, y las aves del cielo nidos, y entre tanto el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza.,. (1) Vedlo vagar sin descanso por las ciudades y los pueblos, por los campos y las aldeas, buscando enfermos que curar, ignorantes que instruir, pobres que consolar, vicios que destruir, virtudes que edificar, y acompañado siempre de la plebe; es decir, de la clase más baja de la sociedad, á cuyos usos y costumbres se acomoda. Trata de asociar á su ministerio á algunos hombres, para que continuen después de él su misión, para que sean un día los heraldos que extiendan y propaguen su doctrina y sus ejemplos por las cuatro plagas de la tierra; y se olvida de los fariseos, de los escribas; se olvida de todos los sabios y poderosos del mundo, para escoger á doce hombres, pescadores de oficio, pobres é ignorantes. Cierta día, dice en parábola, celebró un banquete para obsequiar á sus amigos, y habiéndose excusado estos de acudir por desafecto al invitante, llamó á sus criados y les dijo: "Deseo que se llene mi casa de convidados, y pues los que estaban invitados no han querido venir, salid á las plazas públicas de la ciudad y á las encrucijadas de los caminos, y traedme pronto aquí ¿á quién?

(1) Math. VIII, 20 Luc. IX, 58. *Vulpes foveas habent, et volucres coeli nidos: Filius autem Hominis non habet ubi caput reclinet.*

á los pobres y á los enfermos, á los ciegos y á los inválidos“, *pauperes ac debiles, caecos et claudos introduc huc* (1). Con estos quiere llenar su casa y rodear la mesa de su banquete; porque no quiere nada que no sea débil, nada que no lleve su carácter, nada que no lleve la pobreza por librea y la enfermedad por divisa. Muere, por último, entre los insultos y execraciones de un pueblo malvado y deicida, y le recibe por lecho una cruz y por sepultura un sepulcro prestado.

Ved aquí, hermanos míos, cuál ha sido el modo de ser de Jesús, su nacimiento temporal y su vida privada y pública; es decir, un ejercicio constante de humildad y de pobreza y una condenación continua del orgullo y soberbia de la vida. Lo hemos observado atentamente, le hemos seguido paso á paso desde Belén hasta el calvario, y hemos podido apreciar que lo que más brilla en El, lo que más le caracteriza y le distingue, más que su poder de hacer milagros, más que la elocuencia y sublimidad de sus discursos, es el aprecio y estimación que siempre hizo de la pobreza y de los pobres.

En vista de esto, ¿quién se quejará ya de ser pobre? ¿quién, por el contrario, se jactará y enorgullecerá de ser rico? ¿quién mirará ya la pobreza con aquel horror y desprecio con que un tiempo la miraron y la trataron los antiguos? Si el Hijo de Dios la amó hasta el punto de hacer de ella su compañera inseparable; si la levantó de la abyección y abatimiento en que las gentes la tenían, para dignificarla en su misma personalidad

(1) Luc. XIV, 21.

divina; si la prefirió á sus contrarias la riqueza y el fausto, precisamente por lo que tenía de humilde, precisamente por lo que tenía de amarga y repulsiva, á fin de quitarle su sabor antiguo y hacerla un poco más tolerable y llevadera: ¿quién que se precie de ser discípulo de Cristo no considerará como un deber, como una obligación ineludible y estricta, el tributar culto á esa condición, bien practicándola voluntaria y libremente como la practicó nuestro Salvador Divino, bien derramando consuelos y recursos en el corazón y en las manos de aquellos que, por especial providencia de Dios, forzosamente la padecen? ¿Quién, en fin, será tan insensato y tan enemigo de sí mismo que, á pesar de los bellos ejemplos que nos ha dejado Jesús, todavía sienta aversión hacia los pobres y su corazón permanezca impasible y endurecido como un marmol á la vista de sus necesidades y miserias?

¡Ah, señores! preciso es reconocerlo, preciso es confesarlo. Después que Jesús pasó por el mundo como un pobre de solemnidad, acompañado siempre de pobres y tributando incesante culto á la pobreza, no hay duda que ha cambiado notablemente, inmensamente, *infinitamente* la condición de todos los que lloran y padecen; no hay duda que se ha reformado radicalmente el concepto que las gentes tenían de la pobreza, y que allí donde ha influido el espíritu de Cristo, se han despertado siempre los más bellos sentimientos de compasión y de humanidad para con ellos; no hay duda, no, de que con la más esquisita solicitud y maternal cariño se han enjugado muchas lágrimas y consolado muchos infortunios.

Lo que no ha llegado á encarnar todavía en el seno de las sociedades, á pesar de que hace ya 19 siglos que se les predicán las mismas doctrinas y se les señalan los mismos ejemplos, es su imitación; es decir, la aceptación voluntaria de la pobreza. Eso, no. Por el contrario, cada día se nota en ellas mayor fiebre de fausto y de riquezas. Hoy como ayer y mañana como hoy, todo se traduce entre las gentes en estas tristes y desconsoladoras palabras: *subir y más subir, crecer y más crecer*. Los pequeños quieren ser grandes, los grandes quieren ser mayores, y los mayores... yo no sé ni ellos saben tampoco lo que quieren ser. De casi todos podría decirse lo que dijo Dios de los que construían la torre de Babel; „que su soberbia va siempre en aumento“, *superbia eorum ascendit semper* (1) ¿No lo veis? ¿no veis cuanto se trabaja y se negocia y se intriga por adquirir un puñado de oro, que *el orin y la polilla enmôhecen* y los ladrones desentierran y roban? ¿No veis que el que tiene *cuatro* suspira por tener *ocho*, y el que es dueño de *ocho* quisiera tener el doble, y el que está ahito de riquezas, todavía no da paz á la mano, en su afán de acapararlo todo y hacerse dueño de todo? ¿No veis cuántos cuidados ponen las gentes en conservar, ya que no en mejorar su posición, para evitar que llegue un día en que les falte un pedazo de pan que llevarse á la boca, y un vestido modesto con que cubrirse, y un albergue bajo techumbre donde recogerse para dar á su cuerpo el descanso necesario? ¡Ah, hermanos míos, qué contraste entre nuestra conducta y

(1) Gen. LXXIII, 23.

la conducta de Cristo! Mientras que Él tuvo que hacer un milagro para ser pobre, nosotros, por el contrario, haríamos, no uno, sino ciento para ser ricos. ¡Así es como imitamos á Jesús, así es como seguimos sus ejemplos y enseñanzas!

Pero no temáis, cristianos, no temáis; que no vengo hoy á lanzar anatema sobre lo que tenéis y poseéis. Si todos os desprendiérais de vuestros intereses ¿para quién serían las cosas que Dios ha criado? Y Dios las ha criado para vosotros, como á vosotros os ha criado para Cristo. *Omnia vestra sunt, vos autem Christi* (1). Lo que sí os recomiendo y aconsejo y os mando es que hagais un uso recto y un empleo digno de vuestras riquezas; quiero decir, que después de haber cubierto con ellas vuestras necesidades con aquella moderación que nos aconseja San Pablo cuando dice: *et qui utuntur hoc mundo tamquam non utantur*, y los que usan de las cosas de este mundo como si no usasen (2); os acordéis de los pobres y derramáis en sus manos lo supérfluo, convirtiéndoos en padre y providencia de ellos.

Por eso voy á terminar mi discurso, como terminó su conferencia sobre el *egoísmo* uno de los más célebres oradores contemporáneos (3). "Cuando al terminarse el mes ó el año veáis que llegan á vuestras manos rentas y más rentas, ganancias y más ganancias, fruto de vuestros trabajos y sudores, bendecid á Dios; pero que salga al mismo tiempo de vuestro pecho este

(1) I ad Cor. III 22 et 23.

(2) I ad Cor. VII, 31.

(3) P. Victor Van Tricht. *Conf. sobre el egois.* á la conclus.

“grito propio de todo buen cristiano: Mi parte para mí; pero también para los pobres la suya. Cuando entréis en vuestros suntuosos salones, adornados con tanto gusto y provistos de tanto *confort* como hoy se estila; pensad que hay pobres sin albergue donde recogerse, bendecid á Dios; pero decid al mismo tiempo: Mis salones para mí; pero también morada para los pobres. Cuando vayáis á sentaros á vuestras mesas, tan abundantes y provistas de manjares exquisitos, donde vuestros estómagos van á quedar completamente satisfechos; pensad que hay pobres que están pasando hambre y decid: Para mí este banquete; pero ¡Dios mío! que tengan pan los pobres, siquiera pan. Cuando veáis á vuestras esposas y á vuestras hijas adornarse con esas alhajas tan costosas, y esos trajes tan vistosos y llamantes que la moda confecciona, acordaos que hay pobres que van harapientos y medio desnudos; bendecid á Dios y exclamad: Para mí este lujo, este fausto, este esplendor; pero también para los pobres un vestido, un vestido siquiera. Cuando oigáis á vuestro alrededor las risas y el dulce murmullo de vuestras fiestas, no olvidéis que hay pobres que están llorando bajo la pesadumbre de sus miserias y necesidades y decid: Para mí esta fiesta; pero también un poco de alegría para los pobres.”

“Un día, señores, veréis delante de vosotros el huésped inevitable, la muerte. Quizá os ocuparéis de la pompa de los funerales, para que vuestro cuerpo vaya á la sepultura con los mismos honores que le tributasteis en vida; mas al hacerlo, acordaos también de los pobres y exclamad: un catafalco y un

“funeral de primera para mí: pero siquiera, siquiera una misa y una caja para los pobres..”

Así imitaréis á Jesús, ya que no en la pobreza, por lo menos en el amor y en la compasión hacia los pobres; y Aquel que ha prometido no dejar sin recompensa un simple vaso de agua dado en su nombre, os premiará, ciñendo vuestras sienes con la corona inmarcesible de la gloria. Así SEA.



DOMINICA TERCERA DE ADVIENTO

Sobre la grandeza y dignidad del cristiano

DOMINICA TERCEIRA DE AVALIAMENTO

Relatório da Comissão de Avaliação e Acompanhamento



Sobre la grandeza y dignidad del cristiano

Tu quis es?... Quid dicis
de te ipso.

(Joan. I, 19 et 22.)

Ilustrísimo Señor:

En aquel tiempo en que Juan Bautista, precursor del divino Mesías, recorría las comarcas de Judea y Galilea en cumplimiento de la misión que recibiera del cielo, era tal el brillo y resplandor que sus virtudes difundían por doquier y tal y tan grande el ruido de sus portentos y maravillas que, celosos los judíos de que fuese el Mesías esperado, le enviaron una embajada con el fin de enterarse y salir de dudas.

Partió, pues, la comisión en busca del Bautista, como refiere el evangelio de este día, y una vez en presencia del Precursor, le dicen: "Maravillado de tu doctrina y de tus obras nos envía el pueblo á preguntarte: *Tu quis es? quid dicis de te ipso?* Eres acaso el Cristo á quien esperamos?„ Alarmado el Bautista al oír una pregunta que en tanto peligro ponía su humildad y que en parte deprimía la grandeza del Salvador del mundo, contestó sin vacilar: "no, mil veces no, yo

no soy el Cristo, no soy el deseado de las gentes; á su lado no soy otra cosa que un pecador indigno de soltar la correa de su zapato. El solo es grande, El solo altísimo, El solo Señor de los cielos y de la tierra.,

“Entonces, replican ellos, serás Elías, ó Jeremías ó alguno de los profetas? No, tampoco soy Elías, ni Jeremías, ni ninguno de los profetas. Pues, ¿quien eres? dignate contestarnos de una manera categórica y afirmativa, para que así podamos informar sobre tu persona á los que nos han enviado á tí., (1)

Ahora bien, Señores y hermanos míos, si esta pregunta que los judíos hicieron á San Juan Bautista la hiciéramos á muchos de los cristianos de nuestros días; si ¿quien eres? preguntáramos á muchos que en la sociedad gozan de cierto prestigio y alardean de cierta ilustración; con seguridad que no sabrían contestarnos, porque su ciencia es harto superficial para poder profundizar problemas tan difíciles como el del propio conocimiento; porque nada saben ó saben muy poco respecto á su origen, todo divino y celestial, mal que les pese á los modernos filósofos materialistas; porque nada saben ó saben muy poco acerca de la grandeza de su cuerpo en el que se reúnen como en un mundo pequeño “micróscomos,” las maravillas de la creación: no conocen la hermosura de su alma cria-

(1) Joan. I. 19, 20, 21 et 22. Miserunt Judaei ab Jerosolymis Sacerdotes et Levitas ad eum (Joannem) ut interrogarent eum: Tu quis est? Et confessus est et non negavit: et confessus est: Quia non sunt ego Christus. Et interrogaverunt eum. Quid ergo? Elias es tu? Et dixit: non sum. Propheta es tu? Et dixit non. Dixerunt ergo ei. Quis es, ut responsum demus his, qui miserunt nos? Qui dicis de te ipso?

da á imagen y semejanza de Dios, redimida después con la sangre de Jesucristo, y por tanto están muy lejos de comprender toda la gloria y toda la grandeza que en sí mismos encierran, viniendo á cumplirse en ellos lo que dijo el Salmista: *Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis* (1).

Por eso, sin duda, la primera lección que el gran Sócrates enseñaba á sus discípulos, era la del propio conocimiento. *Nosce te ipsum*, les decía, conócete á tí mismo, indaga quién eres, de dónde vienes y á dónde vas, para qué has sido puesto en el mundo, *nosce te ipsum*; y por eso también yo, dejando á un lado cualquiera otro asunto, me voy á ocupar en esta mañana de lo que somos, de lo que es el hombre, no precisamente de lo que es por la naturaleza; sino más bien de lo que es por la gracia y el bautismo. *Tu quis es? quid dicis de te ipso?* Quienes sois? Qué decís de vosotros mismos? sois cristianos? Pues de vuestra grandeza y dignidad voy á hablaros.

Para hacerlo con acierto y con provecho necesitamos los auxilios de la gracia. Pidámosla por la intercesión de la Virgen, Madre de Dios, saludándola con las palabras del Arcángel

AVE MARIA.

(1) Ps. XLVIII, 13 et 21.



Hase dicho con sobrada razón que la maravilla más grande que puede ofrecernos la creación es el hombre saliendo de las manos del Criador y reuniendo en sí, como en un mundo pequeño, los esplendores de este vasto universo; y sin embargo con ser tal y tan grande esta maravilla, aun hay otra incomparablemente mayor; sabéis cuál es? pues es el mismo hombre regenerado por el bautismo, es el mismo hombre revestido de la gracia, es el cristiano en cuyo corazón habita el Dios tres veces santo y en cuya alma brillan esplendores que empequeñecen y aun eclipsan los esplendores de la creación: de modo que aquellas palabras que dijo el profeta Isaías después de pesar el mundo con la balanza de su espíritu: "Todas las criaturas juntas, á los ojos del Señor, son como si no fueran," (1); pudo decir las en aquellos siglos en que los hombres, con ser tan grandes por su naturaleza, podían compararse menos con Dios que una gota de agua con las inmensidades del Océano, ó un grano de arena con todo el globo de la tierra; mas no ahora en que por la divina misericordia, se alteró el precio y valor de los hombres; pues, como dice el Apóstol San Pedro: "Dios nos redimió de la esclavitud del demonio y del pecado, no con oro ni con plata; sino con la sangre preciosísima de su Hijo

(1) Isai. XL, 17. Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram Deo, et quasi nihilum et inane reputatae sunt ei.

Jesucristo, haciéndonos dignos de su estimación.,(1).

De suerte, hermanos míos, que cada uno de nosotros vale hoy, por gracia, más de lo que valieron todos los hombres juntos antes de la redención. Ya no es nuestro precio el oro, ni la plata que producen las minas de Ofir, ni las perlas y piedras preciosas de la India; no las ciudades ni los reinos que el rey Darío daba al gran Alejandro en rescate de su mujer y de sus hijas; el precio del cristiano es la sangre, es la vida de todo un Dios, hecho hombre por nuestro amor.

Es cierto que al nacer venimos á este mundo en estado tan lastimoso que bien podemos decir con el Profeta: "Como si no fuéramos, así somos en la presencia del Señor,;" pero una vez que las aguas regeneradoras del Santo Bautismo corrieron sobre nuestra frente, la gracia santificante envolvió de tal modo nuestro ser, que en el mismo momento y en lo más alto de los cielos fuimos reconocidos como *hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo*.

Sí, hijos de Dios; y no de un Dios muerto, ni de ídolos mudos, ni de la carne, ni de la sangre; sino hijos de Dios vivo: *Filii Dei viventis*; de Aquel de quien dijo Jesucristo al partir de este mundo "voy á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios, (2); de Aquel de quien decía San Juan á los primeros cristianos: "Considerad la gran caridad que el Padre celestial ha usado con nosotros. Ha querido que nos

(1) I Petr. I, 18 et 19. *Scientes quod non corruptibilibus auro vel argento redempti estis.... sed pretioso sanguine quasi agni immaculati Christi.*

(2) Joan. XX, 17. *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum.*

llamemos hijos suyos y que, en efecto, lo seamos, *ut filii Dei nominemur et simus* (1). Sí, pues, somos hijos, también herederos, herederos de la gloria, destinados á sentarnos un día en el trono que Dios nuestro Padre nos tiene preparado en el cielo.

No me digáis que con el dulce nombre de Padre tan lleno de amor y de ternura pueden llamar á Dios todas las criaturas, ya que de su fecundo seno ha tenido origen todo cuanto existe. Es verdad que todas tienen derecho á llamarle padre y todas en su virtud proclaman su paternidad cada una en su lenguaje; el león, por ejemplo, le saluda con sus rugidos en las soledades del desierto, mientras que los pajarillos, posados sobre el pimpollo de una flor, la celebran con sus inimitables arpegios; pero su hijo predilecto, el hijo de su ternura, el solo por quien ha derramado la sangre de sus venas, el heredero de su felicidad y de su gloria, es el cristiano.

Ahora bien; hermanos míos, si el hombre recuerda con orgullo los gloriosos nombres de sus antepasados, si los descendientes de antiguas y nobles stirpes se esfuerzan en hacer subir sus genealogías á los más remotos siglos; ¿quien como el cristiano tiene títulos para envanecerse, toda vez que entre las genealogías ilustres y entre los nombres célebres no se encuentra ni se puede encontrar genealogía más ilustre, ni nombre más célebre y glorioso que el de Dios?

Buscad entre aquellos héroes que tantos días de gloria dieron á su patria; buscad entre los salvadores

(1) . Joan. III, 1. Videte qualem charitatem dedit nobis Pater ut filii Dei nominemur et simus.

de nuestros reinos, entre aquellos antiguos caballeros que tan gloriosamente sucumbieron en los campos de batalla; registrad nuestros fastos militares, artísticos y literarios; pasad revista á todas nuestras glorias nacionales y decidme ¿tienen algo que ver tanta gloria y nobleza al lado de un hijo de Dios? ¿son algo y significan algo todos esos pergaminos junto á la partida de bautismo de un cristiano?

La hija de un Luis, rey de Francia, creyéndose ofendida por una dama de su servicio, que sin duda no quería acceder á los depravados deseos de la infanta, la dijo ésta llena de indignación: "mirad que soy la hija de vuestro rey," á lo que la dama contestó: "y vos, princesa, acordaos que soy hija de vuestro Dios," y en presencia de Dios, nada son los hijos de los reyes con todas sus glorias y grandezas. Lenguaje divino que debiera salir con frecuencia de nuestros labios, sobre todo cuando el príncipe de las tinieblas pretende hacernos caer en el pecado.

Hay más: el cristiano no solo es hijo de Dios, sino también hermano de Jesucristo.

No tanto porque tomó una naturaleza semejante á la nuestra, sino porque siendo ambos á dos hijos de Dios, necesariamente son hermanos entre sí. Y es esto tan cierto que el Apóstol de las gentes afirma que en virtud de esta filiación, el mismo Jesucristo nos ha asociado á todos sus derechos, haciéndonos coherederos de su reino: *coheredes autem Christi* (1).

Sí, somos hermanos de Jesucristo, porque lo mismo

(1) Ap. ad Rom. VIII, 17.

que Él somos hijos de Dios: no hay más que una diferencia, y es que, mientras Jesucristo es hijo de Dios por naturaleza, nosotros lo somos por adopción, según aquello de San Pablo: "El Padre celestial se escoge hombres á quienes adopta por hijos en el Bautismo para que su Hijo Eterno sea primogénito entre muchos hermanos.,. *Ut sit ipse primogenitus in multis fratribus* (1).

Jesucristo es el primogénito de todos los cristianos, es nuestro hermano mayor que está al frente de nosotros, y nosotros somos sus hermanos menores. ¡Feliz hermandad! ¡Hermandad llena de consuelo! Pues si por la mayor desgracia que puede cabernos, perdemos la amistad de nuestro Padre celestial, *advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum* (2), tenemos en Jesucristo, nuestro hermano mayor, un mediador omnipotente, compasivo, cariñoso, que nos reconciliará con Él, presentando nuestro arrepentimiento cubierto con su sangre preciosísima.

¿Qué más? El Espíritu Santo, tercera y adorable persona de la augustísima Trinidad, al punto que el agua santa corrió por nuestra frente, entró en nuestro corazón que miró desde entonces como á su templo y bendito santuario; en él derramó á torrentes la gracia santificante, infundiéndole las virtudes teologales de fé, esperanza y caridad, con las demás virtudes y dones sobrenaturales, dejando nuestra alma tan pura y limpia que, al ver en ella la imagen del Criador como saliera de sus omnipotentes manos, la llama en los tras-

(1) Ap. ad Rom. VIII, 29.

(2) I. Joan. II, 1.

portes de su júbilo, hermana y hasta esposa suya: *soror mea sponsa* (1).

El es quien manda á los ángeles que, niños pequeños como somos, miren y velen por nosotros, tesoros de Dios y herederos de la gloria: *Angelis suis mandavit de te ut custodiant te in omnibus viis tuis* (2). Y en virtud de este mandamiento, un príncipe de la milicia celestial extiende sus alas de oro sobre la pequeña cuna en que descansamos y nos acompaña por doquier, siendo para nosotros luz en el camino que nos guía hacia nuestra patria, protector en los combates que sostenemos contra los enemigos de nuestra salvación, consolador en nuestras tristezas y pesares y defensor hasta en la suprema y decisiva lucha de la muerte.

Los cristianos somos también hijos de la Iglesia, razón por la cual esta anciana y veneranda madre en cuyo regazo se han mecido centenares de generaciones, levanta nuestras inteligencias y educa nuestros corazones; la inteligencia con las enseñanzas de la fé, y el corazón con las leyes del Señor y los preceptos del Evangelio. En la casa de Dios, nuestro Padre, suminístranos el alimento del alma, la oración, la palabra de Dios y los Sacramentos que fortifican nuestro espíritu para el día del combate, y nos comunica la vida de Dios mismo hasta el punto que cada uno de nosotros pueda decir con San Pablo: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (3).

(1) Cant. IV, 9.

(2) Ps. XC, 11.

(3) Ap. ad Galatas. II, 20. Vivo autem, jam non ego; vivit vero in me Christus.

Como hijos de tan ilustre madre pertenecemos además á la gloriosa familia de los patriarcas, apóstoles, mártires, confesores y vírgenes; á la familia de todos aquellos héroes y santos, cuyos ilustres nombres llenaron las historias, después de haber sido el pasmo y admiración del mundo por su virtud, santidad y sabiduría.

En fin, hermanos míos, estamos unidos por los lazos de un celestial parentesco con todo lo que hay de más grande en el cielo y en la tierra; nuestro porvenir bellísimo, puesto que es la herencia misma del cielo á donde fué Jesucristo, nuestro hermano, á prepararnos un lugar según sus mismas palabras *vado parare vobis locum* (1), ó por mejor decir, un trono y una corona. El testamento que nos asegura esta fortuna eterna, está firmado y rubricado con la misma sangre de nuestro Dios, y antes pasarán los cielos y la tierra, y la máquina del mundo vendrá á la nada de donde saliera, que dejarán de cumplirse tan sagradas promesas.

Ahora bien, hermanos míos, hay en la tierra gloria, hay grandeza alguna que con la nuestra pueda compararse?

Sin embargo, hay que confesar con harto sentimiento que muchos cristianos, hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo, no comprenden toda su nobleza y dignidad. *Homo cum in honore esset non intellexit*. No, no la comprenden; si la comprendieran, no llegarán al extremo de compararse á los animales que se arrastran á sus pies, ni

(1) Joan. XIV, 2.

se hicieran semejantes á ellos: *comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis*.

Hay muchos que se olvidan de su origen divino, y como si el ser hijos de Dios fuera deshonra, se apellidan hijos de la naturaleza, de la casualidad, ó producto natural de no sé qué elementos combinados: *Homo cum in honore esset non intellexit*. Otros han consignado por escrito que simplemente son hijos de la tierra, que han venido al mundo como los hongos al pie de un árbol, y han aguzado, cuanto han podido, su ingenio para probar que no son mas que bestias: *Comparatus est jumentis insipientibus*; y como todo lo que se sostiene en el terreno de las ideas, se refleja inmediatamente en el terreno de los hechos; han sujetado su alma inmaterial é inmortal á los sentidos materiales, y arrastrados por éstos á toda clase de placeres y deleites, han quedado en realidad de verdad convertidos en brutos: *Et similis factus est illis*.

Hermanos de Jesucristo, no solo desprecian tan glorioso título; sino que llegan á convertirse en sus más crueles é implacables enemigos. Por eso le injurian, por eso le blasfeman y traspasan sus leyes y preceptos; por eso se mofan de sus ministros, y desprecian sus sacramentos, y se rien de sus promesas, y no hacen caso de sus amenazas; por eso, en fin, le vuelven á crucificar en su corazón, como lo dijo el Apóstol de las gentes: *Rursus crucifigentes sibimetipsos filium Dei* (1).

Qué mucho que el mismo Jesucristo, dolorido y angustiado, más por la desgracia de ellos que por los

(1) Ap. ad Hebr. VI, 6.

ultrajes que le infieren, les dirija y nos dirija también á nosotros aquellas sentidas reconvenciones que dirigía al pueblo de Israel por boca de su profeta: *Popule meus, quid feci tibi aut in quo contristavi te?* (1) "Qué mal os he hecho ó en qué os he contristado para que tan malamente me tratéis?," ¿Será la causa el haberos sacado de la nada entre los millares de seres posibles que me hubieran servido con más fidelidad, y que hubieran empleado su vida entera en alabarme y bendecirme? ¿Será la causa el conservaros la existencia y la vida, el haber derramado la sangre de mis venas por vuestro amor, ó el haberme quedado en el sacramento de vuestros altares para servir de alimento á vuestras almas? *Popule meus..... responde mihi.*

Hermanos míos, ¡qué ingratos somos los cristianos! Cuando no debiéramos pensar en otra cosa que en la gloria de Dios nuestro Padre; de Jesucristo nuestro hermano y del Espíritu Santo que mira nuestras almas como á su templo y bendito santuario; ya lo veis, hay muchos que se avergüenzan de ser hijos de Dios, renuncian de Jesucristo y arrojan al Espíritu de su tabernáculo, profanándolo mil veces con el crimen.

Y ¿qué hay en lugar de este Dios de amor en el fondo de esos corazones? ¡Ah! *fode parietem*, os diré yo, como decía el Señor al profeta Ezequiel (2); taladra las paredes que cierran ese templo, abre las puertas de esos ingratos y criminales corazones y veréis ruinas horribles, llagas asquerosas, miserias extremas y enfermedades de muerte; en una palabra, veréis el espí-

(1) Mich. VI, 3.

(2) Ezeq. VIII, 8.

ritu del mal que, no contento con poseerlos y tiranizarlos, "toma otros siete espíritus peores que él y juntos fijan allí su morada," (1); el espíritu de soberbia, principio de todo pecado; el espíritu de avaricia que cierra el corazón á la misericordia; el espíritu de lujuria que trastorna el entendimiento y endurece el corazón; el espíritu de ira, de gula, de envidia y de pereza con toda la comparsa de inclinaciones malas y afectos desordenados, que convierten al hombre en bestia. De modo, hermanos míos, que aquella alma, antes tan rica, tan bella y digna por el grato conjunto de todas las virtudes que la adornaban, por los dones del Espíritu Santo de que estaba revestida y por los bienes y méritos de Jesucristo de que participaba; se ha convertido en una morada tan espantosa y horrible que bien podemos decir con San Lucas: *Et fiunt novissima illius pejora prioribus* (2). Los ángeles encargados de velar por esas almas, al ver la metamórfosis causada en ellas por la muchedumbre de sus pecados, derraman lágrimas amargas, lanzan gritos de dolor y, desplegando sus alas de oro, se remontan á las alturas de la gloria, diciendo entristecidos: *Curabimus Babilonem et non est sanata, derelinquamus eam* (3). Todos los esfuerzos han sido insuficientes para salvarla: *derelinquamus eam*, abandonémosla. Ahí tenéis ya al cristiano abandonado de Dios y abandonado de los ángeles.

Y qué? habéis meditado alguna vez en lo que significa el abandono de Dios? Pues echad, echad conmigo

(1) Luc. XI, 26.

(2) Ibid.

(3) Jer. LI, 41.

una ojeada sobre la Sagrada Escritura. Cuando el Señor, indignado por los pecados de Jerusalén, resolvió retirarle su amorosa protección y abandonarla al furor de sus enemigos, dice el profeta Amós, para pintar con un solo rasgo de su pluma la desolación á que quedaría reducida "que en todos los sitios y lugares de ella impondría el Señor un profundo silencio," (1); que fué como decir: tus casas ¡oh Jerusalén! están al presente llenas de ciudadanos, haciéndolas estremecer con locos bailes y gentílicas diversiones; pues Dios impondrá en ellas silencio y se verán convertidas en melancólicos y solitarios desiertos: un funesto silencio habrá en el santuario y enmudecerá el templo donde antes resonaban tan dulcemente los cánticos de David; en una palabra, el horror de la soledad y el silencio se posesionarán de tí por todas partes.

Un silencio semejante y tan funesto intima Dios, á mi modo de entender, á todo aquello que dentro y fuera del cristiano infiel y prevaricador pudiera despertar de su letargo, cuando abandona al infeliz. Hay v. g. excelentes confesores que expresen con mano hábil la podridumbre de profundas gangrenas?; pues Dios impone silencio en aquellos tribunales de penitencia. Hay predicadores que, valiéndose, ya de ruegos, ya de amenazas, pudieran inclinarle á reconciliarse con Dios?; pues Dios impone silencio en los púlpitos, diciendo: Predicadores, silencio: vaya éste en lo sucesivo á oír oradores que recreen sus oídos con armoniosos períodos sin hacerle compungir el corazón; de suerte que,

(1) Amos VIII, 3.

aunque quede admirado, no quede convertido. En fin, hermanos míos, *in omni loco projicietur silentium*.

Y abandonado de Dios y de los ángeles ¿qué ha de suceder al cristiano infiel y prevaricador? ¿qué? *et fiunt novissima illius pejora prioribus*. Comienza á perder el fruto hermoso de tan buena educación como recibiera al pie del altar santo; pierde su fé, su esperanza y su caridad; para él, como dice San Pablo, no hay más Dios que su vientre, *cujus Deus venter est* (1), ni más religión que el culto que rinde á sus pasiones, ni más cielo, ni más infierno que los goces de la tierra y las miserias y desgracias de la vida; porque de aquella vida divina de que antes participaba, de aquellos bienes que antes poseía, ya no le queda absolutamente nada. Su inteligencia, un día iluminada por los esplendores de la luz más pura, queda en tinieblas mucho más densas que las que envolvieron á Faraón y á todo su reino en los días de Moisés. Así se explica que pudiera proferir aquellas blasfemias, y enseñar aquellas doctrinas tan absurdas acerca de Dios, del hombre, del mundo; toda vez que un cristiano *caído* avanza hasta la locura del materialismo, del ateismo, del indiferentismo; á menos que, por un efecto más sorprendente todavía, no vaya á parar al hábito constante de la blasfemia, señal cierta de reprobación.

Separado de Dios, de la Iglesia y familia de los santos, ya no es su casa la casa de Dios. Si la frecuencia será muy poco y tal vez para mofarse de sus ministros, para burlarse de sus ceremonias, para hacerla,

(1) Apos. ad Philip. III, 19.

como dijo Jesucristo, *speluncam latronum* (1), cueva de ladrones, donde se roba la honra á Dios, la fé á las inteligencias y el amor á los corazones. No, no la frecuenta; pero entre tanto acude á las reuniones mundanas, al concilio de los pecadores, á los peligrosos espectáculos de la noche y, en fin, á aquellos lugares donde reina el enemigo de Dios, el tirano de las almas.

Y para el porvenir ¿qué podrá esperar este hijo pródigo? ¡Ah! no fué siervo fiel y prudente y el día de las justicias del Señor, cuando sus obras sean pesadas en la balanza del Eterno, la voz del ángel resonará por los espacios, repitiendo aquellas palabras que en la noche del festín de Baltasar y sobre la pared de la sala donde aquél se celebraba, escribió una mano misteriosa: *Appensus est in statera et inventus es minus habens*: (2) y en su virtud, el Juez de vivos y muertos, á quien tan insanamente despreciara, le sepultará en los más profundos abismos *donde todo es llanto y crujir de dientes* (3).

Hé aquí, hermanos míos, el verdadero estado del cristiano infiel y prevaricador.

Ahora bien, si Dios Nuestro Señor en su misericordia nos mandase un angel del cielo para que en su nombre nos hiciera la pregunta, que los Judíos hicieron al Bautista: *tu quis es? quid dicis de te ipso?* tú, quién eres? qué dices de tí mismo? ¿qué le contestaríamos? ¿Podríamos presentarnos á él con el vestido nupcial de la gracia y decirle, somos hijos de Dios, herma-

(1) Math. XXI, 13. Mar. XI, 17. Luc. XIX, 46.

(2) Dan. V, 27.

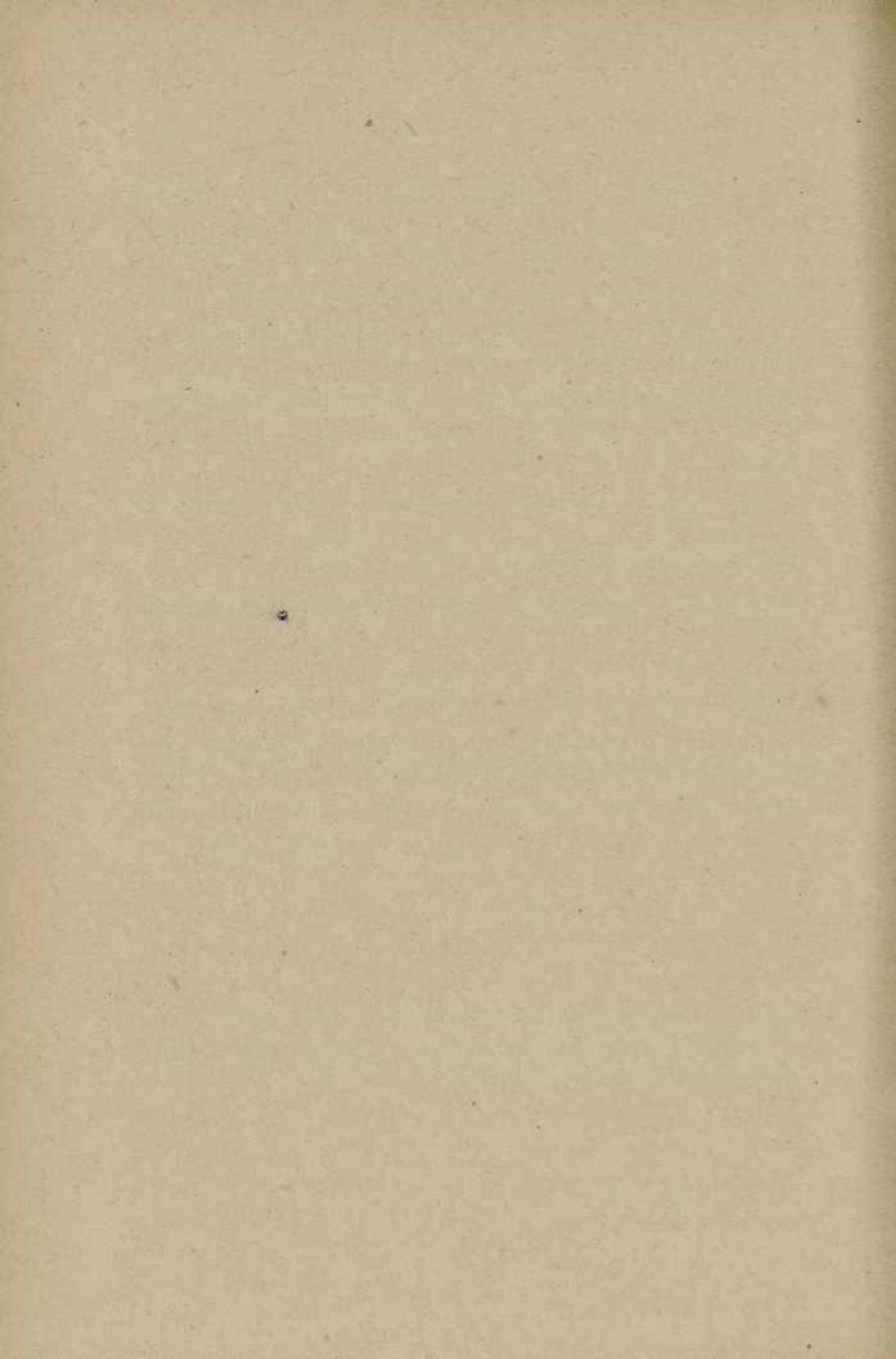
(3) Math. VIII, 12.

nos de Jesucristo, templos del Espíritu Santo, criados á los pechos de la esposa del Cordero, parientes muy cercanos de los ángeles y los santos y herederos de un gran patrimonio en las mansiones de la gloria?

¡Ah!, hermanos míos, no sé lo que me diga: hoy que el hombre tiende á dar rienda suelta á los desordenados apetitos de su cuerpo; hoy que en nuestra descreída sociedad se ofrecen públicamente miles de estímulos á todo lo malo; todo es de temer: probablemente nos veríamos obligados á contestar, llenos de temor, de confusión y de vergüenza que nada teníamos que ver con Dios, con Jesucristo y con su Iglesia. Por eso, hermanos míos, termino mi discurso, poniendo en mis labios estas hermosas y estimulantes palabras de San León: *Agnosce, christiane, dignitatem tuam*, reconoce, ¡oh cristiano! tu dignidad (1). Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, para mayores cosas habéis nacido que para ser esclavos de vuestras pasiones. Raza divina, arriba los corazones que la tierra es indigna de tí; para tí la regla de tus pensamientos, palabras y obras ha de ser la palabra de tu divino hermano Jesucristo: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto,” (2) y el día tremendo del juicio último, nos dirá el Padre: *tu es filius meus dilectus* y Jesucristo aquellas otras palabras no menos significativas y consoladoras: *Venite benedicti Patris mei possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi*. ASÍ SEA.

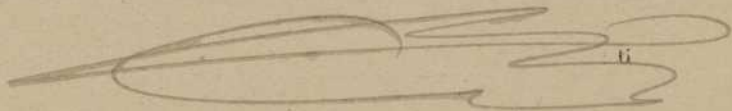
(1) Leo Serm. I de Nativit.

(2) Math. V. 48: *Estote ergo perfecti sicut Pater vester coelestis perfectus est*.



DOMINICA CUARTA DE ADVIENTO

SOBRE LA NECESIDAD DE LA PENITENCIA
COMO VIRTUD Y COMO SACRAMENTO





SOBRE LA NECESIDAD DE LA PENITENCIA COMO VIRTUD Y COMO SACRAMENTO

Et venit in omnem regionem Jordanis praedicans baptismum paenitentiae in remissionem peccatorum.

(Luc. III, 3.)

Ilustrísimo Señor:

En el año décimo quinto del imperio de Tiberio César, apareció en la Judea un hombre misterioso y austero, predicando la necesidad de la penitencia para la remisión de los pecados. Oculto desde muy joven en los solitarios bosques de la Palestina, vivió ignorado y desconocido de todos, hasta que sonó la hora, en el reloj de los divinos decretos marcada, para la realización del gran misterio de los siglos. Entonces abandonó sus soledades y vestido con áspero sayal, de pelos de camello tegido, recorría las riberas del Jordán, *predicando el bautismo de penitencia en remisión de los pecados*, y diciendo á las muchedumbres que le seguían, como decía Isaías profeta: "Voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor: haced

derechas sus sendas: todo valle se hundirá: y todo monte y collado será abajado: y lo torcido será enderezado y los caminos fragosos allanados: y verá toda carne la salud de Dios,, (1).

Conmovidas las turbas por las palabras de fuego que salían de sus labios, confesaban llorosas sus culpas y, bautizadas por él con las aguas de aquel misterioso río, quedaban perdonadas y purificadas de sus iniquidades.

¿Que quién era este hombre tan singular y extraordinario? Nos lo dice el discípulo amado de Jesús en el capítulo primero de su Evangelio: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes. Hic venit in testimonium ut testimonium perhiberet de lumine* (2). Era un hombre, enviado por Dios, llamado Juan, para dar testimonio de la luz, para presentar al mundo al Verbo encarnado y, como él mismo nos dice, para prepararle los caminos y las sendas, predicando á las gentes el bautismo de penitencia.

Ahora bien; á se nejanza de aquel *apóstol*, y aunque sin méritos para ello, también yo vengo en este día á predicaros á vosotros la misma palabra, el mismo bautismo de penitencia; toda vez que espiritualmente se va á repetir entre nosotros el advenimiento de aquel gran Rey y Señor, cuya próxima venida anunciaba el Bautista; y poniendo en mis labios sus mismas palabras, os diré: *Parate viam Domini: rectas facite semitas*

(1) huc. III, 4, 5 et 6. Vox clamantis in deserto: parate viam Domini: rectas facite semitas ejus: omnis vallis implebitur: et erunt prava in directa, et aspera in vías planas: et videbit omnis caro salutare Dei.

(2) Joan. I. 6 et 7.

ejus: "preparad los caminos del Señor, haced rectas sus sendas; porque el Señor está ya cerca... *Dominus enim prope est*. (1)

A este fin, os voy á manifestar la necesidad de la penitencia como virtud y como sacramento para la remisión de los pecados.

Pidamos antes los auxilios de la gracia, diciendo reverentes:

AVE MARÍA



(1) Apos. ad Philip. IV, 5.



Ilustrísimo Señor:

Antes de entrar de lleno en materia, conviene que sepamos qué es lo que se entiende por *penitencia*. La palabra *penitencia* se deriva de *pena* y *tener*; de modo que, propiamente hablando, significa tener pena. Puede considerarse de dos maneras, como virtud y como sacramento. Como virtud, no consiste precisamente en macerar el cuerpo con ayunos, abstinencias, cilicios, disciplinas y otras obras semejantes; sino más bien, como dice San Ambrosio, “en el dolor del corazón y en la amargura del alma por los pecados cometidos..”. Como Sacramento, fué instituído por nuestro Señor Jesucristo para perdonar todos los pecados cometidos después del bautismo y es, como dijo San Jerónimo, la segunda tabla después del naufragio.

Ahora bien; para recibir dignamente á Jesucristo, Señor soberano de los cielos y de la tierra, cuya venida está ya cerca, he ahí el ropage de que debemos revestirnos, he ahí la virtud con que debemos aparejarnos. Dios es un ser infinitamente puro, infinitamente santo y perfecto, y no tolera ni puede tolerar á su lado más que inocentes ó verdaderos penitentes. ¿Y quién de nosotros conserva la inocencia? ¿Quién de nosotros guarda todavía esa inmaculada vestidura con que nos cubrió el Espíritu Santo, al regenerar nuestras almas con las aguas del Bautismo? ¿Hay alguno, por ventura, que pueda decir como el divino maestro, *quis ex vobis*

arguet me de peccato? (1). ¿Quién es este y le tributaremos nuestras alabanzas? *¿Quis est hic et laudabimus eum?* (2) ¡Ah!, hermanos míos, con razón dijo el profeta coronado “que todo hombre es mendaz,” (3) y San Juan enseña que “el que dice que no tiene pecado, se engaña á sí mismo y falta á la verdad,” (4). Si, pues, hemos perdido la inocencia, ya no nos queda otra tabla de salvación á donde agarrarnos después del naufragio de la culpa, que la verdadera penitencia.

Así lo han reconocido siempre todos los hombres que han tenido conciencia de su fin y de los medios de llegar á él. ¡Oh y qué venerable y nunca interrumpida serie de predicadores de esta virtud nos presenta la historia de la religión en todos los siglos, para confirmación de esta soberana verdad! Noé fué el primero que levantó su voz por mandato de Dios para exhortar á los hombres á la penitencia y librarse de este modo de inminente castigo. Moisés mandó al perjuró que hiciera penitencia de su pecado para aplacar la ira divina. Jeremias, Ezequiel, Joel, Oseas, Jonás y Zacarías clamaban á los hijos de Israel y les decían en el nombre del Señor: “Convertíos á Mí, haced penitencia: abandonad vuestras sendas inicuas.” ¿Y qué? acaso el mismo Jesucristo no empezó la carrera de su predicación con estas mismas palabras? ¿Y estas palabras no pasaron de su boca á la de los apóstoles? ¿Qué otra cosa predicaba San Pedro á cerca de tres mil personas, sino que

(1) Joan. VIII, 46.

(2) Eccli. XXXI, 9.

(3) Ps. CXV, 11. *Omnis homo mendax.*

(4) I. Jean. I, 8. *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est.*

hicieran penitencia y recibieran el bautismo para la remisión de los pecados? (1) ¿No fué éste en sustancia el lenguaje de San Pablo y el de los demás apóstoles al anunciar la palabra de Dios sobre la tierra?

Bien sé yo, hermanos míos, que los herejes de los pasados siglos no sintieron bien de la penitencia, y que los modernos la miran como injuriosa á la cruz del Salvador, á su pasión y muerte. ¡Como si Jesucristo por su cruz y su pasión nos hubiese adquirido el derecho de vivir impunemente una vida muelle y regalada! Si así fuera, si la satisfacción de Jesucristo hiciera nula nuestra penitencia, si el precio infinito de sus méritos hiciera inútiles los nuestros, si es depresivo á su cruz mortificar nuestra carne ¿qué significan aquellas palabras del Salvador: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y venga en seguimiento mío?", (2). ¿Qué quiere decir San Pedro con aquellas otras: "Jesucristo padeciendo por nosotros nos dejó un bello ejemplo para que siguiéramos sus pasos?", (3) ¿qué pretendía el Apóstol de las gentes cuando decía: "Cumpro lo que falta de mi parte á la pasión de Jesucristo?", (4).

No, no hay remedio, hermanos míos, después de haber gustado el caliz de Babilonia, es decir del peca-

(1) Act. II, 38. Petrus vero ad illos: Poenitentiam agite et baptizetur unusquisque vestrum in nomine Jesuchristi in remissionem peccatorum vestrorum.

(2) Math. XVI, 24. Luc. IX, 23. Si qui vult post me venire abneget semetipsum, et tollat crucem suam et sequatur me.

(3) I. Pet. II, 21. Quia et Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus.

(4) Apos. ad Colos. I, 24. Et adimpleo ea quae desunt passionum Christi, in carne sua, pro corpore ejus, quod est Ecclesia.

do, es indispensable, ó perecer, ó beber del caliz de Jesucristo que es la penitencia. El Señor tiene en sus manos ese caliz con que brindó un día á los hijos del Zebedeo (1) y según el profeta rey, lo mueve de una á otra parte, lo mezcla y lo tempera según su beneplácito. Todos los verdaderos penitentes han bebido de él sin agotarlo, y beberán aun los venideros. Es verdad que Jesucristo bebió por todos las olas de la tribulación y del sufrimiento; pero aun quedan heces en el fondo de ese caliz, destinado para los pecadores de la tierra. *Calix in manu Domini vini meri plenus mixto, et inclinavit ex hoc in hoc, veruntamen faex ejus non est exinanita, bibent omnes peccatores terrae* (2) ¡Infelices de ellos si, animados del espíritu de penitencia, no aplacan la justa cólera de Dios que fulmina en sus escrituras las más terribles amenazas contra los negligentes y obstinados! todos los profetas levantan la voz contra ellos y el mismo Jesucristo anuncia que perecerán sin excepción: *nisi poenitentiam egeritis omnes similiter peribitis* (3).

Abrid los libros santos, depósito de las verdades y juicios del Señor, y veréis con extremecimiento que, desde los tres primeros pecadores del mundo, Adán, Eva y Caín, hasta la última página del antiguo testamento, en los libros históricos y morales, sapienciales y proféticos; es una verdad tristísima, pero elocuentemente demostrada, que todas las miserias, todas las desgracias, todas las calamidades, todos los azotes, con

(1) Math. XX, 22. Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum?

(2) Ps. XXIV, 9.

(3) Luc. XIII, 5.

que se ha visto afligida la humanidad; han sido castigos mandados por la divina providencia á los trasgresores de su ley que no hicieron penitencia. Así vemos que si Dios castiga al mundo con el diluvio, es por haber conculcado el mundo las leyes divinas y desoído las predicaciones de Noé, que le exhortaba á la penitencia. Si las ciudades nefandas de Pentápolis son reducidas á escombros y cenizas, es porque en ellas no existen solos diez justos, que hubieran bastado para aplacar la ira divina. Si Dios castiga con sumo rigor al pueblo de Israel en el desierto, los castigos cesan ante la súplica de su siervo Moisés, ó cuando, puesto Aarón entre los vivos y los muertos con el incensario en la mano, pide perdón para el pueblo prevaricador. Y si sobre los reinos de Israel y de Judá llueven á torrentes los males y las desgracias, fulminados en la ley contra sus trasgresores, es porque aquellos reinos, como dice Baruch "pecaron contra el Señor, no le creyeron y desconfiaron de El, no le obedecieron ni quisieron escuchar su voz, para caminar por los mandamientos que les había dado; antes todos corrieron tras las inclinaciones de su perverso corazón, sirvieron á Dios ajeno y obraron la maldad delante de Dios; sin querer oír la voz de los profetas que les exhortaban á penitencia,, (1).

Y viniendo á nuestros tiempos ¿á qué atribuíis vosotros esas desgracias, esas calamidades públicas que afligen hoy al mundo y al parecer sin esperanza de remedio;? ¿seréis vosotros de aquellos necios de quienes

(1) Baruch. I, 21 et 22.

habla Oseas que, cruzados de brazos, se dicen á sí mismos con la mayor estupidez: *quis est vir sapiens qui intelligat hoc, quare perierit terra?* (1) ¡Ah! hermanos míos, fuera dudas: la razón es bien trasparente, *quia dereliquerunt legem tuam*: hay calamidades porque hay pecados, y si el cielo se vuelve contra la tierra, es porque la tierra se levanta contra el cielo. Bien clara y terminantemente nos lo dice el Espíritu Santo. *miseros autem facit populos peccatum*, (2) el pecado hace miserables á los pueblos. Esto como principio general; y descendiendo á casos particulares, nos hace saber que si vemos el trastorno de los imperios, la caída de las monarquías, la convulsión y el desquiciamiento de los estados, la desmembración de territorios y otras desgracias semejantes, todo ese desconcierto proviene del pecado. *Regnum de gente in gentem transfertur propter injustitias et injurias et contumelias et diversos dolos* (3). Nos hace saber que si desaparecen las yerbas de nuestros prados, las mieses de nuestros campos y el fruto de nuestros viñedos al rigor de una prolongada sequía, es porque el pecado vuelve al cielo de bronce y á la tierra de hierro: *propter peccata vestra dabo vobis coelum desuper sicut ferrum et terram aeneam* (4) Nos hace saber que si la tierra, sacudida por violentos terremotos, entreabre sus profundas fauces y sepulta en sus entrañas ciudades enteras, ese impulso terrible que la hace estremecer, lo recibe del pecado; *Confrac-*

(1) Oseae XIV. 10.

(2) Prov. XIV, 34.

(3) Eccli. X. 8.

(4) Lev. XXVI, 19.

tione confringetur terra et gravabit eam iniquitas et corruet. (1). Nos hace saber que si los contagios, la mortalidad y las pestilencias truecan en vastos cementerios las más florecientes comarcas; es porque el pecado obliga á Dios á descargar sobre la tierra los terribles golpes de su pesada y vengadora mano: *Extendens manum percutiam te et populum tuum, peribisque de terra* (2). Nos hace saber, en fin, que estas y otras consideraciones sirvieron de estímulo á los penitentes de todos los siglos, para abrazarse con la virtud santa de la penitencia; y que el deseo de satisfacer por su parte á la divina justicia, les hizo emprender una vida austera y mortificada. Diganlo sino los habitantes de Betulia, los moradores de Nínive, los de Jerusalén y tantos y tantos pueblos que, ante la inminencia de los castigos del cielo, han vestido el saco y el cilicio y han empolverado con ceniza sus cabezas.

Y descendiendo más al particular ¿quién ignora el rigor con que se trataron á sí mismos un Moisés, un David, Ezequías, Manasés y tantos otros? ¿Quién no ha oído hablar alguna vez de la vida austera y mortificada de San Juan Bautista, aunque santificado en el vientre de su madre? ¿A quién se ocultan los trabajos y ayunos de Jesucristo, las mortificaciones de San Pablo, las lágrimas de San Pedro, las penitencias de los primeros cristianos, y las austeridades de esa inmensa turba de anacoretas que un tiempo poblaron los desiertos?

Y tantos monumentos de penitencia ¿no prueban que ella ha sido la virtud de todos los tiempos, y que

(1) Isai. XXIV, 19.

(2) Exod. IX, 15.

ha sido siempre necesaria para la reconciliación de los pecadores con Dios?

Si, pues, hemos pecado, hagamos penitencia para no caer con la culpa en las manos del Dios vivo. Apresurémonos á evitar su terrible juicio, juzgándonos nosotros con anticipación, que siempre será cierto que, bajo el imperio de un Dios justo, el pecado no puede quedar impune: siendo por consiguiente indudable que el que pecó se imponga el castigo, ó que la mano del Señor lo descargue: *Poenitentiam agite, appropinquavit in vos regnum Dei.*



También es necesaria la penitencia considerada como sacramento para todos los que han pecado después del bautismo. Jesucristo en cuya mano está el perdón de los pecados, ha querido dispensarlo solamente por medio de su sacramento. Por tanto, no basta llorar, no basta afligirse y dolerse de las culpas, sino que es necesario además confesarlas. Por eso os diré yo como el Salvador á los leprosos: *Ite, ostendite vos sacerdotibus* (1): Andad, mostraos á los sacerdotes y confesad esas mismas culpas, cuyo dolor sentís, y oiréis de sus labios aquellas palabras tan hermosas y consoladoras: "tus pecados te son perdonados, vete en paz.. Si, confesaos, no os retraigan del cumplimiento de este deber sagrado las falsas doctrinas de individuos mal avenidos con la austera moral de nuestra religión sacrosanta; no os desanimen los sofismas de ciertos filósofos á la violeta, los cuales, sin más carrera tal vez que la que

(1) Luc. XVII, 14.

aprendieron en un *club*, en un casino, en una taberna, intentan demostrar magistralmente que la confesión es invención de curas ó de frailes, para enseñorearse de la sociedad, de la familia y del individuo.

No; la confesión no es invención de los curas ó de los frailes: la confesión, ora la miréis como virtud, ora como sacramento, es tan antigua como el mismo mundo, tiene su origen en el mismo seno de Dios. ¿Queréis pruebas? pues escuchad.

Nadie me negará que Dios Nuestro Señor es infinitamente sabio, bueno y poderoso y que, al crear al mundo, en virtud de esa sabiduría, bondad y poder; dispuso todas las cosas, como dice el Espíritu Santo, en su número, peso y medida (1); es decir, que nada falta, ni nada tampoco hay superfluo. Sentado este principio innegable, podemos argumentar diciendo: todo aquello que es necesario en el mundo, existe; es así que la confesión es necesaria, porque no hay perdón sin arrepentimiento, ni arrepentimiento sin alguna manera de confesión; luego la confesión existe y existe desde el principio del mundo. Así lo han reconocido no solo los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, sino hasta los mismos filósofos impíos. El tristemente célebre Voltaire dejó escrito que "la confesión era una institución divina, que solo tuvo comienzo en la misericordia infinita de su autor; que el deber de arrepentirse y por consiguiente el de confesarse se remonta hasta el día en que el hombre fué culpable., y añade "porque solo el arrepentimiento pudo reemplazar su inocencia,

(1) Sap. XI, 21. Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti.

y para mostrar que se arrepiente, ha de empezar por confesarse,, (1).

De modo, hermanos míos, que según este célebre impío, *la confesión se remonta hasta el día en que el hombre fué culpable*; y es esto tan cierto que para convencerse de ello, no hay más que abrir la historia de la humanidad y en su primera página nos encontramos con Adán, padre de todos los hombres y el primero de todos los pecadores. ¿Quién ignora que una vez hubo traspasado Adán el precepto que el Señor le impuso de no comer el fruto del árbol prohibido, huyó avergonzado y que el Señor le llamó por su nombre, diciéndole: Adán, Adán, ¿en dónde estás? ¡Qué! ¿ignoraba Dios por ventura donde estaba? ¡Ah! no, Dios todo lo sabe, todo lo tiene presente: le preguntó más bien por el estado infeliz en que se encontraba, ó por mejor decir, Dios quiso que Adán se confesara de su culpa, y por eso le puso la confesión en la boca, en la forma de preguntarle. Adán lo comprendió así y se confesó, diciendo: Señor, he pecado, he traspasado vuestro mandamiento: la mujer que me diste por compañera me ha dado de esta fruta y he comido. He aquí la confesión, y Dios Nuestro Señor, una vez conseguido lo que le proponía, le dijo: En penitencia, en castigo de tu culpa serás arrojado de este jardín amenísimo, comerás el pan con el sudor de tu rostro, la tierra te producirá espinas y abrojos, vendrán sobre tí toda suerte de miserias y dolores y ultimamente morirás.

También Eva se confesó, diciendo: también yo, Señor, he quebrantado vuestro divino mandamiento; pe-

(1) Lib. de conf. cap. XI.

ro es porque la serpiente me ha engañado. Y á Eva, como más culpable, le impuso más penitencia, diciéndole: "darás á luz tus hijos con dolor y estarás sujeta á tu marido en todo," (1).

Más adelante Caín, hijo de Adán y Eva, comete aquel horrible pecado de asesinar cruelmente á su inocente hermano Abel, quiere Dios que se confiese para concederle misericordiosamente su perdón y le pregunta: ¿Caín, Caín, en dónde está tu hermano Abel?; pero Caín, figura muy expresiva de aquellos que no quieren sujetar sus culpas á la confesión, contesta con altivez y soberbia: ¿yo qué sé? ¿por ventura soy yo guarda de mi hermano? ¡Ah! dice el Señor ¿no quieres confesar tu crimen? pues no hay perdón para tí; "maldito serás sobre la tierra y prófugo andarás sobre ella," (2).

Ahora bien hermanos míos, ¿quién sabe si esta confesión que de sus culpas hicieron nuestros padres, movidos é inspirados por Dios, no la enseñaron después á sus hijos como un gran consuelo en medio de la desgracia que significa la culpa?; porque es el caso que desde entonces acá, siempre y en todas partes se ha considerado la confesión como una gran necesidad del espíritu para descargarse del peso del pecado. El pueblo judío confesaba sus pecados apoyado, no solo en la tradición de sus mayores: sino en un precepto especial que recibieron de Dios y que consta en el sagrado libro de los Números (3) Entre los pueblos gentiles, asegura Voltaire, que confesaban sus culpas en las festi-

(1) Gen. III, 9 usque ad 24.

(2) Gen. IV, 9 usque ad 12.

(3) Joan. XX, 22.

vidades principales de sus dioses; Orfeo, Isis, Céres, Samotracia, etc., etc. los indios y otros pueblos orientales, los habitantes de Siám, del Tonkín y de la Corea, los japoneses, los turcos, los peruanos y, sobre todo, los persas, practican la confesión casi en la misma forma cristiana.

Y bien; ¿podrían estar todos estos pueblos de acuerdo sobre el particular, si la confesión no fuera una necesidad que el espíritu siente para descargarse del peso de la culpa, si originariamente no se hubiera revelado que el único medio de obtener el perdón de los pecados es el arrepentimiento, y que la muestra esencial del arrepentimiento es la declaración de los pecados cometidos? Luego la confesión tomada en su sentido más lato no es invención de curas y frailes toda vez que existe desde el principio del mundo. Luego cuando Jesucristo vino al mundo encontró ya la confesión en cierto modo establecida, y al imponer á los cristianos la obligación de confesarse para alcanzar el perdón de sus culpas, no estableció una nueva ley: lo que hizo fué confirmar y perfeccionar la que ya existía, elevándola á rito de Sacramento, como elevó á Sacramento el matrimonio.

Y ¿cuándo se verificó esta trasformación? En aquel día solemne y memorable en que, apareciéndose á sus discípulos despues de resucitado, les dijo: *Sicut misit me Pater et ego mitto vos* "así como el Padre me envió, así os envío yo á vosotros, con los mismos poderes, con las mismas atribuciones." Y dichas estas palabras sopló sobre ellos, diciendo: *Accipite Spiritum Sanctum, quorum remisseritis peccata, remittun-*

tur eis, et quorum retinueritis, retenta sunt (1).

Ahora bien; ¿Quién no ve en esta actitud de Jesucristo, en este soplo de su divina boca que envió sobre sus apóstoles y con él que los envolvió, digámoslo así, en una atmósfera divina; quién no ve, repito, á Jesucristo, obrando como Dios, promulgando una ley importante, instituyendo una cosa grande, sublime, divina, cual es el Sacramento de la penitencia? Yo bien sé que los impíos modernos, enemigos encarnizados de la confesión sacramental, se atreven á afirmar que la confesión, tal cual hoy la practicamos, no fué instituída por Jesucristo; sino inventada por el concilio de Letrán el año 1215, rigiendo los destinos de la Iglesia el Papa Inocencio III; pero esta aserción hace tan poco favor á sus conocimientos históricos, como á su credulidad. El concilio de Letrán no inventó la confesión sacramental; lo que hizo fué dar un decreto, mandando que “todos los fieles, al llegar al uso de la razón, tenían obligación de confesarse, bajo pena de pecado mortal, por lo menos una vez al año,, (2); y esto no por otra causa, sino porque los cristianos comenzaban á entibiarse y no acudían con la frecuencia de tiempos mejores al santo tribunal de la penitencia; pues un siglo antes de que se celebrara el santo concilio de Letrán, es decir, en el siglo XII, San Bernardo nos habla de la confesión en el mismo sentido que yo os hablo ahora; en el siglo XI vemos al presbítero Esteban de Orleáns, confesor de la reina Constanza; en el X, á San Uldario, confesor del emperador Otón; en el IX, á Ildebrando,

(1) Joan. XX, 22.

(2) Sess. XIV, c. 6, et etiam can. 7 et 8.

confesor de Carlomagno; en el VIII, á San Martín de Corbié, confesor de Carlos Martel; en el VII, San Auberto, arzobispo de Rohán, figura como confesor del rey Thierry 1.º; en el VI, San Juan Climaco; en el V, San Agustín, San Jerónimo y el Gran Crisóstomo; en el IV, San Ambrosio, San Basilio y San Atanasio; en el III, Orígenes; en el II, Tertuliano; en el I, San Clemente, discípulo y sucesor de San Pedro; San Juan, Santiago y sobre todo San Lucas, nos hablan de la confesión de un modo tan claro y manifiesto, que no deja lugar á duda.

Si, pues, como dice San Agustín, lo que en la Iglesia de Dios ha sido siempre creído y practicado, se remonta hasta Jesucristo; la confesión sacramental, que en estas condiciones se encuentra, fué instituida por Jesucristo; y si fué instituida por Jesucristo, bien podemos sacar esta otra consecuencia, es á saber, que es de necesidad para obtener la remisión de las culpas y salvarse.

Así lo dice terminantemente el concilio de Trento. "No es menos necesario para la salvación el sacramento de la Penitencia á los que pecaron después del bautismo, que lo es el bautismo á los que todavía no han sido regenerados con las aguas de este sacramento., (1). La razón es tan sencilla como evidente: para salvarse es de absoluta necesidad el que se perdonen los pecados, puesto que al cielo no puede entrar nada manchado; y que se perdonen precisamente por aquel medio, que ha instituido el que los ha de

(1) Ses. XIV, cap. I.

perdonar; ahora bien, el medio instituido por Nuestro Señor Jesucristo á este fin, es la confesión; luego la confesión es necesaria.

Y no hay otro medio, no; si lo hubiera, si fuera suficiente, por ejemplo, humillarse en la presencia de Dios, rezar, ayunar, darse golpes de pecho ó, como dicen algunos, confesarse á solas con Dios, ¿qué vendría á suceder? que nadie se confesaría, por que nadie habría tan falto de sentido, que fuera á echarse á los pies del confesor para pedirle el perdón de sus culpas, que tan facilmente y sin pasar por ese vergonzoso trance podría obtener. Y entonces ¿qué sería de la potestad conferida á los ministros de Dios para perdonar y retener los pecados? ¿no es verdad que esta potestad tan estupenda vendría á quedar reducida á un poder ridículo y completamente ilusorio? Si, y aquellas palabras de Jesucristo *quorum remiseritis peccata*, palabras completamente vacías de sentido. Luego la confesión es necesaria para obtener el perdón de los pecados y el único medio para alcanzar la salvación. Cierto que "la contrición perfecta borra la muchedumbre de los pecados," (1); pero después de la institución del sacramento de la penitencia, ha de ir acompañada de esta, *saltem in voto*, al menos en el deseo, como dicen los teólogos, para que aquella produzca sus efectos.

De modo, hermanos míos, que si hemos pecado, no hay más remedio que confesarse: *aut confitendum aut ardendum* (2), ó confesión ó condenación. El que no quiera valerse de este santo sacramento quedará sin

(1) I Pet. IV, 8. Charitas operit multitudinem peccatorum,

(2) S. Agust.

absolución, quedará sin perdón, quedará enemigo de Dios y se perderá. Lo dije ya: el que instituyó el bautismo para perdonar el pecado original, instituyó la confesión para perdonar al bautizado el pecado personal; y así como nadie puede entrar en el reino de los cielos sin el bautismo; *nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei* (1); de la misma manera, ninguno que ha pecado mortalmente después del bautismo entrará en el cielo, sino mediante la confesión. *Nisi paenitentiam egeritis, omnes similiter peribitis.*

Y para concluir por donde empecé, os repetiré á todos y á cada uno las palabras del Bautista: *parate viam Domini, rectas facite semitas Dei nostri*; es decir, haced penitencia, porque se aproxima la venida del Señor. Haced penitencia, pero que sea una penitencia verdad, una penitencia sincera, una penitencia salida del corazón: *Scindite corda vestra et non vestimenta vestra* (2).

Así lo quiere el Señor en su "misericordia: *Convertimini ad me et ego convertar ad vos* (3). "Convertíos á mí, nos dice, y yo me convertiré á vosotros.,. ¡Ah! Es tanto el deseo que tiene de que hagamos penitencia, que constantemente llama á las puertas de nuestro corazón, diciendo: *Ecce sto ad ostium et pulso.* "He aquí que estoy á tu puerta y llamo., (4). Unas veces como rey magnífico nos ofrece las riquezas de su casa y las

(1) Joan. III, 5.

(2) Joel, II, 13.

(3) Zach. I, 3.

(4) Apoc. III, 20.

delicias de su reino; otras, como juez severo, pone á nuestra consideración las penas del infierno y la actividad de aquel fuego en que arden eternamente los pecitos; otras, en fin, como Redentor amable, con los brazos abiertos, la cabeza inclinada y el corazón patente, nos ofrece cinco raudales de sangre para lavar nuestras almas y firmar con nosotros paces sempiternas.

Ecce sto ad ostium et pulso. ¿Podreis negarlo, hermanos míos, podréis negarlo? Hoy mismo os llama por mi voz para que hagáis penitencia, para que lloreis vuestros extravíos, para que confeseis todas vuestras culpas. Ea, pues, cristianos no cerreis vuestros oídos, no endurezcáis vuestros corazones; no sea que el Señor os diga el día de las venganzas: *Vocavi et renuistis*, (1) os llamé y no me quisisteis oír; os alargué la mano para sacaros del abismo de la culpa, y ni siquiera volvisteis los ojos para mirar: *extendi manum meam et non fuit qui aspiceret*. (2) Os invité á penitencia con la esperanza de mis premios, con el rigor de mis castigos; y vosotros despreciasteis mis consejos y os burlasteis de mis amenazas: *Despexistis omne consilium meum et increpationes meas despexistis* (3). Pues bien, llegará un día, que será el día de vuestra muerte, y me burlaré de vosotros, y me reiré de vuestra desgracia, y os volveré desprecio por desprecio. *Ego quoque in interitu vestro ridebo et subsanabor* (4).

(1) Prov. I, 24.

(2) Ibid.

(3) Ibid. 25.

(4) Ibid. 26.

¿Queréis evitar tamaña desventura? pues haced penitencia, confesaos de vestras culpas y oiréis de labios del Salvador divino aquellas otras palabras tan dulces y consoladoras que, repercutiendo por los alcázares de la gloria, harán saber á los bienaventurados que un nuevo hijo de Dios ha tomado posesión del trono que le tenía preparado desde la eternidad. *Venite benedicti patris mei possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi.* AMEN.



DOMINICA DE SEXAGÉSIMA

Sobre la divina palabra. Obstáculos que impiden sus frutos.



Sobre la divina palabra. Obstáculos que impiden sus frutos.

*Aliud cecidit secus viam...
aliud supra petram... aliud
inter spinas.*

(Luc. VIII, 5, 6 et 7.)

Ilustrísimo Señor:

Es chocante y por todos conceptos lamentable lo que acontece con la palabra divina. Cuando parece que debían de estar en razón directa los frutos con los trabajos, resulta precisamente todo lo contrario. Siempre predicando y cada día se hace más necesaria la predicación; siempre derramando en el campo de la Iglesia la bendita semilla de la divina palabra, y cada vez son más escasos los frutos que se cosechan; siempre recordando los mismos preceptos, y enseñando las mismas verdades, y derramando la misma luz, y proponiendo los mismos ejemplos, y alentando á las mismas virtudes, y fustigando los mismos vicios, las mismas concupiscencias y apetitos; y cada día son más numerosas las prevaricaciones, y más crasa la ignorancia, y más

grandes los desalientos, y más frecuentes las apostasías, y más alarmante el estado de los pueblos, de las familias y de los individuos, porque el pecado, que debiera ser el blanco de todos los odios, de todas las abominaciones, triunfa y prospera, y acentúa la nota de su imperio y tiranía, como se acentúan las vibraciones de una orquesta cuando ejecuta esa parte musical que se llama *crescendo*.

¿Qué es esto, cristianos? ¿Es que la palabra divina ha perdido ya toda su virtud y eficacia? ¿Es que la palabra divina, llamada por el Apóstol *espada de dos filos que penetra hasta la división del alma y del espíritu* (1), se ha transformado en espada de Bernardo que ni pincha ni corta? ¿Es que la palabra de Dios, tan fecunda en otro tiempo que sacó de la nada millones de mundos, tan violenta que tronchó los altos y corpulentos cedros del Líbano (2), tan terrible que amedrentó y anonadó á las turbas de Israel, acampadas á las faldas del monte Sinaí (3), tan eficaz que en la boca de Moisés quebrantó las rocas ó hizo brotar de ellas aguas cristalinas (4), y en la de Josué paró el sol en su carre-

(1) Pau. ad Hebr. IV, 12. *Vivus est enim sermo Dei et effica-
x et penetrabilior omni gladio ancipiti et pertingens usque ad
divisionem animae et spiritus...*

(2) Psal. XXVIII, 5. *Vox Domini confringentis cedros: et
confringet Dominus cedros Libani.*

(3) Exod. XX, 18 et 19. *Cunctus autem populus videat vo-
ces et lampades, et sonitum buccinae, montemque fumantem: et
perterriti ac pavore concussi steterunt procul, dicentes Moysi:
loquere tu nobis et audiemus: non loquatur nobis Dominus, né
forte moriamur.*

(4) Exod. XVII, 6. *En ego (Dominus) stabo ibi coram te
supra petram Horeb: percutiesque petram, et exibat ex ea aqua,
ut vivat populus. Fecit Moyses ita coram senioribus Israel.*

rra (1), y en la de Elías abrió los cielos (2), y en la de los profetas hizo temblar los tronos (3), y en la de los apóstoles consiguió mudar la faz de todo el mundo (4); no tiene ahora poder para causar efectos menos sorprendentes y admirables? ¿Es, en una palabra, que por el trascurso del tiempo se ha disminuido su virtud y eficacia? ¡Ah! no, señores. “La palabra de Dios, dice el Profeta, permanece eternamente,;: *Verbum Domini manet in aeternum* (5). Su virtud no está ligada á los tiempos ni á las circunstancias, ni á las personas que la predicán ó la oyen; sino que es enteramente independiente. *Verbum Dei non est alligatum* (6). La palabra de Dios es en la actualidad lo que ha sido, y será lo que es, mientras el mundo sea mundo *et plus ultra*. La causa de que no produzca mayores frutos que los que vemos, está en nosotros, cristianos, en nosotros que no quere-

(1) Jos. X. 12 et 13. Tunc locutus est Josue Domino in die qua tradidit Amorrhæum in conspectu filiorum Israel, dixitque coram eis: Sol, contra Gabaon ne movearis, et luna, contra vallem Aialon. Steteruntque sol et luna donec ulcisceretur se gens de inimicis suis.

(2) III Reg. XVIII, 44 et 45. Qui (Elias) ait: ascende et dic Achab: junge currum tuum et descende, ne occupet te pluvia. Cumque se verteret huc atque illuc, ecce coeli contenebrati sunt et nubes et ventus, et facta est pluvia grandis.

(3) Samuel hizo temblar el de Saul cuando le intimó de parte de Dios su reprobación. I Reg. XV. Natám, el de David cuando le echó en cara su pecado de adulterio con Betsabé II Reg. XII. Un profeta innominado el de Achab, por haber perdonado la vida al rey de Siria que Dios puso en sus manos III Reg. XX, etc., etc.

(4) Pan. ad Rom. X. 17 et 18. Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi. Sed dico: ¿Nunquid non audierunt? Et quidem in omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terrae verba eorum.

(5) Isai XL, 8.

(6) II Tim. II, 9.

mos oirla, ó no queremos entenderla, ó no queremos practicarla; porque pueden más que ella nuestras pasiones y apetitos: la causa, repito, está en nosotros que somos el campo donde se arroja esa divina semilla; porque no la recibimos convenientemente preparados y dispuestos, para que produzca en nosotros abundantes y ópimos frutos de vida eterna. Así resulta que, á pesar de lo mucho que se predica, cada día es mayor la necesidad de la predicación; así sucede que sea chocante y por todos conceptos lamentable lo que pasa con este sagrado ministerio.

Para evitar, pues, en lo posible, que la divina palabra continúe sufriendo entre vosotros la misma suerte que hasta aquí, *vamos á señalar y á combatir hoy los obstáculos que impiden sus frutos en la mayor parte de los oyentes.*

Mas como es garantía de acierto y de provecho el auxilio de la gracia divina, no pasemos adelante sin solicitarla antes reverentes de la Virgen nuestra Madre, poniendo en nuestros labios la salutación angélica:

AVE MARÍA





¡Con cuanto acierto y sabiduría ha dispuesto la Iglesia nuestra madre que preceda el evangelio de este día al próximo tiempo de cuaresma! Como en este santo tiempo es más frecuente la predicación que en el resto del año, y de la predicación depende muchas veces que el pueblo fiel conozca sus extravíos y entre en negociaciones de amistad y gracia con su Dios, empieza por señalar hoy los obstáculos que impiden su fruto en la mayor parte de los oyentes, para que los conozcan, y una vez conocidos procuren apartarlos, á fin de que no se frustren los altos y saludables designios que en dicho tiempo se propone para con ellos.

Al efecto se vale de la parabola del sembrador, diciendo: "Salió el que siembra á sembrar su semilla y, "al sembrarla, una parte cayó junto al camino, otra "sobre piedras, la tercera entre espinas y la cuarta, "finalmente, en tierra buena y bien cultivada. La que "cayó junto al camino, primeramente la pisaron los "transeuntes y después sirvió de pasto á las aves del "cielo; la que cayó sobre piedra, pereció, apenas naci- "da, por falta de humedad; la tercera que cayó entre "espinas, nació y creció lozana y robusta; pero como al "mismo tiempo nacieron junto á ella y crecieron más "que ella las espinas, se sofocó y no dió tampoco fruto "ninguno; finalmente, la que cayó en tierra buena, "prosperó hasta la madurez y dió el ciento por uno.,

Aliud cecidit secus viam...., aliud supra petram.... aliud inter spinas... aliud denique in terram bonam, et hortum fecit fructum centuplum. Es decir, que de toda la semilla arrojada en el campo, solo una cuarta parte llegó á perfección y dió fruto abundante: la que cayó en tierra buena y bien cultivada.

¿No os parece, Señores, que en esta parabola pinta y describe admirablemente Jesucristo la diversa suerte que le cabe á la palabra divina, en razón directa de la disposición de los corazones de los fieles á quienes se anuncia? ¡Ah! si; lo que le sucedió á la semilla de la parábola, eso mismo acontece con la predicación de la palabra divina: hay unos que la reciben *como en el camino* por su disipación, otros *como sobre piedra* por su endurecimiento y obstinación en el vicio, aquellos *como entre espinas* por el apego que todavía conservan á las pompas y vanidades del mundo, de las que no se resignan á desprenderse; y otros, por último, *como en tierra buena* por su docilidad en llevarla á la práctica, aun á costa de los mayores sacrificios y abnegaciones. De manera que los obstáculos que impiden su fruto, á pesar de toda su virtud y eficacia, son estos; la disipación, la obstinación y endurecimiento en el vicio y el apego á las cosas mundanales; y por el contrario, la condición indispensable y precisa para que produzca en nosotros abundantes y ópimos frutos de vida eterna es la docilidad y la paciencia hasta llevar á la práctica todas sus correcciones y enseñanzas.

Lo dice el mismo Divino Maestro. Habiéndole rogado sus discípulos les explicase la parábola, les ha-

bló de esta manera: "A vosotros os es dado conocer
"los misterios del reino de Dios; más á los otros por
"porábolas, para que viendo, no vean; y entendiendo,
"no entiendan. Oid, pues, la explicación de la parábo-
"la. La semilia es la palabra de Dios: *semen est ver-*
"*bum Dei*. La que cayó junto al camino es figura de
"aquellos que la oyen; mas luego viene el diablo y
"quita aquella palabra del corazón de ellos, para evi-
"tar de este modo que, creyendo, se salven: *ne creden-*
"*tes salvi fiant*. La que cayó sobre piedra es imagen de
"aquellos que la oyen con gusto; pero como su cora-
"zón está completamente ocupado y poseído por los
"vicios, no puede echar raíces y perece. La que cayó
"entre espinas es tipo de los que la oyen y depositan en
"su corazón; pero como no han arrancado de él las ma-
"las raíces de los cuidados y solicitudes del mundo,
"llega un tiempo en que prevalecen estas sobre aquella
"y la sofocan. Por último, la que cayó en buena tie-
"rra es figura de los que la oyen con la intención y el
"propósito firme y eficaz de renunciar á todo lo que
"sea incompatible con ella, y la hacen fructificar por
"medio de la paciencia., (1)

(1) LUC. VIII, 5 usque ad 15. Exiit qui seminat seminare semen suum: et dum seminat, aliud cecidit secus viam et conculcatum est, et volucres coeli comederunt illud. Et aliud cecidit supra petram et natum aruit, quia non habebat humorem. Et aliud cecidit inter spinas, et simul exhortae spinarum suffocaverunt illud. Et aliud cecidit in terram bonam, et ortum fecit fructum centuplum. Haec dicens clamabat: Qui habet aures audiendi audiat. Interrogabant autem eum discipuli ejus quae esset haec parabola. Quibus ipse dixit: vobis datum est nosse mysterium regni Dei, caeteris autem in parabolis: ut videntes non videant et audientes non intelligant. Est autem haec parabola: semen est verbum Dei. Qui autem secus viam, hi sunt

Y efectivamente, Señores, existen en el auditorio cristiano estas cuatro clases de oyentes. Hay unos que oyen la palabra divina por pasatiempo, por rutina, por curiosidad, tal vez por engañar al mundo y merecer de este modo el dictado de piadosos ¿y que sucede? ¡ah!, hermanos míos, lo que necesariamente tiene que suceder; es decir, que no les entra, que no les pasa de los oídos, ó por mejor decir, por un oído les entra y por otro les sale. Así es que esa palabra se queda á merced de que cualquier viento de doctrina la arrebate, si no es ya que se extingue en ellos con los últimos acentos del predicador. Si algo les queda, no es ciertamente el recuerdo de las virtudes ensalzadas ó de los vicios condenados por ella; sino solamente la buena ó mala impresión que les produjo la oratoria, retóricamente considerada. Por eso los veréis brillar por su ausencia en el templo, cuando predica un orador ya gastado ó poco elocuente; y en cambio los veréis correr llenos de entusiasmo, cuando se anuncia un orador nuevo y de fama, á la manera que corrían á escuchar los sermones de Ezequiel los judíos de su tiempo. Quitadles á estos oyentes el deseo de satisfacer sus gustos literarios, su curiosidad, su vanidad, su hipocresía y ya no los encontraréis en el templo escuchando la palabra divina.

qui audiunt: dein de venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum ne credentes salvi fiant. Nam qui supra petram: qui cum audierunt, cum gaudio suscipiunt verbum: et hi radices non habent: quia ad tempus credunt et in tempore tentationis recedunt. Quod autem in spinas cecidit hi sunt qui audierunt, et a sollicitudinibus et divitiis et voluptatibus vite euntes suffocantur et non referunt fructum. Quod autem in bonam terram: hi sunt qui in corde bono et optimo audientes verbum retinent et fructum afferunt in patientia.

¿Es posible que así produzca en ellos fruto alguno espiritual, á pesar de toda su virtud y eficacia? ¿Es posible que penetre en ellos, como *espada de dos filos*, hasta la división del alma y del espíritu, como dice San Pablo? ¿Es posible, en fin, que se conviertan, si por ventura están en desgracia de Dios, y seguramente lo estarán, cuando la tienen en tan poca estimación y aprecio?

He aquí, señores, los oyentes frívolos, los oyentes disipados, representados por Jesucristo en la parábola del Evangelio en aquella parte de semilla que cayó junto al camino, *secus viam*; pues así como esta fué pisada primeramente por los transeuntes y luego dieron buena cuenta de ella las aves del cielo; así la palabra divina que estos tales oyen, como no penetra en su corazón, queda á merced de los malos ejemplos, de las doctrinas erróneas, de sus propias pasiones y apetitos; hasta que receloso el diablo de que pueda causar en ellos algun efecto saludable, *ne credentes salvi fiant*, se precipita sobre ella cual ave de rapiña, y la disipa induciéndoles al olvido é incumplimiento de la misma.

Para obviar este obstáculo, es preciso que vengamos á oírla animados del mejor espíritu y con verdaderos deseos de aprovecharnos de sus correcciones y enseñanzas; es preciso que no hagamos distinción entre orador y orador hasta el punto de venir á escuchar á unos y despreciar la prédicación de otros; pues aunque no sea igual la elocuencia de todos, siempre resultará que es la palabra de Dios la que venimos á oír: esa palabra que sana á los enfermos, fortifica á los débiles, consuela á los afligidos y corrige á los viciosos. Los oradores

son como los ministros de los sacramentos; es decir, canales por donde Dios envía sus gracias á los hombres; y así como los sacramentos producen su efecto *ex opere operato*, ó lo que es lo mismo, independientemente de la bondad ó malicia de los ministros que los dispensan, porque es Dios el que obra por medio de ellos; así la palabra divina puede causar efectos de salud en nuestras almas, independientemente de la elocuencia y formas oratorias de los que la predicán. Por eso dice San Pablo: "Y mi conversación y mi predicación no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en virtud de Dios „ (1). Es preciso, en fin, que con el mayor fervor y recogimiento y con verdadera intención de aprovecharnos de ella, recibamos en nuestro corazón la palabra divina. Solamente así la tendremos á buen recaudo contra los malos ejemplos y enseñanzas erróneas, y cuando viniere el diablo ó los hombres engañosos y astutos á sustraerla de nuestra memoria y atención, se retirarán avergonzados y corridos, al ver que nos la hemos ya asimilado y traducido en obras de vida eterna.

Hay otros que gustan de oír la palabra divina, y con tan buena intención y voluntad la reciben, que en el momento detestan sus culpas y salen del templo odiándose á sí mismos y á su pasada vida. "Es verdad, se dicen, al ver señalados y fustigados por ella sus vicios y pecados: Yo voy por mal camino, yo me pierdo miserablemente. Estas relaciones que sostengo, estos

(1) I ad Cor. II, 4. Et sermo meus et praedicatio mea non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis; sed in ostensione spiritus et virtutis.

contratos que hago, estas intrigas que urdo, estos odios que alimento, estas usuras que exijo, estas palabras que salen de mis labios, estas obras que mis manos ejecutan, me llevan infaliblemente al abismo de mi eterna perdición. Así lo dice mi conciencia agitada por los remordimientos; me lo dice la experiencia, al asegurar que cual es la vida tal es la muerte, *qualis vita, finis ita*; me lo dice Dios por la boca de sus ministros, cuando me invita á la penitencia y á la práctica de la virtud, so pena de incurrir en su indignación y caer en una desgracia irreparable

. No, no, *esto* no puede continuar así, *esto* tiene que cambiar radicalmente y cambiará, Dios mediante, en cuyo auxilio espero y confío., Mas he aquí que apenas formados estos propósitos y resoluciones, se presenta de nuevo la tentación, y aquel que parecía tan decidido y resuelto á cambiar de vida, vuelve á caer otra vez y quizá más lastimosamente que antes en las mismas flaquezas y debilidades: el iracundo en sus venganzas, el lujurioso en sus deshonestidades, el avaro en sus usuras, y el impío en sus profanaciones. ¿Porque, me preguntais, duró tan poco en estos oyentes el aborrecimiento de su pasada vida y aquel deseo tan vivo de enmendarla? ¿Porqué se estrellaron sus propósitos y resoluciones, tan pronto como fueron puestos á prueba? ¡Ah, hermanos míos! porque no eran firmes, porque, al hacerlos, debieron de haber puesto en la picota los vicios y pasiones de que estaba ocupado su corazón, y no tuvieron valor bastante para desprenderse de amigos y compañeros tan antiguos; y cuando llegó el momento de prescin-

dir de unos ó de otros, prevalecieron, como era natural, los que más hondas raíces tenían echadas en su alma; es decir los vicios, los apetitos, las pasiones.

Esta segunda clase de oyentes la figuró Jesucristo en la semilla que cayó sobre piedra, *supra petram*; pues así como esta no encontró tierra donde agarrarse y pereció por falta de humedad; así la palabra divina que estos oyen, se desvirtúa bajo la influencia de sus malos hábitos. No importa que la oigan con agrado y con intención de llevarla á la práctica: esta alegría es como la que sentía Herodes al oír al Bautista (1), y como la de Felix cuando escuchaba á S. Pablo. (2) Uno y otro gustaban oír las predicaciones de estos dos grandes apóstoles; pero cuando S. Juan intimó al primero que dejase de ser adúltero, y cuando el santo apostol habló al segundo de la castidad, de la justicia y del juicio de Dios; Felix despidió á S. Pablo, diciéndole que le llamaría en otra ocasión (3), y Herodes mandó degollar al santo precursor. (4) Así sucede con los desgraciados oyentes de que nos ocupamos:

(1) Mar. VI, 20. Herodes enim metuebat Joannem, sciens eum virum justum et sanctum. et custodiebat eum, et audito eo multa faciebat. et libenter eum audiebat.

(2) Act. XXIV, 10 usque ad 22.

(3) Ibid. 25. Disputante autem illo (Paulo) de justitia et castitate et judicio futuro, tremefactus Felix respondit: Quod nunc attinet vade; tempore autem opportuno accersam te.

(4) Math. XIV, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10. Dicebat illi (Herodi) Joannes: non licet tibi habere uxorem fratris tui. Et volens illum occidere, timuit populum. Die autem natalis Herodis saltavit filia Herodias in medio, et placuit Herodi. Unde cum juramento pollicitus est ei dare quodcumque postulasset ab eo. At illa praemonita a matre sua: Da mihi, inquit, hic in disco caput Joannis Baptistae. Et contristatus est rex: propter juramentum autem et eos qui pariter recumbabant jussit dari. Misit et decollavit Joannem in carcere.

hasta que no llega el momento de obrar en conformidad con lo que la divina palabra les dicta, ellos son los primeros en aplaudir, los lujuriosos el sermón contra la lujuria, y los avaros el sermón contra la avaricia; pero cuando suena la hora de romper con sus vicios y enmendar sus malos hábitos, se enfrian sus entusiasmos, se olvidan de sus propósitos y resoluciones y sacrifican cobardemente en el ara de sus apetitos la bendita semilla de la divina palabra, que con tanto gusto escucharon. Y es, Señores, que en estos corazones existe alguna disposición buena para recibir este beneficio del cielo; la prueba está en que se sienten movidos y con ánimo de explotarlo; pero como no se cuidan de arrojar de sí los defectos de que adolecen, cuales son sus aficiones y apetitos; resulta que aquel no puede prosperar entre estos, ni mucho menos producir sus legítimos y naturales frutos. Por eso dice con mucha razón el divino maestro: "en estos oyentes no arraiga la divina palabra., *Et hi radices non habent.*

Pero..... fácil es también evitar este segundo escollo. Una vez sabido que los resabios de nuestro corazón son á manera de piedras que impiden arraigue en él la divina semilla; pongamos, hermanos míos, especial cuidado y empeño en purificarlo, procuremos que no haya en él nada que lo ocupe, nada que lo arrastre por el fango y por el lodo, y así, ese entusiasmo que sentimos al escuchar la divina palabra, ese fervor que despierta en nosotros y los propósitos que nos hace formar para lo futuro, prosperarán contra toda tentación y halago, y en su día recogeremos abundantes y ópimos frutos de virtud y santidad.

Finalmente, así como la semilla del evangelio encontró obstáculos en las espinas del campo donde cayó, *aliud cecidit inter spinas*; así también la palabra divina suele tropezar con un tercer estorbo, no menos lamentable que los anteriores; á saber, con los cuidados mundanos de que están llenos los corazones de algunos oyentes, y con la excesiva afición y apego que generalmente se tiene á las riquezas y placeres. En efecto; hay cristianos que, á consecuencia de un sermón que escucharon con mucho fervor y con intención de aprovecharse de él, se sienten movidos á hacer una vida más piadosa y ajustada; más he aquí que en el momento en que van á dar el primer paso, se detienen asustados ante este ridículo miramiento: "¡qué dirán! ¡qué dirá el mundo si me ve frecuentar los sacramentos, formar en las procesiones, inscribirme en aquella asociación, despedirme de aquel círculo y figurar en esta sociedad caritativa?., Y por no pasar por plaza de *neos*, por plaza beatos, continúan observando el mismo género de vida frívola y disipada que antes.

Hay otros, asimismo, que dispensan á la palabra divina una excelente acogida en su corazón, formulan propósitos y resoluciones las más firmes de llevar á la práctica cuanto ella ordena y preceptúa, y hasta se entusiasman con el pensamiento de los hermosos y abundantes frutos que esperan ha de reportarles en su día; pero entre tanto no renuncian á sus antiguos mundanos afectos, no se desprenden de su apego á los placeres y comodidades de la vida, no limpian, en una palabra, su corazón de las *espinas* que la concupiscencia hizo brotar en él; sino que, por el contrario, las conservan

las acarician, las fomentan, y cuando aquella está ya próxima á producir sus legítimos y naturales frutos, de tal manera se sublevan y levantan contra ella, que la ahogan y esterilizan. Ejemplo. Dice la palabra divina: “¡Oh hombres que tan afanados andais por las cosas de este mundo! sabed que una solo es necesaria, la salvación; ante este negocio todos los demás carecen de interés y de importancia; si perdeis este, haced cuenta que los habeis perdido todos,, (1); y ante una verdad tan palmaria, sobre todo para los que tenemos fé, algunos se sienten con vivísimos deseos de tratar aquel negocio con verdadero *amore*; pero como no renuncian por eso á la utilidad y provecho que puedan reportarles los negocios del siglo, suele suceder con frecuencia que, por causa de estos, abandonan y olvidan y aun á veces sacrifican insanamente aquel. Dice la palabra divina: “Si no haceis penitencia, todos perecereis igualmente. La penitencia tiene virtud expiatoria, aplaca la ira divina y es el mejor escudo de defensa para las almas,, (2) y algunos ante el temor de un infierno de penas sempiternas y horribles, y animados á la vista de tan bellos frutos como á la penitencia se asignan; empiezan á mirar ya con simpatía los ayunos, las privaciones, las mortificaciones de la carne y de los sentidos que antes les inspiraban tanta aversión y horror; pero como no se desprenden de su afición á los regalos y deleites mundanales, viene á suceder por fin

(1) Luc. X, 41. Martha, Martha, sollicita es et turbaris erga plurima: porro unum est necessarium.

(2) Luc. XIII, 5. Si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis,

que en el momento en que se disponen á contrariar sus apetitos, se acobardan y sucumben una vez más á ellos. Dice la palabra divina: "Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes, distribuye su producto entre los pobres y ven en seguimiento de Jesucristo; pues es seguro que, á cambio de lo que ahora abandones, encontrarás un gran tesoro en los cielos., (1) y algunos bién quisieran imitar al verdadero y único modelo de toda perfección y santidad; pero tienen tanto apego á los intereses y riquezas de este mundo que jamás, jamás se resuelven á desprenderse de ellas. Ved aquí hermanos míos los males, los daños que causan á la palabra divina los cuidados mundanos y la afición y apego á las riquezas y placeres; la ahogan, la sofocan, la matan, la esterilizan. Y es que no caben ambas cosas en el corazón, como no caben la verdad y el error, la luz y las tinieblas, Cristo y Belial. Lo dijo el mismo divino Maestro: "Nadie puede servir á dos señores: pues aborrecerá á uno y amará á otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará., Y viniendo luego á declarar quienes sean estos dos *señores* añade el mismo Señor: "Nadie puede servir á Dios y al dinero., (2). Por consiguiente cristianos, no os hagais ilusiones, si os regís por los cuidados y miramientos del mundo, si fascinan y secuestran vuestro corazón los regalos y placeres, si las riquezas, en fin, son vuestro ídolo; no esperéis que

(1) Math. XIX, 25. Ait illi Jesus: Si vis perfectus esse, vende, vende quae habes, et da pauperibus et habebis thesaurum in coelo; et veni, sequere me.

(2) Math. VI, 24. Nemo potest duobus dominis servire. aut enim unum odio habebit et alterum diligit aut unum sustinebit et alterum contemnet. Non potestis Deo servire et mammonae.

la palabra divina produzca en vosotros los frutos que está llamada á producir. Podeis, sí, apetecer y usar de las cosas del mundo; pero siempre con aquella moderación y dentro de aquellos límites que señala el Apóstol cuando dice: "lo que resta es, que los que tienen mujeres, sean como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran como si no posesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen; porque pasa la figura de este mundo., (1) Así y solo así puede prosperar hasta la madurez la divina semilla y rendir abundante fruto; de lo contrario, lo repito, la divina palabra será en vosotros completamente infecunda.

De lo dicho hasta aquí ya se desprende cual sea la condición precisa é indispensable, para que la palabra de Dios fructifique en nuestros corazones; es á saber, la docilidad y la paciencia hasta llevar á la práctica todas sus correcciones y enseñanzas. Por eso termina el Salvador su parábola, diciendo: "la cuarta parte de la semilla cayó en tierra buena, y el huerto dió el ciento por uno; y en esto están representados los que oyendo la palabra con corazón bueno y sano, la retienen y la hacen fructificar por medio de la paciencia., *Aliud cecidit in terram bonam, et hortum fecit fructum centuplum.*

Y efectivamente; así como el labrador tiene que

(1) I ad Cor. VII, 29, 30, 31. Reliquum est, ut et qui habent uxores, tamquam non habentes sint; et qui flent tamquam non flentes; et qui gaudent tamquam non gaudentes; et qui emunt, tamquam non possidentes; et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: praeterit figura hujus mundi.

sufrir, lo mismo en invierno que en verano, muchas molestias y fatigas, antes de recoger los frutos de sus campos; así el cristiano tiene que pasar por muchas tribulaciones y amarguras, antes de recoger los frutos de la divina palabra; es decir, tiene que aborrecer lo que le halaga y abrazarse á lo que le repugna, tiene que renunciar á lo que le divierte y consagrarse á lo que le mortifica, tiene que practicar lo que le humilla y omitir lo que le ensalza, tiene que hacerse violencia á sí mismo, contrariar sus inclinaciones, mortificar sus apetitos y subordinarlo todo á lo que la divina palabra ordena y enseña; y para esto ¿quien duda que se requiere un corazón docil, sumiso y obediente? ¿quien duda que se necesita verdadera constancia y una gran dosis de paciencia? ¡Ah! con razón se ha dicho que la vida del cristiano es vida de aflicción, vida de lucha, vida de combate y de mortificación; pues si la palabra divina ha de prosperar en él y producir sus legítimos y naturales frutos, necesariamente tiene que pasar por todos esos trances y vencer todas esas dificultades y repugnancias; necesariamente tiene que ser enemigo de sí mismo, al tenor de aquellas palabras del divino Maestro: "El que ama á su alma, la pierde; y el que aborrece á su alma en este mundo, la custodia para la vida eterna," (1); ó de estas otras "el reino de los cielos padece violencia, y solamente los que se hacen violencia á sí mismos lo conquistan," (2)

(1) Joan. X, 25. Qui amat animam suam, perdet eam; et qui odit animam suam in hoc mundo in vitam aeternam custodit eam.

(2) Math. XI, 12. Regnum coelorum vim patitur et soli violenti rapiunt illud.

Animo pues, cristianos, doblad vuestra cerviz bajo el yugo de la divina palabra, sujetad vuestra razón á lo que ella enseña y vuestro corazón á lo que ella manda; no os acobardeis ante las dificultades que ofrece su cumplimiento, ni retrocedáis ante los sacrificios y abnegaciones que generalmente impone; ¿por ventura logra recoger frutos de su campo el labrador que se acobarda y retrocede ante las faenas y cuidados que reclama el cultivo de su semilla? por ventura logra coronar sus sienes con el laurel de la victoria el general que se acobarda y vuelve la espalda al enemigo?; pues tampoco vosotros recogeréis los frutos de esa bendita semilla, sino sois dóciles en seguir sus enseñanzas, pacientes en soportar sus exigencias y constantes en vencer sus dificultades. Cierto que esta labor es ruda, penosa y sumamente difícil; pero todo se puede dar por bien empleado ante la abundancia de los frutos que rinde y la grandeza del premio que le está reservada. El mismo Salvador dijo en réplica á una mujer del pueblo, que bendijo el vientre que le llevó y los pechos que le amamantaron: *Quinimo beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.* (1) Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan. AMEN.

(1) Luc. X, 28.

MIÉRCOLES DE CENIZA

SOBRE LA MUERTE Y MORTIFICACIÓN



SOBRE LA MUERTE Y MORTIFICACIÓN

Pulvis es, et in pulverem reverteris.

(Gen. III, 19.)

Cum jejunatis, nolite fieri sicut hypocritae, tristes.

(Math. VI, 16.)

Ilustrísimo Señor:

Es cosa rara, inexplicable, capaz de llamar la atención en todo tiempo, pero sobre todo en este triste día, la conducta que suele observar el hombre consigo mismo. De todo lo que no sea él, se acuerda; de todo lo que no sea él, se ocupa y preocupa; de su salud, de su hacienda, de su honra, de las riquezas que amontona, de los amigos que suma, de los triunfos que alcanza, de los pasatiempos que le divierten, de los desengaños que sufre, de los dolores que padece; de todo. Solo se olvida por lo general de una cosa, de lo que es; y porque se olvida de eso, que es precisamente lo que debería tener más grabado en su memoria y más rumiado en su inteligencia; unas veces se entrega como loco

á diversiones y placeres que le envilecen y deshonoran; otras amasa su fortuna á expensas de los sudores del pobre ó de las lágrimas de la viuda y del huérfano; ahora intriga cerca de sus superiores, rebajando el mérito y valía de los demás, para afianzar su estimación y privanza; y en toda ocasión y momento se le vé lleno de vicios, lleno de defectos, lleno de pasiones, recorriendo una en pós de otra las sendas de todos los extravíos y revolcándose insanamente en el impuro fango de todos los desórdenes.

Ante un olvido tan lamentable y funesto aparece hoy la Iglesia nuestra madre, cubierta con un paño de tristeza; y congregando á sus hijos al pie de sus altares, como la gallina congrega á los polluelos bajo sus alas (1), les recuerda lo que son al presente, lo que serán algún día, lo que deben ser en adelante y como deben conducirse para que no salgan defraudados en sus cálculós, diciéndoles con los más tristes y patéticos acentos: "Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir; acuérdate que has de morir, que has de dejar este mundo, que has de dejarlo todo; tu familia, tus amigos, tus bienes; lo que amas y lo que aborréces, lo que te alegra y lo que te entristece, lo que te ensalza y lo que te humilla: sí, acuérdate que fuiste tomado de la tierra y que, tarde ó temprano, pero infaliblemente á la tierra has de volver., *Memento, homo, quia pulvis es; et in pulverem reverteris.* Y para hacernos más sensible esta verdad,

(1) Math. XXIII, 37. Quoties volui congregare filios tuos quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas et nolui.

derrama sobre nuestras cabezas un puñado de ceniza.

Otro pensamiento, también muy saludable, domina en la liturgia de este día —el de la mortificación—. Jesucristo nos habla en el Evangelio del ayuno y del desprendimiento. “Cuando ayunéis, dice, no os pongáis tristes como los hipócritas que desfiguran sus semblantes, para manifestar á los hombres que ayunan; vosotros al revés, ungid vuestra cabeza y lavad vuestra cara, para que no se enteren los hombres de vuestro ayuno; basta que lo vea vuestro Padre que está en los cielos, y El os premiará. No queráis, añade, atesorar riquezas en la tierra, en donde el orín y la polilla las enmohecen y los ladrones las desentierren y roban; sino antes bien atesorad riquezas para el cielo, porque allí estarán infaliblemente libres de semejantes contratiempos.” (2)

¿Porqué la Iglesia nos presenta reunidos estos dos pensamientos? ¿Qué relación existe entre la mortificación y la muerte? ¿Qué analogía entre lo que somos y lo que debemos ser? ¡Ah, hermanos míos! es tan grande, que el estado actual determina la condición del futuro, y el futuro puede modificar el presente: ó en otros términos: *el pensamiento de la muerte nos alienta*

(1) Math. VI, 16, 17, 18, 19 et 20. Cum autem jejunatis, nolite fieri sicut hypocritae tristes. Exterminant enim facies suas, ut appareant hominibus jejunantes. Amen dico vobis, quia receperunt mercedem suam. Tu autem cum jejunas, unge caput tuum et faciem tuam lava, ne videaris hominibus jejunans, sed Patri tuo, qui est in abscondito; et Pater tuus qui videt in abscondito, reddet tibi. Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra; ubi erugo, et tinea demolitur: et ubi fures effodiunt et furantur. Thesaurizate autem vobis thesauros in coelo; ubi neque erugo, neque tinea demolitur, et ubi fures non effodiunt nec furantur.

á la práctica de la mortificación; la práctica de la mortificación nos dispone á una buena muerte.

He aquí, hermanos míos, los dos puntos sobre los cuales vamos á meditar en esta mañana. Quiera el cielo que mis palabras lleven á vuestro entendimiento la verdad encerrada en ellos, para que, reformando vuestra vida, os preparéis con la mortificación á una buena muerte. Y como es garantía de acierto y de provecho la gracia divina, pidámosla reverentes por la intercesión de nuestra Madre Santísima, saludándola con las palabras del Arcangel

AVE MARÍA





Así como el oro se purifica en el crisol, así nuestro ser se purifica de las escorias del pecado y se hace digno del que lo crió en el crisol de la mortificación y de la penitencia; pero es tal y tan grande nuestro apego y afición á los placeres y deleites sensuales, que nadie, ó muy pocos son los que sujetan su cuerpo á tan infalible procedimiento; por el contrario lo regalan y miman, sacrificando en su obsequio cuanto son y cuanto valen, le rodean de toda clase de comodidades y placeres; lo hartan materialmente de todos los deleites que lícita ó ilícitamente pueden proporcionarle; y, llevando hasta la exageración el culto que le tributan, exclaman frenéticos, como los impíos de la escritura: "Breve es el tiempo de nuestra vida y una fábula el mundo de allá; nadie ha vuelto de aquellas regiones á contarnos lo que ha visto. De nada hemos sido hechos y en nada vendremos á convertirnos. Venid, pues, y gocemos de toda criatura. Sea alegre esta rápida vida: coronémonos de rosas antes que se marchiten y rociémonos de perfumes; no haya prado que nuestra lujuria no corra; que por todas partes dejemos huella de nuestros placeres.." (1)

(1) Sap. II, 1 usque ad 9. *Dixerunt enim cogitantes apud se non recte: Exiguum et cum taedio est tempus vitae nostrae, et non est refrigerium in fine hominis, et non est qui agnitus sit reversus ab inferis: Quia ex nihilo nati sumus, et post hoc eri-*

Cierto que no es este el lenguaje de todos, ni á él por consiguiente se ajusta su conducta. Cierto que no todos llevan á tanto extremo el amor que profesan á su carne y la suavidad con que la tratan. Pero ¿quién duda que la mayoría de los hombres viven una vida frívola y enteramente disipada? ¿Quién duda que la mayoría de los hombres aman á su cuerpo más de lo que es justo con notable perjuicio de ese cuerpo mismo y con manifiesta perdición de sus pobrecitas almas? ¿Quién duda que la mayor parte tienen levantado un altar en su corazón, para tributar allí culto incesante á todas sus pasiones, concupiscencias y apetitos? Tended, tended la vista á la derecha y á la izquierda, de frente y por la espalda; y veréis como se afanan los hombres, como se mueven y agitan en esta inmensa oficina, que se llama mundo universo. Los unos en las bibliotecas revolviendo pergaminos, los otros en los campos derramando el sudor de su frente, éstos en el teatro de la guerra exponiendo su sangre y su vida, y

mus tanquam si non fuerimus: quoniam fumus flatus est in naribus nostris; et sermo scintilla ad commovendum cor nostrum. Qua extincta, cinis erit corpus nostrum, et spiritus diffundetur tanquam mollis aer, et transibit vita nostra tanquam vestigium nubis, et sicut nebula dissolvetur, quae fugata est a radiis solis, et a calore illius aggravata: et nomen nostrum oblivionem accipiet per tempus, et nemo memoriam habebit operum nostrorum. Umbrae enim transitus est tempus nostrum, et non est reversio finis nostri, quoniam consignata est et nemo revertitur. Venite, ergo, et fruamur bonis quae sunt, et utamur creatura tanquam in juventute celeriter. Vino pretioso et unguentis nos impleamus et non praetereat nos flos temporis. Coronemus nos rosis, antequam marcescant: nullum pratium sit quod non pertranseat luxuria nostra. Nemo enim exors sit luxuriae nostrae; ubique relinquamus signa letitiae; quoniam haec est pars nostra, et haec est sors.

aquellos finalmente en sus talleres, en sus despachos, en sus comercios, en la calle y en la plaza, en la tierra y en el mar, en público y en secreto, explotando sus respectivos oficios y negocios. Y todo ¿para qué? ¿Acaso para mejor servir á Dios? ¿acaso para huir de la ociosidad, madre de todos los vicios? ¡Ah, señores! no, no es para esto; es para tener más y valer más, es para subir á un puesto más alto en la sociedad, es para ganar honor, prestigio, dinero ó fama; es, en una palabra, para alcanzar abundantes elementos y recursos con que poderlo pasar bien y regaladamente en este mundo. Sí, para esto se estudia, se trabaja, se negocia y hasta se intriga.

Ahora bien, hermanos míos; ¿podríamos estimar y regalar tanto nuestra carne y nuestro cuerpo, si pensáramos seriamente en lo que somos? ¿andaríamos tan ocupados, tan cuidadosos y solícitos por proporcionarle tantos gustos y regalos, tantas comodidades y placeres, si nos acordásemos con frecuencia de lo que es y en lo que ha de venir á parar un día? ¡Ah! seguramente que no; pues á través de ese pensamiento y recuerdo, bien considerado y rumiado, comprenderíamos cuán *vano* es ese altar, cuán *engañoso* ese culto, cuán *irracional* y *punible* nuestra conducta. Y si no, decidme: ¿Qué es la carne? ¿qué son las riquezas? ¿qué son las dignidades y placeres? Oid á la Iglesia en este día, *pulvis es*; son polvo, ceniza, nada. Un poco de polvo que hoy es, y mañana ya no será; un poco de polvo que hoy está animado por el soplo de vida que le infundiera su Hacedor, y mañana estará yerto, deshecho y aventado por el soplo helador y destructor de la muerte; un poco de

polvo que hoy está lleno de orgullo, de vanidad y de soberbia, y mañana estará olvidado, menospreciado y abatido en la oscura huesa de un sepulcro. Esto, esto es nuestra carne, esto son las riquezas, los honores, las dignidades y placeres: *pulvis es*.

¿Y para este polvo son las camas blandas, las mesas espléndidas, los palacios suntuosos, los vestidos costosísimos, los manjares delicados? Y por este polvo nos afanamos y desvivimos tanto, trabajando día y noche, estudiando y peleando, calculando y comerciando? Y por este polvo comprometemos la salud de nuestra alma, alargando la mano á cosas vedadas é ilícitas con objeto de proporcionarle gustos y placeres; placeres y gustos que, á la fin y á la postre, tienen déjos amargos y causan no poca tristeza y pesadumbre? ¡Qué vanidad, hermanos míos, qué locura, qué insensatez!

Si vosotros vierais que un hombre edificaba un palacio suntuosísimo, notable por su grandiosidad y arquitectura, pero más notable todavía por el *confort* de sus habitaciones y por los primores del arte y de la industria encerrados en su recinto; y preguntado si lo destinaba para vivienda de algún monarca ó de algún alto personaje, os dijera que no; que su intención era destinarlo para morada de puercos..... Si vosotros vierais que un hombre allegaba inmensas riquezas y piedras preciosísimas, á costa de grandes sacrificios y fatigas, trabajando incesantemente, surcando los mares, arribando á playas desconocidas, acometiendo arriesgadas empresas y negocios peligrosísimos; y preguntado que para quién congregaba todo aquel tesoro, si para sí ó para sus hijos, para sus ami-

gos ó parientes, os contestara que no; que lo que se proponía era enterrarlas en un pozo muy profundo, sin quedarse de todas aquellas riquezas el valor de un solo céntimo..... Si vierais, en fin, que un hombre recogía de la seda las hebras más finas, del lino los hilos más delicados, de las pieles las más suaves y brillantes, de la lana los mejores vellones; y preguntado sobre el objeto de su labor, os dijera que tenia pensamiento y empeño de vestir y adornar con todas aquellas preciosidades y hermosuras un saco de estiércol, un montón de podredumbre ¿qué diríais? ¿qué juzgaríais? ¡Ah! sin duda que formaríais un concepto muy bajo, un concepto muy pobre de aquellos hombres, y los calificaríais de dementes, de orates, de locos, de insensatos.

Pues bien, hermanos míos, *tu es ille vir* (1), os diré yo ahora con el profeta Natán; *ex ore tuo te judico serve nequam* (2), os diré yo ahora con el mismo Jesucristo. Nosotros somos esos hombres, nosotros somos esos insensatos. Levantamos palacios soberbios, allegamos riquezas cuantas podemos, congregamos las cosas más delicadas y preciosas. perseguimos placeres y deleites ¿y para quién? para nuestra carne; para nuestro cuerpo; para nuestra carne y nuestro cuerpo que son polvo, ceniza, un poco de viento, un poco de humo, nada; para nuestra carne y nuestro cuerpo que mañana estará yerta y se pudrirá en un pozo oscuro y profundo. ¡Qué vanidad, repito, qué locura, qué insensatez!

(1) II Reg. XII, 7.

(2) Luc. XIX, 22.

¡Si al menos fuera eterno nuestro cuerpo! ¡si al menos hubiera de vivir eternamente como el alma! se comprendería á pesar de su indignidad y bajeza, que le consagráramos tantos cuidados y le regaláramos con tantos placeres y deleites: su cualidad de eterno justificaría en cierto modo este culto. Pero no; este cuerpo está tomado de la tierra y á la tierra infaliblemente ha de volver, *pulvis es et in pulverem reverteris*. Esta ley es indeclinable, ineludible. Lo ha dicho S. Pablo: *Statutum est hominibus semel mori* “está establecido que el hombre muera una sola vez,” (1). En su virtud murieron nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros antepasados; han muerto ya algunos de nuestros amigos, de nuestros vecinos y parientes; murió el mismo Hijo de Dios, solo porque se revistió de nuestra carne, y moriremos también nosotros. Sí, llegará un día y en ese día una hora y en esa hora un momento en que, postrados en el lecho del dolor, (digo, si el Señor se digna dispensarnos esta gracia) alumbrada la estancia por la ténue claridad de una lámpara, rodeados de una familia llorosa y de algún amigo taciturno, con el angel custodio á la derecha y Satanás á la izquierda, en actitud de disputarse la presa; iremos perdiendo poco á poco el uso de los sentidos y de los miembros, en lucha contra el espectro terrible de la muerte que, armada de guadaña, estará esperando el momento señalado en el reloj de la Providencia para cortar el hilo de nuestra vida. Acaso se oirá entre el estertor de nuestra fatigosa respiración la oración del sacerdote que rezará

(1) Apost. ad Hebr. IX, 27.

por nosotros diciendo: "Líbrale, Señor, de la muerte y del infierno, como libraste á Noé del diluvio, á Abrahám de la Caldea, á Job de sus padecimientos y á Moisés de la mano de Faraón," (1). Un instante después exhalaremos el último aliento, y al notar el sacerdote el estremecedor movimiento de la separación del alma del cuerpo, continuará sus oraciones diciendo: "Sál, alma cristiana, de este mundo en el nombre de Dios que te crió, del Hijo que te redimió, del Espíritu Santo que te santificó," (2). Luego tocarán, tristes, al funeral las campanas, inscribirán nuestro nombre en el registro de los que fueron y ya no son, mandarán construir una caja ó ataúd, y allí encerrados entre gusanos y podredumbre, y olvidados de todos, aun de los que nos amaron en vida, se irá disolviendo poco á poco nuestro cadáver, hasta quedar completamente reducido á polvo. *Pulvis es et in pulverem reverteris*. Este ha de ser, hermanos míos, nuestro fin, nuestro triste fin y lo que hemos de venir á ser un día. Es inútil olvidarlo y tomar todo género de precauciones para librarse de este trance, porque la sentencia es irrevocable. Luis XI trató de atrincherarse contra la muerte, invocando á los ángeles y á los santos, y nada le valió; llegó la hora, y pasó á la eternidad. Y como pasó él y han pasado miles de millones hasta la hora presente, también pasaremos nosotros; y entonces ¿de qué nos aprovecharán los honores y dignidades, las riquezas y placeres que tanto amamos y buscamos ahora? Qué mérito tendrán los gustos y regalos que con tanto afán y delirio

(1) Rit. Rom. Ord. recom. anim.

(2) Ibidem.

concedemos á este cuerpo miserable? Nada, señores, absolutamente nada. En aquel trance tan terrible quedaremos tan burlados y corridos, como aquellos necios de quienes decía el Salmista: *Dormierunt somnum suum et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis*. Dormieron su sueño; es decir, murieron, y nada encontraron en sus manos de todas sus riquezas. (1)

„Había un hombre, dice Cristo, que levantó un año
„de su campo una cosecha abundantísima, y no sabien-
„do donde colocarla, se preocupaba diciendo: ¿qué haré
„si no tengo local donde acomodar tanto grano? Y de
„pronto, como aquel que ha estado discuriendo mucho
„tiempo sobre un problema difícil y por fin lo resuelve,
„dijo: ¡Ah! ya, ya sé lo que he de hacer; derribaré mis
„graneros, los mandaré construir mayores, almacenaré
„en ellos mi cosecha y diré á mi alma: alma mía, tie-
„nes bienes acumulados para muchos años, descansa,
„come y bebe, diviértete y banquetea; porque es impo-
„sible que llegue á faltarte cosa alguna. Pero en el
„mismo instante oyó la voz de Dios que le decía en tono
„amenazador y terrible: ¡Insensato! ¿qué es lo que dices?
„por ventura es tuyo el tiempo? acaso te pertenece la
„hora esta en que vives? esta misma noche te pedirán
„el alma, y lo que has allegado con tanto gozo y alegría
„¿cuyo será? *Stulte, hac nocte animam tuam repetunt á*
„*te, et quae parasti ¿cujus erunt?*„ (2)

(1) Ps. LXXV. 6.

(2) Luc. XII, 16 usque ad 20. Hominis ejusdem divitis uberes fructus ager attulit, et cogitabat intra se dicens: quid faciam, quia non habeo quo congregem fructus meos? Et dixit: Hoc faciam; destruam horrea mea, et majora faciam et illuc

He aquí, hermanos míos, exactamente lo que nos pasará á nosotros; regalaremos nuestro cuerpo, lo rodearemos de todas las comodidades que estén á nuestro alcance, nos desviviremos y trabajaremos sin descanso, acaso sin reparar en los medios, para adquirir un puñado de oro *que el orin y la polilla enmohecen y los ladrones desentierran y roban*; y cuando nos dispongamos á disfrutar tranquilamente del fruto de nuestros sudores y desvelos, nos sorprenderá la muerte, como al necio de la parábola, y lo que hayamos congregado ¿cuyo será? Acaso disfrutaremos de ello un año, diez años, treinta años á todo tirar; pero después que hayan pasado ¿de qué nos aprovechará este goce? ¿qué mérito será el nuestro? ¡Ah, hermanos míos, ninguno: *Dormierunt somnum suum et nihil invenerunt*, etc. Entonces no nos quedará otra cosa más que nuestras obras; si buenas, para nuestra gloria; si malas, para nuestro castigo y perdición; es decir, en aquel trance tan amargo recogeremos únicamente el fruto de lo que hayamos sembrado en vida; “si hemos sembrado en carne, recogeremos corrupción; si hemos sembrado en espíritu, cosecharemos la vida eterna (1).

Pero no solo es vano y engañoso el culto que tribu-

congregabo omnia quae nata sunt mihi, et bona mea, et dicam animae meae: anima, habes multa bona posita in annos plurimos; requiesce, comede, bibe, epulare. Dixit autem illi Deus: Stulte, hac nocte animam tuam repetunt a te, et quae parasti, cujus erunt?

(1) Apost. ad Galat. VI, 8. Quae enim seminaverit homo haec et metet. Quoniam qui seminat in carne sua, de carne et metet corruptionem; qui autem seminat in spiritu, de spiritu metet vitam aeternam.

tamos á nuestro cuerpo, sino hasta *irracional*. Lo que pasa, lo que es efímero y deleznable no puede tener razón de *fin*, sino de *medio*; y de los medios, nos enseña la sana ética y nuestra propia experiencia interna y externa, que no debemos tomar más que lo conveniente, cercenando lo demás; en la inteligencia de que cualquier abuso que cometamos, re-lunda en nuestro propio daño y perjuicio.

Ahora bien; ¿hay cosa más efímera y deleznable que los honores y las dignidades, las riquezas y los placeres? ¿Hay cosa que más pronto pase y se desvanezca que los gustos y regalos que concedemos á nuestro cuerpo?

Hubo en Jerusalén un rey verdaderamente mimado por la fortuna. Su sabiduría fué tan grande, que hubo de asombrar al mundo y después ha quedado en proverbio. Sus palacios no tuvieron semejante en esplendor, magnificencia y ríqueza. "Allegó el oro cual si fuera estaño y la plata como plomo," (1). Gozó á toda su satisfacción de cuantos placeres y deleites apetecieron sus sentidos. Disfrutó de paz absoluta en todos sus dominios, y los monarcas circunvecinos, muy lejos de molestarle, le enviaban por el contrario valiosos y magníficos presentes. Sentado en trono esplendente de oro y de marfil recibía brillantes embajadas, y como un oráculo dictaba sus sentencias. Pero llegó el momento de que su corazón hablase, y cuando parece que debía haber entonado ditirambos á los regalos y deleites de la vida; dijo, para enseñanza de las gentes,

(1) Eccli. XLVII, 20. Collegisti quasi aurichalcum aurum, et ut plumbum complesti argentum.

estas palabras memorables: "Vanidad de vanidades y todo vanidad y aflicción de espíritu,, (1).

Lo dijo también el profeta: "Toda carne es heno y toda su gloria como la flor del campo. Se secó el heno y cayó la flor, porque el espíritu del Señor sopló sobre él,, (2).

Si, pues, todo pasa; si todo es vanidad y aflicción de espíritu; si las glorias más grandes no son otra cosa que un poco de viento, un poco de humo; no hay duda, señores, que es irracional la importancia que les damos, y altamente perjudicial y nocivo el abuso que de ellas hacemos. ¿Veis lo que le pasa al que se excede en la comida y en la bebida, que se indigesta ó embriaga y compromete su salud? pues mayores daños acarrea á su alma el que abusa de los deleites y placeres de este mundo. Este abuso excita sus pasiones, las exalta y, sobreponiéndose al espíritu, obligan á vivir al hombre como una bestia, como un animal, *como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento* (3); y el hombre animal, ya lo ha dicho San Pablo; no percibe las cosas que son del espíritu de Dios, porque le son una locura y no las pueden entender (4).

Abajo, pues, hermanos míos, abajo todos los rega-

(1) Eccle. I, 2, 14. Vanitas vanitatum et omnia vanitas et afflictio spiritus.

(2) Isai. XL. 7 et 8. Vox dicentis: clama et dixit. ¿Quid clamabo? Omnis caro foenum et omnis gloria ejus quasi flos agri. Excitatum est foenum et cecidit flos, quia spiritus Domini sufflavit in eo.

(3) Ps. XXI, 9. Nolite fieri sicut equus et mulus quibus non est intellectus.

(4) I. Ad Cor II, 14. Animalis autem homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei: stultitia est illi et non potest intelligere.

los, todos los placeres, todos los refinamientos. Abajo todo apetito grosero, las voluptuosidades execrables, las pasiones de los brutos, la sensualidad que nos degrada, la vida muelle que nos enerva, el culto de la carne que nos envilece. Hemos de morir, hemos de dejarlo todo, sin que á la fin y á la postre nos sirva de algún provecho; pues mejor es que lo abandonemos ahora, para que entonces no nos sea tan sensible y dolorosa su pérdida, ni tan amarga la forzosa renuncia que tendremos que hacer.

Ved aquí como el pensamiento de lo que somos y de lo que hemos de ser un día echa por tierra ese altar, donde tributamos culto á nuestra carne; para levantar en su lugar otro altar, donde tributemos culto á la mortificación y á la penitencia. Veamos ahora como la práctica de esta virtud nos dispone á una buena muerte.



Siendo infalible que hemos de morir, nada nos importa tanto como el hacer una buena muerte. De ella depende que seamos eternamente felices ó eternamente desgraciados. Pero quien no se prepara de antemano ¿cómo podrá hacerla buena? ¿cómo podrá morir santamente el que vive encenegado en el vicio y en el pecado? “Ningún arbol malo, dice el divino Maestro, puede producir buenos frutos., (1); y por esto sin duda ha dicho la *filosofia popular* que la muerte suele ser como la vida, *qualis vita, finis ita*; si la vida ha sido buena,

(1) Math. VII, 18. Non potest arbor mala bonos fructus facere.

y santa, santa y buena viene á ser la muerte; si por el contrario ha sido frívola, disipada y criminal, la muerte es impía, desastrosa y tal vez impenitente.

Por consiguiente, hermanos míos, es preciso que, mientras vivimos, nos vayamos preparando día por día y hora por hora para hacer una buena muerte; es indispensable que nos desembaracemos ahora de todo lo que en aquel trance nos ha de estorbar y perjudicar, y nos proveamos con solicitud y perseverancia, de lo que nos ha de aprovechar y servir; es necesario, en fin, que vivamos tan prevenidos y avisados que no tengamos que lamentar entonces ninguna negligencia ni descuido. ¿Qué diríamos de aquel que, habiendo de cruzar un bosque lleno de abismos, de laberintos y de fieras, para llegar á su patria, donde le espera la tranquilidad de su hogar y cariño de los suyos, prescindiera de guía que le llevase por el recto camino, y descuidase toda clase de armas para defenderse de las acometidas de las fieras? ¿No es verdad que diríamos que era un temerario, y que daba señales evidentes de no tener interés en arribar á su país y al lado de los suyos? Pues el mismo juicio debemos formar de todos aquellos cristianos que, sabiendo que han de pasar irremisiblemente por un trance tan peligroso y comprometido como la muerte, no se disponen ni preparan convenientemente y á tiempo, para salir de él victoriosos y coronados de gloria inmarcesible. Sí, semejante conducta demuestra que no padecen nostalgia, que no tienen interés ni empeño por alcanzar esa vida eternamente bienaventurada, que la fe nos descubre, que nuestra inteligencia vislumbra y nuestro corazón barrunta.

Ahora bien; ¿qué es lo que debemos hacer para prepararnos á bien morir? ¿Cuáles son los medios que debemos adoptar, cuáles los caminos que debemos seguir?

Consistiendo el secreto de dicha preparación en borrar los pecados que hemos tenido la desgracia de cometer y en alcanzar merecimientos de obras buenas; el camino más recto, el medio más á propósito y eficaz á este fin es el de una verdadera penitencia; es decir, una penitencia acompañada de mortificación. Sí, hermanos míos, seamos penitentes, seamos mortificados; y nuestra muerte será, no solo santa y agradable á los ojos de Dios, sino también dulce y deseable á nuestro corazón.

En efecto; la historia atestigua con muchísimos ejemplos que la penitencia es poderosa y eficaz para aplacar la ira divina y reconciliar á los pecadores con Dios, cuando va acompañada de la mortificación. Acordémonos de Nínive. Irritado el Señor contra ella por la muchedumbre de sus iniquidades, y dispuesto á exterminarla sino entraba en caminos de arrepentimiento y enmienda; le envió á su profeta Jonás, para que la conminase, diciendo: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur*; de aquí á cuarenta días Nínive será destruída (1). Pero pasaron los cuarenta días, y Nínive no sufrió el más pequeño quebranto.

¿Porqué no se cumplió la amenaza divina? ¿porqué no descargó el Señor su mano y arrasó hasta los cimien-

(1) Jon. III, 4.

tos aquella ciudad infame, centro de toda corrupción y oficina de toda suerte de abominaciones? ¡Ah! es porque aquel pueblo oyó la voz del profeta que tan terrible catástrofe le anunciaba y, abominando incontinenti de todas sus maldades y extravíos, se entregó al ejercicio de la más rigurosa penitencia, diciendo: “¿Quién sabe si se arrepentirá Dios y nos perdonará, y si se aplacará del furor de su ira y no pereceremos?,” Y así sucedió exactamente. “Vió el Señor las obras de ellos; vió que el rey y el vasallo, y el hombre y el jumento habían ayunado rigurosamente y que clamaban á él con ahinco para que los perdonase, y tuvo misericordia acerca del mal que había hablado les haría, y no lo hizo.” (1) Es decir, que se purificaron de sus culpas por medio de la penitencia y de la mortificación, y el Señor los perdonó, levantándoles el castigo con que los había amenazado.

Pues bien, hermanos míos, también contra nosotros se da una sentencia semejante, cuyo plazo fatal cierra la muerte. Tan pronto como ofendemos á Dios, perdemos su amistad y gracia, incurrimos en su indignación y Dios nos conmina diciendo: Dentro de dos, de diez, de veinte ó treinta años, seréis lanzados por mi diestra vengadora á los profundos abismos del infierno, para expiar allí vuestras culpas por eternidad de eternidades; pero si en ese plazo imitamos la con-

(1) Jon. III, 9 et 10. *Quis scit si convertatur et ignoscat Deus et revertatur a furore irae suae et non peribimus? Et vidit Deus opera eorum, quia conversi sunt de via sua mala: et misertus est Deus super malitiam, quam locutus fuerat ut faceret eis, et non fecit.*

ducta de los Ninivitas, si en ese plazo lloramos nuestros extravíos y nos entregamos á obras de mortificación para aplacar la ira divina y alcanzar merecimientos de vida eterna; moriremos, es verdad, porque la muerte es inevitable; pero esa muerte será santa por virtud de la penitencia practicada; será agradable á los ojos de Dios á causa de los méritos que habremos contraído, y Dios levantará aquella sentencia tan terrible, que justamente merecimos, para trocarla por esta otra tan hermosa y consoladora: "Venid benditos de mi Padre á poseer el reino que os tengo preparado desde toda la eternidad (1).",

Lo dijo el mismo Señor por boca de su profeta Ezequiel: "Si el impio hiciere penitencia de todos los pecados que cometió, y guardare todos mis mandamientos, é hiciere juicio y justicia; verdaderamente vivirá y no morirá. De todas las maldades que él obró, no me acordaré yo, y vivirá en la justicia que obró (2).",

Ved aquí, hermanos míos, los hermosos y ópimos frutos de la virtud de la penitencia, cuando va acompañada de la mortificación; justifica al alma, aplaca la ira divina, expía la pena que merecimos por la culpa, y últimamente nos adorna y enriquece de merecimientos para la vida eterna.

En tales condiciones ¿quién temerá ya la muerte?

(1) Math. XXV, 34. Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi.

(2) Ezeq. XVIII, 21. Si autem impius egerit paenitentiam ab omnibus peccatis suis, quae operatus est, et custodierit omnia praecepta mea, et fecerit iudicium et justitiam: vita vivet, et non morietur. Omnium iniquitatum ejus quas operatus est, non recordabor: in justitia sua, quam operatus est, vivet.

¿quién la mirará ya con espanto, sabiendo que es el término de esta vida angustiosa y miserable y el comienzo de otra vida felicísima en el seno de Dios y en la compañía de los ángeles y los santos?

Témese en general la muerte, no precisamente por las congojas y amarguras que lleva aparejadas consigo —que en esto no se piensa hasta que llega el caso—; sino por la incertidumbre en que pone al hombre sobre la suerte que le espera al otro lado de la tumba, y por la forzosa renuncia que le obliga á hacer aun de las cosas y personas más queridas. Si, el pensar que al cerrar los ojos al tiempo los abrimos para la eternidad, sin saber si lucirá para nosotros la *luz indefectible* de la gloria, ó nos cegarán los siniestros resplandores de las llamas del infierno..... El pensar que entonces habremos de abandonar forzosamente esas personas que amamos tanto; el padre, la madre, la esposa, los hijos; esas posesiones tan hermosas y pingües que nos rinden tantos y tan valiosos productos; esos puestos y cargos tan honoríficos y brillantes que nos levantan por encima de nuestros prójimos; esas triquezas que con tanto afán suspiramos y tras tantos trabajos y sudores, insomnios y vigiliass alcanzamos..... El considerar, en fin, que por muy grandes y poderosos que seamos no sacaremos otra cosa de este mundo que una simple mortaja y siete palmos de tierra; eso..... eso es lo que asusta, eso es lo que acobarda y abate aun á los hombres más animosos y valientes. Pero cuando el hombre ha expiado sus culpas con la penitencia y alcanzado méritos con la mortificación; cuando de antemano se ha ido des-

ligando poco á poco de todos los lazos del mundo y de la carne, sin consagrar á las personas y á las cosas otro afecto que el que se merecen y lícitamente puede tenerles; cuando abraza firme esperanza de que todo lo que abandonó aquí, en el mundo, por seguir á Jesucristo, lo encontrará centuplicado allá en la otra vida; ¿qué puede temer? ¿qué horror ni espanto le podrá causar la idea ó el pensamiento de la muerte?

“Presenció una vez, dice un escritor, la muerte de „un cartujo que dejó huella indeleble y profunda en mi „mente. Vagaba yo por los montes silenciosos y por las „orillas de los lagos azulados, llenos de indefinible melancolía, que rodean el gran convento de la Trapa, en „Francia; cuando oí doblar á muerto y penetré en „la iglesia del monasterio. ¡Qué espectáculo, cielos, se „ofreció entonces á mi vista! Un cartujo moribundo, „tendido sobre un paño fúnebre en el pavés del templo, „despedía tranquilo á los religiosos que con cirios en „las manos contemplaban su agonía. Adiós, hermanos, „les decía; voy á dejar este suelo regado con mi llanto, „voy á abandonar este monasterio que ha sido antesala „del paraíso para mí, y os ruego que os gocéis y alegréis conmigo, porque voy á cambiar muy pronto esta „felicidad imperfecta y temporal por otra eterna y perfectísima en el seno del Señor. Adiós, pues, hasta el „cielo. A una señal del Prior entonaron todos el cántico de María, que murmuraba también el moribundo, „hasta que cerrándose sus ojos y durmiéndose en el „Señor, fué á continuar su canto con los ángeles en el „cielo. ¡Oh, cuán hermosa me pareció la muerte en el „semblante de aquel cartujo! La serenidad con que al

„borde de la tumba hablaba á Dios de quien solo le se-
„paraba el polvo de su cuerpo, aquellos graves religio-
„sos que asistían á su agonía, el silencio sublime que
„reinaba en aquel sacro recinto, el sonido de la campa-
„na resonando en la inmensidad; todo aquello me pa-
„reció un remedo del paraíso. La filosofía engaña á los
„hombres, cuando les dice que la religión es una ilu-
„sión ó una hipocresía. La religión que siembra de flo-
„res la vida y hace tan encantadora la muerte, es la
„única realidad, es la realidad divina„ (1).

Así mueren, hermanos míos, los hombres píos, fer-
vorosos, penitentes y mortificados; así mueren los cris-
tianos que, antes de morir realmente, mueren para el
mundo y para sí mismos, renunciando á todos los pla-
ceres y deleites de la vida y consagrándose por entero
al servicio de Dios y á la santificación de sus almas; así
mueren, sí, con serenidad de espíritu, con tranquilidad
de conciencia, con alegría de corazón. Preparados de
tiempo á bien morir por medio de la mortificación y de
la penitencia, que es el mejor crisol de los espíritus;
fortalecidos en aquellos supremos instantes con los au-
xilios espirituales de la religión; acompañados de dos
ángeles, uno invisible, el de su guarda; otro visible, el
sacerdote; con el crucifijo entre las manos y murmu-
rando oraciones y plegarias esperan confiados y tran-
quilos la ejecución de la fatal sentencia. No les preo-
cupa abandonar este bajo suelo, porque han aprendido
por experiencia cuán vanas y engañosas son todas sus
cosas y promesas; no les duele renunciar á sus bienes,

(1) Mons. Besson; *Les mysteres de la vie future*.

honores y dignidades, porque ya los renunciaron antes muy de veras en cuanto al afecto; no se afligen al ver que se van á separar de las personas más queridas á su corazón, porque saben muy bien y en ello firmemente confían, que su separación será muy breve y que muy pronto tendrán la dicha de volverse á ver, si Dios es servido, en la región de la paz y del reposo eterno; no se asustan, en fin, al pensar que la muerte está allí, á su lado, afilando la guadaña para cortar el hilo de su existencia, porque esperan pasar por ese medio á otra vida mejor é incomparablemente más rica y espléndida que la que dejan.

Entre tanto echan una mirada retrospectiva; evocan su niñez, su juventud, su virilidad; recuerdan el estado en que vivieron, los cargos que desempeñaron, las amistades que tuvieron, los lugares que frecuentaron; pasan revista á sus pensamientos, palabras, acciones y omisiones; reproducen, en una palabra, su vida entera y tampoco encuentran nada que les cause turbación ó sobresalto; por el contrario, todo les consuela, todo les conforta y anima en aquel trance tan amargo; porque si alguna vez tuvieron la desgracia de ofender á Dios, luego al punto se dolieron de su culpa y practicaron la debida penitencia. Así es que libres de cuidados, de temores, de recelos, y satisfechos á la vez de su gestión en este mundo, no se ocupan de otra cosa que de aparejar convenientemente su alma para la eternidad, y cuando ésta se desliga de la pesada carga de su compañero el cuerpo, vuela, pura y limpia, por los espacios infinitos, hasta descansar en el seno de su Criador.

¡Qué muerte, hermanos míos, qué muerte tan hermosa y apacible la de los buenos cristianos! ¡Qué muerte tan dulce y tan santa la de los cristianos fervorosos, penitentes, mortificados; la de los que se preparan en vida y cuando tienen tiempo; la de los que saben morir para el mundo y para sí mismos, antes de que la muerte los arrebate! ¡Ah! ya lo dijo el Espíritu Santo: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus*. "Nada tan precioso en la presencia del Señor como la muerte de sus santos,, (1).

En cambio, mirad cuán espantosa y horrible es la muerte de los pecadores. Cuando un pecador empedernido y obstinado se halla en el lecho del dolor, ya próximo á expirar; su espíritu se turba, su conciencia, tanto tiempo dormida, se despierta, y su corazón se estremece y sobresalta. Entonces ve lo que antes no vió ó no había querido ver, entonces se apercibe del estado criminal, abominable y espantoso de su alma y de la inmensa desgracia que le espera al otro lado de la tumba; y semejante al impío Antioco, cuando cayó herido por la mano de Dios en su última enfermedad, se dice allá en el fondo de su corazón: "¡A qué extremo de aflicción me veo reducido y en qué abismo de remordimientos, de temores, de zozobras y de angustias se anega mi pobre espíritu! ¡Ah! ahora me acuerdo de todos los males que hice; ahora me acuerdo que siempre anduve divorciado de Dios, traspasando todas sus leyes y preceptos y tributando culto incesante á mi carne y apetitos; ahora me acuerdo de las gracias que me dió y

(1) Psalt. CXV, 15.

de la ingratitud con que le correspondí, del tiempo que me concedió y de lo mal que lo empleé, de los sacramentos que me ofreció y de los sacrilegios con que los recibí, de las órdenes que me intimó y del desprecio con que las escuché, de la edificación que me encargó en todos mis actos y de los escándalos que causé por donde quiera que pasaba. *Nunc reminiscor malorum quae feci in Jerusalem.* Sí, he sido un criminal, un infame, un ingrato; tan ingrato y criminal, que mis pecados sobrepujan la abundancia de la divina misericordia., (1). Y perdida toda esperanza de perdón, abrumado de confusión y de vergüenza, atormentado de remordimientos y maldiciendo de su existencia; rechaza todo auxilio espiritual, abomina de Dios y de su gloria, y muere en brazos de la desesperación.

He aquí, hermanos míos, el fin, el triste y espantoso fin de los que llegan á la hora de la muerte, cargados de pecados y enteramente vacíos de obras buenas; ó mueren impenitentes en justo castigo á su perversidad, ó hacen una penitencia tan esteril que no basta á reconciliarlos con su Dios. Por manera que siempre se cumple en ellos lo que dijo el Espíritu Santo: *Mors peccatorum pessima.* La muerte de los pecadores es desastrosa y funestísima (2).

¿Cuál de estas dos muertes haremos nosotros? haremos la del justo? haremos la del pecador? En nuestras

(1) Machab. VI, 11 et 12. Et dixi in corde meo: In quantum tribulationem deveni, et in quos fructus tristitiae, in qua nunc sum. Nunc vero reminiscor malorum quae feci in Jerusalem.

(2) Psalm. XXXIII, 21.

manos está: ya habéis oído que para morir bien, es preciso prepararse con tiempo, y que la mejor preparación que podemos hacer, es practicar una verdadera penitencia. Por consiguiente, hermanos míos, si ofendemos á Dios y no procuramos salir pronto del estado de la culpa, nos sorprenderá la muerte y *moriremos en nuestro pecado*. En cambio, si nos reconciliamos luego con Dios, si expiamos nuestros extravíos y nos hacemos con un caudal abundante de merecimientos y obras buenas, nada tenemos que temer: esa muerte tan fiera, tan espantosa y horrible para los malos, será para nosotros verdaderamente hermosa y agradable, y cuando la veamos venir, en vez de asustarnos y estremecernos; exclamarémos más bien el Salmista: *¡Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est!* “¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado demasiado,, (1). ¡Ya era hora que yo muriese, ya era hora que yo pasase al seno misericordioso de mi Dios, para gozar de El por eternidad de eternidades! Así SEA.



(1) Psal. CXIX, 5.

DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA

Jesucristo nuestro ayudador en las tentaciones



Jesucristo nuestro ayudador en las tentaciones

*In eo enim in quo passus est
Ipse et tentatus, potens est et eos
qui tentantur auxiliari.*

(Ad Heb. II, 18.)

Ilustrísimo Señor:

Nadie ha sabido expresar de una manera tan elocuente y gráfica la triste condición del hombre sobre la tierra, como el Patriarca de Idumea. Despojado de sus inmensas riquezas, privado de un golpe trágico de todos sus hijos, herido en su cuerpo por una enfermedad asquerosa y horrible, reprendido por sus amigos, insultado por su propia mujer y desamparado al parecer de todo consuelo humano y divino; dejó-escapar de su pecho este grito de dolor: *Militia est vita hominis super terram*. “La vida del hombre sobre la tierra es de ruda é incesante lucha contra toda suerte de enemigos,, (1).

Y á la verdad, señores, entre los *infinitos* seres que pueblan el mundo, así de los que vuelan por los aires,

(1) Job, VII, 1.

como de los que se arrastran por la tierra ó se pasean por los abismos de las aguas; el hombre es el que cuenta con mayor número de enemigos. Los hay que atacan á su alma y los hay también que acometen á su cuerpo; y unos y otros conspiran contra él con tanto tesón y constancia, que le obligan á estar siempre con el arma al brazo, para defenderse de sus asaltos y acometidas. Conspiran contra la salud y la vida de su cuerpo cuantas cosas le rodean y se ve en la necesidad imprescindible de emplear; el aire, el agua, los alimentos, los animales y sus mismos semejantes. El aire cuando no es puro, los alimentos cuando no son sanos, los animales si no son domésticos, y sus mismos semejantes cuando no viven bajo la influencia de la caridad, *que es paciente, y benigna, y todo lo sufre y todo lo espera* (1). Y aun cuando el aire sea puro, y los alimentos sean sanos, no hay duda que es tan perjudicial como necesario su uso; pues así como un reloj se desgasta con el uso y por fin no sirve, así sucede ni más ni menos con el cuerpo; las mismas cosas que tiene necesidad de emplear para conservar la vida, van minando poco á poco su organismo, hasta que por último concluyen por dar con él en tierra. En una palabra; el hombre, ha dicho San Pablo, está rodeado de enemigos por todas partes; en su casa y en la calle, en la ciudad y en el campo, en el río y en el mar, con los suyos y con los extraños. *Periculis fluminum, periculis latronum, periculis ex genere, periculis ex gentibus,*

(1) I ad Cor. XIII, 7. Charitas patiens est, benigna est..... omnia suffert, omnia sperat, omnia sustinet.

periculis in civitate, periculis in solitudine, periculis in mari, periculis in falsis fratribus (1).

Y si esto sucede con el cuerpo ¿qué diremos del alma? ¿Qué diremos de la parte más noble y preciosa de nuestro ser? ¡Ah!, señores; á proporción de su altísima dignidad y grandeza, así son poderosos y atrevidos los enemigos que la combaten. Criada por Dios y para Dios, conspira contra ella, en primer lugar el demonio por medio de sugestiones, en su afán de dominarla y ejercer perpetua tiranía sobre ella; conspira, en segundo lugar, el mundo con sus malos ejemplos y enseñanzas, para conquistarse su amor y sus aplausos; conspira en último término y con más obstinación y fiereza que los precedentes enemigos ¡quién lo diría, hermanos míos, quién lo diría! la carne, su misma compañera, para hacerla cómplice, esclava por mejor decir, de sus pasiones y apetitos. Sí; “se me ha dado, dice el Apostol, un estímulo de mi carne, el angel Satanás, que me abofetee,, (2); y en otro lugar declara que “vé en sus miembros una ley que contradice á la ley de su voluntad, y le lleva esclavo á la ley del pecado que está en sus miembros,, (3).

Hé aquí, señores y hermanos míos, nuestros enemigos, los que desean nuestra ruina, los que maquinan nuestra muerte y perdición.

(1) II. ad Cor. XI, 26.

(2) II ad Cor. XII, 7. Ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae angelus Satanae qui me colaphicet.

(3) Ad Rom. VIII, 23. Video autem aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati quae est in membris meis.

¿Quién nos librará de tantos y tan formidables enemigos? *¿Quis nos liberabit a corpore mortis hujus?* (1) ¿Quién nos ayudará á triunfar de ellos y á ponerlos por escabel de nuestras plantas? De los del cuerpo, nadie. Por algún tiempo harán verdaderos prodigios la sobriedad, la prudencia, las precauciones, la medicina, etc., etc.; pero, por último, vendremos á ser víctimas de su incesante conspiración contra nosotros. En cambio, de los del alma, sí que hay quien quiere y puede ayudarnos á triunfar. El alma es mucho más noble y preciosa que el cuerpo, para que Dios la dejara indefensa y sin ayuda contra tan fieros enemigos. Por eso dice San Pablo: "En aquello en que El mismo padeció y fué tentado, es poderoso para auxiliar á los que son tentados."

Y efectivamente; *Jesucristo, venciendo hoy al demonio en las tres tentaciones que le propuso, nos enseña y ayuda á vencer las nuestras.*

Para demostrar esta verdad tan hermosa y consoladora, solicitemos los auxilios de la gracia por la intercesión de nuestra Madre Santísima, saludándola con las palabras del Arcangel.

AVE MARIA



(1) Ad Rom. VIII, 24.



Jesucristo no podía ser tentado *de via ordinaria* en ninguna de las tres concupiscencias de que nos habla San Juan (1); ni en la concupiscencia de la carne, ni en la concupiscencia de los ojos, ni en la soberbia de la vida. Toda concupiscencia es hija del quebranto que sufrió la humana naturaleza, cuando nuestros primeros padres traspasaron el precepto del paraíso. Entonces se alteró aquella paz y armonía que Dios había establecido entre las facultades inferiores ó del cuerpo y las superiores ó del espíritu, y el hombre quedó sin fuerzas para sofocar sus pasiones y apetitos. Mas como Cristo no se hizo solidario del pecado original, en razón á que no descendía de Adán *via naturali*, como descendemos todos los demás hombres; por eso no contrajo, ni pudo contraer sus consecuencias ó efectos. Asumió, sí, nuestra naturaleza íntegra y perfecta con todas nuestras miserias y flaquezas, con todas nuestras enfermedades y dolores; pero no asumió en manera alguna el pecado, ni la concupiscencia del pecado. Lo ha dicho terminantemente el sabio Obispo de Hipona: "Solamente se vió libre de carne concupiscible aquel Hombre, que no vino al mundo por el camino de la concupiscencia," (2); esto es, Jesucristo que no nació

(1) I Joan. II, 16. Omne quod est in mundo concupiscentia carnis est et concupiscentia oculorum et superbia vitae.

(2) D. August. *lib. I. contra duas epist. pelag.* Quam (concupiscentiam) spiritui resistentem non habere in carne mortali, ille tantummodo habuit qui non per ipsam ad homines venit.

como los demás hombres, *sino de la Virgen María, por misteriosa operaci6n del Espiritu Santo* (1).

¿Cómo se explica, pués, que Jesucristo padeciese tentaci6n, no una, sino hasta tres veces y precisamente en las tres concupiscencias con que quedó herida y maltrecha nuestra naturaleza á consecuencia del pecado de origen? ¿Cómo se concibe que el demonio se atreviese con El y le tentase de una manera tan audaz y repetida, lo mismo que nos acomete á nosotros y nos tienta para cogernos en sus lazos y ejercer tiranía sobre nuestras almas?

Hé aquí, señores, el misterio más profundo del evangelio de este día. Por una ley de justicia que reconoce la misma Escritura Santa, el hombre se hizo reo, esclavo de Satanás, desde el momento en que fué vencido por él en las florestas del Paraíso. *A quo enim quis superatus est*, dice San Pedro en su segunda carta, *hujus et servus est*. "El que es vencido queda esclavo del vencedor," (2). Y esto con tanta mayor razón en el presente caso, cuanto que el angel apóstata no venció al hombre con la opresi6n y la violencia que pudo haberle hecho, dada la superioridad de su naturaleza; sino simplemente con el engaño, del cual podía haberse librado y defendido nuestro primer padre, si se hubiera servido de la ciencia infusa que Dios le había comunicado en su creaci6n. En su virtud; así como el demonio adquirió en cierto modo un derecho funesto á imponer su voluntad al hombre, así el hombre contrajo una espe-

(1) Symbol. apost. Qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine.

(2) II Petr. II, 19.

cie de deber de cumplirla ó, al menos, una deplorable facilidad en secundarla. Lúganlo sino aquellos actos impíos, aquellas sacrílegas ceremonias, aquellos sacrificios horripilantes, aquellas supersticiones tan absurdas y aquellas abominaciones y excesos contra la naturaleza, á que se entregó el género humano antes de la venida del Mesías. ¡Oh, qué estado tan triste aquel, qué condición tan miserable! A merced el hombre, del más fiero é implacable de sus enemigos, se le vió caer en todos los abismos, profesar todos los errores, consagrar todos los vicios, cohonestar todos los crímenes y vivir y obrar tan sin freno ni trabas, *como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento* (1).

Pues bién, señores; para debilitar este poder tan horrible del demonio, para dar á los hombres fuerzas y alientos con que poder resistir y vencer sus asechanzas, para enseñarles, en una palabra, la manera de triunfar de sus asaltos; hé aquí por qué consintió Jesucristo que el demonio le tentase. “A semejanza de los viejos „atletas, dice elegantemente el Crisóstomo, que para „adiestrar á los nuevos combatientes en la lucha, los „conducen á la arena, y emprendiendo en su presencia „luchas y combates, les enseñan con su ejemplo más „bien que con sus palabras el arte de pelear con buen „resultado; así nuestro amoroso Salvador y Maestro, „sabiendo que no podríamos evitar las acometidas del „demonio, fué á pelear con él antes que nosotros, á fin „de que, al ver la victoria que El alcanzó sobre el ene-

(1) Psalm. XXXI, 9..... sicut equus et mulus quibus non est intellectus.

„migo infernal, aprendiésemos nosotros el modo de „vencerlo„ (1).

Abrid, pues, hermanos míos, abrid ya esa gloriosa página del Evangelio donde aparece Jesucristo como un simple mortal, acometido por el diablo; y veréis y os convenceréis cómo, al tenor de las palabras de mi tema, nos enseña y ayuda con su ejemplo á resistir y vencer todo género de tentaciones. *In eo enim in quo passus est Ipse et tentatus, potens est et eos qui tentantur auxiliari.*

“En aquel tiempo, dice San Mateo, fué conducido „Jesús al desierto por el Espíritu para que fuese tentado por el diablo. Allí ayunó cuarenta días y cuarenta noches, sin probar ninguna clase de alimentos; „y como al cabo de este tiempo diera señales evidentes „de tener hambre, se le acercó el tentador y le dijo: No „me admira que tengas hambre, lo que me admiraría „sería que no la tuvieses, después de un ayuno tan „riguroso y tan largo: cualquiera otro en tu lugar hubiera sucumbido víctima de su temeridad. Lo sensible „es que aquí no hay qué comer; esto es un páramo, un „desierto donde nadie habita y es inútil buscar en él „los alimentos que necesitas. Por tanto, si eres Hijo de „Dios, como sospecho, dí que estas piedras se conviertan en pan. Mas Jesús le contestó: Está escrito que el „hombre no vive solo de pán, sino de toda palabra que „sale de la boca de Dios. Entonces el demonio traspor-

(1) D. Joan. Chrysos. *Homil. 13 in Math.* Ut prius ipse congressus. quomodo ab illis vinci possit ostenderet. Sic enim faciunt atletae, cum discipulos suos vincere docent: Data opera in palestris cum aliis certamen exercent; ut in luctantium corporibus artem faciant spectare vincendi.

„tó á Jesús en sus inmundos brazos hasta la ciudad
„santa de Jerusalén, y colocándole en el pináculo más
„alto del templo, le dijo: Si eres Hijo de Dios, arrójate
„de aquí abajo; pues está escrito que el Señor enviará
„delante de Ti á sus ángeles, con orden de recogerte en
„sus manos, para evitar que te estrelles contra las pie-
„dras. Y Jesús le dijo: También está escrito, no tenta-
„rás al Señor tu Dios. Todavía no se dió por vencido el
„diablo á pesar de este segundo fracaso, y esperando
„poder triunfar por fin de Jesucristo, lo llevó á la cum-
„bre de un monte muy alto, y mostrándole desde allí
„todos los reinos del mundo y sus glorias, le dijo: ¿Ves
„todo esto cuán grande es, cuán encantador y magní-
„fico? pues todo te lo daré, si, postrado á mis plantas,
„me adoras. Pero Jesucristo, despreciándolo todo, le
„dijo con aie de indignación: Retírate de mi presencia,
„Satanás; pues está escrito, al Señor tu Dios adorarás
„y á El solo servirás. Entonces se acercaron á Jesús los
„ángeles y apareciéndosele en forma visible, comenza-
„ron á servirle de comer., (1).

Hé aquí, hermanos míos, la sencilla cuanto intere-

(1) Math. IV, 1. usque ad 11. Tunc (Jesus) ductus est in desertum a Spiritu, ut tentaretur a diabolo. Et cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esuriit. Et accedens tentator dixit ei: Si Filius Dei es, dic ut lapides isti fiant panes. Qui respondens dixit: Scriptum est, non in solo pane vivit homo sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. Tunc assumpsit eum diabolus in sanctam civitatem et statuit eum super pinaculum templi, et dixit ei: Si Filius Dei es, mitte te deorsum, scriptum est enim: quia angelis suis mandavit de te, et in manibus tollent te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum. Ait illi Jesus: Rursum scriptum est, non tentabis Dominum Deum tuum. Iterum assumpsit eum diabolus in montem excelsum valde et ostendit ei omnia regna mundi et gloriam eorum et dixit

sante historia de las tentaciones de Jesús en el desierto. Como se ve, es todo un programa de táctica espiritual; y si nosotros lo llevamos á la práctica sin omitir el más pequeño detalle, triunfaremos á semejanza de su autor en todas las batallas del espíritu.

Notad en primer lugar á donde fué conducido Jesucristo para sufrir las tentaciones del demonio. Fué conducido al desierto, *ductus est Jesus in desertum*; es decir, á un lugar oculto, silencioso y apartado del bullicio del mundo y del trato y conversación de las gentes, para darnos á entender que el silencio y la soledad, de ordinario tan poco estimados por los hombres, son sin embargo los medios más á propósito y los más poderosos auxiliares de que podemos servirnos para resistir todo género de tentaciones; tanto las internas provenientes de nuestras concupiscencias, como las externas que el mundo y el demonio incesantemente nos proponen. Allí, las almas, libres de toda sollicitación externa, se reconcentran en sí mismas, se consagran á santos y saludables pensamientos, se ponen en comunicación con Dios y *Dios les habla al corazón*, (1) las consuela, las instruye, las alienta y fortifica con continuos y soberanos auxilios; y cuando la tentación viene, se sienten con fuerzas y bríos para resistirla. En cambio, en medio del siglo, sollicitadas por tantas ocupaciones y negocios, disipadas en tantos pasatiempos y

ei: Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraberis me. Tunc dicit ei Jesus: Vade, Satana; scriptum est enim: Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies. Tunc reliquit eum diabolus; et ecce angeli accesserunt et ministrabant ei.

(1) Osee II, 14..... ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.

diversiones, enervadas con tantos placeres y deleites, y completamente inexpertas en el manejo de las armas espirituales; todo es flaqueza, cobardía, debilidad y abatimiento, cuando el enemigo infernal las acomete, y sin oponer á veces la más pequeña resistencia, sucumben miserablemente á sus asaltos. Además, el mundo está lleno de lazos, lleno de redes y asechanzas para cazar á las almas; mientras que en la soledad y en el retiro, si los hay, al menos no son tantos ni, como acabamos de decir, tan peligrosos. Por eso dice el Espíritu Santo: „Huid, alejaos del mundo, apartaos de la compañía de los malos, de todos los que puedan herir de muerte á vuestras almas; y así os pondréis en condiciones de no temer la muerte. Pero si os acercáis á ellos; si lo que es más, vivís entre ellos y en continuo trato y compañía de ellos; temed y temblad, porque camináis por encima de lazos y á través de las armas de vuestros más fieros é implacables enemigos., (1).

Notad en segundo término que Jesucristo fué conducido al desierto por el Espíritu, *ductus est Jesus in desertum a Spiritu*, queriéndonos enseñar con esto, dice el Crisóstomo, „que no debemos exponernos por nosotros mismos á los peligros, ni precipitarnos en los lazos de las tentaciones; sino que debemos esperar á ser acometidos y entonces pelear con denuedo y valentía., (2). La razón la dió ya el Espíritu Santo cuan-

(1) Eccli. IX, 18. Longe abesto ab homine potestatem habente occidendi. Communionem mortis scito, quoniam in medio laqueorum ingredieris, et super dolentium arma ambulabis. Secundum virtutem tuam cave te a proximo tuo et cum sapientibus et prudentibus tracta.

(2) D. Joan. Chrysos. *Homil. 13. in Math.* Propterea non

do dijo: "El que ama el peligro, perece en él," (1).
 "¿Por qué, pregunta un autor insigne, por qué hay
 „tantos que sucumben á sus tentaciones? ¡Ah! porque
 „no sufren la tentación, sino que la buscan; porque no
 „son arrastrados á ella, sino que voluntariamente le sa-
 „len al encuentro; porque no son llevados á ella por el
 „Espíritu de Dios como Jesucristo, sino por el deseo
 „de satisfacer sus pasiones y apetitos. Es porque son
 „imprudentes como David y se solazan en la contem-
 „plación de mujeres provocativas; es porque son teme-
 „rarios como Sansón y se abandonan en brazos de insi-
 „diosa Dálida. Y á pesar de su caracter, de su digni-
 „dad, de su alcurnia, de la altura en que se hallan
 „colocados y de los oficios que ejercen en la sociedad y
 „en la Iglesia, caen lastimosamente en el pecado. Por
 „el contrario, los que no buscan la tentación, y sin em-
 „barro son tentados porque Dios así lo permite y lo
 „consiente, ó para probar su fidelidad, ó para coronar-
 „los de honor y de gloria después del vencimiento;
 „estos... estos no caen, no perecen, no sucumben; se-
 „mejantes al casto hijo de Jacob que, no obstante su
 „juventud y su vigor, supo resistir la violenta tenta-
 „ción de su impúdica señora; así ellos triunfan de to-
 „das las asechanzas y salen ilesos de todos los peli-
 „gros," (2). Lo dijo también Estrabón: "Los que están

eum ultro, sed a Spiritu Sancto in eremum ductum esse commemorat, ut nobis signatum esse videamus: Quia non sponte nosmetipsos in tentationes oporteat resilire; sed, si contracti fuerimus viriliter repugnare.

(1) Eccli. III, 27. Et qui amat periculum in illo peribit.

(2) Imperf: in com. super Math ¿Unde multi cum tentati fuerint superantur et pereunt? Illi tales non a Spiritu Dei ad

„llenos del Espíritu Santo y son guiados por El á la „pelea, son fuertes para sufrirla; mas aquellos que van „al combate sin este celestial auxilio, salen derrotados „y vencidos,, (1).

En tercer lugar, Jesucristo se preparó á sufrir las tentaciones del demonio con un ayuno extraordinariamente riguroso y largo. *Et cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus postea esurit.* También esta circunstancia encierra una profunda enseñanza; pues con ella ha querido enseñarnos nuestro divino Salvador y Maestro que uno de los mejores medios, acaso el más á propósito y seguro para triunfar en las tentaciones, es la mortificación de la carne y de los sentidos. Para convencernos de ello bastará la observación siguiente: Siempre que el demonio tienta, procura dirigir sus ataques y embestidas á la pasión que tenemos más despierta y excitada, para no errar el golpe y asegurar de antemano la victoria. Semejante al general bien entendido y experimentado que no acomete por igual la fortaleza, sino que embiste con el núcleo de su ejército y con lo más recio de sus baterías á la parte menos defendida ó más debil; así el demonio nos ataca y embiste por donde conoce que podemos ser más fácilmente derrotados y vencidos. Flaquea uno, por ejemplo, por la sensualidad, y le tienta con los inmundos placeres de la carne; flaquea por la avaricia, y le tienta con el brillo y el *retintín* del oro; flaquea por la

tentationem ducuntur sed a peccatis propriis expelluntur. Qui Spiritu Dei ad tentationem ducuntur, non superantur.

(1) Estrab. de Ful. *Glos ordin.* Quos Spiritus Sanctus replet, fortes mittit ad pugnam: qui sine hoc Spiritu vadit, cito cadit.

ambición, por la vanidad, por la vanagloria, y le acomete poniéndole ante la vista los efímeros honores y dignidades de este mundo. Así lo hizo con Jesucristo; le empezó á tentar por la gula, porque dió señales evidentes de tener hambre. Por consiguiente, si queremos evitar que nos acometa con ventaja este feroz enemigo, debemos comenzar por no tener ningún lado flaco ó poco defendido; debemos comenzar por domar nuestras pasiones y tenerlas tan á raya, que no sean ellas las que dominen al espíritu, sino al revés, el espíritu el que las domine y avasalle; y para ello ningún medio más á propósito, ningún factor más poderoso y eficaz que el ayuno. Oid á San Basilio sobre los maravillosos efectos que el ayuno produce. “El ayuno, dice, hace nacer pro-
„fetas; testigo Samuel que nació por el ayuno de su
„madre: afirma y fortifica la virtud de los santos; tes-
„tigo Jacob que, privándose de un almuerzo que tenía
„preparado, adquirió del profano Esaú el derecho de
„primogenitura: dá la fortaleza y sabiduría á los reyes,
„á los jefes de los pueblos y á los que ejercen alguna
„autoridad en el mundo; testigo Moisés que con su
„abstinencia en el monte santo mereció recibir de Dios
„las tablas de la ley, mientras que el pueblo en la falda
„del monte prevaricó, adorando al becerro de oro, por
„haberse entregado á las delicias de la comida y de la
„bebida. El ayuno es el fiel custodio del alma contra
„todos los movimientos del cuerpo; es el señor que dis-
„pone, y arregla, y sujeta á las luces de la razón y de la
„fé todos los ímpetus de la carne; él fortifica al hombre
„interior á medida que debilita al exterior y sirve con-
„tra los enemigos para defenderse de unos y atacar á

„los otros. El ayuno aleja las tentaciones y dispone á „los ejercicios de piedad; de él es de quien recibe el „Nazareno su santidad y el sacerdote su perfección,, (1).

Tales son, señores, tan prodigiosos y admirables los efectos que causa el ayuno. Por eso Jesucristo lo practicó antes de entrar en lucha con el diablo, y la Iglesia nuestra Madre, en su afán de que nos fortalezcamos con él contra las tentaciones, canta sus excelencias en la parte más principal de la misa, con aquellas palabras de San Gregorio Magno: „Justo es, Señor, tributaros „rendidas acciones de gracias en todo tiempo; pero lo „es especialmente en estos días de salud, en que por medio del ayuno corporal reprimís las pasiones terrenas „para elevar hacia Vos nuestras almas, y multiplicáis nuestras victorias para aumentar nuestras coronas,,. *Qui corporali jejunio vitia comprimis, mentem elevas, virtutem largiris et proemia* (2).

Finalmente, Jesucristo, llegado que fué el momento de la tentación, embrazó el escudo de la palabra divina y con él rechazó gloriosamente las acometidas del monstruo infernal. Cuando el demonio le invitó á convertir en pan las piedras, Jesús le contestó: *Está escrito que el hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*. Cuando le dijo que se arrojase sin miedo del pináculo más alto del templo, Jesús le respondió: *Está escrito no tentarás al Señor tu Dios*. Por último, cuando le ofreció todos los reinos del mundo á cambio de sus adoraciones, otra vez lo re-

(1) D. Basil. Magn. Homil. I. de jejun. ante medium. Offic. Dcmin. IV. Quadr.

(2) Praef. Mis. Temp. Quadrag.

chazó, diciendo: *También está escrito, al Señor tu Dios adorarás y á El solo servirás*. De modo que, según se desprende del sagrado texto, Jesucristo no empleó otras armas para rechazar las tentaciones y triunfar de Satanás, que las sagradas escrituras. Y es, señores, que la sagrada escritura es un almacén divino donde se encuentran toda clase de armas y pertrechos espirituales, es una oficina medicinal donde se hallan todos los remedios, es aquella torre de David de la cual, dice Salomón, *que penden mil escudos toda armadura de valientes* (1), es en fin, "aquella botica universal en la cual, como dice San Basilio, cualquiera puede tomar la medicina que mejor se acomode á sus enfermedades y dolencias," (2). Y aunque Cristo no tuvo necesidad de ella, porque era en realidad de verdad la misma Fortaleza y Palabra Divina encarnada; sin embargo, la empleó en el presente caso, para darnos á conocer á nosotros toda su virtud y eficacia.

Hé aquí, hermanos míos, el proceso que siguió Jesucristo, nuestro divino capitán y caudillo, para resistir y vencer las tentaciones que el demonio le propuso. Primeramente escogió el desierto como lugar más ventajoso para el combate, después se preparó con un ayuno rigurosísimo de cuarenta días y cuarenta noches y últimamente esgrimió por toda arma ofensiva y defensiva la palabra divina. Con todo esto alcanzó un

(1) Cant. Cantic. IV, v. Mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium.

(2) D. Basil. Magn. in serm. de verbo scrip. Ab Scriptura unusquisque, tamquam ab officina medicinali, appositum suae infirmitati medicamentum invenire poterit.

triunfo tan ruidoso y completo, que el diablo, rechazada que fué por Jesucristo su última tentación, se retiró de su presencia avergonzado y confundido. *Tunc reliquit eum diabolus, et ecce angeli acceperunt et ministrabant ei.*

Ahora bien; si todo lo que hizo en este mundo nuestro divino Salvador era encaminado á nuestra instrucción y beneficio, si todo lo que sufrió y padeció en su cuerpo y en su espíritu durante los treinta y tres años de su vida mortal tenía por objeto el procurar la salud y la vida de nuestras almas; ya sabéis, cristianos, lo que tenéis que hacer para no ser víctimas del mundo, del demonio y de la carne; debéis imitarle, apartándoos de todas aquellas personas y lugares donde el peligro de pecar es inminente, acordándoos de aquella sentencia del sabio, *el que ama el peligro perece en él*; debéis preferir el silencio al bullicio, la soledad al trato de gentes, el desierto á la ciudad y el retiro al mundo; no precisamente acogiendo al claustro ó vida eclesiástica, porque no todos somos llamados por Dios á ese estado, pero sí retirándoos de los pasatiempos y diversiones peligrosas al interior de vuestras moradas y conciencias, porque allí estaréis menos expuestos á la tentación y os encontraréis en mejores condiciones para resistirla; debéis, en fin, domar vuestra carne con el ayuno y la mortificación, para que las pasiones se mantengan á raya, bajo el imperio del espíritu; y si después de todo, todavía os asalta el enemigo, *rugiendo como un león* (1) y amenazando abrir brecha en vos-

(1) I Petr. V. 8. Vigilate quia adversarius vester diabolus tanquam leo rugiens circuit quaerens quem devoret.

otros; no os acobardéis, cristianos, no temáis por vuestra suerte; dirigid vuestras miradas á Cristo, solicitando su apoyo y concurso, levantad vuestros brazos en alto como Moisés (1) reclamando la divina ayuda, y vuestra será la victoria. No importa, no, que no estéis versados en las sagradas letras; Jesucristo es la misma Palabra divina encarnada, y si El está á vuestro lado defendiendo vuestra causa, ¿quién podrá contra vosotros? *Si Deus pro nobis quis contra nos?* (2). Si Dios es el defensor y protector de vuestra vida ¿quién os hará temblar? *Dominus protector vitae meae a quo trepidabor?* (3).

“Muchas veces, dice el real Salmista, me he visto „rodeado de pueblos y naciones enemigas, y parecíame „que no podría escapar de entre sus manos; pero llamé „al Señor y al punto me ví vengado de todos ellos. Como enjambre de irritadas abejas y ardiendo en implacable ira, á manera de fuego cuando se ceba en los „espinos, me tenían tomados todos los pasos con deseo „de acabarme; mas el Señor extendió sus manos hacia „mí y me sostuvo, impidiendo que cayera. El solo fué „el que me salvó y me vengó de mis enemigos; y á El „solo debo toda mi fortaleza y toda la gloria de mi „triumfo. Resuenen, por tanto, voces de júbilo en las casas de los justos, y acompáñenme á ofrecer solemnes „acciones de gracias al Señor, porque señaló su poder „en mi defensa, porque su diestra me ensalzó, y me

(1) Exod. XVII, 11. Cumque levaret Moyses manus: vincebat Israel: sin autem paululum remississet, superabat Amalec.

(2) Ad Roman. VIII, 31.

(3) Psalm. XXVI, 1.

„hizo triunfar de mis enemigos. Sedientos de mi sangre anhelaban quitarme la vida; pero el Señor me la conservó y quiere que viva para que publique sus maravillas,, (1).

Así cantaba, señores, el profeta rey la complacencia con que Dios escuchaba sus preces y la eficacia con que venía en su auxilio, cuantas veces lo impetraba para hacer frente á sus enemigos, y vencerlos; y como *el Señor no se muda* (2), como acoge siempre con misericordia á los que claman á El con humildad y confianza (3); os diré, para concluir, con el apostol de las gentes: “Confortaos en el Señor y en su virtud omnipotente, armaos con las armas de Dios para que podáis resistir las emboscadas del infierno y vencer en el día de la prueba. Sed firmes, ciñéndoos con la verdad y cubriéndoos con la coraza de la justicia, y calzándoos en la preparación del evangelio de la paz, tomando en todo el escudo de la fé, para que podáis amortiguar los inflamados dardos del maligno espíritu. Tomad también el casco de la salvación y la es-

(1) Psalm. CXVII, 10 usque ad 18. Omnes gentes circumdederunt me: et in nomine Domini quia ultus sum in eos. Circumdederunt me sicut apes, et exarserunt sicut ignis in spinis; et in nomine Domini quia ultus sum in eos. Impulsus eversus sum ut caderem: et Dominus suscipit me. Fortitudo mea et laus mea Dominus: et factus est mihi in salutem. Vox exultationis et salutis in tabernaculis justorum. Dexterâ Domini fecit virtutem: dexterâ Domini exaltavit me: dexterâ Domini fecit virtutem. Non moriar, sed vivam et narrabo opera Domini. Castigans castigabit me Dominus et morti non tradidit me.

(2) Malach. III, 6. Ego enim Dominus et non mutor.

(3) Exod. XXII, 27 et Psal. XC, 15. Si clamaverit ad me, exaudiam eum.

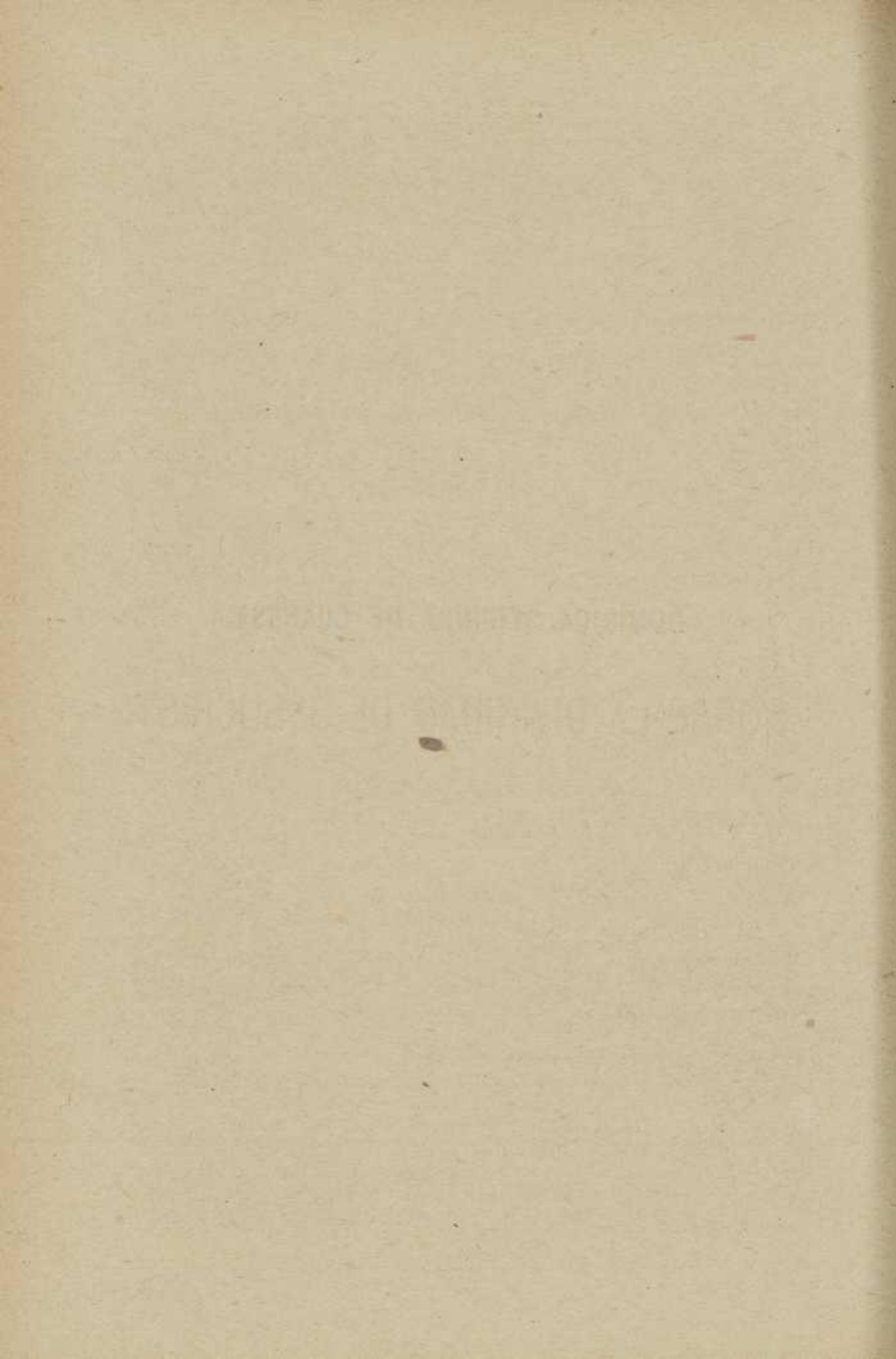
„pada del espíritu que es la palabra de Dios; juntad á
„todo esto las instancias, las preces, las súplicas, ve-
„lando siempre y orando sin descanso....., (1)
y ya veréis como el Señor viene en vuestra ayuda y,
alentados y fortalecidos por El, lograréis poner á todos
vuestros enemigos por escabel de vuestras plantas.
Así SEA.



(1) Ad Ephes. VI 10 usqué ad 18..... confortamini in Domino et in potentia virtutis ejus. Induite vos armaturam Dei ut possitis stare adversus insidias diaboli..... Propterea accipite armaturam Dei, ut possitis resistere in die malo, et in omnibus perfecti stare. State ergo succincti lumbos vestros in veritate, et indati lorica[m] justitiæ et calceati pedes in præparatione evangelii pacis: in omnibus sumentes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguere; et galeam salutis assumite et gladium spiritus (quod est verbum Dei), per omnem orationem, et obsecrationem orantes omni tempore in spiritu: et in ipso vigilantes in omni instantia et obsecratione.

DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA

SOBRE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO





SOBRE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO

*Hic est Filius meus dilectus in
quo mihi bene complacui.*

(Math. XVII, 5)

Ilustrísimo Señor:

El célebre Pitágoras, fundador de la escuela filosófica italiana y autor del nombre "filosoffa", que por modestia dió á la ciencia que cultivaba, supo rodear su profesorado de tanto misterio, y alcanzó tanta fama de sabio y de hombre superior á los demás, que nunca disputaron sus discípulos sobre la verdad de sus enseñanzas, habiendo nacido de ellos estas palabras que han llegado hasta nosotros: "El maestro lo ha dicho, luego es verdad,, *Magister dixit, ergo ita est.*

A mí me parece que esta misma fórmula de los

pitagóricos que calmaba el afán de sus inteligencias y les hacía descansar en las enseñanzas recibidas, sin abordar ulteriores disquisiciones, podemos y debemos emplearla nosotros con mayor razón; aunque con la debida sustitución de una sola palabra, para tranquilizar nuestras conciencias, hoy violentamente agitadas por todo viento de doctrina, y de doctrina absurda, imposible, maldita y diabólica, y para clamar y decir por los cuatro vientos á todas las tribus, pueblos y lenguas de la tierra: Dios lo ha dicho, luego es verdad.

Sí, señores, Dios lo ha dicho; su voz omnipotente y soberana resonó en las alturas, para decirnos que Jesús de Nazareth, que el divino taumaturgo de la Palestina, el que sanaba á los leprosos y daba vista á los ciegos, y *pasaba por todas partes haciendo bien y sanando á los enfermos* (1), según la frase gráfica de la Escritura; El mismo *es su hijo muy amado en quien tiene sus complacencias*; y después que Dios ha hablado de una manera tan clara, tan precisa y terminante; después que Dios ha testimoniado la identidad de naturaleza que existe entre El y el Verbo divino hecho carne ó el Dios Hombre, calle toda lengua humana como profana en una materia tan trascendental, enmudezcan todos los hombres de la tierra sin distinción de latitudes, de tiempos, de climas y de razas; y si abren sus labios, sea para decir todos en concierto universal: Dios lo ha dicho, luego es verdad.

(1) Act. X, 38.... qui pertransiit benefaciendo et sanando omnes....

Pero no, señores, no sucede así desgraciadamente. La humanidad se ha pronunciado contra la palabra de Dios, ha cerrado sus oídos á los ecos de la voz divina que desde el Tabor y desde las orillas del Jordán repercuten por todos los ámbitos del mundo, y rechazando insanamente un testimonio de autoridad tan infalible y tan grande, ha concluido por poner en tela de juicio el artículo fundamental de nuestro *Credo*, que es la divinidad de Jesucristo. Fruto maldito de la ciencia que hincha, de la ciencia que prescinde de la revelación en sus lucubraciones, y tomando por base la hipótesis ó la quimera, anda de abismo en abismo, sustentando como tesis los errores más crasos y absurdos. Fruto infando y maldito de pasiones desbordadas y pasiones encendidas, que oscurecen la inteligencia y matan la nobleza del espíritu, dejando á los hombres convertidos en bestias, *como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento* (1).

¿Creéis que exagero? creéis que todo esto no son más que aprensiones mías? ¡Ojalá que me equivocase! Pero ¡ah, señores! hablan muy alto las teorías, los sistemas y principios que se han sentado como base de la ciencia y progreso moderno, que son una ciencia y un progreso sin Dios, por hallarse condensados en ella todos los errores filosóficos desde el de Pirrón hasta el de Crausse, y todas las heregías que en el andar de los siglos han asomado á la superficie su monstruosa cabeza, con el fin de vencer á Cristo, arrebatarle su

(1) Psalm. XXXI, 9..... sicut equus et mulus quibus non est intellectus.

caracter de Dios, y arrojarlo y confundirlo con ignominia en el montón de los filósofos; hablan muy alto los principios, las teorías y los sistemas que son el alma y el verbo de la decantada civilización moderna; civilización retratada de cuerpo entero en las revoluciones y derrumbamiento de tronos y dinastías, en la soberanía del pueblo y endiosamiento de la razón, en el imperio de la fuerza sobre el derecho, y en los motines y asonadas, *meetings* y manifestaciones de socialistas y anarquistas. Y si á todo esto se agrega la ola de inmoralidad siempre en *crescendo*, la sinvergüenza y cinismo de públicos pecadores, el abandono más completo de los deberes religiosos y sociales y, en fin, el ejercicio de malas artes para aumentar los caudales, y satisfacer las pasiones, y nadar en deleites; tendremos un argumento indiscutible para acusar á las presentes sociedades de haber perdido la fé en Cristo, ó al menos de haber empezado á dudar de El; pues no se explica de otro modo, cómo creyéndole Dios y á pesar de su fé, se hayan apartado tan lastimosamente de sus caminos.

Por fortuna, hermanos míos, vosotros no habéis entrado en ese camino, que es el camino de los infernos; pero llegan hasta aquí las oleadas de inmoralidad, y el ambiente de pestíferas doctrinas, y la influencia de los malos ejemplos; y haría yo traición á mi cargo, si no os apercibiese y preparase á la defensa contra tamaños males, avivando vuestra fé, robusteciendo vuestra esperanza y atizando el fuego de vuestra caridad; para que en el naufragio universal que se nos viene encima á todo escape, sobrenadéis vosotros; y asidos fuertemente al salvavidas de las tres virtudes card-

nales, arribéis con toda felicidad al puerto seguro de eterna salvación.

Al efecto, cuanto diga en esta mañana acerca del misterio altísimo y magnífico sacramento de la transfiguración del Señor en el Tabor irá encaminado, cuan directamente me sea posible, *á demostrar la divinidad de Jesucristo, base y fundamento de todas nuestras creencias.*

Pidamos antes á la Señora las gracias que necesitamos.

AVE MARÍA





Cuando se aproximaban los días de escándalo y de delito que el sol había de rehusar alumbrar con sus rayos, y que habían de abatir casi del todo la fé todavía débil de los apóstoles, tomó Jesús algunos de ellos, los llevó consigo á la cumbre de un monte muy alto y se transfiguró en su presencia. Sabía El cuán vanas é ilusorias habían de resultar un día las protestas que le harían de acompañarle y de seguirle á través de los oprobios é ignominias de su sagrada pasión y bendita muerte; sabía El que todos, hasta Pedro que tan valientemente se había adelantado á sus compañeros de apostolado para confesarle como Hijo de Dios vivo, le abandonarían en aquel trance y protestarían no pertenecer á su escuela y compañía; veía, en fin, su flaqueza, su debilidad, su confusión, el escándalo que llegarían á padecer al verlo tan abatido y humillado; y para salvar su fé, para darles fuerzas y alientos con que poder resistir los embates de aquella tempestad tan violenta; ordenó el Señor el magnífico misterio de este día, en conformidad con lo que les había prometido seis días antes, cuando les dijo: "Hay alguno entre vosotros que, antes de morir, han de ver al Hijo del Hombre aparecer en la gloria de su reino.,. *Sunt quidam de hic stantibus qui no gustabunt mortem, donec videant Filium Hominis venientem in regno suo* (1).

(1) Math. XVI, 28. Marc. VII, 39. Luc. IX, 27.

Figuraos, pués, en una noche espléndida del mes de Agosto (1) y en la cumbre del Tabor, monte muy alto, el más hermoso y deslumbrador espectáculo, que jamás fué dado contemplar á humana criatura. Estaba Jesús orando, como de costumbre, en compañía de sus tres más amados discípulos, Pedro, Juan y Santiago, á quienes había separado de los demás y llevado consigo hasta la cumbre del monte; cuando de repente se transfiguró su sacratísima humanidad de tal manera, que su rostro brillaba como el sol y sus vestiduras blanqueaban como la nieve. Absortos y estupefactos los apóstoles en la contemplación de aquel prodigio, que de tanta gloria rodeaba á su maestro, y de tanta dicha inundaba sus corazones, vieron aparecer á los costados de Jesús á los dos más grandes personajes de la antigua ley; á Moisés, el gran caudillo y legislador del pueblo hebreo, y á Elías, el gran taumaturgo; los cuales, en actitud de acatamiento y servidumbre, comenzaron á hablar con Jesús de cosas misteriosas y extrañas, cuya inteligencia no alcanzaban. En esto y cuando más inefable era el gozo que sentían ante aquella escena tan sorprendente y fantástica, se vieron envueltos por una nube brillante, que les hizo caer despavoridos sobre sus rostros en tierra; entre tanto que una voz potente y majestuosa, como el ruido de muchas

(1) Sucedió este prodigio en el último año de la predicción de Jesucristo, cerca de ocho meses antes de su crucifixión y muerte. El lugar donde ocurrió este extraordinario y sorprendente acontecimiento fué el monte Tabor, en la Galilea, cerca de Nazaret y de Cafarnaún, distante cerca de setenta millas de Cesarea de Filipo. *P. V. Raulica. Escuela de los Milagros. Homil. de la Transfig. nota 1.^a*

aguas, tronaba, más bien que decía, en las alturas: Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias; escuchadle. Después..... después alzaron los ojos y no vieron más que á Jesús en su estado natural y ordinario, el cual, acercándose á ellos, les dijo: Guardad en el secreto de vuestros corazones lo que habéis visto y oído, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos (1).

Hé-aquí, hermanos míos, el magnífico y sorprendente espectáculo que ofreció Jesús á sus apóstoles predilectos, para robustecerlos en la fé de su divinidad y de su misión divina. El efecto que por entonces causó en sus espíritus, no pudo ser más conforme al objeto que Jesús se proponía; toda vez que uno de ellos, San Pedro, fascinado, embelesado y como fuera de sí en presencia de tanta gloria, majestad y grandeza, interpelló á su Maestro diciendo: ¡Ah, Señor, qué bien estamos aquí! ¡qué dicha tan grande nos causa el veros tan hermoso, tan resplandeciente, tan poderoso!; no, no

(1) Math. XVII, 1 usq. ad 9. Et post sex dies assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. Et ecce apparuerunt illis Moyses et Elias cum eo loquentes. Respondens autem Petrus dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse; si vis, faciamus hic tria tabernacula, Tibi unum, Moysi unum et Eliae unum. Adhuc eo loquente ecce nubes lucida obumbravit eos. Et ecce vox de nube, dicens: Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui: ipsum audite. Et audientes discipuli ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valde. Et accessit Jesus, et tetigit eos: dixitque eis: Surgite et nolite timere. Levantes autem oculos suos, neminem viderunt nisi solum Jesum. Et descendentibus illis de monte, praecepit eis Jesus, dicens: Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis a mortuis resurgat.

nos vayamos de aquí, continuemos nuestra existencia en este delicioso lugar, hagamos tres tabernáculos uno para Tí, otro para Moisés, otro para Elías y olvidémosnos para siempre de ese mundo miserable, de esa tierra *árida y desierta, cubierta con las sombras de la muerte* (1). Más tarde, cuando vieron á su Señor cubierto de oprobios, hecho la befa y el escarnio de todo un pueblo y humillado hasta la muerte y muerte de cruz; acordándose de la gloria de que le vieron rodeado en el Tabor, sintieron fuerzas y alientos para sortear los escollos del embravecido mar de la pasión y salvar su fé de tan inminente peligro.

Ahora bien; en los tiempos presentes, ante la multitud de doctrinas que pululan contra la fé, y la avalancha de los malos ejemplos que se ven por todas partes y hacen flaquear y dar al traste con la virtud poco sólida de la mayor parte de los cristianos, los cuales, si no apostatan de sus creencias, por lo menos viven sin temor de Dios, entregados á todo género de excesos y pasiones; ¿no será también muy á propósito para despertarlos de su letargo y levantarlos del estado miserable y lastimoso en que se hallan el recuerdo y la contemplación del altísimo misterio de la transfiguración de Jesucristo, el recuerdo y la contemplación del magnífico Sacramento de este día, en el cual dejó entrever Jesucristo á sus apóstoles nada más que un rayo de su gloria y magestad divina? No será también un acicate poderoso para cobrar alientos con que resistir influencias tan perniciosas, contemplar á Cristo con

(1) Job. X, 21.... ad terram tenebrosam et opertam mortis caligine.

los ojos de la fé todo cubierto de gloria y recibiendo el testimonio de su divinidad de parte del cielo y de la tierra, de Dios y de los hombres, del antiguo y del nuevo testamento? Sí, señores, las mismas causas producen siempre y donde quiera los mismos efectos; y si Pedro extasiado en su contemplación prorrumpió en aquellas famosas palabras: *Domine, bonum est nos hic esse*; también nosotros encontraremos en este admirable prodigio razones poderosas y motivos bastantes, para esclamar llenos de entusiasmo y confianza: *Tu solus Sanctus, Tu solus Dominus, Tu solus altissimus, Jesuchriste* (1); y por consiguiente, para afianzarnos más y más en la fé que profesamos.

Y efectivamente: este adorable misterio confirma la divinidad de Jesucristo con tres hermosísimos testimonios; primero con el milagro de la transfiguración en sí misma considerada; segundo, con el homenaje que rindieron á Jesús los dos más grandes personajes de la antigua ley; y tercero, con la solemne afirmación que hizo el Padre, diciendo en las alturas: Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias.

En primer lugar con el misterio de la transfiguración en sí misma considerada. Dice el texto sagrado, que la humanidad de Jesucristo se transfiguró de tal suerte, que su rostro brillaba como el sol y sus vestiduras blanqueaban como la nieve: *et resplenduit facies ejus sicut sol, vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix*; pero es de notar que á diferencia de la luz del sol que deslumbra y molesta la vista, cuando pro-

(1) Hym. Mis, *Gloria in excelsis Deo*.

duce la visión, la luz que el Salvador despedía de su cuerpo, lejos de molestar la vista de los apóstoles que lo estaban contemplando, la recreaba y encantaba; de tal manera que si aquel espectáculo hubiera durado eternamente, jamás, jamás se hubieran fastidiado ni cansado. Así lo dió á entender el apóstol S. Pedro cuando dijo: Señor, bien estamos aquí; si quieres, haremos tres tabernáculos; uno para Tí, otro para Moisés y el tercero para Elías.

¿Qué luz, pues, era aquella que envolvía y transfiguraba la humanidad de Jesucristo, haciéndole aparecer tan hermoso á la vista de los mortales? Qué luz era aquella tan suave y benigna, á la vez que majestuosa y potente? ¡Ah! era una luz increada é inmaterial, era *aquella luz que Dios hizo nacer en los cielos, luz que nunca falta y que como niebla cubrió toda la tierra* (1), era aquella luz cuyas excelencias cantaba el Salmista, cuando decía: *Acercaos á él y seréis iluminados y vuestro semblante no se confundirá* (2), era, en fin, *la luz de la divinidad que habitaba en Él corporalmente, sustancialmente*, como dice S. Pablo (3), y que en aquel día se difundió y derramó por toda su sacratísima humanidad. Sí, "el alma de Cristo, dice el angélico „Maestro, fué transfigurada en la gloria de la visión „beatífica desde el primer instante de su concepción en „las purísimas entrañas de la Virgen; mas, á fin de

(1) Eccli. XXIV, 6. Ego feci in coelis ut oriretur lumen indeficiens et sicut nebula texi omnem terram.

(2) Psal. XXXIII, 6. Accedite ad eum et illuminamini, et facies vestrae non confundentur.

(3) Ad Colos. II, 9 In Ipso inhabitat omnis plenitudo Divinitatis corporaliter.

„que se cumplieran en su cuerpo pasible los misterios
 „de nuestra redención bendita, hacía el milagro per-
 „manente de impedir que aquella gloria redundase so-
 „bre su cuerpo; pero bastaba que aquel milagro cesase,
 „para que el cuerpo fuese igualmente iluminado que el
 „alma; y hé aquí cabalmente lo que sucedió en el mon-
 „te Tabor: suspendió Jesucristo aquel milagro con el
 „mismo poder con que lo hacía, y en el moment, así
 „como se ilumina una estancia cuando se abren las
 „ventanas ó balcones, así quedó iluminada toda su
 „humanidad sacratísima desde los piés á la cabeza: *Et*
resplenduit facies ejus sicut sol, vestimenta autem ejus
facta sunt alba sicut nix, (1).

¡Qué portento, señores, qué prodigio! ¡Jesucristo
 suspendido en los aires, rodeado de una atmósfera de
 resplandor, brillante y magestuoso en su rostro, como
 el sol, inmaculado y cándido en sus vestiduras, como
 el ampo de la nieve! ¡Ah! ¿quién no vé en El á la om-
 nipotencia divina descorriendo los velos que ocultan
 su soberana majestad á los ojos profanos de los hom-

(1) Sum. Theol. P. III, quaest. XLV, art. II. Claritas illa quam Christus in transfiguratione assumpsit, fuit claritas gloriae quantum ad essentiam, non tamen quantum ad modum essendi. Claritas enim corporis gloriosi derivatur ab animae claritate, sicut Aug. dicit in epist. ad Dioscorum, et similiter claritas corporis Christi in transfiguratione derivata est et a divinitate ipsius, ut Damascen. dicit, et a gloria animae ejus. Quod enim a principio conceptionis Christi gloria animae non redundaret ad corpus, ex quadam dispensatione divina factum est, ut in corpore passibili nostrae redemptionis expleret mysteria. Non tamen per hoc adempta est Christo potestas derivandi gloriam animae ad corpus. Et hoc quidem fecit quantum ad gloriae claritatem in transfiguratione, aliter tamen quam in corpore glorificato....

bres? ¿quién no descubre en El á la misericordia infinita derramando sus tesoros para garantir la vida sobrenatural de sus amados, amenazados de peligro inminente de perderla? ¿quién no adivina, á través de tanta gloria y hermosura, aquel *Dios verdaderamente escondido* de que hablaba el profeta príncipe? (1). ¡ Hermanos míos! es preciso estar ciegos para no ver en este adorable misterio el caracter y la personalidad divina de Jesucristo. Este misterio es un milagro ruidoso, estupendo y magnífico, y los milagros son obra exclusiva de la Divinidad.

En segundo lugar, recordaréis que, luego que se transfiguró en la gloria de la visión beatífica, se aparecieron á sus costados Moisés y Elías. Los apóstoles, dice Orígenes, los reconocieron inmediatamente por sus respectivos atributos; á Moisés por las tablas de la ley que llevaba en la mano y á Elías por el carro de fuego sobre el que venía montado (2). Cuán grandes eran estos dos personajes no hay necesidad de ponderarlo; baste decir solamente que no se levantaron otros superiores ni aun iguales desde Dán hasta Bersabée en el pueblo de los grandes destinos. Aarón, Samuel, David, Salomón, Jeremías, Daniel; todos estos grandes hombres, tan poderosos en obras y palabras, se eclipsan ante esas dos figuras que hoy reaparecen en escena. Sin embargo, miradlos hoy, contempladlos con los ojos de la fé en la cumbre del monte Tabor, y los veréis, no

(1) XLV, 15. Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator.

(2) Homil. III in Math. Moyses cum tabulis legis, Elias cum curru igneo advenit; et inde Apostoli eos agnoverunt.

como grandes sino como pequeños, no como señores sino como siervos, no como maestros sino como discípulos, no como príncipes sino como vasallos; pues, á pesar de toda su celebridad y grandeza, se han colocado uno á cada lado de Jesús en actitud de inferiores que le acompañan, y como adoradores que le rinden homenaje. *Et ecce apparuerunt illis Moyses et Elias cum eo loquentes*. Qué significa esto? quién los ha llamado? qué papel desempeñan al lado de Jesucristo transfigurado?

Hé aquí, señores, un nuevo testimonio en pró de la divinidad de Jesucristo. Esos dos personajes tan grandes de la antigua ley están demostrando de una manera elocuente con su presencia, con su actitud y con el papel secundario que desempeñan en este adorable misterio, cuán grande, cuán superior en todo es á ellos Jesucristo; porque decidme, *¿quién es mayor, el que sirve ó el que descansa?* *¿Por ventura no es mayor el que descansa?* (1). Pues ahí tenéis á Moisés y Elías ministrando, sirviendo á Jesucristo y Jesucristo recibiendo sus homenajes y adoraciones. Además, siendo común entre las turbas de que Jesús era Elías, Jeremías ó algún otro de los antiguos profetas; basta la concurrencia de estos tres personajes en el monte Tabor y de la posición que guardan entre sí, para desvanecer una opinión tan absurda y para convencerse de la distancia infinita que entre ellos y Jesús existía. Por eso dice el Crisóstomo: "Jesucristo los llamó en „aquel día y los asoció al prodigio de su gloriosa transfiguración, para hacer ver á los apóstoles allí presentes

(1) Luc. XXII, 27. Nam quis major est, qui recumbit, an qui ministrat? Nonne qui recumbit?

„cuanto se engañaban las turbas en creerlo Elías ó cualquier otro de los profetas; para que se convencieran de que los más grandes personajes del Antiguo Testamento son sus servidores y ministros, de quienes le se para una distancia infinita; y, por consiguiente, con cuanta razón había sido premiado y alabado S. Pedro seis días antes, al reconocerlo y confesarlo como verdadero Hijo de Dios vivo„. *Idcirco Moyses et Elias, prophetarum vertices, in medium sunt producti; ut quam magnum sit inter servos et Dominum discrimen oculis cernerent; atque recte laudandum crederent Petrum, qui Filium Dei illum confessus est* (1).

Y si tan hermosas é importantes son las consecuencias que se derivan en favor de nuestra tesis de la participación que tomaron Moisés y Elías en este gloriosísimo suceso ¿qué dirémos del carácter que allí ostentaron y de su respectiva condición y estado? ¿qué diremos al ver que uno de ellos era representante de la ley y el otro de los profetas, que el uno había muerto ya algunos siglos antes y el otro vivía y vive todavía? ¡Ah! la consecuencia que de aquí se desprende es mucho más directa, mucho más concluyente y decretoria que las anteriores. El que tiene poder para realzar su apoteosis con un cortejo tan singular y extraño, como un vivo y un muerto, un gran legislador y un gran profeta, por lo mismo se revela como dueño absoluto de la vida y de la muerte, como autor de la ley y de la profecía, y por consiguiente, Dios. Sí, lo ha dicho Teofilacto casi con las mismas palabras: „El haber llamado „el Señor para que le rindiesen homenaje al legislador

(1) Homil. LVII de Transfig. Domini.

„Moisés que había muerto, y al profeta Elías viviente „todavía; es una prueba palmaria, elocuente y decisiva „de que El es el Dios y Señor de la ley y de la profecía de los vivos y de los muertos., (1).

¡Oh, hermanos míos, qué día este tan grande, qué suceso tan glorioso y significativo el que hoy conmemoramos! Hubo un tiempo en que Jesús se manifestó como Dios al pueblo gentil, *al pueblo que estaba sentado en la región de las sombras de la muerte* (2); pero hoy aparece y se muestra con igual personalidad y carácter á todos los siglos de la historia y á todas las generaciones de la tierra. Allí están á su lado Moisés, representante de los siglos de la ley, Elías, simbolizando los siglos de los profetas, y los apóstoles que eran la semilla de las futuras generaciones que habían de vivir bajo la influencia del Evangelio. Allí están los vivos en la persona de Elías, cuya vida conserva el Señor, no se sabe donde, hasta los últimos tiempos, y los muertos en la del gran legislador y caudillo que, después de cumplida su misión en este mundo, pagó su tributo á la naturaleza. Allí están el antiguo testamento, encarnado en aquellas dos figuras tan salientes que asombraron á su pueblo con sus obras y palabras, y el nuevo en esos tres discípulos que Jesús ha separado momentáneamente de los demás, para que sean un día los pregoneros de su gloria. Allí están, en fin, el

(1) Expos. in Math. Moyses legislator et mortuus es; Elias propheta, et vivit: ut ostendatur quod legis et prophetarum, viventium et mortuorum sit Dominus.

(2) Isai. IX, 2. Populus qui ambulabat in tenebris vidit lucem magnam, ambulantes in regione umbrae mortis lux orta est eis.

cielo y la tierra, Dios y los hombres, formando el más glorioso cortejo del rey inmortal de los siglos, y diciendo y confesando, con mudo pero elocuente lenguaje, que Jesucristo es Dios.

Pero..... ¡qué digo *con mudo pero elocuente lenguaje!* Escuchad, hermanos míos, escuchad, estad atentos todavía á la gloriosa escena del Tabor y oiréis una afirmación solemne, articulada y expresiva que baja del cielo, para poner digno remate á esta segunda Epifanía de Jesucristo. Aun estaba pronunciando San Pedro aquellas famosas palabras de que ya hemos hecho mérito, cuando hé aquí que una nube brillante que descendió de lo alto, deslumbró á los apóstoles y los hizo caer despavoridos en tierra; entre tanto que una voz inefable que resonó por los aires, y retumbó por el monte con un eco que había de prolongarse hasta el fin de los siglos por todo el universo, dijo: Este es mi Hijo muy amado objeto de mis más tiernas complacencias; escuchadle. *Et ecce vox de nube dicens: Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui; Ipsum audite.*

Ved, ved aquí, señores, el más elocuente y á la vez el más oportuno de todos los testimonios en favor de la divinidad de Jesucristo. Precisamente merecía una lección S. Pedro por haber querido tributar á Moisés y Elías los mismos honores que á su Maestro, y el mismo Padre Eterno es quien le corrige, diciendo: Este es mi Hijo muy amado, objeto de mis más tiernas complacencias. Que fué como decirle á él y á los otros dos apóstoles, según los sagrados expositores y los más profundos teólogos: Moisés, ese hombre tan reveren-

ciado en vuestro pueblo, y Elías, el primero de los profetas por su doble espíritu, no son más que siervos, criados de mi casa y, á lo más, mis hijos adoptivos; pero este Jesús que veis ¡ah! este Jesús tiene propiedades mucho más eminentes y gloriosas. Está ungido no solo de la gracia como los reyes, sacerdotes y profetas, sino de la misma divinidad; es mi hijo propio y natural, mi Hijo según el orden de la naturaleza y en El reside la plenitud de la divinidad; es Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero; y aunque El y Yo somos dos personas enteramente distintas, sin embargo, *ni nos separa la divinidad, ni nos divide el poder, ni nos distingue la eternidad* (1); sino que todos los atributos absolutos nos son enteramente comunes á causa de la identidad de nuestra sustancia. Ese Jesucristo á quien veis como hombre y á quien designáis con el nombre indeterminado de Hijo del Hombre, es mi Hijo engendrado en mi seno desde toda la eternidad. Tiene dos naturalezas, la humana que veis con vuestros ojos y la divina que Yo os descubro; y sin embargo, no es más que una sola persona y esta divina; por eso se llama y es á la vez Dios y hombre, y esta comunicación de idiomas ó de nombres requiere una misma subsistencia ó personalidad.

Tal es, hermanos míos, el verdadero sentido, el alcance y significación de las palabras pronunciadas por el Eterno Padre: no solo prueban que Jesucristo es Dios, sino que descubren además los insondables abis-

(1) S. Leo. *Homil. de Transfig. Dom.* Hic est Filius meus, quem a me non separat Deitas, non dividit potestas, non discer- nit aeternitas.

mos de la Encarnación del Verbo Divino. De modo que entre todos los testimonios que brotan de este adorable misterio en pró de la divinidad de Jesucristo, el más elocuente, el más precioso y magnífico es este que dió el Eterno Padre: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui: Ipsum audite*. Por eso, sin duda, insiste tanto el apóstol S. Pedro en esta autoridad, diciendo en su segunda carta: "No con doctas fábulas, „contadas por otros, os hemos predicado la omnipotencia de Nuestro Señor Jesucristo y su presencia divina „en todos los lugares; sino porque nosotros mismos „hemos sido testigos oculares de su majestad y de su „grandeza. El mismo Dios Padre, con gran aparato de „magnificencia, le tributó el honor y la gloria que le es „debida como Dios, con aquellas palabras que pronunció sobre El: Este es mi Hijo muy amado en quien „tengo mis complacencias; escuchadle; y esta voz infame y divina, salida de los cielos, la oímos nosotros „con nuestros oídos cuando estábamos en su compañía „en el monte santo„ (1).

Con que ya lo veis, cristianos, Jesucristo es Dios. Lo ha demostrado El con el milagro de la transfiguración; mejor dicho, con la suspensión del milagro que venía haciendo desde el primer instante de su concepción en el seno purísimo de María, para impedir

(1) II Petr. I, 16 usque ad 19. Non enim doctas fabulas secuti notam fecimus vobis Domini Nostri Jesu Christi virtutem et praesentiam; sed speculatores facti illius magnitudinis. Accipiens enim a Deo Patre honorem et gloriam voce delapsa a eum huiusmodi a magnifica gloria: Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui, ipsum audite. Et hanc vocem nos audivimus de coelo allatam, cum essemus cum ipso in monte sancto

que redundase sobre su cuerpo la gloria de la visión beatífica que disfrutaba su alma; lo han reconocido así los dos más grandes personajes de la antigua ley, el gran legislador Moisés y el gran profeta Elías; y finalmente lo ha dicho el mismo Padre Eterno tronando en las alturas: Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias; escuchadle.

¿Os atreveréis ahora á negar una verdad tan brillantemente demostrada? ¿Vacilaréis todavía en sacrificar vuestra orgullosa razón en obsequio á la fé de tan profundo misterio? ¿Y no será bastante tanta luz para llevar el convencimiento á vuestras almas y la tranquilidad y la paz á vuestros inquietos corazones? ¡Ah, hermanos míos! avivad vuestra fé en esta verdad, base y fundamento de todas nuestras creencias; creed firmemente que Jesucristo es Dios, Hijo de Dios y consustancial al Padre; confesadle, no solo con los labios, sino también y principalmente con las obras; esperad en El y en todo lo que nos ha prometido; amadle, en fin, con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas, y publicad su santísimo nombre entre las gentes; y cuando vengan los novísimos apóstoles á murmurar á vuestro oído palabras satánicas, palabras saturadas de error y de mentira con objeto de arrancar de vuestro pecho esa fé, esa esperanza, esa caridad; no los creáis, cerrad vuestros oídos, apartaos de su trato y compañía, y firmemente convencidos de la divinidad de Jesucristo, nuestro divino Salvador y Maestro, decid una y mil veces, como decíamos al principio de este discurso: Dios lo ha dicho, luego es verdad. AMÉN.

DOMINICA TERCERA DE CUARESMA

Los endemoniados, figura de los pecadores



Los endemoniados, figura de los pecadores

*Erat Jesus ejiciens doemonium
et illud erat mutum, et cum ejecis-
set doemonium, locutus est mutus
et admiratae sunt turbae.*

(Luc. XI, 14).

Ilustrísimo Señor:

Parece imposible que con tan pocas palabras, como son las que acabo de poner por tema de mi discurso, se puedan referir tantas y tan estupendas maravillas. Están tomadas del principio del evangelio de este día, y nos cuentan el caso histórico siguiente: Presentáronle las turbas á Jesús un endemoniado mudo, ó más bien, un endemoniado á quien el diablo había privado del uso de la lengua; y aunque las gentes solo aspiraban á que el divino taumaturgo remediase la mayor necesidad de aquel infeliz, cual era la de verse libre del in-mundo espíritu que lo poseía y bárbaramente lo mal-trataba, sucedió que, cuando el Salvador del mundo obró el milagro que se le pedía, el mudo recobró al

mismo tiempo el uso de la palabra, y admiradas las muchedumbres á la vista de aquel prodigio inesperado, se arrancaron en estrepitosos aplausos y alabanzas á su bienhechor. *Erat Jesus ejiciens doemonium et cum ejecisset etc.* A todo esto hay que añadir lo que dicen otros evangelistas acerca de este mismo endemoniado; es decir, que era además sordo y ciego, y que cuando Jesucristo lo libró del dominio del diablo, en el mismo momento recobró el uso de todos sus sentidos (1).

¡Cuánto prodigio, hermanos míos, cuánta maravilla en una sola operación divina! la curación de un endemoniado, la restitución de la vista, del oído y de la lengua, y, por último y como consecuencia de todo, los sentimientos de admiración y gratitud despertados en las muchedumbres. ¡Ah! con razón dice la escritura *que era tanta la virtud de nuestro Salvador divino, que se escapaba de El y sanaba á todos* (2); con razón dice *que andaba por todas partes repartiendo beneficios y curando todo género de dolencias.*

Pero todo es nada en comparación de lo que Jesucristo ha querido revelarnos con este ruidoso milagro. “Las obras del Verbo Divino, ha dicho S. Agustín, son „al mismo tiempo palabras que contienen los más profundos misterios y las más sublimes enseñanzas; pues „á diferencia de la sabiduría humana que no sabe instruir sino con palabras, la sabiduría encarnada nos

(1) Marc. IX, 24. Et cum videret Jesus.... comminatus est spiritui immundo, dicens illi: Surde et mute spiritus, ego praecepit tibi, exi ab eo et ne amplius introeas in eum. Item Math. XVII, 14 et seq.

(2) Luc. VI, 19. Et omnis turba quaerebat eum tangere, quia virtus de illo exibat et sanabat omnes.

„instruye también con las obras; porque siendo Jesucristo en sí mismo palabra, y palabra viva, subsistente, personal, infinita y perfecta, la acción de esta „palabra eterna é inefable de Dios es también palabra, „discurso y enseñanza para el hombre,„ (1). Y lo que Jesucristo ha querido revelarnos por el prodigio de este día, es, según los santos Padres y sagrados expositores, esa operación misteriosa que todos los días se obra en nuestras almas por medio de la confesión, en virtud de la cual quedan convertidas en hijas de Dios y herederas de su gloria, las que antes eran víctimas y esclavas del demonio á causa del pecado.

Por consiguiente, *después de presentaros al pecador como un verdadero endemoniado, y de peor condición que el que nos presenta el evangelio de este día, os mostraré el único remedio, que Jesucristo se ha dignado dejar en su Iglesia, para curar este género de invasiones diabólicas.*

Pidamos antes los auxilios de la gracia á la fuente de todas ellas, nuestra Madre Santísima, saludándola reverentes con las palabras del angel

AVE MARÍA.



(1) *Tract. 24 in Joan.* Quia ipse Christus Verbum Dei est; etiam factum Verbi, verbum nobis est. Ipsa Domini facta erant quasi verba visibilia et aliquid significantia.



Si hubiéramos vivido en tiempos de Jesucristo y, siguiéndole paso á paso por las ciudades y los pueblos que recorría hubiéramos presenciado alguno de aquellos tristísimos y horripilantes espectáculos que con frecuencia ofrecían los múltiples endemoniados que entonces existían, seguramente, hermanos míos, que no hubiéramos podido menos de movernos á compasión de tanta desgracia. Al verlos unas veces quietos y pacíficos como niños asustados; otras furiosos y frenéticos, como atacados de histerismo; ahora arrojando espuma por la boca, castañeteando los dientes y erizando los cabellos; ahora revolviéndose brutalmente contra sí mismos y arrojándose al fuego, al agua, contra el suelo ó contra las piedras con manifiesta temeridad y peligro de su salud y aun de su vida; ¿no es verdad que hubiérais sufrido y tal vez llorado en presencia de una desgracia tan grande y lastimosa? ¡Ah! sí; hay desgracias de tal índole y magnitud, que no es posible conocerlas sin consagrarles un suspiro de compasión ó una palabra de consuelo.

Más, por muy grande que sea esta desgracia, cuya tosca pintura acabamos de hacer, aún hay otra incomparablemente mayor y de consecuencias mucho más funestas y terribles; es á saber, la invasión ú ocupación satánica de nuestras almas. Si, hermanos míos, el demonio puede invadirlas, puede ocuparlas, residir en

ellas é influir en todas sus facultades y potencias, ni más ni menos que como puede invadir los cuerpos y gozarse en atormentarlos. Solo hay una diferencia entre esta invasión espiritual y la invasión corporal de que nos habla el evangelio; que esta se verifica independientemente de nuestra voluntad, siempre que el diablo quiere y Dios se lo consiente, y aquella no puede tener lugar en manera alguna á despecho de todos los deseos del demonio, si nosotros no le facilitamos la entrada por medio de nuestras acciones.

Mirad de que modo tan sencillo y por lo mismo tan frecuente se realiza tan singular y extraño fenómeno. Dice el divino Maestro que es tan seductora la belleza de las almas, cuando viven en gracia, que, atraído el mismo Dios por sus encantos, viene á fijar en ellas su residencia y morada. *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diligit eum, et ad eum venimus et mansionem apud eum faciemus* (1). Luego si Dios habita verdaderamente en las almas justas é influye en sus facultades y potencias, “nada mas natural, exclama el Angélico Maestro, que el demonio resida á su vez en las almas pecadoras; sino según su esencia como en los cuerpos, al menos según su perversidad y malicia,, *Daemon inhabitat hominem peccantem mortaliter, non secundum essentiam intra mentem sed per effectum suae malitiae* (2).

Y en efecto, tan pronto como el hombre comete un solo pecado mortal, inmediatamente abandona Dios la

(1) Joan. XIV, 23.

(2) D. Thom. Quod. III, 8.

residencia de su alma; y arrastrando en pós de sí aquel elemento divino que constituía toda su virtud y hermosura y la mantenía sobre el nivel de las humanas flaquezas y miserias, la deja desamparada y sin defensa en el abismo sin fondo de la culpa. Entonces el demonio, encontrando dentro de sus dominios una joya tan preciosa como lo son para él todas las almas, sobre todo desde que están avaloradas con la sangre preciosísima de Cristo, se apodera de ella y la convierte en su morada; resultando de este cambio de dominio que, la que antes era hija de Dios y heredera de su gloria, después es esclava de Satanás y víctima de su perniciosa influencia.

Así lo reconocen también la escritura, la tradición y la liturgia de la Iglesia, cuando llaman diablos á los pecadores y los tratan como verdaderos endemoniados y esclavos del demonio. S. Juan dice de Judas, que tan pronto como comió el pan de la cena eucarística, inmediatamente entró el diablo en él, „: *Et post acceptam buccellam introivit in eum Satanas* (1). y antes que el evangelista había dicho el mismo Jesucristo, aludiendo al traidor que le había de entregar, „¿por ventura no os elegí yo á los doce y uno de vosotros es diablo?„ (2). También dice el evangelio que el Señor arrojó de la Magdalena siete demonios, „: *de qua ejecit septem doemonia* (3); y los santos Padres, al comentar este pasaje, afirman unánimemente que aquellos siete

(1) Joan. XIII, 27.

(2) Joan. VI, 71 et item XII. ¿Nonne duodecim elegi et unus ex vobis diabolus est?

(3) Marc. XVI, 9.

demonios eran los siete pecados capitales que se habían apoderado de su alma. Finalmente, la Iglesia misma confirma esta verdad cuando, al administrar el bautismo, comienza la ceremonia diciendo: „Te exorcizo, in- „mundo espíritu, en el nombre del Padre, y del Hijo y „del Espíritu Santo, para que salgas de este siervo de „Dios; pues sabe ¡oh maldito condenado! que te lo orde- „na aquel que caminó á pié enjuto sobre las olas del „mar, y extendió su diestra á Pedro, próximo á sumergirse,, (1).

No hay duda, pues, hermanos míos, que así como la gracia nos hace amigos de Dios y convierte nuestras almas en morada suya; así el pecado las convierte en tabernáculo de Satanás y nos hace sus esclavos: „esclavos, dice Bossuet, de aquel espíritu sombrío, tenebroso, furioso y desesperado que no respira más que odio, disensión y envidia; esclavos de aquel espíritu soberbio, falaz y envidioso que, habiéndose perdido sin esperanza y sin remedio, solo es ya capaz de aquella negra y maligna alegría que tienen los malos al encontrar cómplices, el envidioso al tener compañeros y el soberbio humillado al arrastrar consigo á otros; esclavos del demonio, cuyo odio á las almas es tan implacable y fiero, que no solo se complace en desolarlas sino también y principalmente en degradarlas. Prefiere corromper á atormentar, tiene mayor placer en quitar la inocencia que el reposo; pues si bien es verdad que cuando este vencedor cruel se ha hecho dueño de un alma, se enfurece, la destroza, la azota y la viola;

(1) Ritual, Rom. *In administr. Baptis.*

la viola, no tanto para satisfacerse, como para deshonorarla y envilecerla. A semejanza de esos infames que, luego que triunfan del pudor de las doncellas, las abandonan; así el demonio, una vez que viola las almas, las desprecia., (1).

Ahora bien; ¿quién comparará esta desgracia con la que sufrían los endemoniados del evangelio? ¿quién no la reconocerá como incomparablemente mayor y de consecuencias mucho más funestas, perniciosas y terribles? ¡Ah! cuanto dista Dios del diablo, cuanto se diferencia el alma del cuerpo; así se diferencian y distan entre sí los efectos de estos dos géneros de invasiones diabólicas —los que produce la invasión corporal de que nos habla el sagrado texto, y los que causa la invasión espiritual de que nos venimos ocupando—. Escuchad, sinó. La invasión corporal se manifiesta siempre con horribles señales en el cuerpo, pero sin alterar en manera alguna la gracia de Dios y la paz del alma; en cambio la invasión espiritual, mientras deja el cuerpo sano y tranquilo, produce en el alma los mayores estragos y ruinas. La invasión corporal en nada perjudica al negocio importantísimo de la salvación eterna; pues si se diera el caso de que una invasión de este género se prolongara hasta el fin de la vida, todavía podía el poseso salvar su alma; en cambio en la invasión espiritual es inevitable la eterna condenación, á no ser que se procure salir de ella por los medios, al efecto ordenados por Jesucristo. La invasión corporal sucede solamente una vez en la vida, y cuando cesa por

(1) Sermón del pecado.

la virtud del Salvador ó por los exorcismos de la Iglesia, ya no vuelve jamás á repetirse. Así se desprende de la fórmula que solía emplear Jesucristo cuando lanzaba los demonios de los cuerpos de los posesos: les mandaba que saliesen y que no volvieran de nuevo á ocuparlos: *Exi ab eo et ne amplius introeas in eum* (1). En cambio la invasión espiritual se renueva y repite tantas veces, cuantas el hombre peca mortalmente; debiendo notar la circunstancia de que cada vez que estas invasiones se repiten, son mayores y más desastrosos sus efectos. Oid lo que dice Jesucristo en el evangelio de este día: "Cuando un espíritu inmundo ha „salido de un hombre, anda por lugares áridos buscando reposo y, como no lo halla, dice: me volveré á la „casa de donde salí; y, en efecto, allí se encamina con „propósito de ocuparla de nuevo: mas hé aquí que, „cuando vuelve, la encuentra limpia y alhajada. En „tonces va y toma consigo otros siete espíritus peores „que él y, entrando en el hombre, moran allí; resultando de esta segunda ocupación que lo postrero de „aquel hombre es peor y mucho más abominable que „lo primero„ (2); queriéndonos dar á entender con esto el divino Maestro, según los sagrados intérpretes y expositores, que toda recaída ó reincidencia en la culpa es causa de nuevos y mayores estragos para el alma.

(1) Marc. IX, 24.

(2) Luc. XI, 20. Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca inaquosa, quaerens requiem, et non inveniens, dicit: Revertar in domum meam unde exivi. Et cum venerit, invenit eam scopis mundatam et ornatam. Tunc vadit et assumit septem alios spiritus secum, nequiores se, et ingressi habitant ibi. Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.

Por eso dice con mucha razón S. Bernardo: "Teme, „hermano mío, cuando recibas la gracia, teme más „cuando la pierdas, teme sobre todo cuando la recobres; „porque si la pierdes por segunda y tercera vez, quizá „no volverás á recobrarla," (1).

Ved aquí, hermanos míos, la inmensa desgracia, la infinita desventura que acarrea al hombre la invasión espiritual. No es ya el cuerpo el que en ella padece, no es ya la carne la que en ella peligra y la que sufre la maligna influencia de Satanás, sino el alma; el alma que es la parte más noble y preciosa de nuestro ser, el alma por quien todo un Dios se hizo hombre y se entregó á los tormentos y á la muerte, el alma que es aquella preciosa margarita del Evangelio, por cuya adquisición se justifica la venta de todo cuanto se posee (2), el alma, en fin, en cuya comparación no son ni valen nada la salud, los honores, las riquezas y dignidades de este mundo. Sí; mientras el cuerpo queda completamente libre en este género de invasiones diabólicas, el alma es objeto de los mayores atropellos, de las mayores vejaciones y tormentos por parte del más feroz de los tiranos, y víctima de su perversidad y malicia; pues así como cuando vive en gracia, es Dios quien influye en ella, levantando sus pensamientos, iluminando sus facultades, purificando sus sentimientos y sosteniéndola en sus flaquezas; así cuando cae en el abismo de

(1) D. Bern. *Serm. de grat.*

(2) Math. XIII, 45 y 46. Iterum simile est regnum coelorum homini negotiatori, quaerenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit et vendidit omnia quae habuit, et emit eam.

la culpa es el diablo quien se encarga de oscurecer su entendimiento para que no vea la luz de las verdades reveladas, de debilitar su voluntad para que se desmaye y desaliente ante los sacrificios que exige el cumplimiento de la ley divina, de corromper el corazón para que no encuentre gusto más que en el goce de los placeres sensuales, y de avivar más y más el fuego de sus concupiscencias y apetitos con nuevos y muy variados alicientes, para que, amontonando cada día pecados sobre pecados, se vaya forjando ella misma las cadenas de su mísera esclavitud. Todos, todos los estragos y ruinas que el demonio causaba en los cuerpos de los posesos, de que nos habla el Evangelio, los causa también en las almas de los infelices pecadores; las hace mudas para la oración, sordas á los divinos llamamientos y ciegas para toda luz que descienda de lo alto (1); las induce á prorrumpir en blasfemias y á vomitar por su boca la asquerosa espuma de los errores más monstruosos y absurdos (2); las hace saltar en alto por la soberbia (3) y las arrastra al furor del odio y á los excesos de la impureza (4); y cuando acontece que llega hasta ellas el murmullo de las fiestas cristianas, la voz del sacerdote ó el clamor de la verdad, experimentan un disgusto tan hondo, una repugnancia

(1) D. Petr. Chrysol. *Serm. 51.* Doemon obstruit aures hominum, vincit linguam, et speluncae suae latebram pectus facit.

(2) D. Joan. Chrysos. Sic peccator spiritus stultitia, stridet iracundia, arescit ignavia (Caten. aur.)

(3) D. Petr. Chrysos. *Serm. 12.* Sic doemon suis suadet, sic suis providet, sic suos elevat; ut de alto facilius praecipitet in ruinam.

(4) D. Bed. *Com. in Marc. De jejun. et tent. Domin.* Fornicatores et adulteri diabolum habent suggestorem.

tan grande, que se soliviantan y protestan, diciendo como los impíos de la Escritura: "Apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos,, (1). En una palabra, el demonio las tiene tan seducidas y dominadas que no parecen otra cosa que instrumentos de su malicia y víctimas de su crueldad.

Tal es, hermanos míos, la verdadera y real situación de los pecadores; es decir, mucho más triste é infinitamente más lamentable que la de aquel infeliz endemoniado, de quien nos habla el evangelio de este día; pues al paso que éste estaba poseído por el demonio en el cuerpo, ellos lo están en el espíritu; mientras que éste podía confiar todavía en su salvación eterna, los pecadores, si no procuran sacudir el tiránico yugo de Satanás, tienen perdido el pleito sin remedio. Esclavos de él aquí y esclavos en la eternidad.

*
* *

Ahora bien, ¿no habrá medio y manera alguna de poder salir de tan cruel y bárbara servidumbre? ¿No habrá alguna medicina de tanta virtud y poder que pueda curar á estos desgraciados de una enfermedad tan funesta y terrible? Sí la hay, hermanos míos. sí la hay por dicha nuestra. El mismo que curó al endemoniado del Evangelio, devolviéndole la salud y la libertad de su cuerpo, era poderoso también para curar y libertar nuestras almas del yugo del demonio; y no menos compasivo con éstas que con aquél, proveyó oportuna y eficazmente á tanta miseria y desdicha. Sa-

(1) Job. XXI, 14. Recede a nobis scientiam viarum tuarum nolimus.

bía El que una vez y muchas veces, por debilidad y por malicia, venderíamos nuestra libertad de hijos de Dios en manos de Satanás, nuestro mayor enemigo. Sabía El que una vez y muchas veces abríamos de par en par las puertas de nuestra alma, para dar entrada en ella al demonio, aun á sabiendas de que vendría á martirizarlas y perderlas. Sabía, en fin, que una vez y mil veces, por nuestra culpa, por nuestra grandísima culpa, se repetirían en nosotros invasiones diabólicas de peor género que las que El solía curar con tanta frecuencia; y para librarnos de ellas, para restituirnos otra vez á la hermosa y verdadera libertad de la gracia, formuló como médico sapientísimo, el único remedio eficaz y saludable. Sabiendo que el pecado y nada más que el pecado habría de ser siempre é invariablemente el que entregaría nuestras almas en manos de Satanás, instituyó el sacramento de su misericordia, el sacramento de la penitencia ó confesión para que, confesando en él nuestras culpas y llorando sinceramente nuestros extravíos, quedáramos completamente limpios de toda mancha y libres de nuestro mortal enemigo.

En efecto; cierto dia después de resucitado, hallándose rodeado de sus amados apóstoles y discípulos, sopló sobre ellos diciendo: "Como el Padre me envió, „así yo os envío á vosotros. Recibíd, pues, el Espíritu „Santo: A los que perdonáreis los pecados, perdonados „les serán; y á los que se los retuviéreis, retenidos les „serán," (1). También les dijo: "Todo lo que atáreis en

(1) Joan. XX, 21, 22 et 23. Sicut misit me Pater et ego mit-

„la tierra, atado será también en el cielo; y todo lo que „desatáreis en la tierra, desatado será también en el „cielo., (1). Con las cuales palabras, sin desprenderse Jesucristo de la potestad que tenía de perdonar los pecados, la comunicó á sus apóstoles, y en ellos á todos sus sucesores; y desde entonces sus ministros, como si fueran otros tantos Cristos, como si fueran otros tantos Dioses, han venido y vienen obrando á través de los siglos los mismos prodigios y portentos sobre las almas, que el divino Maestro realizaba sobre los cuerpos, es decir, que así como Jesucristo sanaba los cuerpos y los libraba de la tiranía del demonio, así nosotros, revestidos de su divino poder, sanamos las almas y las libramos de la influencia del maligno espíritu.

¡Oh potestad, oh poder estupendo y admirable! “Los „príncipes de la tierra, esclama el Crisóstomo, tienen „en sus manos el poder de encadenar ó de libertar, pero „solo los cuerpos; mas los sacerdotes pueden atar ó desatar las conciencias y las almas., (2). Por eso S. Bernardino de Sena le dirige estas palabras á la Virgen: “Excusadme, oh bienaventurada María, porque no hablo contra Vos, pero el sacerdote es superior á Vos., (3). Sí, lo diremos con la debida reverencia, el

to vos. Haec cum dixisset, insufflavit; et dixit eis: Accipite Spiritum Sanctum: quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt.

(1) Math. XVIII, 18. Amen dico vobis, quaecumque alligaveritis super terram, erunt ligata et in coelo: et quaecumque solveritis super terram, erunt soluta et in coelo.

(2) D. Chrysos. *Homil. V in Isai* Habent principes vinculi potestatem, verum corporum solum: sacerdotes vinculum etiam animarum contigit.

(3) D. Bern. Sen. *Tom. I. serm. XX*, art. 2, c. VI. Excusa me

sacerdote es en cierto sentido superior á la excelsa Madre de Dios, porque su poder alcanza á donde no llega el de esta singular y privilegiada criatura. El sacerdote puede curar las enfermedades de las almas, desatarlas de las funestas ligaduras de la culpa, librarlas de la horrible tiranía de Satanás y restituirlas otra vez á la libertad de la gracia y amistad de Dios; en una palabra, el sacerdote tiene poder para perdonar toda clase de pecados, y si este poder es propio y exclusivo de Dios, como decían los judíos (1), bien podemos concluir con S. Clemente Papa: "Los sacerdotes, perdonando los pecados, son como Dios ó después de Dios en la tierra.,, *Post eum terrenus Deus* (2).

Mas para que esta potestad produzca sus efectos, es preciso que el pecador la solicite manifestando el estado de su conciencia y mostrándose digno del perdón; ó lo que es lo mismo, es necesario que se confiese de todas sus culpas y se duela sinceramente de ellas. Jesucristo no pudo dar á sus apóstoles este soberano poder, sin imponer al mismo tiempo á los pecadores, siquiera fuese de una manera implícita, la estricta obligación de confesarse; y si así no lo hizo, se burló de aquellos, cuando les dijo: "A los que perdonáreis los pecados, perdonados les serán; y á los que los retuviéreis, retenidos les serán.,, Porque, decidme ¿Cómo conoceríamos nosotros los pecados, si los penitentes no

(Beata Virgo) quia non loquor contra te: sacerdotium ipsum praetulit supra te.

(1) Marc. II, 7. Luc. V, 21. Quis potest dimittere peccata nisi solus Deus?

(2) *Const. Apost. libr. II, c. XXVI.*

los declarasen? ¿cómo sabríamos quienes son los que necesitan y desean aprovecharse de nuestras facultades, si ellos mismos no las solicitaran? ¿cómo podríamos, en fin, atar ó desatar, condenar ó absolver, si nadie sometiera su conciencia á nuestro fallo? Luego la confesión es un deber, una obligación rigurosamente correlativa de la potestad, llamada de las llaves, que Jesucristo puso en nuestras manos y su más inmediata y legítima consecuencia. Por eso dice un escritor insigne y autorizadísimo: “Prescindir de la ley de la „confesión, es lo mismo que desafiar no solo la „autoridad de Jesucristo y de la Iglesia, sino hasta del „sentido común; y los que tal hacen, ahogan la voz „de la naturaleza que grita á todos los culpables: no „hay perdón sin arrepentimiento, ni arrepentimiento „sin confesión de la culpa,, (1).

De modo, hermanos míos, que, para librar á las almas de la horrible servidumbre de Satanás, no basta la potestad que Jesucristo se dignó comunicarnos; sino que se requiere además necesariamente, indispensablemente, por vuestra parte, la confesión (2). Sí, es preciso que todos los que habéis tenido la desgracia de ofender á Dios, os presentéis á nosotros arrepentidos de vuestras culpas y nos hagáis una relación clara y

(1) *Gaume Catechis de persever. art. de la confes.*

(2) Decimos que se requiere necesaria é indispensablemente la confesión para alcanzar el perdón de los pecados porque, aunque la contrición perfecta justifica *extra sacramentum*, necesita sin embargo ir acompañada del voto del sacramento, según el Tridentino (Ses. 14, c. 4) *Reconciliationem ipsi contritioni sine sacramenti voto, quod in illa includitur non esse adscribendam.*

detallada de ellas; y si así no os conducís, de nada podremos aprovecharos y servirlos: con todo nuestro poder seremos como maestros sin discípulos, como magistrados sin litigantes, como médicos sin enfermos. En cambio, si practicáis la confesión, si os acogéis á ella, adornados de las debidas disposiciones ¡oh, qué resultados tan magníficos y saludables causará en vuestras almas! En el momento que desciendan sobre ellas aquellas misteriosas palabras de la fórmula sacramental: *Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*; se trocarán de enfermas en sanas, de horribles en hermosas, de esclavas en libres y de enemigas de Dios en hijas y herederas de su gloria. Todas, todas las ruinas, todas las heridas y deformidades que en ellas haya causado la acción de Satanás, quedarán al punto reparadas y restablecidas; recobrarán la vista, y verán la divina luz de la fé que ilumina todos los horizontes; el uso de la lengua, y cantarán las divinas alabanzas; el oído, y percibirán los fuertes golpes de la gracia el mismo Dios volverá á tomar posesión de ellas y las cubrirá con la túnica de sus esposas; entre tanto que el demonio, avergonzado y confundido al verse desbancado, huirá y las dejará en manos de su nuevo y pacífico Señor. En una palabra; tan pronto como hagáis confesión de todas vuestras culpas y el sacerdote os absuelva, quedaréis tan libres del demonio y tan dueños de vosotros mismos, que podréis decir con el Salmista: *anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium, laqueus contritus est et nos liberati sumus*. “Nuestra alma ha alcanzado la libertad como el pájaro escapado de la red

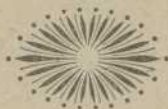
del cazador, la red se ha roto y hemos quedado libres., (1).

¿Qué haceis, pues, infelices pecadores? ¿en qué estais pensando que no os apresurais á escapar de la horrible tiranía del demonio? ¿No os resultan pesadas sus cadenas? ¿No os parece ominosa vuestra servidumbre? ¿no os causa vergüenza vuestro estado? ¡Oh ceguedad, oh insensatez y locura la de los modernos endemoniados! Si estuvieran presos en la carcel, removerían el cielo y la tierra para recobrar la libertad perdida; si estuvieran gravemente enfermos con dolorosa y larga enfermedad, apurarían todos los recursos para ir á consultar las mejores celebridades médicas; si se vieran atropellados, maltratados y oprimidos por algún tirano de la tierra, clamarían oportuna é importunamente á todo el mundo para que acudiese á libertarlos; y estando enfermos del alma, y siendo esclavos del más fiero de todos sus enemigos, pasan un mes y otro mes, un año y muchos años, acaso la vida entera, sin echar mano del único remedio eficaz é infalible para tanta miseria y desdicha. ¡Ah! baldón é ignominia sobre todos esos desventurados. Aunque no hubiera más que un solo confesor en el mundo, no tendrían excusa; pues deberían salir en su busca hasta encontrarlo para pedirle la salud de sus almas.

Vosotros, hermanos míos amadísimos, no imiteis tan insensata conducta. Ya habeis visto cuán grande y lastimosa es la desgracia de los pecadores; es decir, mucho más grande é infinitamente más digna de com-

(1) Psalm. CXXIII, 7.

pasión, que la de aquel infeliz endemoniado á quien curó Jesucristo. Si, pues, teneis alguna vez la desgracia de caer en los lazos de Satanás, acudid inmediatamente al remedio que, para este género de mal, nos recetó el divino Médico; acogeos á la confesión; arrepentíos sinceramente de vuestras culpas, poned de vuestra parte lo que Dios exige para perdonaros, y volveréis á recobrar el don de la gracia, que es prenda segura de la eterna gloria AMÉN.



DOMINICA CUARTA DE CUARESMA

Excelencia de la pobreza y obligación de socorrerla



Excelencia de la pobreza y obligación de socorrerla

Pauperes evangelizantur.
(Math. XI, 5.)

Ilustrísimo Señor:

Meditando yo sobre el ruidoso milagro que nos refiere el evangelio de este día, en el que con cinco panes y dos peces, milagrosamente multiplicados, dió de comer el Salvador del mundo á una muchedumbre de gentes, cuyo número no bajaría de cinco mil personas; llamó poderosamente mi atención la conducta, no solo varia, pero hasta contradictoria al parecer, que en este caso ó suceso observó Jesucristo. Dícese que, con la mayor generosidad de que hay ejemplo en las historias, multiplicó en sus divinas manos cinco panes y dos peces que llevaba un muchacho en sus alforjas para dar de comer á aquella muchedumbre; y luego, como si fuera un tacaño, como si se arrepintiera de haber dado tanto, mandó á sus apóstoles que recogiesen los pedazos de pan que habían sobrado (1). ¿Qué significa

(1) Joan. XII, 12. Ut autem impleti sunt, dixit discipulis suis: Colligite quae superaverunt fragmenta ne pereant.

esto? ¿por qué no permitió que se los llevasen en la alforja? ¿por qué no los dejó en libertad, para que se los llevasen á su casa? ¡Ah, hermanos míos! esta conducta de Jesucristo encierra una profunda enseñanza que acaso hasta ahora no hemos aprendido. Ella quiere decir, según los Santos Padres y sagrados intérpretes, que no debemos retener lo supérfluo, una vez satisfacemos nuestras necesidades; sino que debemos cederlo en beneficio de las necesidades ajenas, en conformidad con lo que el mismo Señor nos dice en otra parte: *quod superest, date*; “dad lo que os sobra,” (1).

Así sucede puntualmente con todas las cosas. Cuando llueven aguas abundantes sobre la tierra, ésta se bebe cuanto necesita y la restante la deja correr libremente en beneficio ajeno, ó para engrosar las aguas de los ríos ó para pagar su tributo á los mares. Cuando un sarmiento tiene suficiente humor, ya no chupa más, sino que lo alarga á otros sarmientos más delgados y menos jugosos. Cuando una fruta, en fin, tiene bastante jugo, ya no quiere más, sino que lo renuncia en beneficio de otras frutas más descarnadas ó raquílicas. Por manera que no nos debemos admirar que Jesucristo mandase recoger los mendrugos que habían sobrado, una vez que quedaron satisfechas y alimentadas las turbas.

Mas, ¿qué se ha de entender por estas palabras *quod superest, date*? ¿Cuál es la significación y alcance que Jesucristo quiso darles? Sobre esto precisamente pensaba yo disertar en este día, para ponerlos á todos en el

(1) Luc. XI, 41.

compromiso de llevar á la práctica la sublime enseñanza que el Divino Maestro quiso darnos; pero es tan vario el criterio de los teólogos, al puntualizar lo que cada uno debe dar, según su estado y condición, que no me atrevo á meterme á definidor en una materia tan delicada con peligro de llevar ansiedades á vuestro espíritu. Pero insistiendo todavía en mi tema, *paupe- res evangelizantur*, y con ánimo de que mi sermón resulte beneficioso á los pobres; *os voy á recordar la hermosa y sublime doctrina con que Jesucristo se propuso mejorar, en cuanto cabe, la triste y afflictiva situación de los desheredados de la fortuna; ó, lo que es lo mismo, os voy á demostrar que Jesucristo, no menos con su doctrina que con sus obras, hizo siempre é invariablemente la causa de los pobres.*

Ayudadme antes á implorar los auxilios de la gracia que hemos de menester, saludando, al efecto, fervorosos y humildes á la Santísima Virgen.

AVE MARÍA.





Es muy común entre los hombres poner en desacuerdo sus dichos con sus hechos, ó porque enseñan lo que no hacen, ó porque hacen lo contrario de lo que enseñan. Del mismo príncipe de la sabiduría antigua, Sócrates, se cuenta que, después de protestar con todas sus fuerzas contra el culto de los ídolos y las supersticiones de su país, encargó á su amigo Citrón, momentos antes de beber la cicuta, que sacrificase un gallo en su nombre en los altares de Esculapio (1). Pero Jesucristo que no solo es hombre, sino también Dios, se condujo de una manera muy distinta. El fué á la vez que el modelo, el maestro de la humanidad: el modelo por sus ejemplos y el maestro por sus enseñanzas, y entre estas enseñanzas y aquellos ejemplos existe una armonía tal, que no parece sino que son una misma cosa, expresada de modo distinto. Leed el Evangelio, comparad su parte histórica con su parte preceptiva moral y dogmática, y no podréis menos de convenir conmigo en que Jesús vivió como enseñaba, y enseñó como vivía. Dice que aprendamos de El á ser mansos y humildes de corazón (2); y es porque va dejando tras de sí, como estela luminosa, los más bellos ejemplos de humildad

(1) Platon, *Phaed.* p. 66. Esta era la última ofrenda que hacían los convalecientes al dios de la medicina al curar su enfermedad.

(2) Math. XI, 9. Discite a me quia mitis sum, et humilis corde.

y mansedumbre. Dice que no nos permitamos nunca el juzgar, para que tampoco á nosotros se nos juzgue (1); y El mismo se nos presenta en el templo, absolviendo á la mujer adúltera (2), y en casa de Simón el leproso á la Magdalena (3). Dice que amemos á nuestros enemigos, que hagamos bien á los que nos aborrecen y que oremos por los que nos persiguen y calumnian (4); y es porque El va perdonando por todas partes á los que le odian, y á la hora de la muerte ha de pedir á su Padre misericordia para sus verdugos (5). Dice, en una palabra, que seamos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto (6); y El mismo aparece y se muestra durante toda su vida como el modelo más perfecto y acabado de toda santidad y perfección. Tal es, señores, tan maravillosa, tan perfecta y magnífica la armonía que existe entre la vida y hechos de Jesús y su doctrina y enseñanzas. Por eso dijo muy filosóficamente San Lucas: "Jesús empezó á hacer y á enseñar,, (7).

Ahora bien; si Jesucristo vivió como enseñaba y

(1) Luc. VI, 37. *Nolite judicare et non judicabimini...*

(2) Joan. VIII, 11. *Dixit ei Jesus: Mulier..... nemo te condemnavit? Quae dixit: Nemo, Domine. Dixit autem Jesus: Nec ego te condemnabo.*

(3) Luc. VII, 47 et 48. *Propter hoc dico tibi: Remittuntur ei peccata multa quoniam dilexit multum. Cui autem minus dimittitur minus diligit. Dixit autem ad illam: Remittuntur tibi peccata.*

(4) Math. V, 44. Luc. VI, 27 et 35. *Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos et orate pro persequentibus et calumniantibus vos.*

(5) Luc. XXIII, 34. *Jesus autem dicebat: Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt.*

(6) Math. V, 48. *Estote ergo... perfecti sicut et Pater vester coelestis perfectus est.*

(7) Act. I, 1. *Coepit Jesus facere et docere.*

enseñó como vivía, si sus pasos no son otra cosa que un remedo de su doctrina y su doctrina una como explicación de sus pasos; no hay duda que, así como recomendó la obediencia porque El fué obediente, y la mansedumbre porque El fué manso, y el perdón de los enemigos porque El fué generoso, y la sencillez porque fué sencillo, y la pureza porque fué casto y, en fin, el ejercicio de todas las virtudes porque fué el Santo de los santos; no hay duda, repito, que también debió dictar al mundo consejos y preceptos referentes á la pobreza y á los pobres (1).

Y efectivamente; Jesucristo que había venido al mundo á enjugar todas las lágrimas y á consolar todos los infortunios, no se olvidó de los que tanto lloran y padecen; antes al contrario enseñó una doctrina tan consoladora y favorable para ellos, que ha venido á trocar por completo su triste suerte y condición.

A dos clases podemos reducir las amarguras que sufrían los pobres en los tiempos de allende el calvario, á las que afligían sus almas al ver el estado de abyección y abatimiento en que las gentes los tenían, y á las que abrumaban su cuerpo por falta de alimentos y recursos. Mas Jesucristo fué tan generoso y compasivo con ellos, que para unas y otras señaló el más oportuno remedio y consuelo; para las del alma, revelando la dignidad altísima de la pobreza y la suerte que le está reservada en los cielos, y para las del cuerpo, ordenan-

(1) Aquí el orador podrá recordar, si le parece, algo de lo que decimos en la segunda dominica de adviento sobre la vida pobre y humilde de Jesucristo toda vez que entre este sermón y aquel existe una gran conexión.

do al mundo de la manera más explícita y solemne la caridad y la misericordia para con ellos.

Y por lo que hace á lo primero, mirad con cuanta bondad y misericordia los considera y los trata. Sobreponiéndose á las corrientes y prejuicios de la sociedad en que vivía y de las gentes que le acompañaban, *abrió su boca* en lo más alto de una montaña y dijo: „Bien-
„aventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es
„el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos,
„porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los
„que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaven-
„turados los que han hambre y sed de la justicia, por-
„que ellos serán hartos. Bienaventurados los miseri-
„cordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bien-
„aventurados los limpios de corazón, porque ellos verán
„á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos
„serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los
„que padecen persecución por la justicia, porque de
„ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis
„cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren
„todo mal contra vosotros, mintiendo por mi causa; go-
„zaos y alegraos, porque entonces teneis seguro un
„galardón muy grande en los cielos., (1).

(1) Math. V. 3 usque ad 12. Beati pauperes spiritu; quoniam ipsorum est regnum coelorum. Beati mites; quoniam ipsi possidebunt terram. Beati qui lugent; quoniam ipsi consolabuntur. Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam; quoniam ipsi saturabuntur. Beati misericordes; quoniam ipsi misericordiam consequentur. Beati mundi corde; quoniam ipsi Deum videbunt. Beati pacifici; quoniam filii Dei vocabuntur. Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam; quoniam ipsorum est regnum coelorum. Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint et dixerint omne malum adversum vos, mentientes,

¡Qué hermosa, qué sublime doctrina! Mientras el mundo considera desgraciados á los que lloran y padecen bajo la pesadumbre de las mil y mil miserias de la vida, Jesús por el contrario los proclama bienaventurados; mientras el mundo les niega en su crueldad todo consuelo y alivio, Jesús les concede lo que hay de más grande y precioso en el cielo. Promete el reino de los cielos á los pobres, el consuelo á los que lloran, la hartura á los que tienen hambre y alegría eterna á los que sufren; es decir, les da todos los derechos, todas las gracias, todos los privilegios en su reino temporal que es su Iglesia, y en su reino eterno que es la gloria, y por lo mismo asegura que son de mejor suerte y condición que los que ríen y gozan. Sí, de mejor suerte y condición, diga cuanto quiera el mundo; porque si todo es para aquellos, ¿queréis decirme lo que les queda á éstos? ¿queréis decirme lo que les reserva á los ricos el Dador de todo bien? ¡Ah, hermanos míos, no os molestéis en indagarlo; nos lo dirá el mismo Jesucristo. Precisamente á continuación de aquellas palabras tan consoladoras y tan dulces dirigidas á los pobres, añade el Salvador estas otras tan amenazadoras y terribles: "Mas ¡ay de vosotros, los ricos, porque teneis vuestro „consuelo! ¡Ay de vosotros, los que ahora estais hartos, „porque tendréis hambre; y de los que ahora reís, por- „que gemiréis y lloraréis; y de los que ahora sois ben- „decidos por los hombres, porque así hacían con los „falsos profetas los padres de ellos!„ (1). ¿Puede darse

propter me; gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in coelis.

(1) Luc. VI, 24, 25 et 26. Verumtamen vae vobis divitibus

mayor contraste entre una y otra suerte? ¿Puede darse mayor contrariedad entre el juicio que le mereció la pobreza y el que emitió sobre las riquezas?

Pues aun hay más. Sin duda que para confirmar esta misma doctrina propuso cierto día la parábola siguiente: "Había, dice, un hombre rico que vestía de „púrpura y lino, y diariamente regalaba su cuerpo con „espléndidos banquetes. Había así mismo un desgraciado mendigo, llamado Lázaro, que yacía á las puertas del rico, demandando las migajas que caían de su „mesa, y ninguno se las daba. Los perros más compasivos que su señor, le lamían la podredumbre que salía de sus llagas. Y sucedió que murió aquel pobre y „los ángeles llevaron su alma al seno de Abrahám. Murió también el rico y fué sepultado en el infierno. Y „cuando estaba en los tormentos, viendo allá á lo lejos á Abrahám y á Lázaro en su seno, levantó la voz „diciendo: Misericordia, padre Abrahám, misericordia „y compasión: envíame á Lázaro para que, mojando „la extremidad de su dedo en el agua, me refresque la lengua; pues me abraso en estas llamas. Y „Abrahám le dijo: Acuérdate, hijo, que tu recibiste „bienes en la vida y Lázaro por el contrario males; por „eso ahora él es aquí consolado y tu atormentado. De „más de esto, existe entre este lugar y ese una sima tan „inabordable y profunda, que ni nosotros podemos ir „hasta allí, ni de allí venir hasta nosotros. Entonces

quia habetis consolationem vestram. Vae vobis qui saturati estis; quia esurietis. Vae vobis qui ridetis nunc; quia lugebitis et flebitis. Vae cum benedixerint vobis homines; secundum haec enim faciebant pseudo-prophetis patres eorum.

„dijo el rico: Ya que lo que te pido no es posible, con-
 „cédeme por lo menos esta gracia; haz que ese mismo
 „Lázaro vaya al mundo á la casa de mi padre, y avise
 „á mis hermanos del infeliz estado en que me hallo; no
 „sea que pasen la vida en la misma disipación que
 „yo y vengan á parar á estos mismos tormentos. Y
 „Abrahám le dijo: No es menester acudir á semejante
 „medio para la conversión de tus hermanos: en el mun-
 „do tienen á Moisés y á los profetas, y si á ellos no
 „oyen, tampoco escucharán aunque resuciten todos los
 „muertos., (1).

Así termina la parábola. Mas yo pregunto: ¿Qué pecados había cometido aquel rico para ser precipitado en los infiernos? y por el contrario; ¿de qué virtudes estaba adornado Lázaro para que su alma fuese

(1) Luc. XVI, 19 usque ad 31. Homo quidam erat dives, et induebatur purpura et byso, et epulabatur quotidie splendide. Et erat quidam mendicus, nomine Lazarus, qui jacebat ad januam ejus, ulceribus plenus, cupiens saturari de micis quae cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat: sed et canes veniebant et lingeabant ulcera ejus. Factum est autem ut moreretur mendicus, et porteretur ab angelis in sinum Abrahæ; mortuus est autem et dives, et sepultus est in inferno. Elevans autem oculos suos, cum esset in tormentis, vidit Abraham a longe et Lazarum in sinu ejus, et ipse clamans dixit: Pater Abraham, misere mei et mitte Lazarum ut intingat extremum digiti sui in aquam, et refrigeret linguam meam quia crucior in hac flamma. Et dixit illi Abraham: Filii, recordare quia recepisti bona in vita tua et Lazarus similiter mala: nunc autem hic consolatur, tu vero cruciaris. Et in his omnibus inter nos et vos chaos magnum firmatum est; ut hi qui volunt hinc transire ad vos, non possint, neque inde huc transmeare. Et ait: rogo ergo te, Pater, ut mittas eum in domum patris mei: habeo enim quinque fratres, ut testetur illis, ne et ipsi veniant in hunc locum tormentorum. Et ait illi Abraham: Habent Moysen et prophetas; audiant illos. At ille dixit: non pater Abraham; sed si quis ex mortuis ierit ad eos, paenitentiam agent. Ait autem illi: Si Moysen et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent.

llevada por los ángeles al seno de Abrahám? ¿Pensais que el rico era un samaritano ó infiel idólatra? ¿pensais que era uno de esos hombres del mundo, que no ven en la religión más que una institución buena para el pueblo; pero inútil y enojosa para ellos? Pues no; antes al revés era un adorador del Dios verdadero, un buen israelita, un verdadero hijo de Abrahám: en la misma historia le oimos invocar á Abrahám con confianza, y á éste llamarle hijo con cierta especie de compasión: *Pater Abraham... recordare filii quia recepisti bona in vita tua, et Lazarus similiter mala.* ¿Pensais que por lo menos era uno de esos ricos, cuya fortuna demasiado opulenta y demasiado rápida, da lugar muchas veces á sospechas razonables sobre la legitimidad de su origen; ó de esos que, midiendo sus ganancias, más por su ambición que por sus rentas, hacen ostentación de sus riquezas por medio de deudas no pagadas, de fraudes en las transacciones, de depósitos usurpados, de legados píos no ejecutados, y que amenazan á deudores insolventes, después de haber vivido como grandes y disipadores señores? ¿Pensais, en fin, que era de los que se valen de sus riquezas para oprimir á los inferiores, para eclipsar á los iguales, para urdir intrigas, facilitar venganzas, corromper la fidelidad, comprar los juramentos y triunfar del pudor de las doncellas? Pues tampoco; aquel rico no era otra cosa que lo que hoy llamaríamos un hombre de buen humor y de nobles sentimientos; un hombre que sabía aprovechar sus riquezas para crearse amigos y rodearse de aduladores. La prueba está en que el Evangelio no le echa en cara ningún crimen: solo dice de él que vestía de

púrpura y lino y se regalaba con viandas esquisitas. *Erat dives qui induebatur purpura et byso et epulabatur quotidie splendide.* ¿Por qué, pues, un hombre que hoy pasaría poco menos que por santo y el mundo trataría de colocar en los altares, Jesucristo nos lo presenta como réprobo y dice que fué sepultado en los infiernos? ¿Por ventura es un delito la posesión de las riquezas que no son debidas al crimen, ni se emplean en fomentar y propagar el vicio? ¡Ah, señores! líbreme Dios de decir que aquel rico se condenó precisamente por ser rico. Las riquezas no son un crimen, cuando son bien adquiridas y honestamente empleadas; pero lo que no cabe duda es, que se condenó por ocasión de sus riquezas. Por el mero hecho de tenerlas venía obligado como todos los ricos, á ser compasivo y misericordioso con los pobres; pero entretenido y disipado con los placeres que las mismas le proporcionaban, jamás se fijó en aquel desgraciado mendigo, que yacía á sus puertas cubierto de llagas y ahito de hambre; y como la dureza de corazón es un crimen, justamente mereció ser condenado. Así les pasa á muchos: atrofiados sus sentidos con el continuo gozar de los placeres de la carne, á que consagran sus riquezas; no ven, no oyen los gemidos del pobre que á ellos se acerca hambriento y necesitado, y si alguna vez llega hasta ellos el rumor de la miseria, ¡qué inhumanidad, señores, qué egoísmo tan atroz! mientras derrochan y dilapidan en bacanales y orgías con meretrices y cantantes, caudales inmensos, solo son miserables y tacaños, cuando se trata de socorrer una desgracia; solo son miserables, cuando llega el caso de dar una limosna. De aquí el peligro cons-

tante en que se hallan los ricos de condenarse; pues habiéndoles dado Dios sus bienes para que sean la providencia de sus pobres y el paño de sus lágrimas, las emplean solamente para satisfacer sus pasiones y vicios, y cuando llegue el día de la cuenta, á semejanza del rico del Evangelio, serán sepultados en el infierno. Por eso dijo el Salvador en otra parte: "Es más fácil „hacer pasar un cable ó maroma por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos„(16).

Tampoco Lázaro estaba adornado de grandes virtudes: al menos el Evangelio no hace mención de ninguna. Solo dice que era mendigo, que estaba cubierto de llagas y que cada día se sentaba á las puertas del rico, solicitando las migajas que caían de sus banquetes y que nadie se las daba. *Erat quidam mendicus nomine Lazarus qui jacebat ad januam ejus ulceribus plenus, cupiens saturari de micis quae cadebant de mensa divitis et nemo illi dabat.* ¿Por qué, pues, se salvó? Por ventura la pobreza es una virtud capaz de justificar al hombre? Sí, hermanos míos, la pobreza es una virtud fecunda en merecimientos de vida eterna, cuando se acepta como un don del cielo y se la lleva con resignación y paciencia; y que así obró aquel mendigo se desprende del contexto del evangelio: Todos los días sin quejarse, sin indignarse contra el rico, y sin perder la esperanza de que, por fin, se apiadaría de él y le socorrería en su miseria, se colocaba invariablemente á las puertas de su casa; y aquella constancia y paciencia en

(1) Math. XIX, 24. Marc. X, 25. Facilius est camelum per foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum coelorum.

medio de tanta desdicha le valió la recompensa que Jesús tiene reservada á los pobres de espíritu. *Factum est ut moreretur mēdicus et portaretur ab angelis in sinum Abrahæ.*

Por consiguiente, hermanos míos, cuando veáis que todo os va bien, cuando veáis que se multiplican vuestros intereses y haciendas, y que ninguna pesadumbre os aflige; temed y temblad: las riquezas, el bienestar, el fausto, según la doctrina de Cristo, son un inconveniente y un obstáculo para la salvación. Y al revés, cuando veáis que la adversidad se ceba en vosotros con todo su horror y toda su fiereza, gozaos y alegraos, eso es prueba de que pertenecéis al número de los que Cristo llama bienaventurados. Bienaventurados los pobres... bienaventurados los mansos... bienaventurados los que lloran...

Con esta doctrina logró Jesucristo quitar á la pobreza todo el horror y aversión que antes inspiraba; pues á la manera que el obrero sufre con paciencia el peso del calor y del día ante la esperanza del salario que por la tarde ha de recibir de manos del patrono; así el pobre se resigna con su suerte y recibe fuerzas y alientos para soportar toda clase de amarguras y dolores ante la perspectiva de una recompensa inacabable y eterna. Mas esto era poco; Jesús quería más, deseaba más, quería que la pobreza fuese amada y estimada por los hombres, á semejanza de lo que El había hecho; y ved aquí de que medio tan peregrino se vale: Manda que seamos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto, *Estote pefecti sicut Pater vester coelestis perfectus est*; y señala como base, como fun-

damento de esa perfección ¿sabeis qué? la pobreza, la abnegación, el desprendimiento de todo lo que se posee. Escuchad un episodio de su vida.

“Cierta día se le acercó un joven y le dijo: Maestro „bueno, ¿qué es lo que debo hacer para conseguir la vida eterna? Y Jesús le contestó: Guarda los mandamientos. ¿Y qué mandamientos he de guardar?, repuso „el joven? Pues mira, le replicó Jesucristo: no matarás, „no adulterarás, no hurtarás, no dirás falsos testimonios, honra á tu padre y á tu madre y ama al prójimo „como á tí mismo. Entonces el mancebo le dijo: todo „eso ya lo vengo observando desde mi juventud; por „manera que lo que deseo saber es, si me resta todavía „que hacer alguna cosa. Y el Salvador terminó diciendo: Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que „tienes, distribúyelo entre los pobres, y yo te aseguro „que, á cambio de tu desprendimiento, tendrás un tesoro muy grande en los cielos., (1).

Ved aquí, señores, trocado, convertido en lo más grande, en lo más poderoso y digno de estima, lo que había en el mundo de más vil y despreciable, la pobreza; pues la ha escogido Jesucristo entre todos los

(1) Math. XIX, 16 usque ad 21. Item Luc. X, 25 et Marc. X, 17. Et ecce unus accedens, ait illi: Magister bone, quid boni faciam ut habeam vitam aeternam? Qui dixit illi: quid me interrogas de bono? Unus est bonus, Deus. Si autem vis ad vitam ingredi, serva mandata. Dixit illi: Quae? Jesus autem dixit: non homicidium facies, non adulterabis, non facies furtum, non falsum testimonium dices, honora patrem tuum et matrem tuam, et diliges proximum tuum sicut te ipsum. Dicit illi adolescens: Omnia haec custodivi a juventute mea, quid adhuc mihi deest? Ait illi Jesus: Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes, et da pauperibus, et habebis thesaurum in coelo: et veni sequere me.

estados y condiciones en que pueda encontrarse el hombre, nada menos que como base y fundamento de la perfección cristiana. En su virtud podremos agradar á Dios y alcanzar la vida eterna con solo guardar los mandamientos: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata* (1); pero llegar á ser perfectos como nos lo aconseja Cristo, eso no lo lograremos, no lo conseguiremos; sino renunciando á todo lo que tenemos y desposándonos con la pobreza. *Si vis perfectus esse, vade et vende quae habes, etc.*

Estas palabras de Cristo, sin embargo, para evitar escándalos en unos y escrúpulos y ansiedades en otros, tienen esta explicación. Cuando dice que para ser perfectos hay que desprenderse de todo y distribuirlo entre los pobres, no se han de entender en sentido material, de tal manera que así se ha de hacer, como El lo dice, sino en sentido formal; es decir, que, conservando en nuestro poder todo cuanto tenemos y poseemos, vivamos tan despegados y desprendidos de ello, como si en realidad no lo poseyésemos. Lo dice el apóstol San Pablo: "Podemos poseer, pero como si no poseyésemos; podemos gozar, pero como si no gozásemos; podemos usar de las cosas de este mundo, pero como si no usásemos," (2). Así se explica que la Iglesia haya colocado en los altares y nosotros veneremos como santos, á

(1) Math. XIX, 17.

(2) I ad Cor. VII, 29, 30 et 31. Hoc itaque dico fratres: Tempus breve est; reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint; et qui flent, tanquam non flentes; et qui gaudent, tanquam non gaudentes; et qui emunt, tanquam non possidentes; et qui utantur hoc mundo, tanquam non utantur: praeterit enim figura hujus mundi.

varones y hembras que, mientras vivieron en el mundo, pertenecieron á diversas clases y condiciones de la sociedad: unos que fueron poderosos y opulentos, como un San Fernando rey de España y un San Luis rey de Francia; y otros tan pobres y humildes, como el recientemente beatificado Benito Labre; unos que fueron sabios eminentes, lumbreras de primer orden, como un San Agustín, un Sto. Tomás, un San Buenaventura; y otros tan ignorantes y sencillos, como un San Pascual Bailón; unos que se santificaron en medio del fausto y esplendor del mundo, como Sta. Isabel, reina de Hungría y la nuestra de Portugal; y otros en medio de los desiertos y Tebaidas, como un S. Antonio Abad y un San Pablo. Luego no hay necesidad absoluta de renunciar en cuanto al efecto todo lo que se posee; sino que basta renunciarlo en cuanto al afecto en que generalmente se tiene.

Después que Jesucristo habló de una manera tan favorable sobre la pobreza y sobre los pobres, no hay duda que cambia por completo de aspecto su triste suerte. La promesa que les hace de trocar un día su tristeza en gozo, y el honor que dispensa á la pobreza al constituirla como base de la perfección cristiana, siempre será un acicate poderoso para sufrir con resignación y hasta con gusto las mayores tribulaciones y amarguras. Mas con ser tan grande este servicio que Jesús hizo á los pobres, al revelar su dignidad altísima y la recompensa inefable que les espera en el cielo, todavía hubiera sido flaco, si solo se hubiera limitado á esto. Hay necesidades de tal índole, que no se remedian con promesas por muy lisonjeras que sean. Cuando el

estómago, pongo por caso, está vacío, no hay promesa capaz de acallar sus gritos: el hambre se mata con pan, no con promesas ó palabras. ¿Qué nos contestaría un pobre, si, en vez darle una limosna, le recordáramos su dignidad y la recompensa que Jesús le tiene reservada en el cielo? ¡Ah! la contestación sería varia según su carácter y la educación que hubiese recibido. Por eso Jesucristo que todo lo hizo bien, además de consolar á los pobres en las amarguras de su alma con aquella doctrina tan hermosa y consoladora que ya dejamos expuesta, coloca los jalones para consolarlos también en las amarguras que atormentaban su cuerpo, ordenando y mandando al mundo de la manera más imperiosa y solemne la compasión y la misericordia para con ellos. Mirad lo que dice en el capítulo 6.^o de San Lucas que es de donde hemos tomado casi toda la doctrina precedente: “Dad „á todos los que os pidan, y al que tomare de lo vues- „tro, no se lo volvais á pedir, si de ello tiene alguna „necesidad. Haced con los hombres aquello mismo que „quisiéreis hiciesen con vosotros, si os hallárais en el „mismo caso. Pues si amais á los que os aman ¿qué mé- „rito tendréis? también los pecadores aman á los que „les aman á ellos. Y si haceis bien á los que os lo hacen „¿qué mérito tendréis?; también los pecadores hacen „esto. Y si prestais á aquellos de quienes esperais reci- „bir algún provecho ¿qué mérito tendréis?; también los „pecadores se prestan unos á otros para recibir otro „tanto. Amad, pues, á vuestros enemigos y dad de pres- „tado sin esperar por ello nada; y vuestro galardón será „grande en los cielos, y seréis hijos del Altísimo; por- „que El es bueno aun para los ingratos y malos. Sed,

„pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es „misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados, per- „donad y seréis perdonados. Dad y se os dará una me- „dida buena, y apretada, y remecida, y colmada en „vuestro seno; porque con la misma medida que midié- „reis, seréis medidos., (1). Y en otro lugar del citado evangelio, dice: “Dad de limosna todo lo que os sobra.,. Y en San Mateo enseña como se ha de hacer la limosna para que no pierda su mérito (2) y otra vez en San Lucas recomienda á los hombres que procuren hacerse amigos de los pobres para que al morir los reciban en las eternas moradas (3), y aquí y allí, y en todas partes, y en todos los tonos, y de todas las maneras aparece mandando siempre, imponiendo siempre á los ricos y poderosos del mundo la compasión y la misericordia

(1) Luc. VI, 38 usque ad 48. *Omni autem petenti te, tribue: et qui aufert quae tua sunt, ne repetas. Et prout vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis similiter. Et si diligitis eos qui vos diligunt, quae vobis est gratia? nam et peccatores diligentes se diligunt. Et si benefeceritis his qui vobis benefaciunt, quae vobis est gratia? siquidem et peccatores hoc faciunt. Et si mutuum dederitis his a quibus speratis recipere, quae gratia est vobis? nam et peccatores peccatoribus faenerantur, ut recipiant aequalia. Verumtamen diligite inimicos vestros, benefacite et mutuum date nihil inde sperantes; et erit merces vestra multa et eritis filii Altissimi quia ipse benignus est super ingratos et malos. Estote ergo misericordes sicut et Pater vester misericors est. Nolite judicare et non judicabimini, nolite condemnare et non condemnabimini, dimittite et dimittemini. Date et dabunt vobis, mensuram bonam et confertam et coagitatam et superfluentem dabunt in sinum vestrum. Eadem quippe mensura, qua mensi fueritis remetietur vobis.*

(2) Math. VI, 3. *Te autem faciente eleemosynam, nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua.*

(3) Luc. XVI, 9. *Et ego vobis dico: Facite vobis amicos de mammona iniquitatis ut cum defeceritis recipiant vos in aeterna tabernacula.*

para con los pobres. *Estote misericordes, sicut Pater vester coelestis misericors est.*

Y demostrando tener verdadero empeño en que los hombres cumplan este precepto tan beneficioso para los pobres, lo robustece y defiende contra las rebeldías del corazón humano, siempre inclinado al egoísmo, con su correspondiente sanción de premios y castigos. Sabía El que muchos, la mayor parte, no le obedecerían por amor y sí solo por el temor y dice: "Juicio sin misericordia se hará á aquel que no tuviere misericordia," (1); en cambio á los que la tengan les dirige estas palabras tan hermosas y consoladoras: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia,". Finalmente, son dignas de mención las palabras con que dijo Jesús que terminaría aquel espantable acontecimiento del juicio final. En ellas aparece de una manera clara, terminante y precisa que destinará á unos á la gloria y á otros á los tormentos del infierno, no por otra causa sino porque aquellos fueron misericordiosos con sus prógimos, y éstos crueles y despiadados. Oídlas. "Cuando apareciere el Hijo del Hombre, y sus ángeles con El, dice San Mateo, se congregarán ante El todas las naciones de la tierra; y hecha la separación de los buenos y los malos, como el pastor separa las ovejas de los cabritos; dirá á los que tuviere á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tengo preparado desde toda la eternidad; porque tuve hambre y me disteis de comer, sed

(1) Jacob. II, 13. *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam.*

„y me disteis de beber, desnudo y me cubristeis, enfermo ó en la cárcel y me vinisteis á visitar. Y preguntándole ellos que cuando le prestaron tan misericordiosos oficios; les contestará Jesucristo: cuando se los prestásteis á uno de estos mis hermanos necesitados, á mí me los prestásteis. Del mismo modo, dirigiéndose á los que tenga á su izquierda, les dirá en tono amenazador y terrible: Id, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles ¿por qué? porque tuve hambre y no me disteis de comer, sed y no me dísteis de beber, estaba desnudo y no me cubristeis, enfermo ó en la cárcel y no me vinisteis á visitar. Y preguntándole ellos que cuando le negaron estos oficios, les contestará Jesucristo: cuando se los negásteis á uno de estos mis hermanos necesitados á mí me los negásteis. E irán éstos al fuego eterno, los justos á la vida eterna,, (1).

(1) Math. XXV, 31 usque ad 46. Cum autem venerit Filius Hominis in majestate sua et omnes angeli cum eo, tunc sedebit super sedem majestatis suae: et congregabuntur ante eum omnes gentes, et separabit eos ad invicem sicut pastor segregat oves ab hoedis. Et statuit quidem oves a dextris suis, hoedos autem a sinistris. Tunc dicit rex his qui a dextris ejus erunt: Venite benedicti Patris mei possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi: esurivi enim et dedistis mihi manducare, sitiivi et dedistis mihi bibere, hospes eram et collegistis me, nudus et cooperuistis me, infirmus et visitastis me, in carcere eram et venistis ad me. Tunc respondent ei justi, dicentes: Domine, quando te vidimus esurientem..... Et respondens rex dicet illis: Amen dico vobis quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. Tunc dicit et his qui a sinistris erunt: discedite a me maledicti in ignem aeternum qui paratus est diabolo et angelis ejus. Esurivi enim..... Tunc respondebunt ei et ipsi dicentes: Domine quando te vidimus esurientem..... Tunc respondebit illis dicens: Amen dico vobis quandiu non fecistis uni de minoribus his, nec mihi fecistis. Et ibunt hi in supplicium aeternum: justi autem in vitam aeternam.

Ya veis, pues, que Jesucristo no se limitó á mandar de una manera estéril la compasión y la misericordia; sino de una manera eficaz, imperiosa y solemne, y bajo la sanción de las más grandes recompensas y castigos. Los hombres podrán hacer lo que quieran con respecto á este mandamiento, porque libres son de extender su mano á la vida ó á la muerte; pero conste que el que lo quebrante se hace reo de condenación eterna y el que lo cumpla digno y merecedor de la gloria del cielo. *Et ibunt hi in supplicium aeternum, justi autem in vitam aeternam.*

Resumamos, señores, para que de este modo aparezca más claro qué es lo que nos manda Jesucristo bajo una sanción tan terrible, y que es lo que solamente nos aconseja, si queremos llegar á la perfección cristiana. Primeramente, atento á las amarguras que sufrían los pobres en su alma, les señala allá en lontananza, para consolarlos, la posesión del reino de los cielos. *Beati pauperes* etc. Después dignifica la pobreza presentándola como base de toda perfección y santidad, *si vis perfectus esse* etc. Y últimamente deseoso también de consolarlos en las amarguras que atormentan sus cuerpos por falta de elementos y recursos con que atender á sus necesidades, manda y ordena al mundo de la manera más imperiosa y solemne la caridad y la misericordia para con ellos: *estote misericordes* etc. Luego toda la doctrina de Cristo acerca de la pobreza se reduce en síntesis á esto; una promesa para los pobres, la bienaventuranza; un consejo para los ricos, el desprendimiento; y un precepto para todos, la compasión y la misericordia.

Ahora, pues, ¡oh pobres y desgraciados del mundo! si después de lo que Jesucristo ha hecho por vosotros, todavía seguís sufriendo las mismas tribulaciones y amarguras que sufrían vuestros iguales en los días del paganismo, no culpéis á Jesús, no culpéis al restaurador de todas las cosas, porque todo lo hizo bien, y en esto, como en lo demás, siempre puede poner en sus labios con razón sobradísima aquellas palabras del profeta. *¿Quid est quod debui etc.?* (1) No le culpéis á El, no; culpad á los hombres que no quieren imitar sus ejemplos y seguir sus enseñanzas; culpad á los hombres que á pesar de su cacareado catolicismo y de sus protestas de fidelidad y de amor hacia su Maestro, están demostrando con las obras que son paganos ó gentiles; culpad á los hombres que, pudiendo comprar los tesoros del cielo con solo depositar en vuestras manos los tesoros de la tierra, se conducen con vosotros como unos miserables egoistas. Culpémonos todos, hermanos míos, porque todos, desgraciadamente, tenemos la culpa, de que continúe siendo este mundo un valle de lágrimas, cuando tantos esfuerzos hizo Jesucristo para convertirlo en antesala del paraíso. Los unos por falta de caridad, los otros por falta de resignación, todos hemos dado margen á que cada día sean más hondas las diferencias que nos separan y el mundo se convierta á veces en un verdadero campo de Agramante.

¡Ah, hermanos míos! lloremos nuestros extravíos; enmendemos nuestra conducta; y, recordando á toda

(1) Isai. V, 4. *Quid est quod debui ultra facere vineae meae, et non feci ei?*

hora la sublime doctrina de Jesús que acabamos de exponer, miremos con ojos de compasión y misericordia á nuestros prógimos necesitados; partamos con ellos nuestro pan y nuestro vestido, cuanto nosotros podamos y ellos tuvieren necesidad; no permitamos en manera alguna que lloren de hambre y de frío tantos y tantos hermanos nuestros, mientras nosotros vivimos hartos y rodeados de comodidades y placeres, merced á la bondad y esplendidez de nuestro Padre común que está en los cielos. Así serémos verdaderos cristianos, verdaderos discípulos de Cristo, y un día, cuando traspongamos los umbrales de este mundo, nos encontraremos centuplicado todo lo que por amor á Jesús y en su nombre hayamos dado aquí en la tierra. Así SEA.



DOMINICA DE PASION

Sobre los inmensos beneficios del Cristianismo y la ingratitud
con que el mundo le ha correspondido y le corresponde



Sobre los inmensos beneficios del Cristianismo y la ingratitud con que el mundo le ha correspondido y le corresponde

Recede a nobis scientiam viarum tuarum nolumus.

Job. XXI, 14

Ilustrísimo Señor:

A la manera que un navío deja en pós de sí un surco sobre las aguas al que los náuticos llaman estela, así Jesús dejaba tras de sí, cuando recorría las ciudades y los pueblos de la Palestina, la estela bendita de sus favores y beneficios. Jamás monarca alguno recorrió sus estados con tanto provecho y utilidad para sus súbditos, como la que reportaron los judíos de las correrías que hizo Jesucristo por su patria; pues desde que accedió á los deseos de su Madre para salvar del ridículo á los esposos en las bodas de Caná, convirtiendo el agua en vino (1), hasta que en el monte Calvario curó de la vista á Longinos con el agua que brotó de

(1) Joan. II, 1 usq. ad 11.

su divino costado, abierto por sacrílega lanza (1); sus manos no cesaron un momento de repartir todo género de bendiciones. Díganlo si nó los enfermos que curó, las muchedumbres que alimentó en el desierto, los endemoniados á quienes libró del espíritu inmundo, los leprosos, los cojos, los ciegos, los tullidos..... los muertos, en fin, á quienes arrancó de las gradas del sepulcro; y todos nos dirán á coro con la santa escritura *pertransiit benefaciendo et sanando omnes*, pasó haciendo bien y sanando á todos (2), ó con el inspirado poeta místico del Carmelo:

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura;
Y yéndolos mirando,
Con solo su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura. (3)

En vista de tanto portento y prodigio parecía natural que todos los corazones le amasen y todas las lenguas le bendijesen; parecía natural y lógico que todos reconociesen en El al Hijo de David, al Mesías prometido por Dios al mundo y, en su consecuencia,

(1) Joan. XIX, 34. Sed unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua. La divina Providencia permitió esto para que no quedase la menor sombra de duda sobre la muerte del Redentor, y así fuese después más gloriosa su resurrección. Muchos Padres con San Agustín reconocen el misterio de la Eucaristía en la sangre que salió del costado de Jesús, y en el agua el sacramento del Bautismo. Vulgarmente se cree que se llamaba Longinos el soldado que atravesó el pecho del Señor con una lanza y que, estando ciego, al brotar el agua del divino costado, salpicó á sus ojos y le curó la vista.

(2) Act. Ap. X, 38.

(3) San Juan de la Cruz. *Canción V.*

le aclamasen y tuviesen por su verdadero rey y caudillo. Pero no, no sucedió así desgraciadamente. Había sí una buena parte y porción de aquel pueblo, la parte más baja y humilde precisamente que, admirada de sus obras y agradecida á sus favores, le coreaba sin cesar y profundamente le adoraba; pero la clase alta, los conspicuos de la Sinagoga, los escribas y fariseos, ¡ah! esos no podían sufrirle, esos no podían tolerarle, esos no podían llevar en paciencia que arrastrase en pós de sí á las turbas con el ruido de sus milagros; y llenos de rabia y envidia al verse eclipsados por El á los ojos de las *masas*, andaban intrigados buscando ocasión y pretexto para quitarle la vida.

¡Qué! ¿os extraña tanta ingratitude? ¿os sorprende tanta obstinación y ceguera? También á mí me extraña y me sorprende; pero nada más cierto y positivo. Abrid, abrid el evangelio de este día y allí encontraréis un testimonio elocuentísimo, una prueba convincente de la malevolencia y animosidad que le tenían. Estaba Jesús en el templo, dice San Juan, sosteniendo con los escribas y los fariseos animada polémica acerca de su origen divino y de la misión también divina que le había encomendado su Padre, y como se resistieran á creerle, á pesar de la lógica con que les hablaba, los estrechó y acorraló con el siguiente dilema: “¿Quién de „vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, „por qué no me creéis?„ (1) Que fué como decirles: ó debéis convencerme de pecado y de mentira ó creer en lo que os digo; no podéis convencerme de pecado, luego

(1) Joan. VIII, 46. Quis ex vobis arguet me de peccato? si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?

necesariamente me debéis de creer. En vano trataron los judíos de escaparse por la tangente, como vulgarmente suele decirse, llamándole samaritano y diciendo de El que estaba poseído por el demonio; porque como el argumento no tenía réplica, quedaron confundidos, anonadados, avergonzados de sí mismos; y no hallando medio alguno decente y racional para salir airoso de aquella contienda, inspirados, sin duda, por el diablo que ha sido siempre mal consejero, como dice un santo Padre, tomaron piedras en sus manos para tirárselas; *Tulerunt lapides ut jacerent in eum*, y seguramente hubieran llevado á cabo una acción tan indigna y sacrilega, si Jesús al advertirlo, no se hubiera eclipsado á su vista y retirádose del templo: *Jesus autem abscondit se et exivit de templo* (1).

Ved aquí, hermanos míos, la infame conducta, la monstruosa ingratitud de los escribas y fariseos para con Jesucristo; en vez de los aplausos, las censuras; en vez de la adhesión, la resistencia; en lugar del amor, el odio más implacable.

Ahora bien; esta suerte de Jesucristo es cabalmente la suerte del cristianismo sin discrepar una sola tilde. A semejanza de su fundador divino ha pasado y pasa por el mundo derramando toda clase de bienes, y, como El, no recoge en pago otra cosa que la traición y el insulto, el desprecio, la sentencia que le condena; es decir, que á pesar de todos los favores y beneficios que derrama por doquier, tiene sin embargo enemigos que sistemáticamente le resisten é implacablemente le

(1) Joan. VIII, 59.

persiguen; enemigos que, como los impíos de la Escritura, le dicen con enfado y altanería: "Apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos,,.

Tal es, señores, la triste verdad que voy á exponer hoy á vuestra consideración para que, si amais de veras á vuestra Religión bendita y os amais á vosotros mismos, os pongáis decididamente á su lado para defenderla de los ataques de sus enemigos, que son también enemigos vuestros.

Pidamos antes permiso y gracia á la Señora saludándola con el arcángel.

AVE MARÍA





No sé si habréis oído hablar alguna vez de una propiedad muy particular y muy rara que caracteriza y distingue al río Nilo de todos los demás ríos del mundo. Es un río que, naciendo, según se cree, en uno de los lagos que existen en el país de los Gallas, atraviesa de Sur á Norte primeramente la Nubia y luego el alto y bajo Egipto en una extensión de siete á ocho mil kilómetros. Famoso por la variedad y abundancia de sus peces, entre los que se cuentan el monstruoso hipopótamo y el feroz cocodrilo, lo es más todavía por sus misteriosas avenidas. Figuraos que dos veces al año, una en Junio y otra en Diciembre, aumenta paulatinamente sus aguas hasta rebasar por completo su cauce; y no encontrando obstáculo alguno de diques ni supereminencias del terreno que estrechen y ciñan su mansa corriente, se extiende á derecha é izquierda en una extensión, á trechos, de más de cien kilómetros. Diríase al verlo tan caudaloso, tan majestuoso y tan ancho que, más que río, es un verdadero mar interior, diríase que las aguas del Mediterráneo habían encontrado desnivel en su cauce y en sus riberas, y que se habían corrido por allí en virtud de la ley que gravita sobre ellas. Pero, mientras que los demás ríos causan inmensos daños y perjuicios en sus grandes avenidas, arrastrando entre turbias y tumultuosas ondas la tierra laborable de sus márgenes y riberas; aquel río, señores, sobre que nada

destruye, sobre que nada desbarata ni roba, porque se retira á su lecho con la misma mansedumbre con que lo rebasara un día, deposita en los terrenos inundados el limo que arrastra entre sus aguas, y los deja fecundados y abonados mejor que todos los abonos y sustancias que en ellos pudiera depositar la mano de los agricultores. Sin estas avenidas infalibles y periódicas, sería el Egipto el país más pobre y miserable de la tierra; pero merced á este riego benéfico y al abono especial que le proporciona el Nilo, resulta aquella zona del Nordeste del Africa una de las más ricas y feraces de la tierra; pues mientras que en los demás países solo se obtiene por lo general una cosecha y eso á costa de grandes sacrificios y sudores, y expuesta á mil y mil contingencias del suelo y de la atmósfera; allí son seguras y casi infalibles dos grandes cosechas al año; y si en vez de que el Nilo invade una zona relativamente pequeña, se extendiera por Oriente y Occidente y abarcara en toda su extensión la tierra del Egipto, no habría región que con aquel país pudiera compararse: la abundancia de que nos habla el Génesis cuando el casto José era superintendente del Egipto y Mayordomo de la casa de los Faraones (1), se repetiría todos los años en proporciones verdaderamente fabulosas, y con lo que allí se cosechara, creedlo, habría para mantener y alimentar una población veinte veces mayor de la que tiene. Tan inmensos son, señores y hermanos

(1) Gen. XLI, 47, 48 et 49. Venitque felicitas septem annorum: et in manipulos redactae segetes, congregatae sunt in horrea AEgypti. Omnis etiam frugum abundantia in singulis uribus condita est. Tantaque fuit abundantia tritici ut arenae maris coaequaretur et copia mensuram excederet.

míos, tan excelentes y notables los beneficios que reporta el Nilo con sus misteriosas inundaciones y avenidas. Si dais la vuelta al mundo, no encontraréis maravilla semejante.

Ahora bien; una cosa así como lo que hace el Nilo en el Egipto, es cabalmente lo que ha venido y viene haciendo el cristianismo en todo el mundo, desde el siglo primero hasta nuestros días; si bien en un orden de cosas completamente distinto. Río caudaloso de verdadera ciencia, de verdadera paz y caridad, y de todos los factores y elementos indispensables para constituir la humana dicha, brotó un día del costado de Cristo, cuando dormía su amoroso sueño en el árbol de la cruz, y desbordándose á la derecha y á la izquierda, cual hinchado torrente que no cabe en su cauce, ha invadido todas las zonas del mundo y atravesado todas las generaciones, para dejar en ellas el limo bendito de su gracia y la luz purísima de su evangelio. Y su gestión ha sido tan fecunda, tan eficaz ha sido, que todo lo ha mejorado. El en su marcha benéfica y restauradora, todo lo ha dignificado y engrandecido; las costumbres, las ciencias, las artes, la política, las relaciones humanas, las ideas y los sentimientos de los pueblos; de tal manera que bien podemos aplicarle aquellas palabras del Salmista: *et non est qui se abscondat a calore ejus*, no hay nada que se haya escapado á su virtud é influencia (1).

Para demostrarlo, bastará recordar, siquiera sea á la ligera, el estado de la humanidad en el orden reli-

(1) Psalm. XVIII. 7.

gioso, moral, político y científico, cuando apareció en el mundo esta religión bendita. En el orden religioso, una sola frase lo dice todo: Se contaban treinta mil dioses en el imperio más poderoso que entonces existía y, sin embargo, no había Dios. Las divinidades del Olimpo con sus contrarios atributos, con sus guerras implacables, con sus infames adulterios, con sus vicios, sus pasiones y hasta extravagancias demuestran cuán impotente es el hombre para crear ó fabricar por sí mismo el ser divino. La agricultura con su dios Término, el teatro con su Talia, el baile con su Terpsícore, la familia con sus Lares ó Penates etc., etc., proclaman á voz en cuello el gran caos que envolvía á la humanidad en materia religiosa. No habia pasión, por baja y repugnante que fuese, que no estuviese consagrada á alguna divinidad y por el mismo hecho quedaba divinizada la pasión misma. En fin, hasta la mueca estúpida del *clown* y las ridículas chocarrerías del bufo tenían su dios: el dios Mono. Pero... basta; no merece este capítulo que nos paremos á considerarlo; pasémoslo por alto como cosa indigna de nuestra observación, si bien poniéndole al final, á guisa de crítica, una frase que hoy se emplea mucho: *sin comentarios*.

En el orden moral, existían, sí, numerosos sistemas que se disputaban el honor de levantar al hombre hasta el pináculo de la perfección; pero ¡qué sistemas, cielo santo! el más sublime de todos que era el estoicismo, venía á resolverse en esta fórmula verdaderamente ineficaz y anodina "sufrir y abstenerse.. Vivir encerrado en el estrecho recinto de la propia personalidad, fabricarse una cueva como un oso, comer tranquilo á la

luz del sol, como Diógenes el Cínico dentro de su tonel, despreciar las ofensas, orillar toda pesadumbre y mostrarse impasible en todo y para todo; he aquí el estoicismo. Nada de amor á los demás hombres, nada de abnegación, nada de sacrificio. El egoismo, en una palabra, convertido en ídolo ó el endiosamiento propio y el desprecio ageno, constituían el alma y el verbo de la doctrina moral más sublime del Pórtico. Y si esto era Zenón, ¿qué sería á su lado Epicuro? Si esto era lo mejor, ó lo menos malo ¿qué sería lo demás? ¡Ah, señores! lo demás era todo inmundicia, todo fango, cloaca sucia y asquerosa donde tenían y encontraban su asiento los instintos más bajos y groseros.

En el orden social y político, la fuente principal y casi única del derecho era la voluntad del supremo imperante, *quod principi placuit*; y como no había freno religioso que sujetase sus actos á una conciencia recta por temor á castigos de *ultra-tumba*, ni por otra parte existía el contrapeso de alguna institución política; de aquí el que dependiese solamente del temperamento y de las inclinaciones naturales del que gobernaba la nave del estado la tranquilidad y el bienestar de los pueblos y de los individuos. Bastaba que el emperador ó el rey así lo deseara, para que los ciudadanos fueran atropellados, maltratados, despojados de todos sus derechos y aun conducidos al cadalso. ¡Triste y desgraciada situación! Solo así se explica el vandálico incendio de Roma por Nerón, para darse el gusto de recitar á lo vivo ciertos versos de la guerra de Troya; el asesinato de su madre Agripina, decretado por orden suya, para contemplar el lugar donde había sido concebido y

la muerte de su maestro el español Lucano. Solo así se explica que Calígula diera al mundo el ridículo espectáculo de nombrar cónsul á su caballo; que Caracalla reuniera al senado con el exclusivo objeto de discutir la mejor manera de hacer un guisado; y otros mil y mil actos, extravagantes los unos, bárbaros y crueles los otros, que serán para siempre baldón de ignominia para la humanidad. Y como la autoridad del supremo imperante era la pauta, la norma á la que se ajustaban y por la que se regían las demás autoridades inferiores; en el seno de la familia venía á suceder en pequeño lo que sucedía en mayor escala en el seno de la sociedad. En la familia el padre lo era todo, el hijo, nada. La célebre ley de las XII tablas, *Pater familias, uti legassit super pecunia tutelave suae rei, ita jus esto* (1), exagerada al cabo de los años y favorecida por los hombres y por las circunstancias, hizo del padre, no el director, sino el señor, ó más bien, el propietario de sus hijos. En su virtud tenía el derecho de vida y muerte sobre ellos, podía venderlos, darlos en rehenes, lanzarlos á las fieras y hacer cuanto quisiera sin limitación ni responsabilidad alguna. La misma desgraciada suerte le cabía á la mujer; cuando salía de la patria potestad del padre, entraba en la del marido; estaba incapacitada para poseer; no podía contratar, ni aun siquiera servir de testigo; en una palabra, la mujer nacía, vivía y moría sin sentirse dueña más que del pedazo de pan que se llevaba á la boca y del vaso de agua con que apagaba su sed.

(1) Ley de las XII tablas. *Pater familias uti legassit etc.*

Finalmente, en el órden científico, exceptuadas las obras de historia y de literatura que solo merecen el nombre de científicas bajo cierto punto de vista, lo demás vale ciertamente muy poco; pues si bien es cierto que en las doctrinas de Sócrates, Platón, Aristóteles y Cicerón existen algunas ideas sanas, como la unidad de Dios y la de que la ocupación más digna del hombre es imitar al Ser Supremo con ciertos barruntos de la ley natural y eterna; también lo es que apenas si estas ideas salvaron los muros de las academias donde sus autores las explicaban, y que ellos mismos fueron tan inconsecuentes y desacertados al deducir las consecuencias de aquellos principios para aplicarlos á la sociedad, que incurrieron en los errores más monstruosos y absurdos. Díganlo sino la esclavitud enseñada y practicada por ellos como comprendida en el derecho natural, la pluralidad de mujeres, la muerte de los niños que nacían imperfectos y, en fin, la brutal medida de hacer morir á los ancianos para librarlos de la época de las miserias, achaques y desengaños.

Tal era, señores, el mundo antiguo, el mundo de allende la cruz y el calvario; un edificio en ruinas, un enfermo próximo á sucumbir, un cadáver; mejor dicho, que olía y apestaba.

Pero vino el Cristianismo, apareció á la faz del mundo esta religión bendita al soplo vivificante del Divino Espíritu; y á medida que el aliento salvador de su doctrina llegaba hasta los pueblos y los individuos, las instituciones vacilantes se afirmaban; la autoridad se reformaba y fortalecía, la familia se constituía sobre las bases del amor y del respeto, los esclavos oían cru-

gir las cadenas de la esclavitud, á pesar de la ambición y de la tiranía, y por todas partes se notaban sus maravillosos y benéficos efectos. Semejante á su fundador divino ante el sepulcro de Lázaro, así el Cristianismo pronunció ante la humanidad esta mágica palabra: *Lazare, veni foras*, y la humanidad salió de la tumba, donde la había sepultado el paganismo, para caminar por las sendas de la verdad y de la vida.

Con dos palabras solamente reformó la autoridad: con la una para dejar sentadá su esencia, diciendo: "no hay potestad que no venga de Dios," (1) y con la otra para regular su ejercicio, advirtiendo, según el sagrado código del Evangelio, que "aquel que quiera ser el mayor, se ha de sacrificar en obsequio de los demás," (2). Que es como si dijera: ¡Oh, tú, quien quiera que seas, que quieras ser el mayor, que desees ostentar en tus manos las riendas del poder, que buscas las prerrogativas de la autoridad, que te embriagas con el incienso del soberano, sólo en hora buena! pero tén entendido que desde el momento en que lo seas, no te pertenecerás á tí mismo, sino á tu pueblo: renunciarás á tus comodidades, á tus caprichos, á tus gustos, para consagrarte de lleno y sin descanso al bien de tus subordinados: velarás día y noche para apartarlos de todo peligro: serás esclavo de su tranquilidad y bienestar; y si llega el caso de ser necesaria tu vida para salvar la de tus súbditos, no vacilarás un momento en inclinar tu cabeza sobre el ara. Además has de tener entendido

(1) Ap. ad Rom. XIII, 1. Non enim est potestas nisi a Deo.

(2) Math. XX, 26. Quicumque voluerit inter vos major fieri sit vester minister.

que ese poder que ostentas, no lo ejerces por derecho propio y en tu nombre, sino como delegado y en nombre de Dios; y un día, cuando cierres tus ojos á la luz del tiempo, te pedirá cuenta estrechísima y te impondrá castigos sempiternos, si por ventura no se ajustan tus leyes á los principios de la recta razón y de la justicia.

Ved aquí, señores, explicada la autoridad en su esencia, en su origen, en su ejercicio y en los principios de donde ha de sacar la parte sustantiva de las leyes. Por la primera, el Cristianismo santifica el mandato; por el segundo, dignifica la obediencia; por el tercero, garantiza sus efectos con el sacrificio del que la ejerce; y por el cuarto, la aparta de toda arbitrariedad, sometiénola á un orden eterno, perfecto y preexistente. Por eso podemos decir los cristianos que somos más orgullosos que nadie, toda vez que no doblamos la cabeza ante hombre alguno, sino ante la cruz que brilla en la corona del monarca.

No menos sublime es la doctrina del Cristianismo en el orden moral. Su esencia, para conocer lo bueno y lo malo; es decir, el orden establecido y amado por Dios al crear el universo y el hombre. Su primordial consecuencia; el amor á Dios sobre todas las cosas. Postulados principales de esta consecuencia; el amor de sí mismo y el amor de los demás. Sistema para producir el bien ya conocido de antemano por la esencia de la moralidad y por las principales consecuencias que de ellas se derivan; el conocimiento verdadero y exacto de la naturaleza humana. Medio para conocer ésta; el dogma del pecado original. Enseñanza de éste; que el

hombre vive en la tierra en un estado anormal producido por el pecado de origen, que las pasiones que anidan y viven en él, lejos de coadyuvar á conseguir el bien, le impulsan hacia el mal, según aquello de San Pablo: *caro concupiscit adversus spiritum et spiritus adversus carnem* (1), y en su consecuencia la virtud *vis*, fuerza; es decir, efecto de una lucha, de una victoria empeñada y costosa, obtenida á puro de vencer el hombre sus propios instintos. Resultado de todo esto; la moral positiva cristiana: los premios al mérito, los castigos al demérito, la necesidad de la plegaria, la vigilancia para vencer las tentaciones, la mortificación para escapar á las asechanzas de la carne, el perdón de las injurias, el amor á los enemigos etc., etc., hasta llegar al grado heroico de la pobreza voluntaria y del desasimiento de sí propio por amor é imitación á Jesucristo, perfecto y acabado modelo de la moral por El creada y revelada.

¿Qué os parece, hermanos míos, de esta trama? ¿No es verdad que todo esto es encantador, profundamente bello y eminentemente sublime? ¿No es verdad que jamás sistema alguno señaló con tanto acierto los senderos que conducen al engrandecimiento y perfección de la humana criatura?

Pues aun hay más. Todavía subirá de punto nuestra admiración si sobre ese magnífico palacio de la moral cristiana, fabricado de mano maestra por el mismo Jesucristo, vemos cerniéndose serena, la mística y blanca paloma de la *divina gracia*, batiendo sus gra-

(1) Ap. ad Gal. V, 17.

ciosas alas sobre los mortales, como llamándoles la atención para que levanten sus ojos hacia arriba, al mismo tiempo que sin influir ni coartar su libertad en lo más mínimo, les comunica avisos, les sugiere transportes, remordimientos, fuerzas misteriosas, impulsos nunca sentidos, clari-videncias de cosas ocultas; y todo esto allá en el interior de la conciencia y en lo más recóndito del corazón para no dejarlos caer, para levantarlos si han caído ya, para alentarlos, para ayudarlos y fortalecerlos en las luchas que necesariamente han de sostener para practicar la virtud y conquistar el cielo. Id, id á buscar en los sistemas anteriores á Jesucristo algo parecido á esa moral; buscadlo, buscadlo entre las invenciones humanas posteriores, y no lo encontraréis, no digo igual, pero ni siquiera que remotamente se le parezca. La moral cristiana, como toda la doctrina del Cristianismo, es tan superior á la humana inteligencia que, sin el auxilio de la revelación, jamás hubiera podido dar el hombre con las raíces de ella: hubiera empezado y terminado su carrera sobre la tierra, sin poder abrazarse á su tronco, cobijarse bajo sus ramas y alimentarse de sus fecundos y maravillosos frutos.

Pero donde el Cristianismo hizo una labor, por decirlo así, mucho más fina y delicada, fué, sin duda alguna, en la reforma de la familia: de tal manera la transformó, que bien puede decirse que la constituyó de nuevo. Respetando solamente aquellas diferencias que la misma naturaleza establece entre el hombre y la mujer, sustituyó la irritante y monstruosa desigualdad que entre ellos existía por la igualdad relativa de ambos sexos, con lo cual vinieron á quedar más igua-

lados que con la igualdad absoluta, toda vez que con ésta hubieran quedado desiguales (1). Proscribió la poligamia haciendo solo lícita la unión del varón con una sola mujer (2); consideró pecado grave toda cópula carnal que no fuera entre esposos (3); abolió los libelos de repudio, dotando al matrimonio de las notas de unidad é indisolubilidad (4); especificó los deberes del marido, los de la mujer y los de los hijos (5) y, por fin, hizo del padre una autoridad directora indiscutible, del hijo una sumisión afectuosa y de la madre un ministerio de abnegación y de sacrificio; por manera que, no solo dotó á la familia de vida, de bondad, de estabilidad y de belleza; sino que la constituyó en perfecto y acabado modelo de toda sociedad pública bien ordenada.

¡Ah! dichosos los pueblos que, como la familia cristiana, no tienen poderes temibles, sino poderes amables; en que la autoridad manda con amor y castiga amando; en que los súbditos obedecen como los hijos, sin discutir nunca la autoridad que les ordena y sin cesar de amarla; en que los ministros y autoridades intermedias se hallan, como la madre, enlazadas por el amor con la autoridad suprema y la obediencia afectuosa, haciendo que la primera no degenera en despotismo y la segunda en sumisión servil y baja, y encontrando siempre dentro de su corazón para una y otros

(1) Ap. ad Eph. V, 25.

(2) Ap. ad Cor. VII, 10 et 11. Item; ad Rom. VII, 2.

(3) I ad Cor. VI, 9. Neque fornicarii neque adulteri.... regnum Dei possidebunt.

(4) Math. XXI, a 3 usq. ad 9.

(5) Ap. ad Colos. III, a 18 usq. ad 21.

tesoros de amor, arranques de abnegación y resortes de sacrificio; porque, señores, no hay que hacerse ilusiones; la obediencia exigida por una autoridad fuerte, pero no amada, será siempre una obediencia servil y rastrera por miedo al mal que sobrevenga; será la obediencia del esclavo por temor al látigo restallante de su señor; será una obediencia forzada, nunca una obediencia rendida; será, en fin, la vara de hierro que destruye, no la férula que suavemente dirija y ordene.

Y si el Cristianismo reformó la autoridad, la familia y la moral, por lo mismo reformó también el individuo; toda vez que estando relacionado íntimamente con estos tres elementos de la sociedad, necesariamente tiene que sentir sus efectos y experimentar sus influencias. Solamente añadiré que, encaminado á un fin último que envuelve su eterna y absoluta felicidad, cual es la posesión del mismo Dios, todo lo demás ha de mirarlo como medio para alcanzarle, y en su virtud nadie puede imponerle la sociedad como fin, sino como simple medio para que dentro de ella pueda desenvolverse y realizar más fácilmente el fin eterno que tanto le interesa. Decimos esto, porque el racionalismo, el kansismo, el positivismo y demás escuelas modernas, dan á la sociedad una finalidad que de ninguna manera le corresponde, ni aun bajo el punto de vista racional ó materialista en que se colocan.

Ved aquí, señores, la obra monumental, la obra colossal del Cristianismo: la restauración de todas las cosas en Cristo (1); la restauración de los pueblos, de las

(1) Ap. ad Eph. I, 10. *Instaurare omnia in Christo sive quae in coelis sive quae in terris sunt.*

familias y de los individuos. Y esta obra es tan patente, es tan verdadera y real, que en todo notaréis diferencias esenciales entre lo que es cristiano y lo que no lo es. Las notaréis en su origen, en su fundamento, en su desarrollo y en sus consecuencias; y no solo en los puntos tratados, sino en todas las manifestaciones de la actividad y del genio del hombre. Comparad, por ejemplo, los héroes de allende la cruz con los de aquende el calvario; y si al lado de Augusto, ponéis á Justiniano; si al lado de Cesar, ponéis á Constantino; si al lado de Cicerón ponéis á Bossuet; si al lado de Himilcon ponéis á Colón; ¡qué diferencia de fines! ¡qué contraste de aspiraciones! ¡qué diversidad de resultados! ¡Ah! con razón dice un sabio filósofo y eminente repúblico: "Poned á las gentes á la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización grandiosa y bárbara. Ponedlas á la vista de las estatuas griegas y de los templos griegos, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización graciosa, efímera y brillante. Ponedlas á la vista de un monumento romano y os dirán: Por aquí ha pasado un gran pueblo. Ponedlas á la vista de una catedral, y al ver tanta majestad unida á tanta belleza, tanta grandeza unida á tanto gusto, tanta gracia junta con una hermosura tan peregrina, tan severa unidad en una tan rica variedad, tanta medida junta con tanto atrevimiento, tanta morbidez en las piedras, y tanta suavidad en los contornos, y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, las sombras y los colores, os dirán: Por aquí ha pasado el pueblo más grande de la historia, y la más portentosa de las civilizaciones

„humanas: ese pueblo ha debido tener, del egipcio lo „grandioso, de lo griego lo brillante, del romano lo „fuerte; y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, „algo que vale más que lo grandioso, lo fuerte y lo brillante: lo inmortal y lo perfecto., (1).

Ahora bien; ¿cómo ha pagado el mundo al Cristianismo los inmensos beneficios que ha recibido de él en todos los órdenes y en todas las esferas? ¿Cómo se ha portado y conducido con esta institución divina que, desde que apareció en la tierra y empezó á ejercer sus funciones, no ha hecho otra cosa que repartir bendiciones y gracias por doquier? ¡Ah, señores, qué vergüenza! El mundo se ha conducido y portado con el Cristianismo con la misma ingratitud con que se portó la Sinagoga con Jesucristo. Ya lo dijo el mismo divino Maestro á sus discípulos: “Si á mí me han perseguido, también os perseguirán á vosotros., (2). Y efectivamente; el Cristianismo ha sido resistido, aborrecido y perseguido primeramente por el cesarismo, después por la herejía, más tarde por el cisma y ahora y siempre por el error y las pasiones de los hombres. Todo, todo se ha conjurado y confabulado contra El en todos los tiempos y en todas las partes para anonadarlo y confundirlo con ignominia en el montón donde yacen arrumbadas tantas y tantas instituciones humanas. Hoy mismo, al cabo de 19 siglos que lleva de existencia, y cuando parece que todos los corazones debieran

(1) Donoso Cortes *Ensayo sobre el Catolicismo* lib. I, cap. III.

(2) Joan. XV, 20. Si me persecuti sunt et vos persequentur

de amarle y todas las lenguas bendecirle, continúa siendo un escándalo para el judío, una locura para el gentil y una necedad para los cristianos indiferentes y tibios; y mientras unos comprometen su bienestar, su tranquilidad y hasta su vida en su defensa; otros, en cambio, diabólicamente inspirados, colaboran y trabajan por todos los medios que están á su alcance para raer de la haz de la tierra, á ser posible, hasta el nombre mismo de la Cruz.

No es extraño, después de todo. Siempre ha existido oposición y lucha entre la verdad y el error desde que las inteligencias creadas padecieron tanto desmayo á causa del primer pecado; y como el Cristianismo es la luz, la verdad y la vida, descendidas del cielo á la tierra para redimirnos y salvarnos; no es extraño, repito, que tenga siempre en su contra á los partidarios del error y de las pasiones. Lo extraño, lo verdaderamente raro y peregrino en el presente caso es, que figuren entre sus enemigos los que un día fueron sus amigos, que le vuelvan las espaldas los que un día juraron estar á su lado para apoyarlo y defenderlo. Por eso se quejaba ya el Señor allá en la noche de los tiempos, diciendo por boca de su profeta: "Si mi enemigo declarado me maldijera, en verdad que me serían tolerables sus ultrajes y los llevaría con paciencia; pero que seas tú el traidor y alevoso que me persigue; tú que mostrabas no tener más que un solo corazón conmigo; tú cuyo consejo seguía yo á ciegas en todas mis empresas, y á quien fiaba todos los secretos de mi alma; tú que te sentabas á mi mesa á comer conmigo, y me acompañabas para adorar al Señor en su casa ¡ah! esto

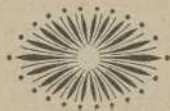
„es inaudito, esto es lo verdaderamente extraño, lo „verdaderamente raro y peregrino„ (1).

Sí, el Cristianismo es atacado hoy en sus dogmas y en su moral, pisoteado en sus derechos, negados sus beneficios, falsificada su historia, ridiculizados su culto y sus ceremonias, vilipendiados sus ministros y escarnecidos sus institutos religiosos. El periódico, el folletín con pretensiones de erudición histórica, la novela escandalosa, la revista literaria, el libro de ciencia y de filosofía, la tribuna pública, la cátedra del profesor, el teatro, la escultura, la pintura, la burla, la ironía, la caricatura, el sarcasmo, los chistes graciosos; de todo, en una palabra, se valen sus enemigos para desautorizarle, para restarle prosélitos, para arrebatárle, en fin, la brillante aureola que El ha sabido conquistarse a fuerza de abnegación y sacrificio.

¿Qué hacéis, pues, cristianos, con los brazos cruzados? ¿Qué especie de fé es la vuestra, cuando en medio del estruendo que arman vuestros enemigos, vosotros permanecéis indiferentes y olímpicos? Mirad que los campos se deslindan, mirad que se acerca el gran día, el día de la lucha decisiva, el día aquel tremendo y pavoroso en que, dividido el mundo en dos grandes bandos, el bando de Jesús á la derecha y el de Satanás á la izquierda, se disputarán á sangre y fuego la soberanía sobre las almas. Para ese día tremendo os em-

(1) Quoniam si inimicus meus maledixisset mihi sustinuissem utique. Et si is, qui oderat me, super me magna locutus fuisset: abscondissem me forsitam ab eo. Tu vero homo unanims dux meus et notus meus: qui simul mecum dulces capiebas cibos: in domo Dei ambulabimus cum consensu.

plazo á todos, hermanos míos amadísimos, bajo el lema de que "los intereses de la religión son nuestros propios intereses.". Si para pelear con más arrojo necesitáis de algún aliento, dirigid la vista á esos altares, á esos santos que los adornan, y de ellos aprenderéis á defender vuestras creencias, aun á costa de vuestra sangre y vuestra vida, que menos no debéis exponer en obsequio de Aquel que lo dió todo por vosotros. Si así lo hacéis, verdaderamente seréis caballeros cristianos, verdaderamente seréis discípulos de Cristo; y cuando termine la jornada con el triunfo infalible de Jesús, seréis llamados al reparto de sus trofeos inmortales en las mansiones de la gloria que á todos os deseo. AMÉN.



DOMINICA DE RAMOS

Sobre el brillante recibimiento de Jesucristo en Jerusalén



Sobre el brillante recibimiento de Jesucristo en Jerusalén (1)

Turbæ autem quæ præcedebant et quæ sequebantur, clamabant dicentes: Hosanna Filio David: benedictus qui venit in nomine Domini: Hosanna in excelsis.

(Math. XXI, 9.)

Ilustrísimo Señor:

Todos los pueblos dignos y gentes bien nacidas han solido recibir con aplauso y regocijo á sus héroes y monarcas, cuando los han visto venir cargados con los trofeos y laureles de sus victorias y conquistas. Así recibió Israel á David, cuando le vió venir del campo de batalla, cubierto de gloria por haber dado muerte al gigante de los filisteos. Así recibió Betulia á su hermosa heroína, cuando, al regresar del campamento

(1) Ponemos aquí una breve plática en lugar de un sermón; porque de otro modo, siendo tan largas las ceremonias de la bendición de los ramos y las de la misa, sobre todo si el *Passio* es cantado, la función resultaría interminable. En el extranjero se reserva el sermón para por la tarde y así el orador puede extenderse cuanto quiera.

enemigo, presentó á la faz del pueblo la cabeza del capitán general de los Asirios y con ella la esperanza de una próxima victoria contra los ejércitos de Nabuco. Así recibió Cartago á sus capitanes, y Roma á sus emperadores, y España misma al gran navegante de los siglos, cuando todas estas ciudades y naciones vieron consumadas por sus hijos y patricios las empresas más gigantescas y atrevidas. Así, señores, con aplauso, con entusiasmo, con delirio, batiendo palmas en su honor y alabanza, y publicando con las cien trompetas de la fama todo el alcance y significación de sus hazañas y proezas. Israel cantó á su héroe con mengua de su propio monarca: "Si Saul mató á mil, David mató á diez mil," (1). Betulia se desbordó en entusiasmo hacia Judith su libertadora y la recibió con las aclamaciones de este glorioso himno: Bendita seas tú del Dios excelso, oh hija, entre todas las mujeres de la tierra: tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú el honor de nuestro pueblo (2). Roma coronó de laurel á sus héroes, Cartago depositó á los pies de sus capitanes el botín de sus conquistas, España dispuso á Colón un recibimiento aparatoso y brillante, cuando volvió del otro hemisferio con la fausta nueva del descubrimiento de un nuevo mundo, henchido de maravillas y tesoros; y todo pueblo, toda tribu, toda lengua y nación se han

(1) I Reg. XVIII, 6 et 7. Porro cum reverteretur percusso Philisteo David, egressae sunt mulieres de universis urbibus Israel..... et praecinebant ludentes atque dicentes: Percussit Saul mille et David decem millia.

(2) Judith. XV, 10. Quae cum exisset ad illum, benedixerunt eam omnes una voce, dicentes: Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

esmerado siempre y desplegado el mayor aparato y magnificencia para recibir á sus héroes respectivos. Y es, señores, que los héroes, los genios causan siempre admiración; y aunque después surja la envidia, y trate de empañar con su inmundo aliento el brillo de sus acciones, por el momento arrebatan á las muchedumbres, las subyugan y arrastran en pód de sí, como el sol arrastra á sus satélites ó un vencedor el carro de sus triunfos.

Mas entre todos los recibimientos de que hay memoria en las historias de los pueblos, ninguno tan ruidoso y brillante, como el que dispensó Jerusalén en este día al divino Redentor del mundo. Apenas divulgada la noticia de que venía Jesús á la ciudad y que estaba ya cerca, en Betfagé, aldea muy próxima, acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre de gentes que le seguía; cuando todos sus habitantes, sin distinción de clases, edades, sexos y condiciones, se precipitaron en tropel hacia la parte por donde venía, como movidos por una fuerza misteriosa y oculta; y arrancando á su paso las palmas y los ramos de los olivos que bordeaban el camino, le recibieron en triunfo, sin reparar en la humildad con que venía y en la clase de personas que le acompañaban, y le colmaron de todo género de distinciones y agasajos. Unos extendían sus vestiduras por el suelo para alfombrar el camino por donde había de pasar; otros, á manera de heraldos, se adelantaban á la comitiva para anunciar á los retraidos y morosos un suceso tan fausto; aquellos se esforzaban en abrir paso para que resultara más brillante la marcha triunfal de tan ilustre huesped; y to-

dos, lo mismo los que iban delante que los que caminaban detrás, lo aclamaban frenéticamente, diciendo: Hosana al hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor; Hosana en las alturas (1). Hasta los niños de pecho, anticipándose á su edad, soltaron en aquel día su lengua para tomar parte en aquel concierto de alabanzas, como lo había vaticinado el salmista: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos.* (2).

Mas yo pregunto ¿era esta por ventura la primera vez que visitaba Jesús la ciudad santa? ¿Era esta la primera ocasión que se les presentaba á los judíos para obsequiar á aquel hombre extraordinario, que tanto ruido metía en todas partes con la fama de sus predicciones y milagros? ¡Ah! no; había estado allí otras muchas veces. Había estado cuando niño, acompañado de sus padres, para celebrar la fiesta de los tabernáculos; y por cierto que llamó la atención de los doctores de la ley por la sabiduría de sus respuestas á las preguntas que le hicieron (3). Estuvo poco después de dar comienzo á su vida pública, y no quiso dejarse ver de los judíos en las grandes solemnidades del templo; porque había ya mucha intriga entre las gentes acerca de su persona, y unos le tenían por bueno y otros le califi-

(1) Math. XXI, 8 et 9. Plurima autem turba straverunt vestimenta sua in via: alii autem caedebant ramos de arboribus, et sternerant in via: turbæ autem quæ præcedebant, et quæ sequebantur clamabant dicentes: Hosanna etc., etc.

(2) Psal. VIII, 3. Math. XXI, 16.

(3) Luc. II, 42 et 43. Et cum factus esset annorum duodecim, ascendentibus illis Jerosolymam secundum consuetudinem diei festi, consummatisque diebus, cum redirent, remansit puer Jesus in Jerusalem et non cegnoverunt parentes ejus.

caban de seductor de las turbas (1). Estuvo más tarde y curó de su enfermedad á un paralítico, que hacía ya treinta y ocho años se encontraba en la piscina probática, esperandó encontrar, por fin, un alma caritativa que lo zambullese en el estanque, cuando se produjera el misterioso y milagroso movimiento de sus aguas, para quedar sano y libre de sus dolencias (2). Estuvo cuando le presentaron los escribas y los fariseos una desgraciada mujer que había sido encontrada en flagrante delito de adulterio (3), y cuando disputó con los conspicuos de la Sinagoga acerca de su origen divino y de la altísima misión que había venido á cumplir en la tierra por mandato de su Padre (4), y cuando arrojó á latigazos del templo á los mercaderes que en él había por haber convertido su casa en casa de negociación y en madriguera de ladrones (5); y, en fin, estuvo en otras muchas ocasiones, lo mismo durante su vida privada, que pública; aunque no nos hablen de ellas los sagrados evangelistas.

(1) Joan. VII, 10. 11 et 12. Ut autem ascenderunt fratres ejus, tunc et ipse ascendit ad diem festum non manifeste, sed quasi in occulto. Judaei ergo quaerebant eum in die festo et dicebant: Ubi est ille? Et murmur multum erat in turba de eo. Quidam enim dicebant: quia bonus est. Alii autem dicebant: non, sed seducit turbas.

(2) Joan. V, 1 et 2. Post haec erat dies festus Judaeorum, et ascendit Jesus Jerosoymam. Est autem Jerosolymis Probatia Piscina etc., etc.

(3) Joan. VIII, 3 et 4. Adducunt autem Scribae et Pharisaei mulierem in adulterio deprehensam; et statuerunt eam in medio et dixerunt ei: Magister haec mulier etc.

(4) Joan. VIII, a 12 usque ad 59.

(5) Joan. II, 16. Math. XXI, 12. Marc. XI, 9. Luc. XIX, 38. Auferte ista hinc; et nolite facere domum Patris mei, domum negotiationis.

¿Por qué, pues, ahora y no antes, dispensan los judíos á Jesús una acogida tan calurosa y entusiasta? ¿Por qué le colman de agasajos y de honores precisamente cuando se va á eclipsar el brillo de su vida, para dar paso y lugar á las más grandes humillaciones y á los tormentos más atroces? ¿Es que hoy había alguna razón especial para prodigarle lo que le habían regateado hasta entonces? ¿Es que Jesús apareció en este día ante sus ojos con alguna nota ó carácter que hasta entonces no había mostrado?

Sí, señores, así fué en efecto. Hasta hoy se había mostrado Jesucristo, y todos le habían reconocido y admirado, como un modelo acabado y perfectísimo de toda virtud y santidad, como un maestro sapientísimo, poseedor de una doctrina verdaderamente celestial y divina; como un gran taumaturgo, poderoso en obras y palabras; y, en fin, como un ser extraordinario y maravilloso; cuya principal y continua ocupación consistía en sanar las enfermedades del cuerpo y del espíritu. Mas en este día, sobre todos esos caracteres de los que nunca se despojó ni podía despojarse, ostentaba el carácter de víctima que voluntariamente venía á ofrecerse en holocausto por los pecados del mundo; y como este era precisamente el carácter con que lo esperaban los judíos y todas las naciones de la tierra, ved aquí la causa de un recibimiento al parecer injustificado y sin motivo.

Mandaba la ley á los judíos que el día diez del mes de Nisán en que se celebraba la Pascua, se proveyesen de un cordero para sacrificarlo y comerlo en la tarde del día 14. *Decima autem die tollet unusquisque agnum*

et servabit usque ad decimam quartam diem; die autem decima quarta immolabit eum multitudo filiorum Israel (1). Y para que todos pudieran cumplir con este precepto, en la dominica anterior; es decir, tal día como hoy, entraban en la ciudad adornados con cintas y flores y entre las aclamaciones y vítores de todo el pueblo los corderos que habían de ser inmolados el jueves siguiente para celebrar la Pascua.

Ahora bien; siendo estos corderos la figura de Jesucristo, *verdadero cordero de Dios que quita los pecados del mundo* (2), ¿podía dejar de cumplirse en El, pero corregido y aumentado, á ser posible, el rito que se venía observando todos los años por precepto de la ley con los corderos destinados al sacrificio de la Pascua? ¿Podían permanecer los judíos indiferentes y apáticos á su llegada? De ninguna manera. Las figuras se ordenaban á Jesucristo, no Jesucristo á las figuras; y si con estas se observaba y cumplía exactamente cuanto ordenaba la ley, con mayor razón debía observarse y cumplirse con Aquel que era su fin, su realidad y cumplimiento, según aquellas palabras de San Pablo: *Finis legis Christus est* (3).

Y efectivamente; Jesucristo, dicen los intérpretes entró en la ciudad santa que había de ser el altar de su sacrificio, en el mismo día que entraban en ella los corderos que eran su figura. *Quam figuram Christus implendo eadem die Jerosolymam intrare voluit* (4). Y

(1) Exod. XII, 3 et 6.

(2) Joan. I, 29. Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi.

(3) Ad Rom. X, 4.

(4) Jansen. in Herm.

entró entre las aclamaciones de aquel mismo pueblo que cinco días después había de pedir á voz en cuello su muerte, á la manera que también eran recibidos con aplauso y regocijo los corderos que habían de ser inmolados cinco días más tarde para cumplir con los ritos de la Pascua. Y así como antes de tomar parte el pueblo en la inmolación de los corderos y derramar su sangre en la tarde del jueves, los festejaba en la mañana del domingo al entrar en la ciudad, y los miraba como un signo visible de la protección de Dios y de la salvación de todos; así quiso Jesucristo ser festejado, aplaudido y aclamado por aquel pueblo, y reconocido por él como su verdadero rey, como el verdadero Mesías y Salvador del mundo; antes de que, instigado por los sacerdotes y escribas, empezase á conspirar contra su vida y, trocando el Hosana por el *tolle, tolle, crucifige eum*, pidiese á gritos su muerte y perdición. Ved aquí, hermanos míos, si había razón, si había causa y motivo suficiente para que los judíos dispensasen á Jesús en este día un recibimiento, cual jamás le habían dispensado, ni habían pensado en dispensarle. Era el día crítico, la ocasión más oportuna, la circunstancia más favorable y propicia; y aquel pueblo consciente ó inconsciente de sus actos, cumplió con la realidad lo que por espacio de tantos años y aun siglos había venido cumpliendo y observando con la figura.

¡Dichosos los judíos si se hubieran limitado á cumplir con Jesucristo sólo la parte primera del precepto de la ley! ¡Dichosos de ellos si, perseverando en los sentimientos de veneración y de amor de que le dieron tan gallarda muestra en este día, le hubieran reco-

noeido siempre por su legítimo rey y verdadero Mesías! La redención humana se hubiera realizado por alguno de los infinitos medios que Dios tiene en su mano para llevar á cabo sus designios, y sobre ellos no pesaría, como viene pesando, con formidable pesadumbre la maldición divina de que se hicieron reos por el horrendo crimen del deicidio. Mas ¡ah! ¡qué pronto se desvanecieron sus entusiasmos y trasportes de alegría! ¡Qué pronto se eclipsó aquella gloria de que rodearon á Cristo á su entrada en la ciudad santa! Cinco días más tarde la escena había cambiado enteramente. Jesús fué prendido, maniatado, conducido á los tribunales, acusado y calumniado; y nadie se presentó á defenderle. Fué condenado á muerte, conducido al calvario con el pesado fardo de su cruz; y nadie se atrevió á seguirle en aquel camino de dolor y amargura, más que el discípulo amado y algunas piadosas mujeres. Los apóstoles, pocos días antes tan diligentes para tomar parte en el triunfo de su Maestro, y la muchedumbre tan entusiasta en publicar su gloria y su grandeza, todos desaparecieron y le abandonaron á merced de sus enemigos. Judas le vende, Pedro le niega, y muchos de los que antes habían gritado: Gloria al Hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor, gritaron después frenéticos y rabiosos: Crucifícale, crucifícale; y consumaron en El el crimen más horrendo de que hay memoria en los anales de la magistratura.

¡Deplorable ejemplo, hermanos míos, de la inconstancia y volubilidad humana! ¿Quién hubiera dicho al ver el entusiasmo y alegría con que le recibieron, que á los cinco días lo sacarían de la ciudad, hecho un varón

de dolores, cubierto de vergüenza é ignominia, para darle muerte afrentosa y cruel entre dos famosos malhechores? ¿Quién hubiera dicho que tan pronto y sin motivo alguno justificado se iban á trocar los sentimientos de aquel pueblo, hasta el punto de dar lugar á un espectáculo diametrámente opuesto al que hoy conmemoramos? ¡Y pensar que aquel Jesús, objeto de sus iras y blanco de sus odios, era el célebre taumaturgo de la Palestina, tras de cuyos pasos se precipitaban las muchedumbres ávidas de su doctrina y sus favores! ¡Y pensar que por espacio de tres años había andado por las ciudades y las aldeas curando á los enfermos, dando vista á los ciegos, resucitando á los muertos y repartiendo todo género de beneficios! ¡Oh, hermanos míos, qué ceguedad, qué ingratitud tan negra y monstruosa! No en vano cayó sobre aquel pueblo la maldición divina, y á todas partes le acompaña el estigma del deicidio que cometiera en la persona del Hijo de Dios vivo. No en vano se disgregaron luego sus familias é individuos y hechos el ludibrio de las gentes, há ya más de diez y nueve siglos que andan dispersos por las cuatro plagas de la tierra, “sin rey y sin príncipe, sin sacrificio y sin altar, sin ephod y sin theraphines,” como vaticinara el profeta Oseas (1). A tamaño crimen, tamaña desventura y castigo.

Pero no, no hagamos el papel de censores con los judíos, porque todavía somos nosotros más criminales é inconstantes. “Ellos crucificaron á Cristo, dice San

(1) Oseae III, 4. Quia dies multos sedebunt filii Israel sine rege et sine príncipe, sine sacrificio et sine altari, sine ephod et sine theraphin.

Pablo, porque no le conocieron „; *si enim cognovissent. nunquam Dominum gloriae crucifixissent* (1); pero nosotros le conocemos, sabemos que es Hijo de Dios, Salvador del mundo y rey de nuestras almas; y, sin embargo, una y mil veces lo rechazamos, una y mil veces lo crucificamos con nuestras culpas. Tan manso y humilde, como se presentó en este día en Jerusalén, viene á nuestras almas, cuando nos acercamos á la sagrada mesa y nos alimentamos de su propia sustancia; y si bien es cierto que le recibimos con gozo en los primeros momentos, al vernos honrados con la visita de tan bondadoso y rico huésped; también lo es desgraciadamente que, á los pocos días, quizá á las pocas horas, desvanecidos los primeros entusiasmos y seducidos por nuestras pasiones, vociferamos el *tolle, tolle, crucifige eum*; y con más perfidia y maldad que los judíos lo crucificamos en aras de nuestras concupiscencias y apetitos. Sí, hermanos míos, esta es la conducta de la mayor parte de los cristianos, una segunda edición del comportamiento de los judíos con Jesucristo; ó lo que es lo mismo, hoy por Dios y mañana por el diablo; hoy por Jesús, mañana por sus implacables enemigos; hoy por la Iglesia y mañana por el mundo. “¿Hasta cuándo, oh hijos de los hombres, habéis de ser „de corazón duro y obstinado? ¿Hasta cuándo vais á „estar imitando su conducta? „ (2).

Seamos, hermanos míos, seamos de Jesús de una vez y para siempre. El ha entrado ya en muchos de

(1) I ad Cor. II, 8.

(2) Psal. IV, 3. *¿Filií hominum, usquequo gravi corde?*

vosotros *en estos días de salud*, y entrará todavía en los demás sin duda alguna, primero por la gracia cuando purifiquen sus conciencias, y después por la comunión cuando le reciban en la sagrada Mesa. Pues bien, procurad que jamás se aparte de vuestro lado y compañía; procurad que nunca, nunca abandone la residencia de vuestras almas para que sea siempre El su verdadero Rey y Señor. Y cuando oigáis que se le acusa delante de vosotros, cuando veáis que se le ultraja y crucifica de nuevo en su dogma, en su moral, en su Iglesia, ó en los sacerdotes, sus ministros; salid intrépidos á su defensa, acudid á vengarle con vuestras obras, mejor todavía que con vuestros discursos; sedle fieles en una palabra durante la vida y á la hora de la muerte, y decidle con San Pedro, pero con un corazón más humilde y menos presuntuoso: *Etiam si oportuerit me mori tecum non te negabo* (1). Aunque sea preciso morir contigo, yo jamás te negaré. Así SEA.



(1) Math. XXI, 35.

JUEVES SANTO

HOMILÍA SOBRE EL EVANGELIO



HOMILÍA SOBRE EL EVANGELIO

*Ante diem festum Paschae,
sciens Jesus quia venit hora
ejus ut transeat ex hoc mundo
ad Patrem, cum dilexisset suos
qui erant in mundo; in finem
dilexit eos. Et reliqua*

(Joan. XIII, 1 et seq.)

Ilustrísimo Señor:

¡Jueves Santo!

¡Qué día este tan solemne y memorable! ¡Qué día tan grande y de tan bellos recuerdos, y de tan dulce memoria, y de tan justa celebridad y fama. La Iglesia le consagra sus ceremonias más tiernas y patéticas, la historia lo señala como el más misterioso de los que tiene anotados en sus páginas, los fieles lo celebran con fervor y recogimiento verdaderamente extraordinario, los impíos lo pasan arrinconados y llenos de remordimientos, los pecadores lo respetan y lo guardan dando treguas y descanso á sus pasiones; y no hay nadie en la redondez del globo que, teniendo conciencia de este día, no le pague el tributo de su piedad, de su respeto, de su asombro ó de sus temores,

¿Qué significa esto? ¿qué arcanos ó secretos encierra este día para que así conspiremos todos á darle realce y majestad, á perpetuar su memoria, á señalarlo y distinguirlo con tan diversos homenajes? ¿Qué acontecimiento resucita y conmemora que así despierta dormidos sentimientos, y acentúa el espíritu religioso, y todo lo saca de sus moldes ordinarios? ¡Ah! hoy es el día de los más grandes misterios y de los sacramentos más augustos: hoy es el día en que se descubren de la manera más tierna y patética los tesoros del amor divino, que estaban escondidos en Dios desde todos los siglos, para fundir en un solo afecto al Criador y á sus criaturas. Hoy, en fin, “sabiendo Jesús que era llegada su „hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese „amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó „hasta el fin. Y acabada la cena, como el diablo hubiese „se puesto ya en el corazón de Judas, hijo de Simón „Iscariote, que lo entregase: Sabiendo Jesús que el „Padre le había puesto en las manos todas las cosas, y „que de Dios había salido y á Dios volvía; se levanta „de la cena, se despoja de sus sagradas vestiduras, se „ciñe una tohalla á la cintura, echa agua en una „faina y empieza á lavar los pies á sus discípulos,, (1). He aquí, señores, el secreto de este día, el aconteci-

(1) Joan. XIII, 1 usque ad 6. Ante diem festum Paschae, sciens Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem: cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos. Et coena facta, cum diabolus jam misisset in cor, ut traderet eum Judas Simonis Iscariotae: sciens quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia a Deo exivit, et ad eum vadit: surgit a coena, et ponit vestimenta sua: et cum accepisset linteam praecinxit se. Deinde mittit aquam in pelvim, et coepit lavare pedes discipulorum, et extergere linteo, quo erat praecinctus.

miento que hoy conmemoramos; la humildad y abatimiento de todo un Dios, como prenda la más elocuente y palpitante de la inmensa caridad con que amó á los suyos y en los suyos á todos los hijos de los hombres.

¡Qué pasmo, hermanos míos, qué asombro! ¡La majestad divina por los suelos! ¡El Rey de reyes y Señor de los que dominan, ejerciendo los oficios del esclavo! ¡El Maestro Divino, abatido á los pies de sus discípulos! ¡Jesús, lavando los pies á Judas! ¡Cuanta humildad, cuanta abnegación! Era ya mucho que abandonara por nuestro amor el seno de su Padre y trocara por el mundo los espléndidos palacios de su gloria. Era más todavía que naciese en un pesebre, y viviese vida pobre y miserable, y que no tuviese en su vida un lugar donde reclinar su cabeza; cuando El fué quien vistió los cielos con los despojos de sus celestes atavíos, y lanzó por los espacios los globos inmensos que voltean por encima de nuestras cabezas, y dió sus rayos al sol, y á la luna sus melancólicas tintas, y á la aurora sus encantos, y al viento sus murmullos, y á la tempestad sus fragores; pero que ahora descienda al nivel del siervo, del esclavo; y se arroje sin miramiento á los pies de sus discípulos, á los pies de Judas para lavárselos, para besárselos; cuando parece que debía hacer ostentación de su majestad y poderío para desbaratar los planes de los inicuos; ¡ah! esto es inaudito, esto abrumba la inteligencia, y oprime el corazón y ofende la más clara pupila; esto, en fin, es un derroche, un lujo tal de humildad y abatimiento, que solo un Dios que fuese hombre, solo un hombre que fuese Dios era capaz de mostrarnos y enseñarnos.

Cristianos; con el fervor y recogimiento que se imponen en estos días santos, merced á las misteriosas y patéticas escenas que la Iglesia desarrolla á nuestra vista; vamos á meditar en esta tarde sobre esa gran página del Evangelio que acabo de iniciar. Es interesante como el testamento de un padre para sus hijos y tierna como la despedida de los que se aman.

Roguemos antes fervorosos cabe el trono del divino sacramento, para que el autor de la gracia allí encerrado, nos conceda por mediación de su Madre Santísima la que necesitamos.

AVE MARÍA.





No extrañéis que antes de hablarnos el evangelista del sublime ejemplo de humildad que nos dió Cristo en este día; nos hable de su presciencia, de su poder y amor divinos. Como las acciones no reciben sólomente su mérito de sí mismas, sino también del sujeto que las ejecuta y de las circunstancias que las acompañan; por eso estuvo muy en su lugar que nos diera á conocer primeramente toda la dignidad personal de Cristo, para que, al verlo después en tanta humillación, pudiéramos comprender ó vislumbrar, por lo menos, todo el valor y mérito de aquella acción sublime y sin ejemplo.

Y pues, así lo hizo el evangelista, también nosotros haremos lo mismo; es decir, que no pasaremos á ver á Jesús abatido á los piés de los apóstoles, á los piés de Judas, sin haberlo contemplado antes sobre toda la excelcitud de los cielos; que no hablaremos de la humildad y abatimiento de Jesucristo, sin ocuparnos antes de su caracter y personalidad divina. Vengamos, pues, al asunto.

Ante diem festum Paschae etc. Hé aquí la prescencia divina de Jesús respecto de la hora de su muerte y consiguientemente de todas las cosas futuras. A diferencia de los hombres que no sabemos el día de nuestra muerte, porque ésta sucederá cuando menos lo pensemos; Jesús lo sabía, y no solo sabía el día, sino también la hora; y con la hora, los verdugos y el géne-

ro de muerte que había de padecer. ¿No lo había de saber si poseía todas las ciencias, la divina y la humana, y esta última en sus diferentes clasificaciones? ¿No lo había de saber si era suya precisamente aquella hora y no de los judíos, escogida por El y no por los judíos, para demostrar que padecía y moría voluntariamente y no por necesidad? Reparad que los judíos quisieron prenderle muchas veces y no pudieron realizarlo, “porque aun no había llegado su hora. (1), porque aun no se había cumplido su tiempo,, (2); en cambio, cuando el divino cuadrante marca esa hora, El mismo se presenta á los judíos y les alienta á que consumen su obra diciéndoles: “Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas,, (3). Luego sabía Jesús que había llegado su hora; lo sabía como Dios desde toda la eternidad, y como hombre desde el primer instante de su concepción con ciencia infusa y beatífica.

Y era aquella hora, la hora de pasar de este mundo al Padre: *ut transeat ex hoc mundo ad Patrem*; es decir, de la muerte á la vida, del trabajo al descanso, del suplicio del reo á la gloria del reino, de en medio de dos ladrones al dominio de los pueblos, del patíbulo de la cruz al solio de Dios Padre, de la mortalidad de la carne á la diestra del Eterno, del desprecio del mundo á la posesión del reino de los cielos. Por eso cita el evangelista el nombre de Pascua; porque Pascua significa tránsito, tomado de aquel célebre tránsito de los hijos

(1) Joan. VII, 30.... quia nondum venerat hora ejus.

(2) Joan. VII, 6.... tempus meum nondum advenit.

(3) Lnc. XXII, 53. Sed haec est hora vestra et potestas te-
nebrarum.

de Israel desde el Egipto á la tierra de promisión; y la muerte de Cristo tuvo verdaderamente este caracter. ¿Queréis conocer toda la magnitud y transcendencia de este tránsito de Cristo? Pues mirad. Antes de la pasión era Jesús mendigo y pobre (1), después de la pasión estaba escrito en su muslo "Rey de reyes y señor de los que dominan," (2); antes de la pasión aparece en medio de sus discípulos como el que sirve (3), después de la pasión millares de millares le servían y diez mil veces cien mil estaban delante de El para asistirle (4); antes de la pasión el Hijo del Hombre no tenía donde reclinar su cabeza (5), después de la pasión le fué dada toda potestad en los cielos y en la tierra (6); antes de la pasión lo vimos que no tenía color ni hermosura, despreciado y el último de los hombres, como un leproso herido por la mano de Dios y humillado (7), después de la pasión lo vió Isaías sentado en un trono excelsa y elevado (8); antes de la pasión compareció ante los tribunales para

(1) Psal. XXXIX, 18. Ego autem mendicus sum et pauper.

(2) Apoc. XIX, 16. Et habet in vestimento, et in femore suo scriptum Rex regum et Dominus dominantium. Item I ad Tim. VI, 15.

(3) Luc. XXII, 27. Ego autem in medio vestrum sum sicut qui ministrat.

(4) Dan. VII, 10. Decies millies centena millia assistebant ei.

(5) Math. VIII, 20. Vulpes foveas habent et volucres coeli nidus: Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet.

(6) Math. XXVIII, 18. Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra.

(7) Isai. LIII, 2. Non est species ei neque decor: et vidi-mus eum et non erat aspectus. Despectum et novissimum viro-rum, virum dolorum et scientem infirmitatem.

(8) Isai. VI, 1. Vidi Dominum sedentem super solium ex-celsum et elevatum.

ser juzgado como reo (1), después de la pasión le dió el Padre todo juicio y fué constituido juez de vivos y muertos (2); antes de la pasión era menor que todas las semillas (3), después de la pasión creció y se hizo mayor que todas las legumbres (4); en fin, señores, el que antes de la pasión aparecía como el último de los hombres, después de la pasión fué constituido señor de los ángeles. Ved si era verdadero tránsito, verdadera Pascua la muerte de Cristo.

En vano dicen los judíos *non in die festo, ne forte tumultus fieret in populo* (5). “De ningún modo debemos „ajusticiar al justo en día de fiesta, no sea que haya „algún tumulto en el pueblo„; en vano lo dicen, sí, porque quieran ó no quieran, fiesta será ¿Cómo no ha de ser fiesta cuando perece la muerte enemiga? ¿Cómo no ha de ser fiesta cuando triunfa el Señor, cuando es vencido el diablo, quebrantado el infierno, redimido el mundo, libertado el esclavo, abierto el cielo, restaurada la criatura; cuando resucitan, en fin, todas las cosas que perecieron por el pecado del hombre? No hay remedio, fariseos, vosotros no queréis consumir vuestra obra en día de fiesta y, sin embargo, conviene que Cristo no muera en otro día ¿sabéis por qué? pues porque es de altísima razón divina que se haga públicamente,

(1) Math. XXVII, 2. Et vinctum adduxerunt eum, et tradiderunt Pontio Pilato praesidi.

(2) Act. X, 42..... quia ipse est qui constitutus est a Deo iudex vivorum et mortuorum.

(3) Math. XIII, 32. Quod minimum quidem est; omnibus seminibus.

(4) Math. XIII, 32. Cum autem creverit, majus est omnibus olivibus.

(5) Math. XXVI, 5. Item Marc. XIV, 2.

lo que se hace por la salud de todo el mundo; y se ofrezca en presencia de todos, el sacrificio que por todos se consuma,

Demostrada la presciencia divina de Jesús, pasa en segundo término el evangelista á hablarnos de su amor, diciendo: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo* etc. Siempre había amado Jesús á los suyos. Desde que los llamó á su compañía y los asoció á su ministerio, ellos fueron el objeto de su cariño y predilección. Mas cuando vió que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre; cuando vió que iba á separarse de ellos, dejándolos expuestos á tantos peligros, á merced de tantas persecuciones y amarguras como tendrían que sufrir por su causa, sin el consuelo de su dulce y agradable compañía ¡ah! entonces llevó su amor hasta el fin; *in finem dilexit eos*; entonces extremó las señales y las pruebas de su amor; entonces sus mutuos amores, el que Cristo profesaba á sus discípulos y el que sus discípulos le tenían, se desbordaron en demostraciones más tiernas y vehementes de cariño que de ordinario. Cristo desahogó su corazón de los afectos de que estaba henchido, no solo con palabras, sino también con obras; con palabras, porque fueron más inflamadas y ardientes las que dirigió á sus discípulos en aquel sermón que precedió á la cena eucarística; y con obras, porque les lavó los pies y les dió á comer el pan de los ángeles y á beber el vino de los elegidos. “Con cuanta vehemencia, les decía, he deseado celebrar esta Pascua con „vosotros antes de padecer,, (1). “Ya no os llamaré sier-

(1) Luc. XXII, 15. Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum antequam patiar.

„vos, sino amigos; porque el siervo no sabe lo que hace „su señor, y á vosotros os he dado á conocer todas las cosas que he oído á mi Padre„ (1). También los apóstoles desahogaron sus afectos, mostrándose más atentos y solícitos á todo cuanto hablaba y hacía su Divino Maestro, y protestando una y mil veces que le habían de seguir hasta la muerte. Sólomente había uno entre ellos tan frío y desamorado, que ni aceptó las demostraciones de cariño de Jesús, ni le correspondió con el suyo, como Jesús se merecía. Judas, el pérfido y malvado Judas, aquella vilísima y desgraciada criatura de quien el diablo se había apoderado, para que vendiese á su maestro y lo entregase en manos de sus enemigos. El era la única nota discordante en aquel concierto de amor, el único que no tomó parte en aquella asamblea, donde se ventilaron los intereses más altos de la caridad.

En efecto; á aquella hora ya se había entendido Judas con los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo en entregarles á Jesús por la miserable cantidad de treinta dineros de plata. Como era avaro, por la avaricia le tentó y le venció el demonio. Mas para evitar sospechas y sobre todo para buscar la oportunidad de entregarle, pensó que debía asistir á aquella cena, que Jesucristo había mandado preparar para celebrar la Pascua, y allí se presentó como un lobo entre cordeiros, como un verdugo entre sus víctimas. Sucedió en esta cena lo que en aquella otra que celebraron los

(1) Joan. XV. 15. Jam non dicam vos servos, quia servus nescit quid faciat Dominus ejus. Vos autem dixi amicos, quia omnia quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis.

hijos de Job; allí acudió Satanás para sepultar á los hijos de Dios entre las ruinas del edificio que él mismo había de echar por tierra (1), y en ésta tomó parte Judas, de quien dijo Cristo en San Juan que era el diablo (2). Estaba escrito que llegaría un día en que habitarían juntos el lobo y el cordero, el leopardo y el cabrito (3), y ved aquí al lobo y al cordero, al lobo Judas y al cordero Jesús, habitando juntos en una misma casa, sentados en la misma mesa y comiendo en el mismo plato (4). ¡Oh cuanto dista este Judas de aquel príncipe del mismo nombre de quien se dice en el Gènesis: "Judas, te alabarán tus hermanos, te adorarán los hijos „de tu padre; cachorro de león, Judas, á la presa su- „biste, hijo mío, descansaste, recostado como león, y „como leona ¿quién se atreverà á despertarte? No será „quitado el cetro de Judas, ni de su muslo el caudillo, „hasta que venga el que ha de ser enviado y ese será la „espectación de las gentes,, (5).

Notad ahora las diferencias: á aquel Judas lo colmaron de alabanzas sus hermanos, á éste lo vituperan y reprenden todas las gentes; las manos de aquel Judas

(1) Job I, 18 et 19.

(2) Joan. VI, 71. Nonne duodecim elegi et unus ex vobis diabolus est?

(3) Isai. XI, 6. Habitabit lupus cum agno: el pardus cum haedo accubabit: vitulus et leo et ovís simul morabuntur.

(4) Math. XXVI, 23. Qui intigit mecum manum in paropside, hic me tradet.

(5) Gen. XLIX, 8, 9 et 10. Juda, te laudabunt fratres tui: manus tua in cervicibus inimicorum tuorum, adorabunt te filii patris tui. Catulus leonis Juda: ad praedam, fili mi, ascendisti, requiescens accubuisti ut leo, et quasi leona, ¿quis suscitabit eum? Non auferetur sceptrum de Juda et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est, et ipse erit spectatio gentium.

estuvieron sobre las cervices de sus enemigos, sobre la cerviz de éste estuvieron las manos de Satanás por quien fué vencido y sojuzgado; á aquel Judas lo adoraron los hijos de su Padre, á éste lo aborrecen y detestan todos los hijos de la Santa Madre Iglesia; aquél fué cachorro de león, este cachorro de lobo; aquél subió á la presa de sus enemigos, éste á la presa de treinta monedas de plata; aquél descansó recostado como león, éste pereció sofocado y colgado de un lazo que le tendió Satanás; de aquél no fué quitado el cetro ni de su muslo el caudillo hasta que vino el deseado de todas las gentes, á éste le fué quitado el episcopado como estaba escrito (1), para que lo recibiese otro; aquél, en fin, dignificó el nombre de Judas, éste lo deshonoró de tal suerte que, á pesar de haber un apóstol llamado Judas Tadeo, nadie quiere ser llamado con este nombre. Tal era Judas, hijo de Simón Iscariotes, la antítesis de aquel otro Judas hijo de Jacob. Tal era Judas, un pérfido, un traidor, un lobo forrado con piel de oveja que acechaba la ocasión de clavar el diente en su víctima; la criatura, en fin, más miserable é indigna de vivir sobre la tierra.

Parece, señores, que con tan indigna compañía había de abstenerse Jesús de revelar sus secretos y reservar sus entusiasmos; parece que debía mostrarse frío, indiferente y hasta ofendido ante el inicuo proceder de aquel malvado, que con tan negra ingratitud correspondía á sus amores y finezas; parece que debía dilatar la donación de los espléndidos legados que pen-

(1) Psal. GVIII, 8. Et episcopatum ejus accipiat alter. Item Act. I, 20,

saba dejar á los suyos, á fin de que quedara desheredado aquel traidor amigo, aquel indigno discípulo. Mas á pesar de todo, "sabiendo Jesús, dice el evangelista, „que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que de Dios había salido y á Dios volvía„; es decir, aunque sabía cuanta era su grandeza y majestad, en contraposición á la bajeza é indignidad de todos los suyos y de Judas principalmente; ¡pasmaos, cielos, de lo que hace Cristo! "se levanta de la cena, se despoja de „sus sagradas vestiduras, se ciñe una tohalla á la cintura, echa agua en una jofaina y empieza á lavar los „pies á sus discípulos„. ¡Gran Dios! ¿qué es lo que estáis haciendo? ¿no veis la infinita distancia que os separa de vuestros convidados? ¿no reparáis que sois Dios y ellos hombres, que sois justo y ellos pecadores, que sois maestro y ellos discípulos, que sois señor y ellos siervos? ¿no véis que también allí está Judas, ese infame, ese traidor amigo, ese mal nacido que tiene concertada vuestra venta? Que lo hiciera Abrahán con aquellos tres personajes que entraron á descansar en su tienda, cuando iban á sacar á Lot de Sodoma (1), está bien; Abrahán era un puro hombre y aquellos tres personajes eran tres celestiales mensajeros; pero que lo hagáis vos, que sois Dios, con esos ignorantes y rudos pescadores ¡oh! esto es ya demasiado, esto es un exceso de humildad tal, que el entendimiento humano no puede comprender, ni la lengua del hombre expresar con palabras.

(1) Genes. MVIII, 4. Sed afferam puxillum aquae et lava te pedes vestros et...

Pero no os admiréis, hermanos míos, al ver á Cristo en tanta humildad y abatimiento; pues precisamente porque es tan alto, desciende á tanta bajeza; precisamente porque es tan grande, desciende á tanto grado de humildad. El que hizo lo más, estaba en caracter que hiciese lo menos. Por eso dice San Agustín: “Dejó „sus vestiduras *el que siendo Dios se aniquiló á sí mis-* „*mo*; se ciñó con una tohalla *el que recibió forma de* „*siervo*; echó agua en una jofaina para lavar los pies á „sus discípulos, el que derramó su sangre para lavar „con ellas las manchas del pecado; limpió con el paño „los pies que había lavado, el que confortó los pasos de „los evangelistas con la carne de que estaba revestido; „y para ceñirse con el paño, dejó primero las vestiduras „que tenía. Mas para tomar la forma de siervo, cuando „se humilló hasta la nada, no dejó lo que tenía; para „ser crucificado tenía que ser despojado de sus vestidu- „ras; después de muerto envuelto en sábanas, y toda su „pasión tenía que servir para purificarnos.” (1).

Pasmado estaba San Pedro desde que vió á Jesucristo andar en aquellos preparativos de desnudarse, de ceñirse con un lienzo y de preparar agua en un barreño, porque ignoraba lo que iba á hacer; más cuando vió que Jesús se postraba á sus pies, *venit ergo ad Simonem Petrum* y le intimaba la orden de descalzarse

(1) Ang. *Tract. 55 in Joan.* Posuit vestimenta sua, qui cum in forma Dei esset, semetipsum exinanivit (ad Philipp. 2); prae-cinsit se linteo, qui formam servi accepit, misit aquam in pelvin unde lavaret pedes discipulorum, qui in terram sanguinem fuderit, quo immunditiam dilueret peccatorum; linteo autem quo erat praecinctus pedes quos laverat, tersit; qui carne quae erat indutus, evangelistarum vestigia confortavit; et linteo quidem ut se praecingeret posuit vestimenta quae habebat.

para lavárselos ¡oh! entonces creció su asombro en tales proporciones que, á semejanza de un hombre que ha perdido el juicio, empezó á correr por el cenáculo, dice San Bernardo, y á escusarse con estas palabras: ¡Cómo! ¡Tú á mí lavarme los piés! ¡Tú que eres el Rey de reyes y el Señor de los que dominan, á mí que soy vil gusanillo de la tierra! ¡Tú que eres la santidad por esencia, á mí que soy pecador ruin y miserable! ¡Tú que eres la sabiduría del Padre y su Hijo Divino, á mí que soy el mismo error y la ignorancia personificada! ¡Tú que eres maestro mío, á mí que soy tu discípulo! No, no, Señor, no me lavarás los piés eternamente. *Non lavabis mihi pedes in aeternum* (1).

No os escandalicéis, cristianos, de esta resistencia de Pedro á obedecer la órden de su Maestro, porque no fué hija de la contumacia, sino de la humildad. Como fué humildad la del Bautista cuando, conociendo la excelencia y dignidad de Cristo, se resistía á bautizarle y se excusaba diciendo: “Yo debo ser bautizado por tí y vienes á que yo te bautice,” (2). Como fué humildad la de Isabel cuando, al recibir la visita de su prima María, la madre del Salvador, prorrumpió en estas palabras: “De dónde á mí tanta honra que la madre de mi Señor venga á visitarme,” (3). Como fué humildad la del Centurión cuando salió al encuentro de Jesús para

(1) Joan. XIII, 6, 6 et 8. Venit ergo ad Simonem Petrum. Et dicit ei Petrus: Domine, tu mihi lavas pedes? Respondit Jesus et dixit ei: Quod ego facio, tu nescis modo, scies autem postea. Dicit ei Petrus: Non lavabis mihi pedes in aeternum.

(2) Math. III. 14. Ego a te debeo baptizari et tu venis ad me?

(3) Luc. I, 43. Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?

impedir que se molestase en ir á su casa, porque se consideraba indigno de tanto honor (1). Como fué humildad, en fin, la del mismo Pedro cuando, al ver la abundancia de la pesca, reconoció por aquel milagro á su Maestro y le dijo: "Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador," (2).

De modo que en aquel día se pusieron en lucha dos humildades, la humildad de Cristo y la de Pedro, la humildad divina y la humana. ¡Oh, qué espectáculo tan hermoso, qué escena tan interesante! ¿Cuál de las dos saldrá victoriosa? No hay que dudarlo, señores, vencerá la más grande, vencerá la más poderosa y humilde, vencerá, en fin, la humildad de Cristo y la de Pedro quedará derrotada en toda la línea. En efecto; al oír el príncipe de los apóstoles que su Divino Maestro le amenazaba con arrojarlo de su compañía, con excluirlo del número de los suyos, con retirarle su trato y amistad..... *Si non laverò te non habebis partem mecum*, si no te dejás lavar, no tendrás parte conmigo; espantado, horrorizado ante aquella amenaza tan seria que le ponía en peligro de perder lo que más amaba en el mundo, inmediatamente cedió, y concedió entonces más de lo que se le pedía. ¿Qué quería Jesús? quería lavarle los pies? pues ahora no solo los piés, sino también las manos y la cabeza: *Non solum pedes sed etiam manus et caput* (3). Que es como si

(1) Math. VIII, 8. Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum.

(2) Luc. V, 8. Exi a me quia homo peccator sum, Domine.

(3) Joan. XIII, 8, 9. Respondit ei Jesus: Si non laverò te, non habebis partem mecum. Dicit ei Simon Petrus: Domine, non tantum pedes meos, sed et manus et caput.

dijera: Yo, Señor, quería á todo trance evitaros una acción tan humillante, porque me ruborizaba de veros á mis pies, porque me consideraba indigno de tan alto honor; pero si tan cara me va á costar mi resistencia y rebeldía, adelante, adelante, Maestro mío, que si yo no comprendo ni vislumbro por ahora la finalidad y trascendencia que pueda tener esto, me basta que Vos la sepáis y la entendáis; adelante, adelante, y ahora no solo me dejo lavar los piés, que era lo que pretendíais, sino también las manos y la cabeza: *Non solum pedes, sed etiam manus et caput.*

Ya no pasaron más incidentes. Como todos habían presenciado aquel pugilato de Jesús y de Pedro, el primero por lavar y el segundo por no dejarse, y habían visto también el desenlace que había tenido; es decir, el triunfo de Jesús sobre Pedro; ya todos se dejaron lavar sin oponer la más ligera resistencia. Pero ¿qué he dicho? ¿que todos se dejaron lavar? ¿también Judas? ¿también aquel infame que no solo tenía sucios los piés, sino también el alma por el crimen horrendo de haber concertado la venta de su Divino Maestro? también á Judas dispensó el Señor el mismo honor que á los demás discípulos, después de haberlo declarado como indigno, cuando dijo á San Pedro que todos estaban limpios menos uno? (1). ¡Ah, señores, el lavatorio de Judas tiene más importancia y trascendencia que lo que á primera vista aparece. Judas era algo más que un dis-

(1) Joan. XIII, 10 et 11. Dicit ei Jesus: Qui lotus est, non indiget nisi ut pedes lavet, sed est mundus totus. Et vos mundi estis, sed non omnes. Sciebat enim quisnam esset qui traderet eum: propterea dixit: Non estis mundi omnes.

cípulo traidor: Judas era la personificación de todos los apóstatas, de todos los herejes, de los sectarios de la impiedad, de los sacrílegos, de los pecadores, de los malos cristianos; y al descender Cristo hasta él de una manera tan humilde para descubrirle los tesoros de su inmensa caridad, por lo mismo nos revela que no hay, que no puede haber un pecador por grande que sea, por enormes que sean sus delitos, que supere con su malicia al amor con que quiere rescatarlo, por lo mismo nos dice que el amor es el que reina, el amor es el que inspira é impera en todas sus acciones. *Cum dilexisset suos qui erant in mundo etc.*

“Concluido el lavatorio, volvió á tomar Jesús sus „vestiduras; y sentándose de nuevo, les dijo á sus discípulos: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros,„ (1) Ciertamente que no lo sabían: el más adelantado de todos ellos en la escuela del Divino Maestro, que era Pedro, lo dió á entender claramente con su tenaz resistencia; y á mayor abundamiento, el mismo tono enfático con que el Salvador formulaba la pregunta, denunciaba la ignorancia de los apóstoles. Por eso, dice San Agustín, “acordándose Jesús de lo que momentos antes había dicho á San Pedro; *lo que yo hago, tú no lo „sabes ahora, lo sabrás después*, lo explica diciendo (2): „Vosotros me llamáis Señor y Maestro y decís bien, „pues lo soy en efecto; por consiguiente, si yo que soy

(1) Joan. XIII, 12. Postquam ergo lavit pedes eorum, et accepit vestimenta sua; cum recubisset iterum, dixit eis: scitis quid fecerim vobis?

(2) Aug. Tract. 58 in Joan. Memor Dominus se promissis facti sui Petro dicens: scies autem postea (quid sit quod feci) docere nunc incipit unde dicitur,

„Maestro y Señor he lavado vuestros piés, también „vosotros os los debéis lavar mutuamente: os he dado „el ejemplo para que, como lo hice con vosotros, así „también vosotros lo hagáis., (1).

Siempre fué este el método del Divino Maestro; instruir con el ejemplo antes que con la palabra: *Coepit Jesus facere et docere* (2) y queriendo basar en la humildad el edificio de la vida sobrenatural, terminó su carrera, por decirlo así, realizando el sublime acto de lavar los piés á sus discípulos; para que ya nadie que fuese verdadero discípulo suyo, se desdenase en imitarle, descendiendo á los piés de sus semejantes. No es extraño; habiendo sido el orgullo; habiendo sido la soberbia la causa de nuestra ruina (3); debía ser la humildad el principio, el fundamento y la base de nuestra reparación. “Nuestro Divino Salvador, dice S. Gregorio, opuso „á nuestra vida antigua alimentada en los vicios la con „trariedad de sus divinos preceptos; pues así como „la ciencia médica suele curar con el frío las enfermedades provinientes del calor, y con el calor las enfermedades causadas por el frío; así Jesús opuso á „nuestros vicios y pecados virtudes enteramente contrarias; „humildad contra soberbia, largueza contra avaricia, „castidad contra lujuria, paciencia contra ira, templan-

(1) Joan. XIII, 13, 14 et 15. Vos vocatis me Magister et Domine; et bene dicitis; sum etenim. Si ergo ego lavi pedes vestros, Dominus et Magister; et vos debetis alter alterius lavare pedes. Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci ita et vos faciatis.

(2) Act. I, 1.

(3) Eccli. X, 15. Quoniam initium omnis peccati, superbia est.

„za contra gula, caridad contra envidia, diligencia contra pereza„ (1). Y para animarnos á nosotros á triunfar de nuestros vicios, enarbolando sobre ellos la bandera de las virtudes contrarias; El mismo nos dejó los ejemplos más heróicos y sublimes.

Ahora bien; si Jesús que era Señor y Maestro, como le llamaban sus discípulos y El mismo lo confirma, se humilló hasta el punto de lavar los piés á sus apóstoles, entre los cuales estaba Judas el traidor, Judas que ya tenía concertada su venta ¿quién por muy grande que sea y por encumbrado y ennoblecido que esté, se excusará ya de ejercer con sus hermanos los oficios más humildes? ¿quién se desdeñará en descender hasta sus semejantes, lo mismo si son inferiores que si son enemigos? No es más el discípulo que el maestro ni el siervo más que el señor (2); luego si nosotros somos siervos y discípulos de Jesús, debemos imitarle, salvando la distancia que nos separa de nuestros hermanos, para abrazarnos con ellos y hacerles experimentar los maravillosos efectos de la caridad del Cristianismo.

La Iglesia católica, fiel observante de la doctrina y ejemplos de su fundador divino, há ya diez y nueve siglos que repite esta sencilla cuanto sublime y conmovedora ceremonia del lavatorio de los piés, para que se

(1) D. Greg. *Homil. XXXII in Evang.* Sed coelestis medicus singulis quibusque vitiis obviantia adhibet medicamenta. Nam sicut arte medicinae calida frigidis frigida calidis curantur; ita Dominus noster contraria opposuit medicamenta peccatis, ut lubricis continentiam, tenacibus largitatem, iracundis mansuetudinem, elatis praeciperet humilitatem.

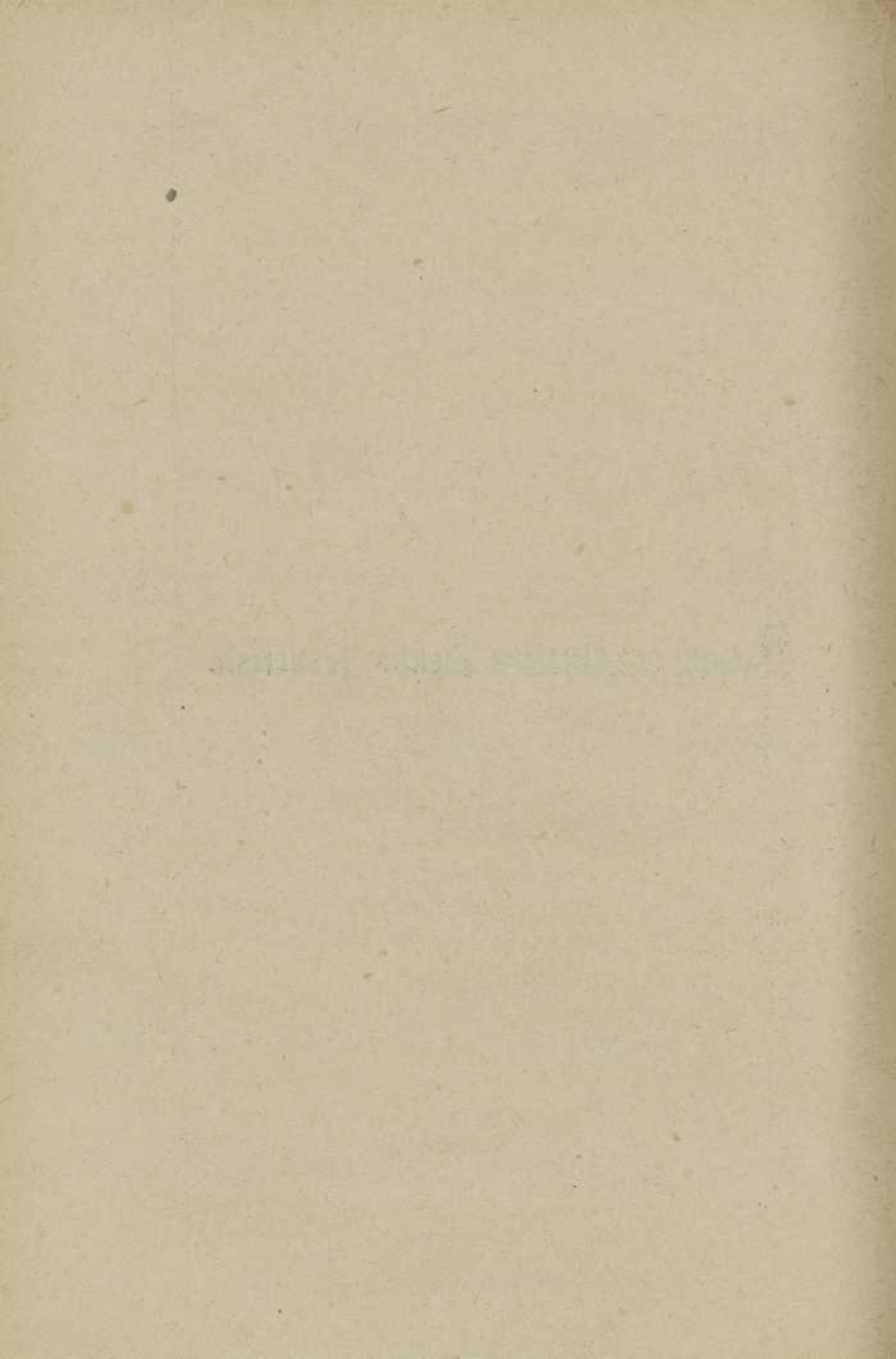
(2) Math. X, 24. Non est discipulus super magistrum, nec servus super Dominum suum.

perpetúe á través de los tiempos este rasgo de humildad del Hijo de Dios, y de El aprendan los hombres esa virtud reina, sin la cual no es posible levantar hasta la cumbre de la perfección ni á los individuos ni á las sociedades. ¡Bendita ceremonia! Ella sola encierra todo un sistema de moral tan perfecto y acabado, que bastaría por sí solo para convertir al mundo en una antesala del paraíso; porque salvadas las distancias que existen entre ricos y pobres, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, príncipes y vasallos; se realizaría el gran ideal de Cristo de que todos seamos hermanos, de que todos seamos unos con El, como con tanto fervor se lo pidió á su Padre en esta noche memorable (1) y el hombre que por la soberbia solo sabe sentir odios y rencores, produciría por la humildad los más bellos frutos de amor, de abnegación y sacrificio.

Copiad, pues, hermanos míos, en vuestro corazón este sublime ejemplo de humildad del Divino Maestro; aceptad esta palabra que encierra todo un testamento: *Exemplum dedi vobis ut quemadmodum ego feci ita et vos faciatis*; sed humildes hasta el punto de consagraros al servicio de vuestros prójimos; que no sea, en fin, descuidado entre vosotros este último encargo del Hombre Dios; y yo os aseguro que, por sola su virtud, labraréis aquí en la tierra vuestra dicha temporal y la eterna y bienaventurada en los cielos que á todos os deseo. AMÉN.

(1) Joan. XVII, 21. Ut et ipsi unum sint sicut tu Pater in me et ego in te.

Pasión de Nuestro Señor Jesucristo





Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

*Ecce ascendimus Jerosolymam,
et consummabuntur omnia quae
scripta sunt per prophetas de Fi-
lio Hominis. Tradetur enim gen-
tibus, et illudetur, et flagelabitur,
et conspuetur et postquam flage-
laverint occident eum.*

(Luc. XVII, 31, 32 et 33.)

¡Qué diferencia entre el día de ayer y el día de hoy!
¡Qué contraste entre el Domingo de Ramos y el día
Viernes Santo! Ayer la ciudad de los profetas, vestida
de fiesta, loca de alegría, henchida de entusiasmo, agi-
tando palmas y ramos de olivo, y alfombrando el sue-
lo con sus mejores galas, recibía con inmenso júbilo y
estrepitosos aplausos al Hijo de David, al bendito En-
viado del Señor, á su soberano Rey y Salvador Jesu-
cristo: hoy apagados acentos, extinguidos aquellos
aplausos, marchitos aquellos ramos, y disipada aquella
alegría, esa misma ciudad se revuelve furiosa contra Je-
sús, como fiera sedienta de sangre y exterminio; y Je-
sús, su adorable huésped, abandonado de todos, hasta

de sus mismos amigos, es prendido como insigne criminal, maniatado, conducido á los tribunales, insultado, abofeteado, azotado, coronado de espinas, puesto á Barrabás y muerto en infamante patíbulo.

¡Oh, hermanos míos, cuanto va de ayer á hoy! ¡Cuanta diferencia entre el Domingo de Ramos y el día de Viernes Santo! ¡Cómo pasan, cómo se eclipsan las glorias de este mundo y se marchitan sus laureles!

¿Y por qué permitió Jesucristo tan sacrílego atropello? ¿Por qué consintió que aquel pueblo pusiera sus manos en El y le tratara con tanta crueldad y fiereza, como jamás usó ningún tribunal de la tierra con los más famosos malhechores? ¿Por ventura no pudo escapar de sus manos en aquel día, como escapó del desierto cuando las muchedumbres quisieron proclamarle rey, ó como escapó del templo cuando quisieron apedrearle? ¡Ah, cristianos! pudo, pero no quiso. *Oblatus est quia ipse voluit* (1). Se ofreció, porque quiso; se ofreció, porque ardía en deseos de redimir nuestras almas aun á costa de su sangre y de su vida; se ofreció, en fin, porque sabía que era necesaria su pasión y su muerte para que nosotros tuviéramos vida y la tuviéramos más abundante (2). Aspero era el camino que tenía que recorrer, amargo el cáliz que debía apurar hasta la última gota; pero cuando sonó la hora de la redención del humano linaje, El mismo se entregó en manos de sus enemigos, pudiendo decir con el profeta:

(1) Isai. LIII, 7.

(2) X, 10. Ego veni ut vitam habeant et abundantius habeant.

Dí mi cuerpo á los que me herían, y mis mejillas á los que mesaban mi barba, y mi rostro á los que me injuriaban y escupían (1); y como oveja conducida al matadero que no abre su boca (2), así El se dejó conducir, á través de los mayores oprobios y tormentos, hasta el infame patíbulo de la cruz, donde dió su sangre y su vida por redimirnos y salvarnos. *Qui passus est* etc. (3).

¡Bendita muerte, hermanos míos, de donde brotó la vida y la salvación del mundo! ¡Bendita sangre que, al correr por el madero de la cruz y empapar la tierra, lavó las manchas de nuestras culpas y reconcilió á la tierra con el cielo! ¡Bendito drama que, al desarrollarse en la persona de nuestro hermano mayor Jesucristo, aplacó la divina justicia ofendida y nos reconquistó el título de hijos del Altísimo! ¡Ah! aunque nos convirtiéramos en lenguas y las empleáramos noche y día en agradecer á Jesús el inmenso beneficio que nos reportó con su pasión y su muerte, jamás, jamás se lo agradeceríamos bastante. Mas ya que esto no sea posible, meditemos en esta mañana sobre este profundísimo misterio, acompañemos á Jesús en el doloroso camino de su pasión, entremos con El en el sombrío huerto de Gethsemaní, sigámosle después á Jerusalén, acompañémosle por último al calvario y..... de piedra seréis si no se conmueven vuestros corazones y derraman

(1) Isai. L, 6. Corpus meum dedi percutientibus et genas meas vellentibus: faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me.

(2) Isai. LIII, 7. Et sicut ovis ad occisionem ducetur et non aperiet os suum.

(3) Symb. Athan. 37.

lágimas vuestros ojos, al ver los oprobios, las humillaciones y tormentos inauditos que sufrió Jesucristo por causa de nuestros pecados.

¡Oh Cruz bendita, oh Cruz adorable, instrumento ayer de infamia é ignominia, trofeo hoy de la gloria y de los triunfos de todo un Dios! te adoramos, reverentes y humildes, y de la virtud que recibiste al contacto del Salvador del mundo, esperamos meditar con fruto en este día sobre su pasión y su muerte. Digamos al efecto:

OH CRUX AVE etc.





GETHSEMANI

El cáliz que Jesucristo debía apurar hasta la última gota para redimirnos y salvarnos, era tan amargo, estaba tan lleno de ajeno y de hiel, contenía en su fondo heces tan nauseabundas, que solo un hombre que fuese Dios podía, tener ánimo bastante para acercarlo á sus labios y resistencia para apurarlo. Por eso lo bebió y lo apuró Jesucristo, y aun lo hizo de una manera tan lenta y á tan pequeños sorbos, que aumentó infinitamente sus repugnancias y amarguras.

En efecto; terminada aquella cena memorable en la que, según el sagrado evangelista, no se ventilaron otros asuntos que los de amor, toda vez que Jesucristo la aprovechó para dejarnos como prenda eterna del suyo, el augusto sacramento de su cuerpo y de su sangre; se levanta Jesús de la mesa y, cual gigante que se apresta á recorrer un largo y accidentado camino (6), se dirige en compañía de sus apóstoles al monte de los Olivos y huerto de Gethsemaní para dar allí comienzo á la larga serie de sus padecimientos, afrentas y humillaciones. Quedaos aquí, les dijo al entrar á sus discí-

(1) Psal. XVIII, 6. Exultavit ut gigas ad currendam viam.

pulos; y tomando consigo à Pedro, Juan y Santiago, se internó con ellos hasta la falda de la montaña. No quiso sin duda que todos presenciasen los desfallecimientos que su carne iba á sentir muy pronto á la vista del horrendo caliz de su pasión, sino solamente aquellos tres afortunados apóstoles que fueron un día testigos de su gloria en el Tabor. Por eso les dijo tan pronto como se quedó solo con ellos. ¡Oh, amigos míos, cuán triste y angustiada está mi alma! Esperad aquí y velad conmigo; y alejándose como á la distancia de un tiro de piedra, se arrodilló reverente sobre la roca y se puso en oración.

Y ¿por qué se aflige y entristece Jesucristo apenas llegado al huerto de Gethsemaní? ¿Por qué se angustia su alma hasta el extremo de experimentar las agonías y congojas de la muerte? ¡Ah, hermanos míos! es porque ha puesto ya sus divinas plantas en el campo de batalla, es porque ha sonado ya la hora en el reloj de los divinos consejos señalada para dar comienzo á la obra de la redención del mundo, mediante los tormentos más atroces y la muerte más ignominiosa y cruel; y aunque su espíritu está pronto para beber un cáliz tan amargo, su carne, en cambio, flaquea y se desmaya. Miradle, si os es dado, tal como El mismo se vé, poned vuestra consideración en los tormentos que le aguardan, no olvidéis los horribles pensamientos que sobre el pasado, el presente y el porvenir cruzan por su mente, reparad también en la causa de su pasión y muerte, y os explicaréis perfectamente por qué se halla tan postrado y abatido.

Y en primer lugar ¡oh qué situación tan lastimosa

la en que Jesucristo se vé en aquellos supremos instantes! Jesucristo no solo era hombre como todos los demás, sino también cabeza, tipo, dechado y ejemplar del humano linaje. Ahora bien; en cuanto hombre era puro, inocente, segregado de los pecadores y más excelso que los cielos, como dice San Pablo (1). Así lo reconocieron sus mismos enemigos. Pecado hé, exclama Judas, entregando la sangre del inocente. Inocente soy de la sangre de este justo, dice Pilatos, lavándose las manos en presencia del pueblo que pide alborotado su muerte. Y el mismo centurión, jefe del cuadro de tropas que custodiaban el calvario, viendo los extraños fenómenos que acompañaron á la muerte de Jesús, se retiró del lugar del suplicio, confesando y diciendo: Verdaderamente era este el Hijo de Dios. Pero en cuanto era cabeza del humano linaje ¡ah! estaba cubierto con la lepra del pecado, cargado con todas las iniquidades y representando la persona de todos los pecadores. Por eso ha dicho San Pablo: Aquel que no había conocido el pecado, se hizo pecador por nosotros para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en El (2).

Sí, en aquella hora terrible, Jesucristo que era la inocencia misma, permitió que se le acercase el príncipe de las tinieblas y le cubriese con la vestidura del pecado, bañada en las más horrendas concepciones de la perversidad humana; y esta vestidura, cerrando, poco á poco su corazón, envolviendo su conciencia, pene-

(1) Ad Hebreos. VII, 26. Ut nobis esset pontifex sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus....

(2) II ad Cor. V, 21. Ille qui non nóverat peccatum, pro nobis peccatum fecit, ut nos efficeremur justitia Dei in ipso.



trando sus sentidos y extendiéndose por toda su humanidad como una lepra moral, vino á dejarle convertido en el más abominable de todos los pecadores. ¡Oh, qué estremecimiento de horror le causaría el ver los miembros de su cuerpo sacratísimo, semejantes á miembros de maldad y de pecado! ¡qué angustia para su alma al mirar sus manos, las manos del cordero sin mancilla, cubiertas de mil crímenes abominables; sus labios, labios de alabanza y bendición, así como manchados de blasfemias y satánicas palabras; sus ojos, luz de los cielos, hermosura del paraíso, embeleso de los ángeles, velados por los espectáculos sensuales á que se entregan los hombres; sus oídos, aturridos por los histéricos acentos de las orgías y de las más inmundas bacanales; su corazón, hoguera de amor eterno, helado por la crueldad, por la avaricia, por el egoísmo y por la indiferencia de los hombres de todos los siglos!

Añadid á esto la perspectiva de los tormentos que le estaban deparados. El Padre Eterno que había dejado de ver en El el objeto de todas sus complacencias, para mirarle como el responsable de todos los pecados del mundo, le envía al ángel del dolor que le presente el cáliz amarguísimo cuyas heces había de apurar gota á gota, para satisfacer á la divina justicia ultrajada. Cáliz horrendo, donde el cielo exprimió todas sus iras, el infierno todos sus odios, la tierra todas sus amarguras y la humanidad entera los castigos á que se hizo acreedora en el espacio de cuarenta siglos.

Con todo, no era esto lo más amargo de aquel cáliz. El mismo había dicho que tenía verdaderos deseos de padecer por el hombre. *Baptismo habeo baptizari et*

quomodo coartor dum perficiatur (1). Lo que más angustiaba á Jesucristo, lo que más afligía su adorable corazón, era ver en aquel cáliz, como en un asqueroso receptáculo, los desórdenes del pasado, del presente y del porvenir de las sociedades y de los individuos. Veía los crímenes cometidos por el hombre desde su caída, la corrupción de toda carne antes de Noé, la soberbia de los antiguos gigantes, y las abominaciones de las cinco ciudades nefandas; veía la infidelidad de los judíos, la idolatría de los gentiles, el orgullo satánico de los grandes, la ambición desmedida de los pequeños, la avaricia de los unos, las sensualidades de los otros, los odios, las venganzas, fornicaciones, adulterios, homicidios, guerras injustas, bacanales, embriagueces, orgías, traiciones, etc., etc. y todo se revolvía en el fondo de aquel cáliz y aparecía ante sus ojos que lo estaban contemplando, como las aguas de un torrente infecto y lleno de fango. Por eso, á pesar de la fortaleza de su espíritu no pudo menos de exclamar con el salmista: *Torrentes iniquitatis conturbaverunt me* (2), y de solicitar de su Eterno Padre fuerzas y alientos para apurarlo.

¡Y si al beber tan hediondas y amargas aguas tuviera la seguridad de salvar á todos los hijos de Adán... pero ¡ah! cuán lejos estaba de hacerse tan bellas y consoladoras ilusiones! En aquellos momentos y á través de las densas brumas del porvenir, veía Judas traidores que por un vil interés, por un sucio deleite, por el des-

(1) Luc. XII, 50.

(2) Psal XVII, 5.

ahogo de una pasión criminal, lo entregarían villanamente á sus enemigos; veía Pedros cobardes que, llevados de un ridículo respeto humano, no solo no le confesarían, pero hasta le negarían tres y trescientas veces; veía Pilatos ambiciosos que, á trueque de conservar el mando, lavarían hipócritamente sus manos y le entregarían al furor de muchedumbres envilecidas y encanalladas; veía Herodes sensuales que, revolcados en el inmundo fango de sus torpezas, le afrentarían y escarnecerían; veía, en fin, pueblos y naciones que, como la suya, después de recibirle en triunfo, le volverían las espaldas y pedirían á voz en cuello su muerte y perdición.

Ved aquí, hermanos míos, el espectáculo que se ofrece á los ojos de Jesús en el sombrío huerto de Gethsemaní; ved aquí el cáliz que su corazón repugna hasta el extremo de pedir á su Eterno Padre que, si es posible, le libre de beberlo: *Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste*. Multiplíquense en buena hora mis tormentos, mis afrentas y humillaciones; pero que no perezca ninguno de los que he venido á salvar; esto es lo que más me apena y entristece; este es el cáliz que me causa tanto horror y repugnancia, que quisiera no beberlo: *Transeat a me calix iste*. Y al decir esto siente unas agonías tan grandes, que su misma sangre, inflamada por las apreturas que su corazón experimenta, revienta por todos los poros de su cuerpo y se derrama en tanta abundancia, que llega á regar la tierra; y hubiera expirado seguramente al pié del árbol en que se apoyaba, si su mismo Padre, interesado en completar hasta el último detalle la obra comenzada, no le

hubiera mandado un ángel del cielo para que le confortase.

¡Y qué contraste, hermanos míos, qué contraste! Mientras Jesús vela y padece tan indecibles angustias y tormentos, sus discípulos duermen tranquilamente, allí á pocos pasos, como si ninguna desgracia les amenazase. Una y otra vez los despertó su divino Maestro para que velasen y orasen con El; pero el sueño les rindió y cerró de nuevo sus párpados; y durmiendo hubieran permanecido seguramente hasta el día, si Jesús no los despertase por tercera vez con estas alarmantes palabras: Ea, levantaos, hé aquí que se aproxima el traidor que me ha de entregar. En efecto, apenas ha pronunciado el Salvador estas palabras, cuando aparece Judas, rodeado de una asquerosa chusma de gente armada, é imprimiendo un sonoro beso en su frente, le dice: Dios te salve, Maestro. Era esta la señal convenida para que sus acompañantes le conociesen y le prendiesen. ¡Cuánta infamia, hermanos míos, cuánta villanía! ¡Besar un infame, un criminal, á la santidad por esencia, y precisamente cuando la traiciona! ¡Ah! ¿quién no se indigna ante una acción tan pérfida? ¿quién no se subleva ante un proceder tan inicuo? Solo Jesucristo, señores, solo nuestro divino Salvador y Maestro. Había venido al mundo á reprobear las venganzas, á condenar los resentimientos, á desterrar los odios y las enemistades y por eso, en vez de indignarse contra su discípulo, se limitó á reconvenirle con estas amorosas palabras: Amigo ¿á qué has venido? ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?

Pero la señal estaba dada, y ya iban á apoderarse

del mansísimo cordero de Dios aquellos infames satélites del infierno, cuando saliéndoles El mismo al paso, les dice: A quién buscáis? — A Jesús Nazareno, contestan ellos. — Pues yo soy, replica Jesucristo, y como si aquella voz fuera la misma que habló un día á Israel en el Sinaí en medio de truenos y relámpagos, *la voz del Señor en virtud, la voz del Señor en magnificencia* (1), todos cayeron por tierra como heridos por un rayo; y ciertamente no se movieran jamás de aquel sitio, si el mismo Señor no les mandara levantar, diciendo: Levantaos; es esta vuestra hora y el poder de las tinieblas. Me extraña que me hayáis tenido todos los días enseñando en el templo, y que vengáis ahora, en mitad de la noche, armados de palos y lanzas, á prenderme como un facineroso, pero ahora como entonces no lograríais realizar vuestros intentos, si yo no me entregase. Sí, levantaos, es esta vuestra hora y el poder de las tinieblas.

Entonces aquella soldadesca soez se apoderó de Jesucristo, le ató fuertemente sus manos, le echó una soga al cuello, y entre insultos y blasfemias, descortésias y atropellos, le llevó á Jerusalén, á presencia de los príncipes de la Sinagoga que ya lo estaban esperando, congregados en concilio. ¡Hermanos míos! no imitéis á los apóstoles que, llenos de temor al ver tan comprometido á su Maestro, le abandonaron y se contentaron con seguirle desde lejos; salgamos, sí, de Gethsemaní, pero para seguir á Jesús de cerca, para acompañarle, mejor dicho, á la casa de Anás, á la casa

(1) Psal. XXVIII, 4.

de Caifás, al tribunal de Pilatos y al palacio de Herodes; porque va á comenzar ya el gran drama, el drama de los siglos.

JERUSALÉN

Con razón comienza el evangelista San Mateo la historia de la pasión, diciendo *coepit*, comenzó; porque, en efecto, en Gethsemaní no hizo más que iniciarse y á medida que se iba alejando Jesús de aquel sombrío huerto, crecían por momentos las olas de sus padecimientos, afrentas y dolores. Continuemos, pues, el relato evangélico.

La primera estación que obligaron hacer á Jesús sus satélites fué la casa de Anás, presidente del gran Concilio de los setenta y dos ancianos, llamado Sane-drín, á quien correspondía juzgar sobre lo que se predicaba y enseñaba. Era Anás uno de tantos criminales que había en el pueblo judío, el principal conspirador contra la persona del Salvador, y el que ofreció al infame Judas los treinta dineros de plata por la venta de su Maestro. Con estos antecedentes, calculad la satisfacción que sentiría al ver entrar por las puertas de su casa al inocentísimo Jesús á quien odiaba de muerte. ¡ Ah! lo mismo fué verle, que abordar el tema de su autorización para predicar al pueblo y el de las doctrinas que había enseñado, esperando cogerle en un lazo; pero Jesús le contestó: ¿Por ventura no he predicado siempre en el templo, ante un pueblo numeroso y en presencia de vuestros doctores? ¿á qué, pues, me preguntais á

mi? preguntad, mas bien, á los que tantas veces me han oído; ellos saben muy bien lo que he dicho. La respuesta no podía ser más cortés, ni más satisfactoria; pero uno de los ministros, juzgándola como un desacato á la persona del juez, levantó su mano sacrilega y descargó una terrible bofetada en su divino semblante. ¡Qué ultraje, hermanos míos, qué osadía tan atroz! ¡Abofetear al Dios del cielo un canalla, un miserable, un esbirro, un vil gusanillo de la tierra! ¡Ah! los cielos debieron haberse desplomado sobre aquel impío, en justo castigo á su maldad; y sin embargo, solo recibió esta suavisima reconvención de su víctima: Si he hablado mal, dime en qué; y si no ¿por qué me hieres? No es extraño. Jesucristo iba á reparar el pecado, y de ningún modo podía repararle mejor, que con la humillación más profunda. ¿Y que mayor humillación que la de verse abofeteado por un hombre vil, por un criado de baja estofa?

Mas no pararon aquí sus humillaciones. De casa de Anás fué conducido á casa de Caifás, donde estaba reunido el consejo encargado de juzgar y sentenciar la causa del Hijo de la Virgen.

Sabido es que en todo proceso criminal, además del reo, debe haber testigos que depongan, y juez que sentencie la causa en vista de las pruebas que resulten del sumario. Ahora bien, en la causa de Jesús ¿quiénes eran los testigos, y quiénes eran los jueces? Los testigos eran hombres de la ínfima plebe, comprados por los mismos jueces y manifestamente enemigos del Salvador; por consiguiente, nada tiene de particular lo que refiere el evangelista; es decir,

que los testigos, en su afán de amontonar cargos contra Jesús, multiplicaban sus acusaciones y calumnias con tan poco miramiento, que se contradecían unos á otros; así es, que no fué necesario que Jesús se defendiera; y por tanto guardaba un silencio tan admirable y profundo, que incomodado el pontífice, se levanta de su asiento, y lanzando contra Jesús una mirada furibunda, le dice: En nombre de Dios vivo te conjuro que declares si tu eres Cristo, Hijo de Dios. Tú lo dices que yo soy, contestó Jesucristo; y en verdad os digo, añadió, que vendrá un día en que me veréis venir sentado á la diestra de mi Eterno Padre para juzgar á todos los hombres. Que fué como decirles: Yo soy Jesucristo, Hijo de Dios vivo; y aunque ahora me desconocéis por verme tan humillado y abatido, día vendrá en que juzgaré á los vivos y á los muertos con toda la majestad y rigor de un juez. Y cuando al oír tan terminantes palabras debieran haberse postrado de rodillas para adorarle, arrebatado de furor el Pontífice, rasgó sus vestiduras en señal de duelo y exclamó: Blasfemado há, haciéndose Hijo de Dios; vosotros mismos habéis oído la blasfemia: ¿qué os parece? ¿tenemos necesidad de testigos? No, reo es de muerte, exclamaron todos; que muera el blasfemo; que muera el que se hace Hijo de Dios ¡Ah! y qué diluvio de ultrajes, de improperios y de humillaciones siguieron á esta injusta sentencia! Desde entonces ya no vió ni oyó en torno suyo nuestro divino Salvador, sino blasfemias, y gritos de muerte, y soldados amotinados que le ultrajan, que le dan de bofetadas y arrojan sobre su rostro inmundas salivas. Condúzcanle, dice el Pontífice,

resuelto á perder á Jesús, condúzcanle al tribunal de Pilatos.

Según las leyes del imperio romano, á quien estaba sujeta la ciudad de Jerusalén, los judíos no podían imponer á nadie la pena capital; y como esto era precisamente lo que querían hacer con Jesús, por eso lo trasladan al tribunal del gobernador romano. Allí le acusaron de que alborotaba el reino con falsas doctrinas; de que prohibía pagar el tributo al Cesar y de que se llamaba rey de los Judíos. ¡Infames! ¿con que seducía á las turbas con doctrinas falsas, el que aplaudía y recomendaba todas las virtudes? ¿con que prohibía pagar el tributo al Cesar el que en una ocasión solemne enseñó á dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César? ¿Con que se ha proclamado rey, cuando fuisteis vosotros los que quisisteis alzarlo sobre el pavés á consecuencia de aquel milagro que hizo en el desierto?

Y como todo esto era público y notorio, y Pilatos lo sabía; he aquí por qué, á pesar de los deseos de la plebe, salió el gobernador Romano de su tribunal, y encarándose con los escribas y los fariseos, les dijo que había examinado al reo y que no había encontrado causa para prenderle. Cómo que nó? exclamaban alborotados ¿No es bastante causa que solivianta á las *masas* con sus doctrinas, como lo probarán si es preciso, los galileos, sus mismos paisanos?

Al oír Pilatos que Jesús era Galileo, queriendo salvarle, porque reconocía su inocencia, lo envía á Herodes en la esperanza de que pudiera serle favorable, á causa de ser súbdito suyo. Pero se equivocó. Un hom-

bre que había sido adúltero, incestuoso y homicida por dar gusto á una bailarina y á una mala mujer, no podía salir en defensa del inocente. Tenía, sí, verdaderos deseos de ver á Jesucristo; pero como los que se tienen de ver las muecas de un *clown*, ó los juegos de un prestidigitador. Así que tan pronto como estuvo Jesús en su presencia, lo acosó á preguntas, y le hizo mil requerimientos para que obrase algún prodigio; pero viendo que no le contestaba, mandóle poner una túnica blanca por escarnio, y en esta actitud lo remitió de nuevo á Pilatos.

No se desanimó por esto el gobernador de la Judea. Quería libertar á todo trance á Jesús, no solo porque estaba convencido de su inocencia, sino porque su misma mujer se llegó á él á decirle: Guárdate de hacer nada contra este justo porque esta noche he sido atormentada de un modo extraño durante mi sueño sobre esta causa. Así es que Pilatos puso todo su empeño en buscar trazas para librarle de las manos de los judíos. Acordóse, pues, que era costumbre dar libre un preso todos los años por la Pascua en memoria de la libertad de Egipto y para mayor alegría y solemnidad de aquella fiesta. Había á la sazón en la carcel un insigne malhechor cuyo nombre cuidadosamente nos han transmitido los evangelistas, diciendo que se llamaba Barrabás, que significa en lengua hebrea "Hijo del Padre,..". Pues bien; tomando Pilatos á Jesús y á Barrabás, y mostrándolos al pueblo, dijo: ¿A quién queréis que dé por libre con motivo de la solemnidad de la Pascua? á Barrabás el ladrón y homicida, ó á Jesús que se llama Cristo?

¡Qué afrenta, hermanos míos, que humillación para Jesucristo el verse en parangón con un hombre, el más vil de todos los hombres! Y cuando era de esperar que aquel pueblo diese la preferencia á Jesús, sucedió todo lo contrario. Incitado por los escribas y los fariseos pidió con voces descompasadas la libertad de Barrabás. Pues entonces, replicó Pilatos, ¿qué queréis que haga de Jesús? —Crucifícale, crucifícale, contestaron. —¿Que crímenes ha cometido? porque yo no encuentro ninguna causa en este hombre. — Mas ellos gritaban con más fuerza diciendo: Crucifícale, crucifícale.

Viendo el presidente que había fracasado esta segunda traza para libertar á Jesús, discurrió otra que no había de servir más que para aumentar sus padecimientos; es decir, le mandó azotar tan cruel y despiadadamente que sus mismos verdugos se movieron á compasión. En efecto, despojado de sus vestiduras, atado á una columna é inclinado hacia la tierra, le dieron de azotes tan sin piedad ni medida, que quebrantadas sus carnes y abiertas mil heridas en sus espaldas se creyó que iba á morir. En esta disposición, chorreando sangre por todo su cuerpo y ostentando en sus manos la caña que á guisa de cetro le había mandado poner Herodes por escarnio, lo presentó Pilatos al pueblo diciendo: *Ecce Homo*. He aquí el Hombre á quien vosotros queréis ajusticiar ¿no os parece que es más digno de compasión que de odio? Mas los judíos gritaban con más fuerza diciendo: crucifícale, crucifícale. Entonces Pilatos viendo agotados todos los recursos, dijo: Pues bien, que conste que no encuentro causa en este hombre, que conste que es inocente, que es justo; y

si os empeñáis en que muera, la responsabilidad será vuestra; su sangre caerá sobre vosotros y sobre vuestra raza; mezclados con los demás pueblos y naciones llevaréis en vuestra frente esa mancha indeleble que no podrán borrar centenares de generaciones. Ahí tenéis la víctima para que á vuestro sabor satisfagáis vuestra sed de sangre.

Corramos, hermanos míos, corramos, sí, tras de Jesucristo, vayamos al Calvario y allí veremos el grande amor con que expía nuestras culpas.

CALVARIO

No cabe ninguna duda que Pilatos hizo cuanto pudo por salvar á Jesucristo; pero no quiso disgustar á los judíos, ni exponerse á perder el empleo de gobernador, y así lo sentenció á morir entre dos ladrones, cuyos procesos estaban ya ultimados. Desde aquel momento Jerusalén quedó convertida en un pueblo de confusión, y no parece sino que todos los demonios del infierno se desencadenaron para entrar en la ciudad deicida. Desde aquel momento ya no se oyó más que el relinchar de los caballos, el sonido lúgubre de las trompetas, el movimiento de las tropas, el estrépito de las armas y las voces de los pregoneros que llamaban al pueblo á presenciar la ejecución.

Bien quisiera yo, hermanos míos, pintar con los más vivos y animados colores la manera cómo se llevó á cabo la ejecución de tan inicua sentencia; pero esto es imposible. Jesús se hallaba sin fuerzas, extenuado hasta el extremo de no poderse tener en pie, cuando le

presentaron la cruz que debía llevar hasta el calvario y en la que había de ser crucificado ¿Qué pasaría por el corazón del Salvador, cuando haciendo un esfuerzo supremo por abrir los ojos que la sangre y el dolor le obligaban á tener cerrados, abarcó de una sola mirada aquella escena? ¡Ah! vería en aquella cruz, con cuyos brazos iba á confundir los suyos, un altar más santo que el del Tabernáculo y del Templo, en el cual iba á ser sacrificado como hostia propiciatoria por los pecados del mundo. Vería en la cruz su cetro y la señal de su principado, el trono de David desde el cual iba á dilatar su imperio por las cuatro plagas de la tierra, el tribunal en que había de juzgar al mundo, la cátedra desde cuya altura enseñaría toda la verdad. Mirada con estos ojos la Cruz ¡qué afectos de amor, de gozo, de hacimiento de gracias despertaría en el alma de Cristo! Si allá S. Andrés, en presencia de la cruz, la dijo tan dulces requiebros ¿qué palabras tan encendidas no la diría Jesucristo?

Pero vayamos adelante. Cargado con ella el inocentísimo Jesús, se puso en movimiento la triste procesión hacia el calvario. En este sangriento camino hubo un momento en que una onda de inmensa pesadumbre pareció desprenderse de su dolorida faz, y que, reflejándose en el ánimo de los espectadores, los bañó de tristeza indecible, arrancando de muchos ardientes y amargas lágrimas. Era que Hijo y Madre se habían dado vista y, sin hablarse, solo con la mirada se habían participado sus amargas pesadumbres. Avisada la Señora por San Juan de todo cuanto sucedía, salió de su retiro como cierva herida y hendiendo el aire con sus suspiros, decía: ¡Oh dulcísimo hijo mío, quién me die-

ra que yo muriese por tí! Pero ¿á dónde vais, Madre mía? ¿no habéis pensado en el dolor que naturalmente ha de causaros al verme en este estado, hecho el oprobio de los hombres? Retiráos, porque ni Vos debéis ver á vuestro hijo en tales apreturas, ni vuestro hijo debe veros á Vos en tanta angustia. Ya no estamos en Belén, ni en Nazaret donde podíais prodigarme vuestros consuelos y cuidados maternos. Estamos en el Calvario, Señora, en el Calvario donde ningún alivio podéis prestar á vuestro hijo.

Animada, sin embargo, la Stma. Virgen, dice San Buenaventura, animada por una luz superior, palpitante el corazón, eclipsada la luz de sus ojos por las lágrimas, dió la mano á la misma fortaleza para que se levantara de la tierra, miró la multitud de las heridas de aquel ensangrentado cuerpo, aquel torrente de sangre, aquellos ojos eclipsados, aquel rostro oscurecido; y así como Ruth recogía las espigas que escapaban de las manos de los segadores, comenzó á recoger y limpiar las gotas de sangre que manaban de las heridas y, como dice Gregorio Negobricense, tomó la cruz, la acomodó sobre el hombro lastimado de su hijo y le siguió al Calvario ansiosa de morir con él.

No, no se retira como Agar por no ver morir á su hijo, ni como Sara cuando Isaac es conducido por su padre al sacrificio. Valiente como Abrahám sube hasta la cumbre, porque no quiere perder de vista al amado de su alma.

¿Y quién tendrá valor para explicar la saña, la fiereza con que procedió aquella infame turba para ejecutar la sentencia dictada contra Cristo. ¡Ah! el aliento me

falta para referiros esta última escena del doloroso drama de la pasión de Jesús. La crueldad con que aquellas fieras le despojaron de sus vestiduras, le dieron á beber hiel, le descoyuntaron los huesos, le talaron las manos y los piés; y luego, levantando en alto la cruz la dejaron caer de golpe en el agujero abierto en la roca, sufriendo el cuerpo que de ella pendía tan violenta sacudida, que se abrieron de nuevo sus heridas y se descoyuntaron todos sus huesos.

¡Ay, Jesús mío, quién me diera que mi corazón hubiese sido el receptáculo de aquel bendito madero, para recoger esa sangre divina que cura las dolencias del alma y las santifica! ¡Cuánto padecéis por nuestro amor, oh amor de los amores, en ese duro y penoso lecho! Ahora concibo cuánto valen las almas; pues á tanto precio hubisteis de comprarlas!

Así pasó, hermanos míos, tres horas de mortal agonia nuestro Divino Redentor, en las cuales dictó su testamento, concediendo el perdón para sus enemigos, la gloria para el buen ladrón, su madre por madre de los hombres; y luego, velándose sus ojos, inclinando la cabeza y lanzando un grito muy grande, espiró: *spiravit*.

Hermanos míos, almas redimidas con la sangre de este divino Jesús; mirad, mirad como le han puesto los pecados del mundo. *Respice in faciem Christi tui* (1), miradlo bien, ¿le conocéis? miradlo bien y os veréis precisados á exclamar con el profeta: Le vimos y no tenía figura de hombre (2). Miradlo bien y veréis su

(1) Psal. LXXXIII, 10.

(2) Isai. LIII, 2.

sacratísima cabeza coronada de espinas por nuestros pensamientos infames y pecaminosos; su ojos eclipsados por nuestras miradas indecentes; sus labios cárdenos y amoratados por nuestros juramentos y blasfemias; sus manos y pies clavados horriblemente en un madero por nuestras acciones criminales; y todo su cuerpo hecho una verdadera lástima, capaz de mover á compasión hasta á las piedras ¡Ah! preguntadle, preguntadle con Isaías: *Domine, ¿quare rubrum est vestimentum tuum?* (1) Señor, ¿qué quiere decir tanta sangre, tanta carnicería? ¡Ah, hermanos míos, vuestras culpas son la causa de mi pasión y de mi muerte. Yo muero para que vosotros viváis, yo padezco para que vosotros gocéis, yo me humillo para que vosotros seáis ensalzados. ¿Seremos ingratos á tanto beneficio?

Postrémosnos de rodillas y digámosle de lo íntimo de nuestra alma: Oh, Jesús mío, por las lágrimas que derramásteis en el huerto de Gethsemaní, por las afrentas que tolerásteis en los tribunales de los judíos, por los tormentos que padecísteis en el calvario; concedednos la gracia de que vuestra pasión sea fecunda en nosotros en frutos de obras buenas que nos introduzcan en las moradas de la gloria. AMÉN.

JULIO SERRANO, *Pbro.* (2)

(1) Isai. LXIII, 2.

(2) Debemos á la amabilidad de D. Julio Serrano, Pbro. de esta ciudad, tan favorablemente conoció como orador sagrado, el precedente sermón de la pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Soledad de la Santísima Virgen



SOLEDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN

Quomodo sedet sola civitas •
plena populo.

Thren., I, 1.

Ilustrísimo Señor:

Ya se han cumplido los vaticinios de Isaías, yá el pueblo de Judá ha consumado en todas sus partes el gran crimen, un crimen sin igual en los anales de la magistratura. Las setentas semanas de años, de que habló un profeta de altas visiones, han terminado con la crucifixión del Nazareno, y ni el más pequeño detalle de cuanto estaba anunciado, se ha omitido para que brillara en todo su esplendor la verdad de las escrituras. El Calvario ha sustituido al Paraíso, para un Adán pecador ha habido un Jesús inocente, al árbol de la ciencia del bien y del mal ha sucedido el árbol de la cruz; y si el fruto del primero nos trajo la muerte, el segundo lleva frutos de vida y de vida más abundante.

Y la Iglesia católica, en la severa liturgia de esta semana de sus grandes lutos, nos ha recordado con frases impregnadas de sentimiento y de emoción las más culminantes escenas de la vida del Hombre-Dios: su entrada solemne en Jerusalén entre los vítores y hosanas de la muchedumbre; el momento patético en que, rodeado de sus discípulos, celebra la Pascua é instituye el gran sacramento de su amor; su humildad profundísima al arrodillarse ante los rudos pescadores de Galilea para lavarles los pies.... y luego el paso del Cedrón, su oración angustiosa y su sudor de Sangre en Gethsemani, su miedo y su tristeza, la cobardía de los suyos, el beso traidor de Judas, los tribunales de Herodes y Pilatos, el encono rabioso de los Pontífices, la calle de la Amargura y, por último, el sombrío gólgota donde, entre agonías incomprensibles y los insultos y execraciones de un pueblo frenético, malvado y deicida, muere el Hijo de Dios, dando así por terminado, con su cruento sacrificio, el gran misterio de los siglos.

Pero todo pasa en el mundo, y tras el estado de violencia en que se ha encontrado el universo por espacio de algunas horas, como si se hubieran dislocado todas las ruedas de su engranaje, ha venido la calma que sucede siempre á los grandes cataclismos. El sol, cubierto de denso velo al expirar el Hijo del Hombre, ha recobrado su brillo; la luna, teñida de sangre en aquel supremo momento, ostenta ya su lívida faz, vertiendo rayos de palidez cadavérica sobre los pórticos de la sinagoga y del Templo; la tierra, antes trastornada, ha vuelto á su reposo y se han consolidado de nuevo sus fundamentos; el pueblo hebreo que acudió en masa

pidiendo á voz en cuello que se derramara la sangre inocente de la víctima sacrosanta, se ha retirado del teatro del deicidio, maldiciendo todavía del Cristo de Dios vivo; y el monte de las calaveras, cual si pesara sobre él un tremendo anatema, se vé desierto y en desolación, como los campos agostados por el azote de las iras divinas.

Mas en medio de tantas arídeces, de tanto silencio de tristeza tanta; cual inmenso sonámbulo de un sueño de gloria anonadada, aparece la silueta de una mujer, pálida como la evocación de un sepulcro y cuyos dolores han llegado á su último guarismo; en cuyos ojos, negros como sus penas, tiemblan las lágrimas como gotas de rocío en el cáliz de una flor; y cuyo llanto amargo quema despiadado sus mejillas que fueron un día no lejano envidia de azucenas y jazmines. Esa mujer es María, la madre del que ha expirado en el patíbulo, la corredentora de la humanidad, la gran figura, en fin, que agobiada de indescriptible angustia y privada de su hijo, se lamenta de su soledad y medita cómo es posible que duerma el sueño de la muerte el que es dueño absoluto de la vida.

Vamos, pues, hermanos míos, á acompañar por un instante á esa afligidísima Señora, vamos á meditar las pesadumbres que la martirizan, á penetrarnos, en cuanto sea posible, de sus angustias; y no podremos menos de convencernos de que toda su vida, vida de abnegación, de sacrificios y quebrantos, ha sido inmolada en aras del amor hacia los que, crucificando á su hijo en el cuerpo, la han crucificado á ella en el corazón. Pero ¿cómo encontraré yo frases adecuadas para pintar la

parabólica desgracia de esa nueva Sunamitis, si no sé lo que son dolores divinos? Yo solo dispongo de un pincel muy pobre y únicamente puedo ofreceros sombras, si bien no se me oculta que también las sombras ocupan un lugar distinguido en el arte de los colores. Así, sobre el fondo oscuro de mi humilde palabra, se destacarán más subidos los elevados conceptos que sobre su soledad han ofrecido á la meditación piadosa las almas abrasadas en su maternal amor. Si consigo, pues, enjugar una sola de sus lágrimas á esa purísima Señora y hacéros las derramar abundantes á vosotros, al contemplarla en su aflicción; estará de sobra recompensado mi modesto trabajo y quedará completamente satisfecho. Para que así sea, digámosla con la Santa Iglesia.

AVE LACRYMIS PLENA.....





Nada hay en el mundo que nos emocione tanto como las angustias de una madre cuando, entre suspiros y gemidos, deposita en el fondo de una tumba al Hijo de sus entrañas. Y cuando en el paroxismo de su dolor se ve sola, sin una mano cariñosa que enjague sus lágrimas, sin una voz amiga que la prodigue una frase de simpatía y de consuelo, la consideramos respetuosos como una apoteosis del sufrimiento, como el poema más sublime de los dolores humanos. Participamos en silencio de sus penas, quisiéramos borrar del libro de su vida aquella página escrita con sangre del alma, desearíamos ver descender sobre su corazón atribulado una gota siquiera de los consuelos divinos; y es porque comprendemos que en aquellos instantes se agolpan á su memoria escenas de felicidad y bienandanza que jamás volverán á repetirse: los ósculos que estampó en las mejillas de su hijo cuando, inocente y cándido infante, estrechaba su cuello con sus manos de ángel, las caricias con que correspondía á sus cuidados, las sonrisas con que pagaba sus amores; y que todos esos recuerdos de venturas perdidas, de dichas disipadas, de encantos desvanecidos, aumentan hasta el infinito su amargura precisamente, cuando, privada del objeto de su amor, se ve abandonada á impulsos de un vendabál que la sostiene entre la muerte y la vida, en-

tre recuerdos que torturan y desfallecimientos que matan, entre momentos de alegría que pasaron para nunca más volver y horas sin término de nostalgia que empiezan á dibujarse perezosas en la aurora de su soledad amarga. Entonces nos acordamos del desconsuelo de la madre de Tobías que derrama lágrimas á torrentes por la tardanza de su hijo (1), de la Sunamitis de Eliseo, (2) de Agar que abandona á Ismael (3) por no verle morir en el desierto, de Resfa la dolorida, que no se aparta del teatro del suplicio de sus hijos, esperanzada de tornarles á la vida, estampando en sus cadáveres fríos, los besos de fuego de su cariño maternal (4), de Raquel que llora á los suyos y no quiere consolarse porque ya no existen (5).

Y ¿qué puede hacer en estos casos el hombre para proporcionar algún alivio á esos corazones destrozados? ¡Ah, pobres madres! pobres madres si no hubiera en el cielo un Dios que escuchara sus quejas y las alentara y confortara en esas tempestades de la vida! Como espectros surgidos del sueño de un calenturiento, vagarían

(1) Tob. X, 3. Coepit autem contristari nimis ipse, et Anna uxor ejus cum eo: et coeperunt ambo simul flere.

(2) IV. Reg. IV. 20. Qui cum tulisset, et duxisset eum ad matrem suam, posuit eum illa super genua sua usque ad mediodiem, et mortuus est.

(3) Gen. XXI, 16. Et abiit, seditque e regione procul quantum potest arcus jacere. Dixit enim: non videbo morientem puerum: et sedens contra, levavit vocem suam et fleuit.

(4) II. Reg. XXI, 10. Tollens autem Respha filia Aia cilicium, substravit sibi supra petram ab initio messis, donec stillaret aqua super eos de coelo: et non dimisit aves lacerare eos per diem. neque bestias per noctem.

(5) Math. II. 18. Vox in Rama audita est, ploratus, et ululatus multus; Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt.

errantes por el mundo sin norte que guiara sus pasos, sin sol que calentara sus almas, sin esperanzas que alimentaran sus espíritus, sin luz que alumbrara la noche de sus desventuras y desvelos. ¿Queréis ver lo que para una madre es la vida sin su hijo, es decir; sin sol, sin ilusiones, sin amor, sin luz, sin esperanzas?.....

“Esdras, nos dicen los libros santos, encontró en las „afueras de Jerusalén á una mujer de la nobleza, abata-
„tida por el dolor más acerbo y exhalando al viento „gemidos lastimosos; y movido á compasión, la inter-
„peló de esta manera: — ¿Por qué lloras? ¿á qué obe-
„decen tus suspiros y tu llanto? — Dejad, Señor, que „alivie mis pesares con mis lágrimas, le contestó ella,
„porque tengo destrozada el alma con herida incurable.—¿Qué es, pues, lo que te ha sucedido? cuéntame,
„cuéntame sencillamente tus desgracias que, si en mi „mano está, yo te consolaré.—Agradezco, señor, vues-
„tra piedad, pero es inútil, porque mi mal no tiene re-
„medio. Yo tenía un hijo, el más hermoso entre los „hijos de los hombres, y en él tenía depositadas mis es-
„peranzas y alegrías. Este hijo mío iba á desposarse, y „el día de sus bodas, que hubiera sido para mí el día
„más feliz y venturoso, cayó repentinamente enfermo „y murió, cerrando con su muerte la escena abierta
„por el amor y convirtiendo en noche lúgubre una „aurora tan hermosa y brillante. ¿Qué puede esperar ya
„en el mundo una madre desolada y abatida, privada „de su hijo único, sino soledad, lágrimas y sufrimien-
„tos? Por eso he resuelto no volver á la ciudad, por eso „he decidido permanecer aquí entregada á mis pesares,
„hasta que la muerte, cruel para los demás y dulce pa-

„ra mí, venga á unirme con el hijo que he perdido (1).

“Justa es, replicó Esdras la causa de tu llanto ¡oh „mujer desventurada! pero la noche ha avanzado mucho en su carrera, el frío congela tus miembros y el „silencio convida al descanso. No te entregues, pues, á „un llanto desesperado, vuelve á Jerusalén, recógete „en tu casa y procura sacudir esa pesadilla que, como „maza de hierro, concluirá por aplastarte. — Nó, nó, „replicó la afligida mujer: quiero llorar la ausencia del „que ha muerto, quiero recordar el objeto de mi amor „y consagrarle los suspiros todos de mi vida; por „eso no volveré á entrar en la ciudad, por eso quiero permanecer aquí entregada á mis quebrantos, hasta tanto que la muerte, cruel para los demás y dulce „para mí, venga á unirme con el hijo que he perdido.”

Ved aquí, hermanos míos, una imagen aunque pálida de María en su soledad amarga, y retenida por su amor en el calvario. También ella tenía un hijo que iba á desposarse con la Iglesia y que realizó, sí, sus desposorios; pero en el lecho infame de la cruz, entre las agonías de la muerte. Y sola y desamparada, sepultado su Jesús, no hace más que llorar y contar á los vientos la historia de su abandono y las angustias que martirizan su corazón de madre. En su imaginación se agolpan las escenas de su trabajada vida: el templo donde pasó los mejores años de su infancia, cantando con los sacerdotes himnos inmortales al Dios de Sa-

(1) Cogito jam non reverti in civitatem, sed hic consistere et sine intermissione lugere et jejunare usque dum moriar. Esta historia está tomada de un libro atribuido á Esdras, y no incluido en el canon de los libros sagrados por apócrifo.

baath; sus castos desposorios, en que su virginidad se enlazó con otra virginidad; el retiro de Nazareth, donde rogada por el cielo, pronunció el *fiat* de la Encarnación; su turbación cuando la llamó el ángel llena de gracia y le anunció su maternidad divina; su visita á Santa Isabel que la saludó bendita entre todas las mujeres; el *Magnificat* que entonó henchida de tierna gratitud hacia el Señor por haberla escogido para Madre de su Verbo; las angustias que observó en José, cuando éste se cercióró de su preñado; las veredas de la Judea, que la condujeron á la pequeña Ephrata, donde dió á luz al Redentor de las naciones; los cánticos de los ángeles y de los pastores ante la cuna del recién-nacido Rey de Israel; los monarcas de Oriente que, despojados de sus valiosas coronas, le rindieron vasallaje y le ofrecieron los riquísimos presentes de su opulencia; la ceremonia legal de la presentación de su Hijo en el Templo y la profecía de Simeón al anunciarle la parte activa que á ella le estaba reservada en la redención del género humano; la huida á Egipto; las tristezas y privaciones del destierro; su regreso á Nazareth, donde Jesús crecía en años á la vez que en santidad; sus angustias al perderle en Jerusalén y su gozo al encontrarle; sus alegrías inefables al ver los milagros que el Salvador obraba en la Galilea, en la Judea y en toda la Siria; y después de todo esto, aquel cúmulo de insultos, de injusticias y de oprobios que constituyen el proceso que formaron los escribas y los fariseos contra su amado, hasta conseguir que se decretara su muerte y acabara sus días como facineroso y malhechor en afrentoso patíbulo; la ingratitud de los hijos de su pueblo, los na-

zarenos de Chus á cuyo favor había interpuesto sus influencias para con su hijo tantas veces; los momentos crueles de la separación; y, por último, aquella soledad en que se halla..... sin consuelo, sin luz, sin soi, sin esperanzas.....

“Por eso, en la noche, cuando debía reposar, llora „hilo á hilo y no hay quien la consuele entre todos sus „amigos, y hasta la desprecian y la dejan en su abandono los que antes la envidiaban; por eso sus perseguidores se apoderaron de ella y ha desaparecido toda „hermosura de la hija de Sión. La vieron en ese estado „sus adversarios y se burlaron de sus fiestas. Todos los „que antes la glorificaban y ensalzaban, la desprecian „ahora que se encuentra sola; y ella, como afrentada „de tanto abandono, se vuelve hacia atrás y no halla „consolador cuando se vé tan abatida (1). Y necesitan- „do desahogar su corazón, que parece quiere salirse „del pecho; no os fijéis, nos dice, en que se ha oscurecido mi rostro, porque me ha robado los colores el „sol de la adversidad (2); por que he llegado al apogeo „en el mar de mis desventuras y me ha anegado la „tempestad (3). Y desde esas alturas miré á la tierra y „estaba vacía, miré al cielo y me pareció oscuro y tenebroso; ví los montes y se movían y los collados se „extremecían,, (4).

(1) Thren. I, 2, usque ad 9.

(2) Cant. I, 5. Nolite me considerare quod fusca sim quia decoloravit me sol.

(3) LVIII, 3. Veni in altitudinem maris et tempestas demersit me.

(4) Jer. IV, 23, 24. Aspexi terram, et ecce vacua erat, et nihil: et coelos, et non erat lux in eis. Vidi montes, et ecce movebantur: et omnes colles conturbati sunt.

También nosotros, á imitación de Esdras, podemos preguntarle: ¿Sois vos, Señora, aquella agraciada doncella, cuya hermosura envidiaronla luna y el sol? ¿Sois Vos aquella virgencita que parió en Belén al Galileo que sanaba los enfermos, daba vista á los ciegos, vida á los muertos, consuelo á los afligidos? ¿Qué se han hecho tus encantos, de donde copiaron los suyos los cielos y la tierra?.....
 ¿Cómo se explica, hermanos míos, que esté caída por los suelos la ciudad antes llena de gentes? ¿Por qué ha quedado como viuda la Señora de las naciones y ha sido hecha tributaria la princesa de las provincias? (1)
 ¿Cómo el Señor en su ira ha cubierto de sombras á la hija de Sión? (2) ¿Qué crímenes, qué pecados ha cometido esa mujer, á quien el Eterno escogió por Hija, por Madre el Verbo y por Esposa el Espíritu divino?

¡Oh, la más desgraciada de las criaturas! “Palmo-
 „tearon por tí todos los que pasaban por el camino, sil-
 „baron y menearon sus cabezas para demostrarte la
 „befa y el escarnio, y en el tono de la burla más san-
 „grienta, se dijeron: ¿Y es esta la Ciudad de perfecta
 „hermosura, el gozo de toda la tierra? hoy es nuestro
 „día, lo hemos hallado, lo hemos visto; venid, congre-
 „guémonos todos y la devoremos. Y como si esto no
 „fuera bastante, el Señor alegró á tus enemigos sobre
 „tí y ensalzó la pujanza de tus adversarios (3); y tu de-

(1) Thren. I. 1. Facta est quasi vidua domina gentium: princeps provinciarum facta est sub tributo.

Thren. II, 1. Quomodo obtexit caligine in furore suo Dominus filiam Sion.

(3) Thren. II, 15. 16 et 17.

„solada ¿qué harás?„ (1) Vuélvete á la ciudad, la noche con sus sombras aumentará tus pesadumbres; entra en la casa de algún amigo que te prodigue sus consuelos.

Dejadme, dejadme, nos contesta también María, porque es incurable la herida de mi alma. El Señor como Thermutis á Jocabed al darme por hijo mío al que lo era suyo desde toda la eternidad, me dijo así: Toma este niño y créalo para mí, que yo te daré por ello la debida recompensa (2). Y por premio á mis afanes y desvelos me ha dejado desolada y consumida de tristeza: „entesó su arco y me puso por blanco á la saeta; me llenó de amargura y me embriagó de ajeno. He sido hecha objeto de escarnio á los habitantes de mi pueblo, canción de ellos todo el día (3). Llamé á mis amigos y ellos me engañaron; han oído mis lamentos y nadie me consuela (4); y al ver mis enemigos cómo el Señor me deja en mis padecimientos, y que mi sustento lo constituye el llanto, se han alegrado, y con el mayor de los sarcasmos me han preguntado ¿en dónde, en dónde está tu Dios que no viene á consolarte? Por eso mis ojos están cansados de llorar, por eso están conturbadas mis entrañas, y ha sido trastornado mi corazón y son tantos mis gemidos. No veré ya más al objeto de mi amor en la tierra de los vivos; por eso y porque mi amargura es amarguísima.

(1) Jer. IV, 30. Tu autem vastata ¿quid facies?

(2) Exod. II, 9. Accipe puerum istum et nutri mihi; ego dabo tibi mercedem tuam.

(3) Thren. III, 12, 14 et 15.

(4) Thren. I, 19, 20

„ma, gritaré como polluelo de golondrina, gemiré como „paloma,, (1) y no volveré á la ciudad de las ingratitudes, sino que permaneceré aquí entregada á mis angustias hasta que la muerte, cruel para los demás y dulce para mí, venga á unirme al hijo que he perdido.

Si el sacrificio de Jesús, hermanos míos, fué tan horrible y cruel por la abundancia de los tormentos, por la muchedumbre de las heridas, por el derramamiento de su sangre, y por su prolongada agonía; en el de la Stma. Virgen aunque fué como dice San Lorenzo Justiniano, el espejo fidelísimo de la pasión de Cristo, no hubo heridas, ni sangre, ni agonía, ni muerte; porque su martirio fué, no corporal sino espiritual. Madre é hijo simbolizan los dos altares que Moisés colocó en el tabernáculo por mandato del Señor; el altar de los holocaustos, Jesús; y María el altar de los perfumes: en aquél la víctima, en éste el incienso: la sangre en el primero, y en el segundo los aromas. María es, sí, como un eco de los padecimientos del Salvador, pero no muere, porque la sostiene una mano divina; porque su papel de corredentora se extendía más allá. Al pié de la cruz, al dirigirle Jesús por última vez su cariñosa palabra, encomendó á su amor y á sus cuidados á sus mismos perseguidores; y al perder á su hijo, hijo también de Dios, tomó por suyos á los hijos de los hombres.

¡Ah! el entendimiento humano se abisma en ese mar sin fondo de caridad tan incomprensible; pero es cierto que desde entonces tomó el título de madre de los pecadores; y á pesar de ser nosotros los causantes de

(1) Isai. XXXVIII, 14 et 17.

sus sufrimientos y de la muerte de su Jesús, por nosotros intercede constantemente y es nuestra poderosa abogada para con el Eterno Padre ¿Queréis una idea, un símil de lo mucho que nos ama esa purísima Señora? Voy á recitaros, pues, para concluir, una página de las Sagradas Escrituras.

Una mujer llamada Thecuites, vestida de luto é impresas en su frente las huellas de grandes sufrimientos, se presentó un día en el palacio de David; y apenas hubo llegado al aposento real, postrose en tierra y dijo: “¡Oh, Señor, tened piedad de mí que soy una madre desventurada y la más desgraciada de las mujeres. Yo tenía dos hijos que hacían mis encantos; pero un día disputaron en un campo desierto y el mayor fué muerto por su hermano. Mis parientes me importunan para que les entregue al fratricida con el fin de vengar en él la muerte de su hermano. Mi alma está traspasada de horrible pesadumbre por el fin desgraciado de mi primogénito, y el hijo que me queda es el heredero de mi casa y de mi nombre, mi único apoyo en el mundo; si me lo arrebatan, pues, privada de todo consuelo, me convertiré en la más infortunada de todas las madres. ¡Oh, Rey, salvad á vuestra sierva; de lo íntimo de mi alma imploro tu clemencia; muevan tu noble corazón mis humildes súplicas; manda que sea respetado mi hijo, porque si tu lo mandas, mi hijo vivirá y yo veré todavía días de ventura y bienandanza. Y movido David á compasión por los ruegos que brotaban de los cárdenos labios de la desdichada Thecuites, levantó al cielo sus ojos, tendió hacia ella su cetro en señal de gracia y..... Por el Dios vivo,

„dijo, que tu hijo no perderá ni un solo cabello de su „cabeza,, (1).

Ahora bien, en lugar de la mujer de Thecuites, ponéd á María. El hijo muerto representa á Jesús, el vivo al hombre. Los que piden la muerte del asesino son las criaturas todas que desde el comienzo de su ser han cumplido exactamente, al revés que el hombre, las leyes que les impusiera el Creador. El rey David es imagen del rey del cielo que escucha atento las súplicas de esa Madre que intercede por el hijo pecador, por el asesino del inocente. Hasta aquí y todavía más allá llega el amor heroico de María para con nosotros.

Vosotros todos, hermanos míos, que tomáis parte en esta fiesta, medita y ved cuán grande es el dolor de María, acordaos que el Señor la coronó con corona de tribulación, (2) y que nunca agradecerá tanto vuestra compañía como en esos momentos supremos de su más alto abandono, pues el Señor ha enviado todas las plagas sobre su corazón (3). No correspondáis á sus amores con negras ingratitudes para que no puedan aplicarse á vosotros estas palabras de Isafas: Crié hijos y los ensalcé, mas ellos me despreciaron (4) y cuando agobiados bajo el peso de los sufrimientos descarguen sobre vosotros esas horas de tristeza que lastiman el alma, y se presente oscuro y tenebroso el horizonte de la vida, trasladados en alas de la consideración á la cumbre del cal-

(1) II Reg. XIV, 9 et sequent.

(2) Isai. XXII, 18. Coronans coronavit te tribulatione.

(3) Exod. IX, 14.

(4) Isai. I, 2. Filios enutriví et exaltavi, ipsi autem spreverunt me.

vario, y junto á esa viuda solitaria se calmarán vuestras penas y nostalgias, porque á su lado os parecerán ligeras las cruces de la existencia; pues que ella os ayudará á llevar el pesado fardo de vuestros pesares y desgracias.

¡Dolorida Señora y Madre mía! En los otros mártires, dice el Padre San Bernardo, cuanto mayor era el amor, más se mitigaban los padecimientos de su martirio; pero en Vos sucede todo lo contrario. Y siendo *infinito* tu amor, también tus padecimientos debieron ser como el mar, sin límites ni término. Por lo mucho, pues, que padeciste al ver penar y morir á tu Hijo y por el inmenso dolor que embargó tu alma al encontrarte en la soledad más fiera, te suplicamos que nos enseñes á sufrir, á llorar, á padecer contigo; que calmes nuestras zozobras y sobresaltos; que nos llesves de la mano por el camino por donde se deslizó tu vida, que está erizado de espinas que lastiman el alma, de contradicciones y reveses que mortifican el amor propio, de contrariedades y desengaños que crucifican nuestro orgullo; y acepta, ya que no podemos ofrecerte prenda de más valía, nuestros deseos de corresponder á tus obsequios y finezas bebiendo una gota siquiera del cáliz de hiel que por nuestro rescate apuraste en tu soledad. ¡Oh, solitaria Nazarena, que tanto has sufrido desde que te robaron á tu Hijo Dios y que todo lo sufres resignada para que yo me salve! ¡Bendita seas una y mil veces! ¡bendita seas! AMÉN.



Sobre el Misterio de este día



Sobre el Misterio de este día

*Haec dies quam fecit Dominus,
exultemus et laetemur in ea.*

(Psal. CXVII, 23.)

Ilustrísimo Señor:

Todos los días son de Dios; porque si los días, lo mismo que las épocas y las edades suelen recibir aditamento, ó de los sucesos que en ellos se desarrollan, ó de los héroes que en ellos immortalizan su memoria con sus hazañas ¿qué día habrá consignado en el album del tiempo que no lleve impresa la marca de la divina omnipotencia? Suyo es aquel día en que tendió por los cielos ese inmenso pabellón azul que cubre nuestras cabezas, y sirve de rica y adecuada alfombra á sus divinas plantas. Suyo es aquel día en que salpicó los espacios con esa variada multitud de luminosos astros que, como naves de plata, se balancean por los aires, y á quienes dió como príncipe al sol, y como reina á la luna, y como comparsa á las pléyades siderales. Suyo

es aquel día en que separó las aguas superiores de las inferiores, y á las inferiores de la materia solidificante y solidificada; y llamó á las primeras cielo y á las segundas mar, y á la tercera tierra. Suyo es aquel día en que hizo brotar de su Verbo Omnipotente las jerarquías angélicas en la mañana de su existencia, y de sus manos divinas y de su vivificante aliento, en la tarde de aquel mismo día, la forma de este cuerpo modelado de barro y esa chispa de su divino entendimiento que brilla en nuestras frentes. Suyo es aquel día tremendo, pavoroso, único en los anales de las grandes hecatombes y de las grandes catástrofes, en que, irritado su furor con el olor de la carne corrompida que ascendía del mundo, como de un muladar inmenso, se derramó como un vaso de agua y anegó á todo el género humano. Suyo es aquel día en que se dignó llamar á un hombre justo para formar un pueblo, que fuera especialmente pueblo suyo; y aquél en que promulgó su ley santísima entre truenos y rayos desde la escarpada cresta del misterioso monte del Sinaí; y aquel en que envió pan de los cielos para alimentar en el desierto á los hijos de su pueblo; y aquel en que envió disfrazado de impetuoso viento y lenguas de fuego á su Divino Espíritu sobre las cabezas de sus apóstoles, para causar en ellos la más estupenda y admirable de todas las metamorfosis. Suyos son, en fin, todos los días, todas las horas, todos los minutos, todas las épocas, todas las edades, todos los tiempos; porque todos están marcados profundamente, indeleblemente, manifestamente con la huella soberana de su divina omnipotencia. Por eso hizo el profeta rey esta confesión tan elocuente allá

en la noche de los tiempos: *Tuus est dies et tua est nox tu fabricatus est auroram et solem* (1).

Pero si todos los días son de Dios, porque en todos se realizan actos divinos de inefable trascendencia; hay uno, señores, que es más propio y especialmente suyo, que todos los otros días; hay uno de tal manera señalado con el sello de su omnipotencia, y con el sello de su sabiduría, y con el sello de su amor; que con razón es y se llama el día del Señor por antonomasia. ¿Sabéis cual es este día? ¡Ah! ya me parece que lo habéis adivinado. Sí, es aquel día en que triunfó del demonio, reparando las ruinas que causara en el mundo el pecado de nuestros primeros padres. *Et qui in ligno vincebat in ligno quoque vinceretur* (2). Es aquel día en que triunfó de la culpa, desterrando como sol las tinieblas de nuestro entendimiento, y librando con su gracia á nuestras almas y á nuestros cuerpos de sus funestas y lamentables consecuencias. *Qui mortem nostram moriendo destruxit et vitam resurgendo reparavit* (3). Es aquel día en que triunfó de la muerte, saliendo incólume de entre sus garras y alcanzando, á despecho suyo, vida inmortal y gloriosa. *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur* (4). Es aquel día en que triunfó de sus enemigos, desbaratando los maquiavélicos planes que habían maquinado en su contra, y demostrando que se había dejado matar, que se había dejado entregar á la muerte

(1) Psal. LXXIII, 16.

(2) Praef. Mis. in Resur. et tempor. pasch.

(3) Ibid.

(4) Ad Rom. VI, 9.

y muerte ignominiosa de cruz, porque El así lo había querido, porque El así lo había consentido. *Oblatus est quia ipse voluit* (1). Es, en fin, señores y hermanos míos, el día aquel en que, arrojando las ligaduras funerarias que envolvían su sacrosanto cadaver, salió vivo del sepulcro, lleno de gracia y majestad y dejando atónitos, despavoridos y medio muertos á los guardias que custodiaban su sepulcro. *Prae timore autem ejus exterriti sunt custodes et facti sunt velut mortui* (2).

¿Qué es lo que debemos hacer nosotros en este día memorable? ¿cuál es la obligación que nos incumbe al recordar este gloriosísimo acontecimiento, que vino á poner digno remate y corona á toda la obra de Cristo? Escuchad otra vez las palabras con que he encabezado mi discurso y ellas os lo dirán: *Haec dies quam fecit Dominus* etc. Sí, hermanos míos amadísimos, “alegrémonos y regocijémonos en este día que hizo el Señor para su gloria y nuestro bien.” Este es nuestro deber, este es el obsequio que de nosotros reclaman de consuno los cielos y la tierra, donde, al decir de la Iglesia nuestra Madre, todo debe ser gozo y alegría en este día glorioso: *In resurrectione tua, Christe, coeli et terra laetentur* (3).

Mas porque pudiera suceder que, apegados como están vuestros corazones á las cosas de la tierra, no sintiérais gozo y entusiasmo al primer golpe de vista y simple esbozo del motivo de esta fiesta; lo vamos á con-

(1) Isaiae LIII, 7.

(2) Math. XXVIII, 4.

(3) In offic. divin.

siderar bajo tres aspectos diferentes; á saber: *en su vaticinio, en su cumplimiento y en su publicación* (1).

Solo espero, para poner manos á la obra, que me ayudéis á implorar los auxilios de la gracia por la intercesión de nuestra Madre Santísima, saludándola al efecto con las palabras de la Iglesia:

REGINA COELI LAETARE, ALLELUYA.



(1) Este sermón está calcado sobre la homilia del R. Padre Joaquin Ventura y Ráulica acerca de este misterio. *Escuela de los milagros*, tomo 2.^o núm. 38.



Todos los grandes hombres del antiguo Testamento figuraron en su persona alguna propiedad ó caracter de los que habían de concurrir en el futuro Mesías. Abel figuró su inocencia, Noé su ministerio, Melquisedech su sacerdocio, Isaac su sacrificio, Jacob su patriarcado, José su exaltación, Moisés su nacimiento, David sus persecuciones, Salomón su soberanía, Job sus padecimientos y Sansón su muerte.

Mas si todo fué bosquejado, si todo fué delineado y figurado tan perfectísimamente que, á ser posible juntar en uno solo todos aquellos hombres, tendríamos un retrato acabado del divino Verbo hecho carne ¿quién es el que figura su triunfo? ¿quién es el que bosqueja su admirable y gloriosa resurrección de entre los muertos? Jonás, señores, aquel profeta que, por huir de Dios fué á parar al vientre de un monstruoso cetáceo. Lo dijo el mismo Jesucristo al contestar á los judíos cuando le pidieron una señal de su Divinidad ó misión divina. “Esta generación adúltera y perversa, dijo, pide „una señal, y no se le dará otra que la de Jonás profeta; pues así como Jonás estuvo tres días y tres noches „en el vientre de la ballena, así el Hijo del Hombre „estará otro tanto tiempo en el seno de la tierra„. *Sicut fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus, sic erit Filius Hominis in ventre terrae* (1).

(1) Math. XII, 40.

¡Y con qué propiedad, señores, estuvo pintado este misterio en aquel antiguo cuadro, con qué detalles tan minuciosos, con qué tonos tan brillantes! Así como Jonás solicitó ser arrojado al mar para que cesase la tormenta, *mittite me in mare*, les dijo á los tripulantes (1); así Jesucristo se entregó en manos de sus enemigos, diciendo que moría porque quería y para volver otra vez á la vida: *Nemo tollit animam meam a me; sed ego tollo eam et iterum sumam eam* (2). Así como la nave de Jonás no hubiera escapado al naufragio, si él no se hubiera ofrecido como víctima al furor de las olas embravecidas; así tampoco la Iglesia, dice S. Máximo, hubiera podido evitar la perdición de sus hijos, si Jesucristo no se hubiera ofrecido como víctima para aplacar á la divina justicia (3). Así como Jonás fué tragado por un hambriento monstruo marino, pero de ningún modo devorado para saciar su hambre; así Jesucristo fué tragado por la muerte en el borrascoso mar de su pasión, pero no pudo reducirlo á polvo, como hace con todos los mortales. En fin, así como Jonás, después de estar tres días en el vientre de la ballena, fué arrojado por último sano y salvo en la playa; así Jesucristo, después de haber peregrinado otro tanto tiempo en los brazos de la muerte, salió del sepulcro lleno de vida y majestad, como glorioso Salvador del mundo. *Sicut fuit Jonas in ventre ceti* etc. Ved, señores,

(1) Jonae. I, 12.

(2) Joan. X, 18.

(3) D. Max. *Serm. de resurrec.* Nisi Jonas pessundaretur, naufragae navis periculum non sedaretur; sic, nisi morte Christi, non liberaretur Ecclesia.

cuantas analogías, cuantas semejanzas entre aquel caso verdaderamente ruidoso de Jonás profeta y el milagro mucho más grande y estupendo de la muerte y resurrección de Cristo, nuestro divino Salvador: aquel fué la figura, éste la realidad; aquel el retrato, éste el original; aquel el anuncio, éste el cumplimiento: *Vidimus in propheta et mortem et sepulturam et resurrectionem Domini apertissime figuratam* (1).

¡Qué portento, señores, qué prodigio! En los demás sepulcros la muerte triunfa de su presa, reduciéndola á polvo; en el sepulcro de Jesús es precisamente la muerte la que sale vencida y derrotada. En los demás sepulcros la muerte destruye y anonada los cuerpos, poniendo en movimiento las fuerzas disolventes; en el sepulcro de Jesús permanece su cuerpo santísimo en toda su integridad y pureza. En los demás sepulcros permanecen presos, cautivos los muertos, hasta el día de la resurrección universal; en el sepulcro de Jesús se obra un cambio tan repentino, una metamórfosis tan radical, que sale de él triunfante y glorioso para no volver á morir jamás. *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur* (2). “¡Oh muerte, oh muerte, diremos con el Apóstol, ¿en dónde está tu victoria? ¿en dónde está tu aguijón?, ¿no vés que se escapa tu presa? ¿no vés que esa codiciada víctima se resiste á tu poderío y va á publicar tu derrota por el mundo? ¿no vés que tu fiera guadaña no puede cortar el tallo de esa flor, ajada ya y marchita por

(1) D. Max. *Serm. de Resurrec.*

(2) In loco nuper citato.

tu frío aliento? ¡Ah! estaba escrito que la humanidad de Jesucristo no padecería la corrupción, y que la muerte quedaría ahogada con todo su poderío. *Quoniam non derelinques animam meam in inferno nec dabis sanctum tuum videre corruptionem* (1).

¡Qué portento, señores, vuelvo á repetir, qué prodigio! El sepulcro ha sido para Jesús una especie de nuevo útero, pero con una diferencia muy notable; que al útero de la Virgen descendió inmortal y salió de él para morir; mientras que en el sepulcro fué colocado cadaver y ha salido de él vivo, glorioso é inmortal! “Se „ha mudado el orden y el curso de las cosas, exclama „el Crisólogo; este sepulcro no ha destruido al muerto „sino á la muerte; la habitación de la muerte se ha „convertido en mansión de vida; pues haciendo las ve- „ces de nuevo útero, ha concebido á un muerto y lo ha „parido vivo„ (2). De modo que “este segundo nacimiento es, bajo cierto aspecto, mucho más admirable y milagroso que el primero„ (3).

*
* *

¿Que cómo se hizo esto, me preguntáis? ¿que cuándo tuvo lugar este prodigio? Mirad.

Cuando el alma de Cristo regresó del limbo de los patriarcas, á donde había descendido para quebrantar

(1) Psal. XV, 10.

(2) D. Petr. *Serm.* 64. Mutatur hic ordo rerum: mortem, non mortuum devorat hoc sepulchrum; domus mortis mansio vitalis, uteri nova forma, mortuum concepit, parit vivum.

(3) D. Leo. *Serm.* 50 de *resurrec. Dom.* Religiosior ista quam illa nativitas.

aquellas puertas que tenían encerradas y guardadas á las almas de los Santos Padres: la misma virtud del Verbo divino á quien estaba hipostáticamente unida, la infundió otra vez al cuerpo que yacía exánime en el sepulcro; y en el acto, en el momento mismo, arrojando éste como movido por un resorte las ligaduras funerarias que le cubrían y los ungüentos y los bálsamos con que estaba ungido, enjugada también la sangre y conservando solamente las cicatrices de sus llagas, pero luminosas y purpúreas; se levanta de la tumba y queda revestido de toda la gloria y majestad del Verbo divino: era enfermo y se hace impasible, era opaco y se hace luminoso, era carnal y se hace espiritual, era grave y pesado, y se hace sutil, ligero, resplandeciente é inmortal. ¡Oh, sacratísimo cuerpo, cuanta belleza te adorna, cuanta gracia te hermosea, cuanta majestad te circunda, cuanta luz te cubre, cuanta gloria te rodea! Si al nacer fuiste ya el más hermoso de los hijos de los hombres: *speciosus forma prae filiis hominum* (1) ahora al renacer, al resucitar, al volver de nuevo á la vida; sois la misma hermosura, la misma luz, la misma gracia, la misma belleza y la misma gloria. *Refloruit Dominus cum resurrexit* (2).

Trasformado así este cuerpo divino y trasladado por virtud del Verbo de la ignominia á la gloria, de la pasión al gozo, del trabajo al descanso y de la muerte á la vida, se lanza fuera del sepulcro, sin quebrantar la losa que lo cubría ni los sellos con que lo habían ce-

(1) Psalm. XLIV, 3.

(2) D. Ambros. Coment. in psal. XXVII.

rrado los judíos, á la manera que en otro tiempo había salido del claustro materno sin alterar la virginidad de su Madre, desparramando en torno suyo luz y hermosura cual iris precioso, y dejando atónitos, despavoridos y medio muertos á los guardias que custodiaban su sepulcro: *prae timore autem ejus exterriti sunt custodes* etc. “¡Oh, necios y malignos judíos! exclama San „Gregorio ¿de qué os han valido las precauciones que „habéis tomado para impedir que resucitase el Naza- „reno á quien ajusticiásteis? ¿De qué os ha servido ro- „dear de empalizadas su sepulcro, cerrarlo con vuestros „sellos y hacerlo guardar por gente armada? pensabais „que la divinidad estaba también bajo vuestro poder y „que podía ser víctima de vuestros furores? ¡Vano em- „peño! El que no cabe en los cielos y en la tierra, mu- „cho menos podía ser retenido en el sepulcro. La muer- „te tan terrible para el hombre, nada puede ni signi- „fica para Dios,” (1).

Mas, así como todas las criaturas hicieron señal de sentimiento en la muerte de Jesús, así se apresuran también hoy á celebrar su triunfo sobre la muerte. “El sol que, horrorizado sin duda á la vista del supli- „cio de la cruz, había ocultado su faz en aquel día para „no ver el gran crimen de la humanidad, se adelanta „hoy á la aurora, dice San Jerónimo, y á la vez que „presencia y alumbrá con sus más espléndidos rayos „la resurrección de su Autor, indemniza á la natura- „leza de las horas de luz que le había negado tres días

(2) D. Greg. Homil. 22 in evang. Cum Deus sit, teneri morte non poterat. Quem mundus non capit, nec sepultura custodit.

„antes,, (1). El cielo aparece como adornado de nuevo azul y nueva transparencia, el aire como embalsamado por una fragancia más suave y extraordinaria, la tierra como cubierta de magnífico manto de hierbas y flores, mucho más rico que los vestidos de Salomón en días de gloria, y los animales que, al morir Jesucristo, corrieron presurosos à esconderse en sus guaridas, recelando un gran cataclismo, saltan y triscan hoy alegremente por los montes y los valles para celebrar á su manera el triunfo de su Creador. Hasta los muertos se levantan de sus tumbas y revestidos otra vez de su carne y de sus huesos, se convierten en pregoneros del gran acontecimiento de este día; pues, cuando Cristo resucita, para demostrar que es El el *primogénito de los muertos* (2), devuelve la vida á muchos de los cuerpos de los Santos Padres cuyas almas había libertado del limbo de los Patriarcas, como primer fruto de su muerte; y estos muertos, viniendo á la ciudad santa y apareciéndose á muchos, testifican con su presencia la resurrección del que era *su cabeza* y por lo mismo la hacen más auténtica y solemne (3). Ved aquí, señores,

(1) Hieron. *Coment. in Math.* Qui autem noctem fugerat in morte, nunc ipse noctem praevenit fugaturus: ut reddat luci nox horas, quas terror dominicae passionis invaserat. Ut consurgeret Auctori suo, antelucanus erupit; qui, ut suo commoretur Actori, ipsam suam meridianam mortificaverat claritatem.

(2) Apoc. I, 5. Et a Jesuchristo qui est testis fidelis, primogenitus mortuorum.

(3) Math. XXVII, 52 et 53. Et multa corpora sanctorum, qui dormierant surrexerunt. Et exeuntes de monumentis, post resurrectionem ejus venerunt in sanctam civitatem et apparuerunt multis.

los homenajes y obsequios que recibió Jesucristo en el mismo día y hora de su gloriosa resurrección: el cielo y la tierra, los vivos y los muertos se apresuraron á festejarla y publicarla con los más elocuentes testimonios.

Pero lo que vino á hacer más cierto é incontrovertible su triunfo fué sin duda alguna el abatimiento y consternación profunda que inmediatamente se apoderó de sus enemigos. Ya estaban estos recelosos de que hubiesen fracasado todos sus planes, ante la noticia que corría de boca en boca por Jerusalem de que Jesús había resucitado, porque así lo habían declarado varios muertos aparecidos; cuando se les presentaron los guardias que custodiaban su sepulcro y les dijeron: "Venimos á contaros la gran sorpresa de que hemos „sido víctimas. Estábamos nosotros vigilantes sobre el „sepulcro, sin que el sueño hubiera podido cerrar nuestros párpados, cuando hé aquí que hemos sentido bajo „nuestros pies un terremoto muy grande que nos ha „hecho caer despavoridos en tierra como heridos por un „rayo; y cuando, repuestos de nuestro aturdimiento, „hemos abierto los ojos, hemos visto con asombro que „la piedra estaba removida y vacío el sepulcro, objeto „de nuestra custodia. Al oir este relato se anonadan, „se aturden los príncipes de la Sinagoga; pero no dándose todavía por vencidos, á pesar de tan elocuente „testimonio sobre la verdadera y real resurrección de „Jesucristo, se congregan apresuradamente en concilio „con el fin de deliberar y acordar lo que conviene hacer „y decir para ocultar aquel suceso ó, al menos, para „desvirtuar su importancia y trascendencia; y después

„de una breve discusión en la que todos quedaron de
„perfecto acuerdo, llaman á los guardias y les dicen:
„Es necesario, es absolutamente indispensable y pre-
„ciso que nadie sepa de vuestra boca lo sucedido en el
„sepulcro del Nazareno: aquí tenéis dinero en abun-
„dancia á cambio de vuestro silencio, y si alguien os
„pregunta sobre lo que habéis visto y oído, decid que,
„estando vosotros durmiendo, vinieron silenciosos los
„discípulos y se llevaron el cadáver de su maestro sin
„que vosotros os apercibiérais. Cierto que esto es una
„mentira, una impostura patente y manifiesta; pero no
„temáis, nosotros nos encargamos de hacerlo pasar en
„el pueblo y de velar además por vuestra seguridad
„ante Pilatos,, (1).

¿Habéis oído jamás fábula más ridícula ni cuento por hilvanado que este? “Si los guardias dormían, dice
„oportunamente San Agustín, cómo han podido asegu-
„rar que los discípulos se llevaron el cadáver de su
„maestro? ¿quién será tan cándido que dé crédito á un
„testigo que afirma haber visto una cosa estando dur-
„miendo? Vosotros sí que dormís, añade este Santo
„Padre, satirizando á los judíos, vosotros sí que dor-
„mís al pretender engañar al mundo con la versión que

(1) Math. XXVIII, 11 usq. ad 15. Quae cum abiissent, ecce quidam de custodibus venerunt in civitatem, et nuntiaverunt principibus sacerdotum omnia quae facta fuerant. Et congregati cum senioribus, consilio accepto, pecuniam copiosam dederunt militibus, dicentes: dicite quia discipuli ejus nocte venerunt, et furati sunt eum, nobis dormientibus. Et si hoc auditum fuerit a praeside, nos suadebimus ei, et securos vos faciemus. At illi, accepta pecunia, fecerunt sicut erant edocti. Et divulgatum est verbum istud apud Judaeos, usque ad hodiernum diem.

„acabáis de poner en la boca de vuestros satélites,, (1). Y el Crisóstomo dice: „¿Cómo podían robar los apóstoles el cuerpo de su maestro, siendo así que eran pobres, idiotas y tan tímidos que ni siquiera se atrevían á presentarse en público cuando aquél vivía? ¿Cómo no temieron á tantos soldados después de muerto? ¿Por qué no lo robaron la primera noche cuando nadie lo guardaba?,, (2) ¡Qué ceguedad, hermanos míos, qué ceguedad tan inexplicable y lastimosa! Cuando Jesús estaba en la Cruz, oscilando entre la vida y la muerte, le pedían con ironía un milagro, como prueba de su divinidad, diciéndole entre palmoteos y movimientos de cabeza: „Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz y te crearemos,, (3); y ahora que hace el mayor y más estupendo de todos los milagros, no solo no se rinden y le adoran; sino que, al contrario, se confabulan y conjuran con más perversidad que antes para negarlo y ocultarlo. „¿Pues qué, pregunta San Gregorio, no es mayor prodigio resucitar del sepulcro, que descender vivo de la cruz? ¿no es mayor milagro triun-

(1) D. August. *hom. in psal. LXIII*, v. 7. ¿Quid est quod dixisti, o infelix astutia? Tantumne deseris lucem consilii pietatis et in profunda versutiae demergeris, ut hoc dicas: Dicite quia vobis dormientibus venerunt discipuli ejus et abstulerunt eum? Dormientes testes adhibes? vere tu obdormisti qui scrutando talia defecisti.

(2) D. Chrys. *in homil. 91 in Math.* ¿Qualiter enim furarentur discipuli, homines pauperes et idiotae, et neque apparere audentes? Si enim adhuc Christum vivum videntes fugerunt, ¿qualiter mortuo eo non timuissent tot militum multitudinem?... ¿Propter quid autem non furati sunt prima nocte, quando nullus sepulchro affuit?

(3) Math. XX, 42. Si rex Israel est, descendat nunc de cruce et credimus ei. Item Marc. XV, 29 et 30; et Luc. XXIII, 35.

far de la muerte resucitando, que abandonar la cruz conservando la vida? (1).„

*
* *

Pero no importa, señores, no importa que la Sinagoga trate de ahogar ó de desvirtuar por lo menos el triunfo de Jesucristo. No importa, no; porque por más que hagan y digan los judíos, no faltará quien lo anuncie, no faltará quien lo publique por todas partes con verdadera solemnidad y pompa, como testimonio irrecusable de su divinidad y argumento incontrastable de nuestra fé.

Y efectivamente: „el domingo por la mañana, dice „San Marcos, cuando todavía no era de día, pero estando ya próxima á rayar el alba, caminaban por los „senderos del calvario María Magdalena, María, madre „de Santiago el menor, y Salomé, madre de Santiago „el mayor y de Juan el Evangelista. Hablaban entre „tanto, como siempre sucede, de lo que más preocupaba su corazón; es decir, de la dificultad con que tropezarían para embalsamar el cuerpo de su maestro, „porque era muy grande y muy pesada la losa que „cerraba la entrada del sepulcro, y se consideraban „impotentes, aun las tres juntas, para separarla. „¿Quién nos ayudará, se decían, á remover la piedra „del sepulcro? *¿Quis revolvit nobis lapidem ab ostio „monumenti?* Más he aquí que, apenas dieron vista al

(3) D. Gregor. homil. 22 in evang. *¿Nonne fuit plus de sepulchro surgere, quam de cruce descendere, mortem resurgendo destruere, quam vitam descendendo servare?*

„sepulcro, vieron con asombro que la piedra estaba se-
„parada y, en vez del cuerpo de Jesús á quien busca-
„ban, se encontraron frente á frente con un angel, que
„les decía con verdadera familiaridad y dulzura: No
„temáis. *Nolite timere vos*. Ya sé que venís á buscar á
„Jesús Nazareno con objeto de émbalsamar su cadáver;
„pero mirad, ya no está aquí, ha resucitado como lo
„dijo. En prueba de ello, ved vacío el lugar donde
„le pusieron. Id, pues, pronto á llevar esta noticia tan
„alegre y consoladora á sus discípulos y á Pedro, y des-
„pués dirigíos todos juntos á las montañas de Galilea,
„porque allí os precederá el Señor, como os lo tiene di-
„cho, y tendréis la dicha de verle y contemplarle. (1)

!Qué diferencia, hermanos míos, entre la relación que inventaron los judíos para ocultar la verdad de lo sucedido en el sepulcro de Jesucristo, y la que hizo el angel á las piadosas Marías! Mientras que aquella previene por lo burda é inverosímil, esta en cambio se impone por su misma sencillez y laconismo. ¿Venís á buscar á Jesús crucificado, les dijo el angel á las mu-

(1) Mart. XVI, 1 usque ad 7. Et cum transisset sabbatum, Maria Magdalene, et Maria Jacobi, et Salome emerunt aromata ut venientes ungerent Jesum. Et valde mane una sabbatorum veniunt ad monumentum, orto jam sole. Et dicebant ad invicem: Quis revolvat nobis lapidem ab ostio monumenti? Et respicientes viderunt revolutum lapidem. Erat quippe magnus valde. Et introeuntes in monumentum viderunt juvenem sedentem in dextris, coopertum stola candida et obstupuerunt. Qui dicit illis: Nolite expavescere: Jesum quaeritis Nazarenum crucifixum: surrexit, non est hic: ecce locus ubi possuerunt eum. Sed ite, dicite discipulis ejus, et Petro, quia praecedet vos in Galileam: ibi eum videbitis, sicut dixit vobis. Item Math. XXVIII. Luc. XXIV. Joan. XXI.

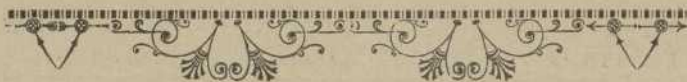
jeros? pues, mirad, ya no está aquí; ha resucitado como lo dijo; y al mismo tiempo les enseñaba vacío el lugar donde había sido colocado su sacrosanto cadáver. Por eso la primera no prosperó más que entre la gente judía, obstinada en cerrar sus ojos á tanta luz y su corazón á tanto golpe de la divina gracia; entre tanto que la segunda, comunicada por unas simples mujeres á los apóstoles y por los apóstoles á todo el mundo, en todas partes ha hecho eco y ha sido universalmente creída; en todas partes ha encontrado apóstoles para predicarla, mártires para sellarla con su sangre, confesores para defenderla y fieles para confesarla. Y convencidos de que ella es la base y el fundamento de todas nuestras creencias, millones de cristianos de todo color, de toda raza, de toda lengua y nación, cantan hoy á coro con nuestra Santa Madre la Iglesia católica: *Haec dies quam fecit Dominus exultemus et laetemur in ea.*

A fuer, pues, de buenos cristianos, á fuer de buenos católicos; alabad, hermanos míos, á vuestro divino Rey y Salvador Jesucristo; alabad y ensalza, sí, al triunfador del demonio, al triunfador del pecado, al triunfador de la muerte, al triunfador de sus enemigos y de los nuestros. No creáis que este triunfo lo alcanzó solo para sí, sino también para provecho y utilidad de nuestras almas; pues á la vez que testimonio irrecusable de su divinidad, es también argumento incontestable de nuestra fe. Por eso dice San Pablo, "si Jesucristo no ha resucitado, vana es nuestra fe é inútil nuestra predicación y nosotros, que damos testimonio de su Divinidad, los hombres más imbéciles de la tie-

rra,, (1); más como Cristo ha resucitado verdaderamente, resulta que somos los más afortunados de todos los hombres. Aprovechaos pues, de esta gracia y, henchidos de agradecimiento hacia Jesucristo que os la da para asociaros á su cuerpo místico, entonad un himno en su honor que dure y se perpetúe hasta que tengáis la dicha de empalmarlo con el himno que cantan los bienaventurados en el cielo: *Haec dies quam fecit Dominus exultemus et laetemur in ea.* AMÉN.



(1) I ad Cor. XV, 14 et 18. Si autem Christus non surrexit, inanis est ergo praedicatio nostra, inanis est et fides vestra:.... ergo et qui dormierunt in Christo perierunt.



ÍNDICE

de los sermones contenidos en esta obra



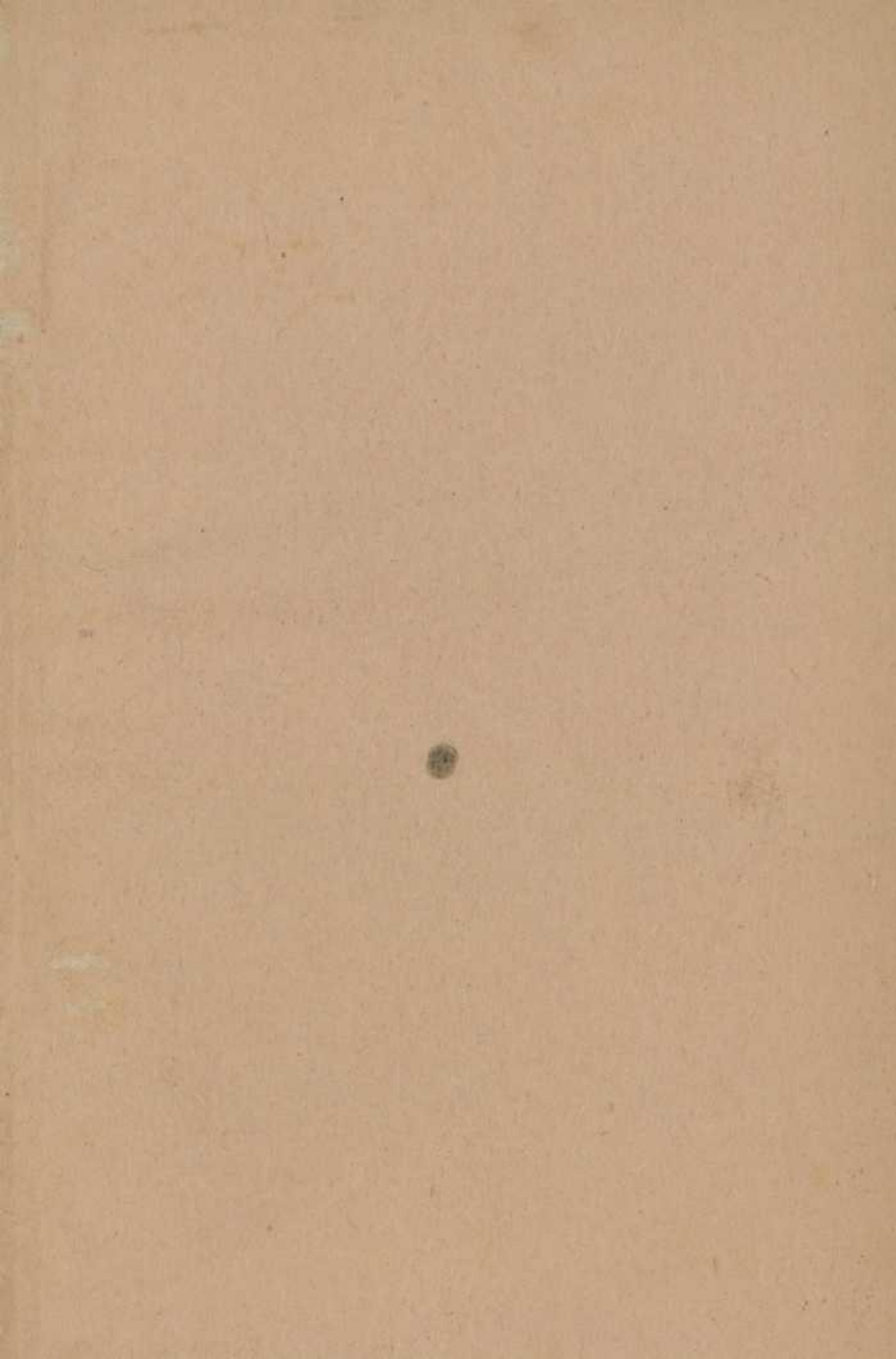
	<u>Páginas</u>
Prólogo	IX
Primera Dominica de adviento. <i>Sobre el juicio final</i>	3
Segunda Dominica de adviento. <i>Misión especial de Jesucristo para con los pobres</i>	25
Tercera Dominica de adviento. <i>Grandeza y dignidad del Cristiano</i>	47
Cuarta Dominica de adviento. <i>Necesidad de la Penitencia</i>	67
Dominica de Sexagésima <i>Sobre la Divina Palabra</i>	91
Miércoles de Ceniza. <i>Sobre la muerte y mortificación</i>	113
Primera Dominica de Cuaresma. <i>Sobre las tentaciones</i>	143
Segunda Dominica de Cuaresma. <i>Divinidad de Jesucristo</i>	165

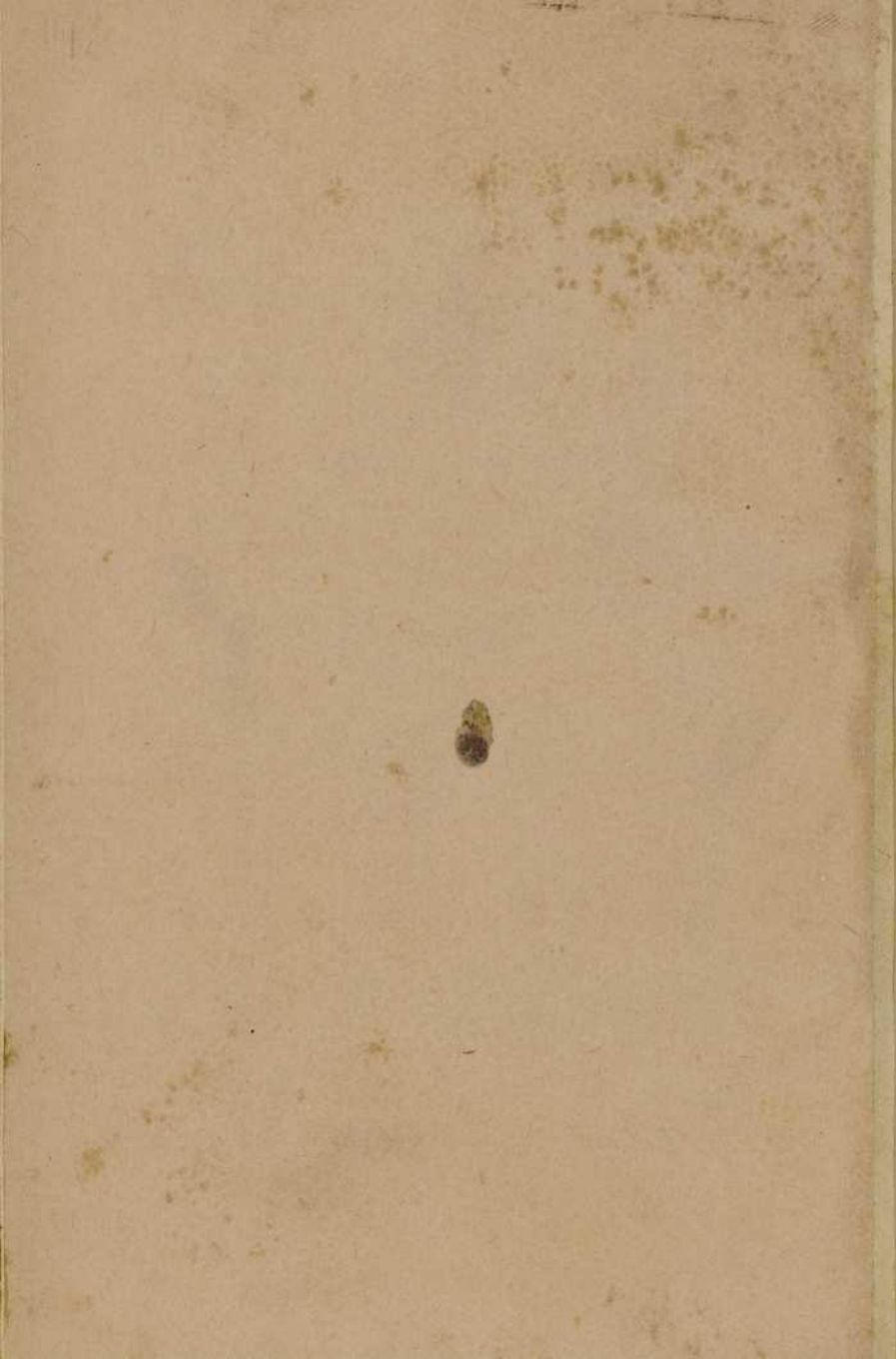
Tercera Dominica de Cuaresma. <i>Los endemonia-</i> <i>dos, figura de los pecadores.</i>	187
Cuarta Dominica de Cuaresma. <i>Dignidad de la</i> <i>pobreza y obligación de socorrerla.</i>	209
Dominica de Pasión. <i>Beneficios del Cristianismo é</i> <i>ingratitude del mundo.</i>	235
Dominica de Ramos. <i>Brillante recibimiento de</i> <i>Jesucristo</i>	261
Jueves Santo. <i>Homilía sobre el evangelio</i>	275
Viernes Santo. <i>Pasión de Jesucristo</i>	299
» » <i>Soledad de la Santísima Virgen.</i>	325
Pascua de Resurrección. <i>Sobre el misterio</i>	343

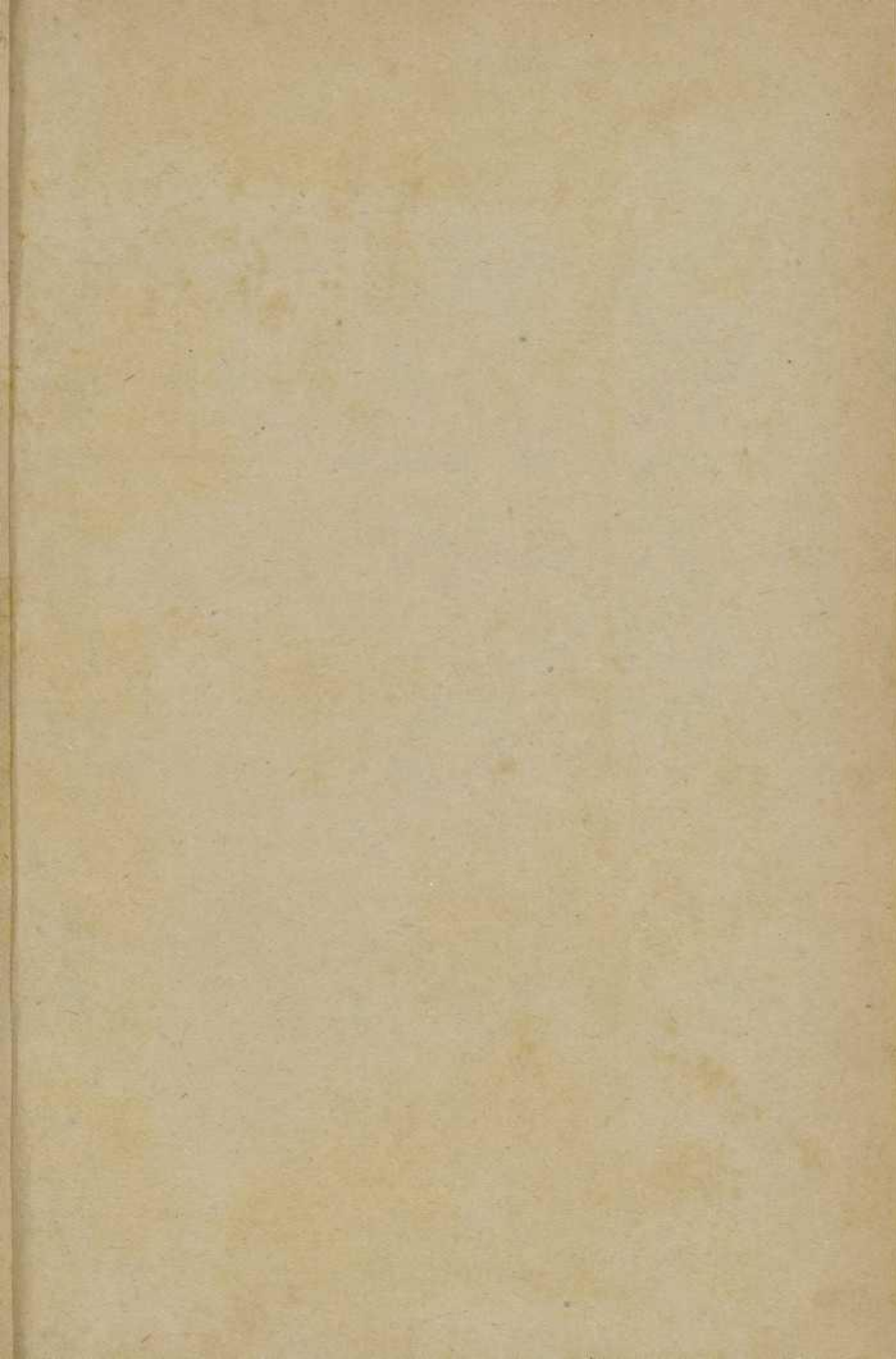


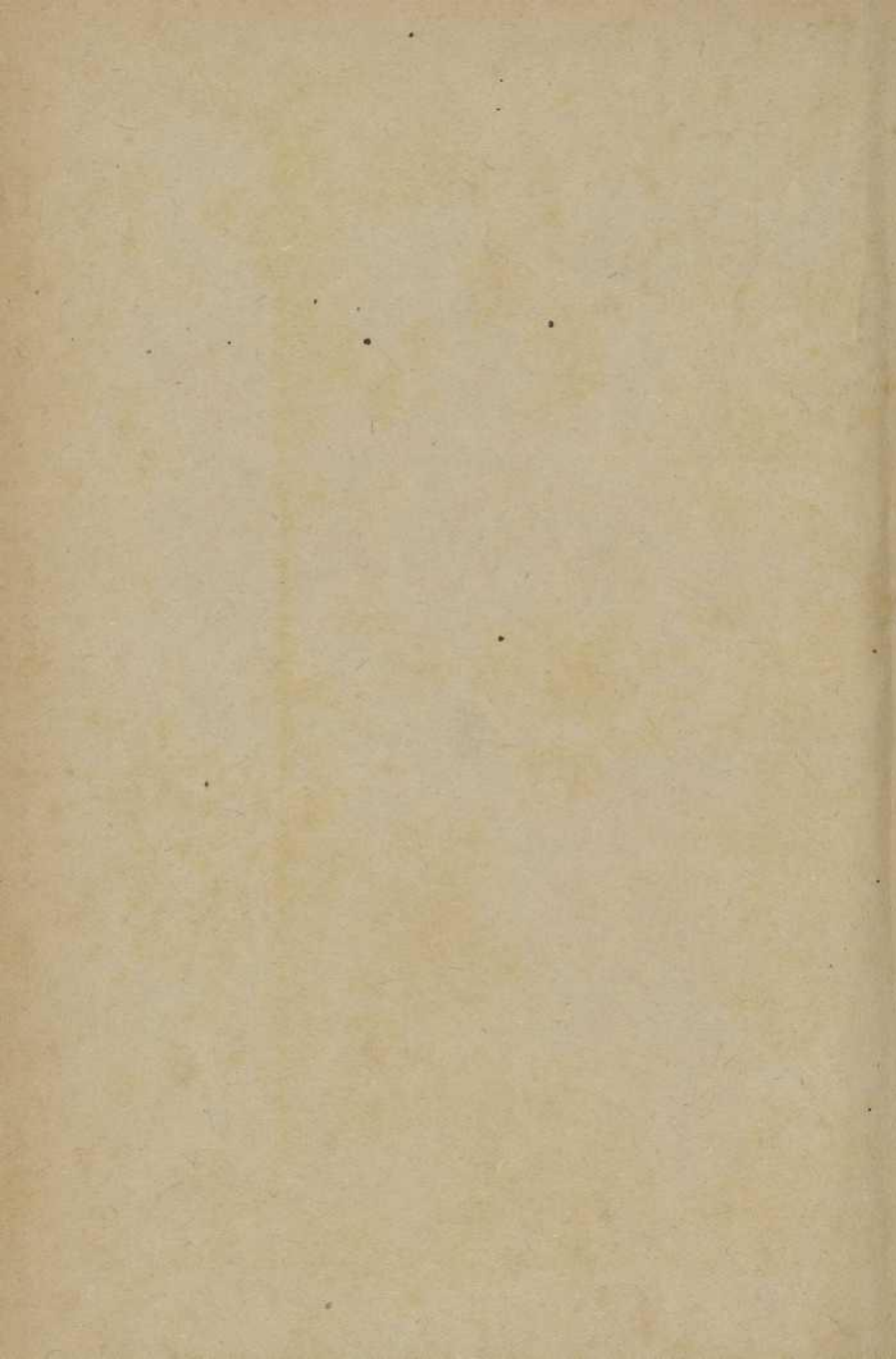
FÉ DE ERRATAS MÁS NOTABLES

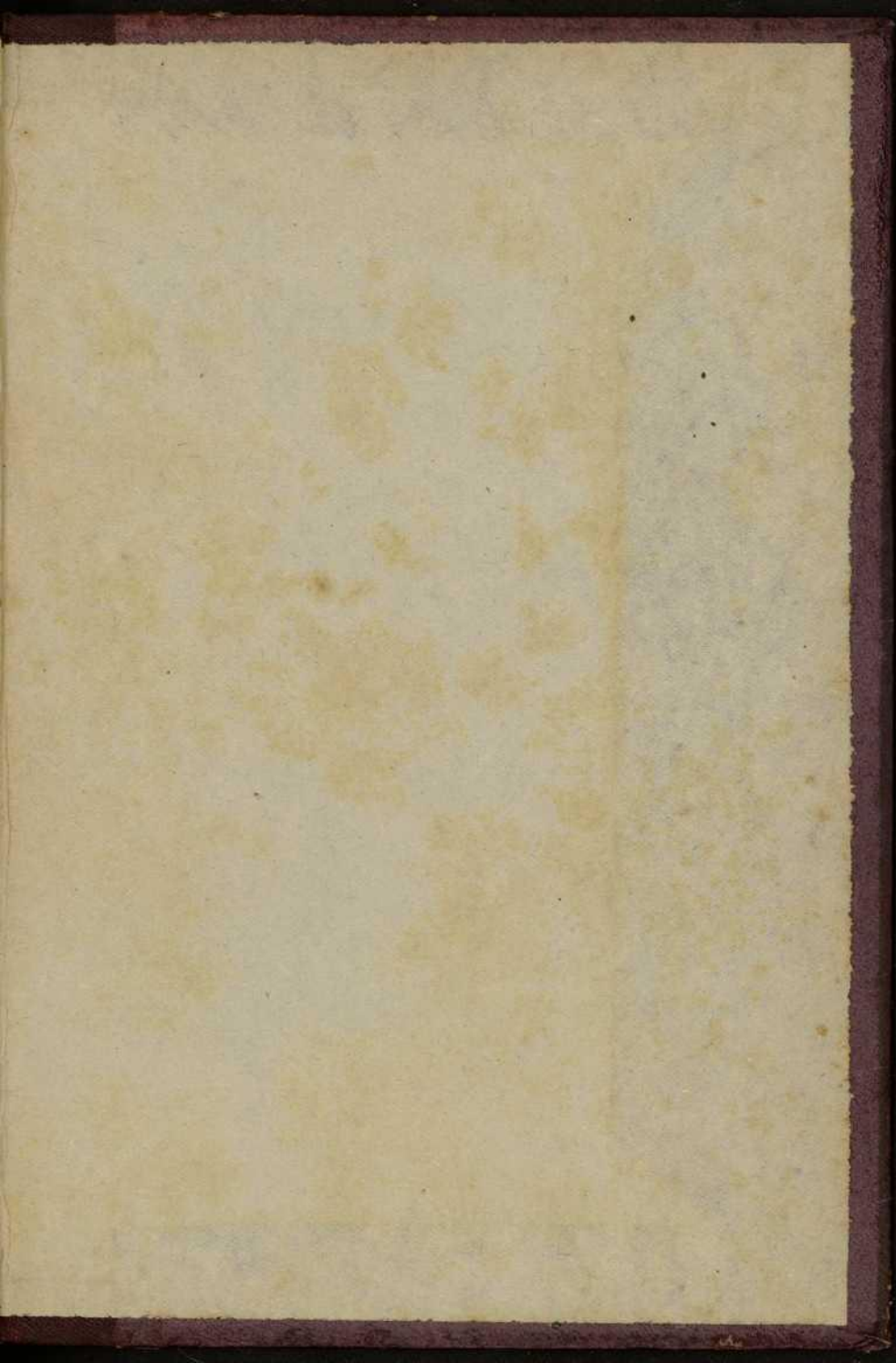
Pág.	Linea	Léese	Léase
8	10	hay	ay
28	20	hombre	pobre
32	5	arbitrio	árbitro
39	tít.	primera	segunda
40	Not.	Gen.	Psal.
42	16	llamantes	flamantes
43	tít.	primera	segunda
100	10	conversación	conversación
159	19	acogiéndose	acogiéndose
167	15	pasiones	concupiscencias
197	tít.	segunda	tercera
210	15	ajeno	ajeno
221	9	(16)	(1)
262	21	dispuso	dispensó
299	9	hoy apagados acentos	hoy apagados aquellos acentos
303	12	de amor	del amor
311	11	sus satélites	los satélites de la Sina- goga
248	22	y lo malo; es decir, el ór- den	y lo malo; el orden
252	23	kansismo	Crausismo

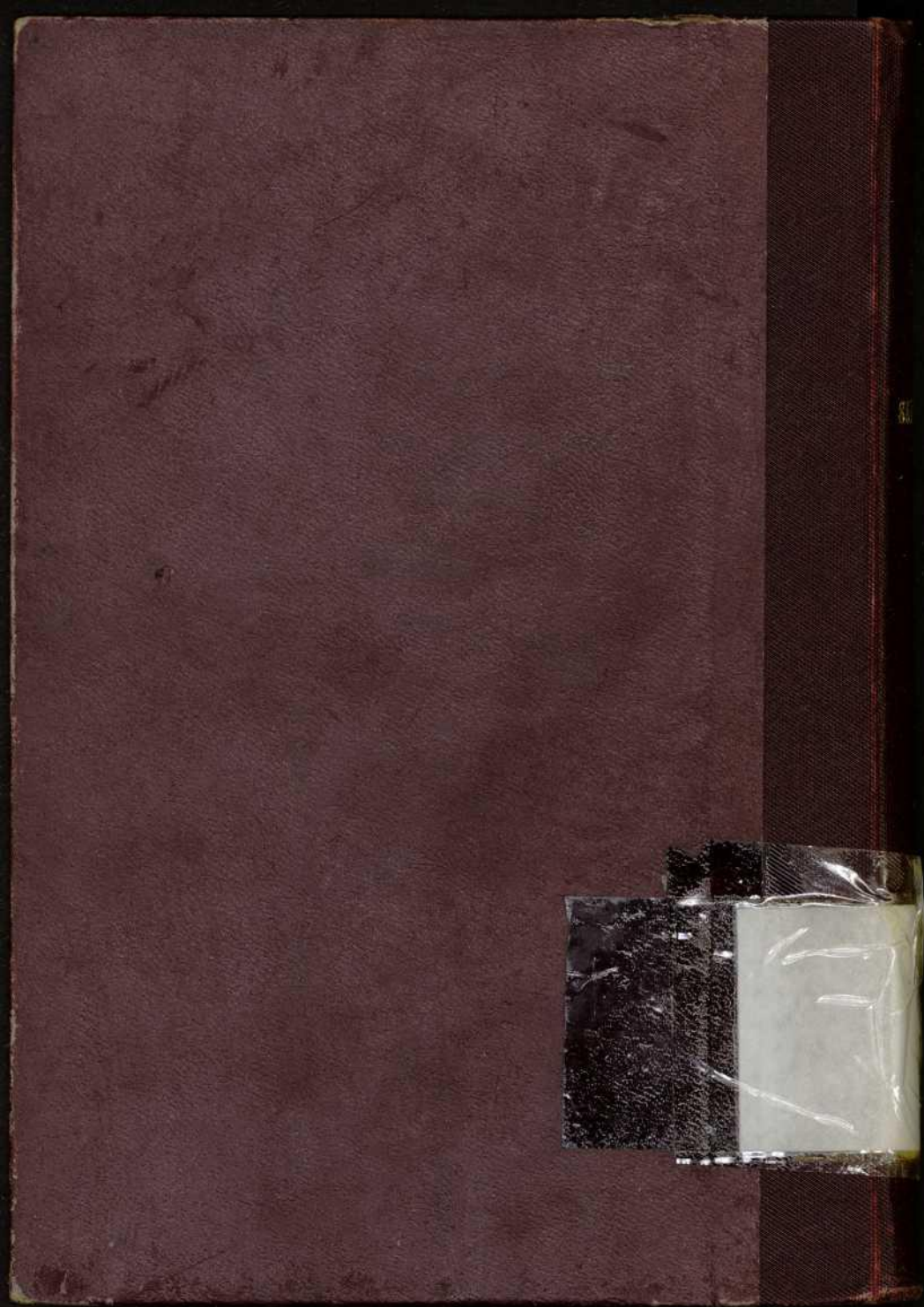












SANCHO

SERMONES

R

442